THE UNIVERSITY
OF ILLINOIS
LIBRARY
869.3
Sa7r

Return this book on or before the **Latest Date** stamped below. A charge is made on all overdue books.

U. of I. Library

OCT 20 1989

DEC 31 1942

OCT 20 1944

JAN 26 1945

JAN 26 1945

JAN 26 1945

Feb 28

MAR 16 1957

APR -7 1959

SEP 27 1974

SEP 16 1974

SEP 13 1969

M32

Recuerdos de Provincia

DOMINGO F. SARMIENTO

Nació en San Juan el 15 de Febrero de 1811. Aprendió primeras letras en la "Escuela de la patria"; en 1821 no consiguió una beca para el seminario de Loreto, de Córdoba; circunstancias adversas impidiéronle continuar sus estudios en el Colegio de Ciencias Morales, de Buenos Aires. En 1826 se dedicó a enseñar los primeros rudimentos del saber a los mocetones de San Francisco, en San Luis. Vuelto a San Juan (1827) vióse obligado a ganarse el sustento trabajando como dependiente en un almacén: en sus momentos libres leyó las cartillas de ciencias y artes que estaban allí de venta. Desde esa fecha hasta su muerte vivió estudiando y enseñando.

Afiliado al unitarismo, desde 1829, tocóle emigrar a Chile. Allí fué maestro de escuela municipal en una aldea, abrió un despacho de bebidas, fué dependiente de comercio, trabajó en una mina, hasta regresar a San Juan (1837). Tuvo entonces ocasión de ensanchar sus conocimientos; y dos años más tarde organizó un colegio y fundó un periódico, "El Zonda", cuya publicación le costó la cárcel. Emigró a Chile en 1840. En Valparaíso fué redactor de "El Mercurio" y en Santiago fundó "El Nacional". En 1842 organizó la Escuela Normal de Preceptores, de que fué director, sin apartarse del periodismo de combate. De 1845 a 1848 viajó por Europa y Estados Unidos, continuando a su regreso las tareas educacionales y periodísticas. En 1852 se incorporó al ejército de Urquiza, apartándose de éste poco después de caer Rozas. Emigró nuevamente y en Chile rompió su amistad con Alberdi, para siempre. Con varia fortuna política fué muchas veces diputado, senador, ministro, gobernador de San Juan (1862-1864) y Presidente de la República (1868-1874). Fué repetidamente Director y Superintendente de Escuelas, provincial y nacional, tocándole sostener luchas memorables con los partidos reaccionarios, en defensa de la escuela laica.

Su enorme labor escrita (Obras Completas, LII volúmenes) es, en grandísima parte, periodística y de oportunidad. Sus obras principales son: "Facundo" (1845), "De la educación popular" (1848), "Argirópolis" (1850), "Recuerdos de Provincia" (1850), "Comentarios de la Constitución" (1853), "Conflicto y Armonías de las razas en América" (1883), etc.

Su característica fué la lucha por la educación pública. Por el número y la variedad de sus iniciativas, no tiene parangón con ningún otro americano; su eficacia como agitador de espíritus fué absoluta, ejercitando para ello sus dos vocaciones fundamentales: el magisterio y el periodismo. En ambos conoció toda la jerarquía; desde la insignificancia hasta la preeminencia absoluta. Centuplicando su vida en un perenne afán de aprender y enseñar, dejó rastro firme en cuantas cosas posó su mano.

El 11 de Septiembre de 1888, falleció en el Paraguay, donde fuera en busca de remedio a sus achaques. La posteridad, unánime, le ha señalado como el más eminente de los argentinos.

"LA CULTURA ARGENTINA"

11396
353
Inc f 10

DOMINGO F. SARMIENTO

Recuerdos de Provincia

Con un apéndice sobre su muerte por

MARTÍN GARCÍA MEROU



BUENOS AIRES
«La Cultura Argentina» — Avenida de Mayo 646
1916

869.3
Sa7r

19.

Casa Vaccaro 1 30

RECUERDOS DE PROVINCIA

Es éste un cuento que, con aspavientos y gritos, refiere un loco, y que no significa nada.

Shakespeare, Hamlet.

Decir de sí menos de lo que hay, es necedad y no modestia; tenerse en menos de lo que uno vale, es cobardía y pusilanimidad, según Aristóteles.

Montaigne, Essais.

351733

A MIS COMPATRIOTAS SOLAMENTE

La palabra impresa tiene sus límites de publicidad como la palabra de viva voz. Las páginas que siguen son puramente confidenciales, dirigidas a un centenar de personas, y dictadas por motivos que me son propios. En una carta escrita a un amigo de infancia en 1832 tuve la indiscreción de llamar bandido a Facundo Quiroga. Hoy están todos los argentinos, la América y la Europa, de acuerdo conmigo sobre este punto. Entonces mi carta fué entregada a un mal sacerdote que era presidente de una sala de Representantes. Mi carta fué leída en plena sesión, pidióse un ejemplar castigo contra mí, y tuvieron la villanía de ponerla en manos del ofendido, quien, más villano todavía que sus aduladores, insultó a mi madre, llamóla con torpes apodos, y le prometió matarme dondequiera y en cualquier tiempo que me encontrase.

Este suceso, que me ponía en la imposibilidad de volver a mi patria, *por siempre*, si Dios no dispusiese las cosas humanas de otro modo de lo que los hombres, lo desean, este suceso, decía, vuelve a reproducirse diez y seis años más tarde, con consecuencias al parecer más alarmantes. En mayo de 1848 escribí también una carta, a un antiguo bienhechor, en la cual también tuve la indiscreción, de que me honro, de haber caracterizado y juzgado

el gobierno de Rosas según los dictados de mi conciencia; y esta carta, como la de 1832, fué entregada al hombre mismo sobre quien recaía este juicio.

Lo que ha seguido a aquel paso sábenlo hoy todos los argentinos. El gobernador de Buenos Aires publicó aquella carta, entabló un reclamo contra mí cerca del gobierno de Chile, acompañó la nota diplomática y la carta, con una circular a los gobernadores confederados; el gobierno de Chile respondió a la solicitud, replicó Rosas, se repitieron las circulares, vinieron las contestaciones de los gobernadores del interior, continuó el sistema de dar publicidad a todas aquellas miserias que deshonran, más que a un gobierno, a la especie humana; y parece que continuará la farsa, sin que a nadie le sea posible prever el desenlace. La prensa de todos los países vecinos ha reproducido las publicaciones del gobierno de Buenos Aires, y en aquellas treinta y más notas oficiales que se han cruzado, el nombre de D. F. Sarmiento ha ido acompañado siempre de los epítetos de *infame*, *inmundo*, *vil*, *salvaje*, con variantes a este caudal de ultrajes que parecen el fondo nacional, de otros que la sagacidad de los gobernadores de provincia han sabido encontrar, tales como *traidor*, *loco*, *envilecido*, *protervo*, *empecinado*, y otros más.

Caracterízanse así los hombres que no me conocen, ante pueblos que oyen mi nombre por la primera vez. Desciende el vilipendio de lo alto del poder público, reprodúcenlo los diarios argentinos, lo apoyan, lo ennegrecen, y sábese que en aquel país la prensa no tiene sino un mango, que es el que tiene asido el gobierno; los que quisieran servirse de ella como medio de defensa, no encuentran sino espinas agudas, el epíteto de *salvaje*, y los castigos discrecionales.

Y sin embargo, mi nombre anda envilecido en

boca de mis compatriotas; así lo encuentran escrito siempre; así se estampa por los ojos en la mente; y si alguien quisiera dudar de la oportunidad de aquellos epítetos denigrantes, no sabe qué alegarse a sí mismo en mi excusa, pues no me conoce, ni tiene antecedente alguno que me favorezca.

El deseo de todo hombre de bien de no ser desestimado, el anhelo de un patriota por conservar la estimación de sus conciudadanos, han motivado la publicación de este opúsculo, que abandono a la suerte, sin otra atenuación que lo disculpable del intento. Ardua tarea es, sin duda, hablar de sí mismo y hacer valer sus buenos lados, sin suscitar sentimientos de desdén, sin atraerse sobre sí la crítica, y a veces con bastante fundamento; pero es más duro aún consentir la deshonra, tragarse injurias, y dejar que la modestia misma conspire en nuestro daño; y yo no he trepidado un momento en escoger entre tan opuestos extremos.

Mi defensa es parte integrante del voluminoso protocolo de notas de los gobiernos argentinos en que mi nombre es el objeto y el fondo envilecido. Mi contestación, que se registra en el número 19 de la *Crónica;* mi Protesta, en el número 48, y este opúsculo deberán, pues, ser leídos por los que no quieran juzgarme sin oirme, que eso no es práctica de hombres cultos.

Mis *Recuerdos de Provincia* son nada más que lo que su título indica. He evocado mis reminiscencias, he resucitado, por decirlo así, la memoria de mis deudos que merecieron bien de la patria, subieron alto en la jerarquía de la Iglesia, y honraron con sus trabajos las letras americanas; he querido apegarme a mi provincia, al humilde hogar en que he nacido; débiles tablas sin duda, como aquellas flotantes a que en su desamparo se asen los

náufragos, pero que me hacen advertir a mí mismo que los sentimientos morales, nobles y delicados, existen en mí por lo que gozo en encontrarlos en torno mío, en los que me precedieron, en mi madre, en mis maestros y en mis amigos. Hay una nobleza democrática que a nadie puede hacer sombra, imperecedera: la del patriotismo y el talento. Huélgome de contar en mi familia dos historiadores, cuatro diputados a los congresos de la República Argentina, y tres altos dignatarios de la Iglesia, como otros tantos servidores de la patria que me muestran el noble camino que ellos siguieron. Gusto, a más de esto, de la biografía. Es la tela más adecuada para estampar las buenas ideas; ejerce el que la escribe una especie de judicatura, castigando el vicio triunfante, alentando la virtud obscurecida. Hay en ella algo de las bellas artes, que de un trozo de mármol bruto puede legar a la posteridad una estatua. La historia no marcharía sin tomar de ella sus personajes, y la nuestra hubiera de ser riquísima en caracteres si los que pueden recogieran con tiempo las noticias que la tradición conserva de los contemporáneos. El aspecto del suelo me ha mostrado a veces la fisonomía de los hombres, y éstos indican casi siempre el camino que han debido llevar los acontecimientos.

El cuadro genealógico que sigue es el índice del libro. A los nombres que en él se registran, lígase el mío por los vínculos de la sangre, la educación y el ejemplo seguido. Las pequeñeces de mi vida se esconden en la sombra de aquellos nombres, con algunos de ellos se mezclan, y la obscuridad honrada del mío puede alumbrarse a la luz de aquellas antorchas sin miedo de que revelen manchas que debieran permanecer ocultas.

Sin placer, como sin zozobra, ofrezco a mis com-

patriotas estas páginas que ha dictado la verdad, y que la necesidad justifica. Después de leídas pueden aniquilarlas, pues pertenecen al número de las publicaciones que deben su existencia a circunstancias del momento, pasadas las cuales nadie las comprendería. ¿Merecen la crítica desapasionada? ¡Qué he de hacer! Esta era una consecuencia inevitable de los epítetos de *infame*, *protervo*, *malvado*, que me prodiga el gobierno de Buenos Aires. ¡Contra la difamación, hasta el conato de defenderse es mancha!

LAS PALMAS

A pocas cuadras de la plaza de Armas de la ciudad de San Juan, hacia el Norte, elevábanse no ha mucho tres palmeros solitarios, de los que quedan dos aún, dibujando sus plumeros de hojas blanquizcas en el azul del cielo, al descollar por sobre las copas de verdinegros naranjales a guisa de aquellos plumajes con que nos representan adornada la cabeza de los indígenas americanos. Es el palmero planta exótica en aquella parte de las faldas orientales de los Andes, como toda la frondosa vegetación que, entremezclándose con los edificios dispersos de la ciudad y alrededores, atempera los rigores del estío, y alegra el ánimo del viajero, cuando, atravesando los circunvecinos secadales, ve diseñarse a lo lejos las blancas torres de la ciudad sobre la línea verde de la vegetación.

Pero los palmeros no han venido de Europa como el naranjo y el nogal: fueron emigrados que traspasaron los Andes con los conquistadores de Chile, o fueron poco después entre los bagajes de algunas familias chilenas. Si el que plantó alguno de ellos a la puerta de su domicilio, en los primeros tiempos, cuando la ciudad era aún aldea, y las calles caminos, y las casas chozas improvisadas, echaba de menos la patria de donde había venido, podía decirle como Abderramán, el rey árabe de Córdoba:

"Tú también, insigne palma, eres aquí forastera;
"De Algarbe, las dulces auras, tu pompa halagan y besan;
"En fecundo suelo arraigas, y al cielo tu cima elevas;
"Tristes lágrimas lloraras, si cual yo sentir pudieras." (1)

Aquellos palmeros habían llamado desde temprano mi atención. Crecen ciertos árboles con lentitud secular, y a falta de historia escrita, no pocas veces sirven de recuerdo y monumento de acontecimientos memorables. Me he sentado en Boston a la sombra de la encina bajo cuya copa deliberaron los peregrinos sobre las leyes que darían en el nuevo mundo que venían a poblar. De allí salieron los Estados Unidos. Los palmeros de San Juan marcan los puntos de la nueva colonia que fueron cultivados primero por la mano del hombre europeo.

Los edificios de la vecindad de aquellos palmeros están amenazando ruina muchos de ellos habiéndose ya destruído, y pocos sido reedificados. Por los apellidos de las familias que los habitaron caése en cuenta que aquél debió ser el primer barrio poblado de la ciudad naciente; en las tres manzanas en que están aquellas plantas solariegas, está la casa de los Godoyes, Rosas, Oros, Albarracines, Carriles, Maradonas, Rufinos, familias antiguas, que compusieron la vieja aristocracia colonial. Una de aquellas casas y la que sirve de asilo al más joven de los palmeros, tiene una puerta de calle antiquísima y desbaratada, con los cuencos en el umbral superior, donde estuvieron incrustadas letras de plomo, y en el centro el signo de la Compañía de Jesús. En la misma manzana y dando frente a otra calle, está la casa de los Godoyes, donde se conserva un retrato romano de un jesuíta Godoy, y entre papeles viejos encontróse, al hacer inventario de los bienes de la familia, una carpeta que envolvía ma-

(1) "Historia de la dominación de los árabes en España", tom. I, cap. IX, por Conde.

nuscritos con este rótulo: «este legajo contiene la »*Historia de Cuyo* por el abate Morales, una carta »topográfica y descriptiva de Cuyo, y las probanzas »de Mallea.» Hubo de caer alguna vez bajo mis miradas esta leyenda, y yo quise ver aquella suspirada historia de mi provincia. Pero ¡ay! no contenía sino un solo manuscrito, el de Mallea, con fechas del año 1570, diez años después de la fundación de San Juan. Más tarde leía en la *Historia Natural de Chile* del abate Molina, describiendo unas raras piedras que se encuentran en los Andes amasadas en arcilla, que el abate don Manuel de Morales, «inteligente observador de la provincia de Cuyo, su patria», las había estudiado con esmero en su obra titulada: *Observaciones de la cordillera y llanuras de Cuyo* (1).

He aquí, pues, el leve y desmedrado caudal histórico que pude por muchos años reunir sobre los primeros tiempos de San Juan: aquellas palmas antiguas, la descripción jesuítica, y la carpeta casi vacía. Pero una de las palmas está en casa de los Morales, la inscripción de plomo señala la morada del jesuíta, y la leyenda quedaba para mí explicada. Practícanse diligencias en Roma y Bolonia en busca de los manuscritos abolengos, y no pierdo la esperanza de darlo a la luz pública un día (2).

---

(1) "Compendio de la historia geográfica, natural y civil de Chile", tom. I.

(2) La obra del jesuíta Morales, ligeramente incompleta, la hemos descubierto entre los MS. del abate Molina, que por nuestra mediación compró el Gobierno para la Biblioteca Nacional. — **El E.**

JUAN EUGENIO DE MALLEA

En el año del Señor de 1570, es decir, ahora unos doscientos ochenta años, «en la ciudad de San »Juan de la Frontera, por ante el muy magnífico »señor don Fernando Díaz, juez ordinario por Su »Majestad, don Juan Eugenio de Mallea, vecino de »dicha ciudad, pareció, por aquella forma y manera »que más conviniese a su derecho, y dijo: que, te»niendo necesidad de presentar ciertos testigos para »hacer *ad perpetuam rei memoriam* una probanza, »pedía y suplicaba que los testigos que ante su »merced presentara, tomándoles juramento en forma »debida y de derecho, so cargo del cual fuesen »preguntados y examinados por el tenor del inte»rrogatorio atrás contenido, lo que dijeren y expu»sieren, signado y firmado por escribano, interpo»niendo su merced su autoridad y decreto judicial, »se lo mandase entregar para seguimiento de su jus»ticia; mandando ante toda cosa citar y suplicar »a los oficiales reales de esta ciudad para que se »hallasen presentes a ver, jurar y conocer a los di»chos testigos, y decir y contradecir lo que vieren »que les conviene.»

Fechada y evacuada la probanza, y no teniendo más testigos que presentar, y «habiéndose acabado el papel de la ciudad», pasó a la ciudad de Mendoza del Nuevo Valle de Rioja a continuar su

diligencia. Los testigos presentados en San Juan, e interrogados por ante el escribano público Diego Pérez, lo fueron: Diego Lucero, Gaspar Lemos, procurador y mayordomo de ciudad: Francisco González, fiscal de la real justicia: Gaspar Ruíz, Anse de Fabre, Lucas de Salazar, Juan Contreras, Hernando Ruiz de Arce, factor y veedor; Hernán Daria de Sayavedra, Juan Martín Gil, Diego de Lara, un Bustos, Juan Gómez, isleño; y otros dos. Del tenor de las respuestas dadas a las veinticuatro preguntas del interrogatorio resulta, a fuerza de confrontaciociones y de conjeturas, la historia de los primeros diez años de la fundación de San Juan, y la biografía interesantísima del hijodalgo don Juan Eugenio de Mallea, que había sido juez ordinario y era a la sazón contador de la real hacienda y alférez real, teniendo en su casa el estandarte y manteniendo a sus expensas sus gentes y caballos. Dejando a un lado el enojoso estilo y fraseología de la escribanía, haré breve narración de los hechos que en dicho interrogatorio quedan probados. La mayor parte de los testigos, vecinos entonces de San Juan, conocen a Mallea de diez y seis años antes, y han militado con él en las campañas del sur de Chile, habiendo Mallea venido del Perú con el general don Martín Avendaño en 1552.

En 1553, cuando acaeció la muerte de Pedro Valdivia, Mallea se hallaba en la Imperial, a las órdenes de Francisco de Villagra, que tan notable papel hizo en las guerras de Arauco. Aquel jefe, sabiendo la situación desastrosa en que había quedado Concepción después de la derrota de Tucapel, acudió con su gente a aquella ciudad, puso orden a los negocios, y salió de nuevo a campaña con ciento ochenta hombres, entre los cuales contaba Mallea, quien se halló en la triste jornada del cerro de Mariguiñu,

llamado desde entonces de Villagra en conmemoración del desastre. Pasó en seguida a Concepción, y más tarde fué destacado a repoblar a Villarica. En 1556 pasa a Valdivia en compañía de don García Hurtado de Mendoza, hasta que, en 1558, sale entre los ciento cincuenta soldados que mandó García, con el capitán Jerónimo de Villegas, a la repoblación de Concepción que había sido abandonada desde la derrota de Villagra. Es hijodalgo, y se le vió siempre entre los capitanes; había servido durante veinte años a sus propias expensas «con sus »armas y caballos, y hecho cuanto en la guerra »le había sido mandado que hiciese como bueno y »leal vasallo de Su Majestad», hasta que, casado en San Juan con la hija del cacique de Angaco, que se llamó doña Teresa de Ascensio y le trajo en dote muchos pesos de oro y dióle varios hijos, estaba por fin adeudado en pesos de oro, habiendo perdido la hacienda de su mujer en el mantenimiento de su gente y casa en servicio del rey, y no pagándole tributo los indios que le habían caído en encomienda en Mendoza, y que después de la fundación de San Juan cayeron en los términos y jurisdicción de la última ciudad.

El año de 1560 pasó con cien hombres de guerra el capitán Pedro de Castillo la cordillera nevada, hacia el oriente de Chile, y fundó la ciudad de Mendoza del Nuevo Valle de Rioja, que así está nombrada en los autos seguidos en 1571 por el escribano público don N. Herrera en la dicha ciudad. Por las declaraciones de los testigos resulta que se distribuyeron en Mendoza los habitantes que allí encontraron, siendo presumible que a Mallea le tocasen algunas de las lagunas de Guanacache, por lo que pudieron más tarde caer dentro de los términos de San Juan. Poco tiempo después salió de

Mendoza el general don Juan Jofré, con alguna gente de descubrimiento hacia el Norte, y descubrió, en efecto, varios valles que no se nombran, si no es el de Tulum, en el cual, volviendo a Mendoza y regresando a poco tiempo, fundó la ciudad de San Juan de la Frontera. La semejanza de Tulum, Ullún y Villicum, nombres que se conservan en las inmediaciones, permite suponer eran éstos los valles, con el de Zonda, «que hallaron muy poblados de naturales, y la tierra parecía ser muy fértil», como lo es en efecto. En 1561, gobernando en Chile don Rodrigo de Quiroga, pasó a la provincia de Cuyo el general don Gonzalo de los Ríos con nueva gente de guerra a sofocar el alzamiento de indios. Después de trazada la ciudad, se alzaron los huarpes, sus habitantes, y la tierra fué pacificada de nuevo. Tres leguas hacia el norte de la ciudad hay un lugar llamado las Tapiecitas, a causa de los restos de un fuerte cuyas ruinas eran discernibles ahora veinte o treinta años, y su colocación en aquel lugar parece explicar el nombre de San Juan de la Frontera, por no estar reducidos los indios de Jachal y Mogna, cuyo cacique último vivió hasta 1830, habiendo llegado a una senectud que pasaba de ciento veinte y más años.

Aquel general de los Ríos, vuelto a Mendoza de su campaña, supo por un indio prisionero que había un país lejano en cuyas montañas se encontraba oro, en abundancia tal, que la imaginación de los españoles lo bautizó desde luego con el nombre de Nuevo Cuzco; la expedición de descubrimiento de aquel Eldorado pasó de Mendoza a San Juan, y cuantos pudieron alistar caballos se lanzaron a la conquista del vellocino de oro. Don Juan Eugenio de Mallea «salió con su gente y muchos caballos». Marcharon algunos días siguiendo al indio que los

conducía, dieron vueltas y revueltas, los víveres escasearon, y una mañana al despertar para emprender nueva jornada, encontraron que el indio había desaparecido. Hallábanse en medio de un desierto sin agua, sin atinar a orientarse del rumbo a que quedaban las colonias; y, después de padecimientos inauditos, llegaron tristes y mohinos a San Juan los chasqueados, habiendo perecido de sed y de hambre quince de entre ellos. Y ¡cosa singular! la tradición de este suceso vive hasta hoy entre nosotros, y no se pasan diez años en San Juan sin que se organicen expediciones en busca de montones de oro, que están por ahí sin descubrirse, y que intentaron los antiguos en vano, habiéndose concluído los víveres, fugándoseles el indio baqueano en el momento en que habían encontrado una de las señas dadas por el *derrotero*.

Como fué la preocupación de los conquistadores hallar por todas partes oro tan abundante como en el Perú y en Méjico, la poesía colonial, los mitos populares, están reconcentrados en toda América en leyendas manuscritas que se llaman *derroteros*. El poseedor de uno de estos itinerarios misteriosos lo cela y guarda con ahinco, esperando un día tentar la peregrinación preñada de incertidumbre y peligros, pero rica de esperanzas de un hallazgo fabuloso. Hay tres o cuatro de éstos en San Juan, siendo el más popular el de las *Casas Blancas*, en el que, después de vencidas dificultades infinitas, a las que sólo faltan, para ser verdaderos cuentos árabes, espantables dragones y gigantes descomunales que cierren el paso y sea fuerza vencer, han de encontrarse, terminado el ascenso de una elevadísima y escarpada montaña, las suspiradas *Casas Blancas*, de cuya techumbre cuelgan en pescuezos de guanacos sacos de oro en pepitas que diz que

dejaron allí escondidos los antiguos, habiéndose caído y derramado muchos, dice el derrotero, a causa de haberse podrido el cuero de los susodichos pescuezos. Me figuro a los primeros colonos de San Juan, en corto número en los primeros años, careciendo de todas las comodidades de la vida, bajo un cielo abrasador, y establecidos sobre un suelo árido y rebelde, que no da fruto si no se lo arranca el arado, descontentos de su pobre conquista, ellos que habían visto los tesoros acumulados por los Incas, inquietos por ir adelante, y descubrir esa tierra inmensa que deja, desde las faldas orientales de los Andes presumir un horizonte sin límites. Las indicaciones dudosas de algún huarpe, acaso de las minas de Hualilán, o de la Carolina, reunían en corrillos a los conquistadores condenados a abrir acequias para regar la tierra, con aquellas manos avezadas sólo a manejar el mosquete y la lanza. ¡Labradores en América! ¡Valiera más no haber dejado la alegre Andulucía, sus olivares inmensos y sus viñedos! La ubicación de la mayor parte de las ciudades americanas está revelando aquella preocupación dominante de los espíritus. Todas ellas son escalas para facilitar el tránsito a los países de oro; pocas están en las costas en situaciones favorables al comercio. La agricultura se desarrolló bajo el tardo impulso de la necesidad y del desengaño, y los frutos no hallaron salida desde los rincones lejanos de los puertos donde estaban las ciudades.

LOS HUARPES

Grande y numerosa era, sin duda, la nación de los huarpes que habitó los valles de Tulum, Mogna, Jachal y las llanuras de Huanacache. La tierra estaba en el momento de la conquista «muy poblada de naturales», dice la probanza.

El historiador Ovalle, que visitó a Cuyo sesenta años después, habla de una gramática y de un libro de oraciones cristianas en el idioma huarpe, de que no quedan entre nosotros más vestigios que los nombres citados, y Puyuta, nombre de un barrio, y Angaco, Vicuña, Villicum, Huanacache, y otros pocos. ¡Ay de los pueblos que no marchan! ¡Si sólo se quedaran atrás! Tres siglos han bastado para que sean borrados del catálogo de las naciones los huarpes. ¡Ay de vosotros, colonos, españoles rezagados! Menos tiempo se necesita para que hayáis descendido de provincia confederada a aldea, de aldea a pago, de pago a bosque inhabitado. Teníais ricos antes, como don Pedro Carril, que poseía tierras desde la Calle Honda hasta el Pie-de-Palo; ¡ahora son pobres todos! Sabios como el abate don Manuel Morales, que escribió la historia de su patria y las *Observaciones sobre la cordillera y las llanuras de Cuyo;* teólogos como fray Miguel Albarracín; políticos como Laprida, presidente del congreso de Tucumán; gobernantes como Ignacio de la Rosa y

Salvador M. del Carril; hoy no tenéis ya ni escuelas siquiera, y el nivel de la barbarie lo pasean a su altura los mismos que os gobiernan. De la ignorancia general hay otro paso: la pobreza de todos, y ¡ya lo habéis dado. ¡El paso que sigue es la obscuridad, y desaparecen en seguida los pueblos, sin que se sepa a dónde ni cuándo se fueron!

Los huarpes tenían ciudades. Consérvanse sus ruinas en los valles de la cordillera. Cerca de Calingasta, en una llanura espaciosa, subsisten más de quinientas casas de forma circular, con atrios hacia el Oriente, todas diseminadas en desorden, y figurando en su planta trompas de aquellas que nuestros campesinos tocan haciendo vibrar con el dedo una lengüeta de acero. En Zonda, en el cerro Blanco, vense las piedras pintadas, vestigios rudos de ensayos en las bellas artes; perfiles de guanacos y otros animales, plantas humanas talladas en la piedra, cual si se hubiese estampado el rastro sobre arcilla blanda. Los médanos y promontorios de tierra suelen dejar escapar de sus flancos pintadas cántaras de barro llenas de maíz carbonizado, que las viejas sirvientas creen que es oro encantado para burlar la codicia de los blancos. Esto no estorba que en la ciudad huarpe de Calingasta se encontrasen dos platos toscos de oro macizo que sirvieron largo tiempo de pasar fuego por lo bonitos, hasta que un pasajero dió un peso por cada uno de ellos, y los vendió después en Santiago a don Diego Barros al fiel de la balanza.

Vivían aquellos pueblos de la pesca, en las lagunas de Huannacache, en cuyas orillas permanecen aún reunidos y sin mezclarse sus descendientes los laguneros; de la siembra del maíz, sin duda, en Tulum, hoy San Juan, según lo deja sospechar un canal borrado, pero discernible aún, que sale desde

el Albardón, y puede llevar hasta Caucete las aguas del río. Ultimamente, hacia las cordilleras, se alimentaban de la caza de los guanacos que pacen en manadas de gramilla de los falderos. Hasta hoy se conservan tradicionalmente las leyes y formalidades de la gran cacería nacional que practicaban los huarpes todos los años. Nada se ha alterado en las costumbres huarpes, sino la introducción del caballo. «Un corregidor y capitán general que fué »de la provincia de Cuyo, dice el padre Ovalle, »me contó que luego que los indios huarpes reco»nocen a los venados (guanacos), se le acercan, y »van en su seguimiento a pie a un medio trote, »llevándolos siempre a la vista, sin dejarles parar »ni comer, hasta que dentro de uno o dos días se »vienen a cansar y rendir, de manera que con fa»cilidad llegan y los cogen, y vuelven cargados con »la presa a su casa, donde hacen fiesta con sus »familias... haciendo blandos y suaves pellones de »los cueros, de los cuales son muy calientes y re»galados en el invierno (1).»

En los primeros meses de primavera, cuando los guanacos se preparan a internarse en las cordilleras, humedecidas y fertilizadas por el agua de los deshielos, córrese la voz en Jachal, Huandacol, Calingasta y demás parajes habitados, señalando el día y el lugar donde ha de hacerse la reunión para la grande cacería. Los jóvenes y mocetones acuden presurosos, trayendo consigo sus mejores caballos, que han estado de antemano preparando para aquella fiesta en que han de lucirse, y quedar pagados en reses muertas la destreza del jinete, lo certero del pulso para lanzar las bolas, y la seguridad y ligereza del caballo. El día designado vense llegar a

(1) "Histórica relación del Reino de Chile", por Alonso de Ovalle. 1646.

una espaciosa llanura los grupos de jinetes, los cuales, reunidos a caballo, tienen consejo para nombrar el juez de la caza, que lo es el indio más experimentado, y trazar el plan de las operaciones. A su orden se divide su dócil y sumisa comitiva en los grupos que él dispone, los cuales se separan en direcciones diversas, cuáles a cerrar el boquete de una quebrada, cuáles a manguear las manadas de guanacos hacia la parte del llano donde ha de hacerse la correría. Dos días después los polvos que levantan los fugitivos rebaños indican la aproximación del momento tan deseado. Los cazadores toman distancias, y cuatro pares de libes, ligeros cuanto basta para bolear guanacos, empiezan con gracia y destreza infinita a voltejear a un tiempo en torno de las cabezas de los jinetes. Huyen los guanacos despavoridos, sueltan a escape los caballos, sin aflojarles la rienda, por temor de las rodadas que son mortales a veces; pero que el gaucho indio evita, aunque cuente de seguro salir parado, por temor de quedarse atrás; y cuando los más bien montados han logrado ponerse a tiro, cuatro pares de bolas parten de una misma mano, ligando unas en pos de otras tantas reses de montería. Otros cuatro pares de bolas reemplazan a la carrera del caballo las que ya fueron empleadas, y el cazador diestro puede asegurar así diez, quince y aún más guanacos en la correría. Si la provisión de bolas se ha agotado, salta listo a tierra, ultima su presa, desembaraza los libes, y saltando de nuevo sobre el enardecido redomón, se lanza trás la nube de polvo los gritos de los cazadores y los relinchos de los caballos, hasta lograr, si puede, tomar posiciones. Suelen ocurrir una o dos desgracias por las caídas; vuelven los cazadores a reunir sus reses, que cada uno reconoce por las bolas que las amarran; y

si acaece alguna disputa, lo que es raro, pues es inviolable la propiedad de cada uno, el juez de la caza la dirime sin apelación. Vuelven los grupos a dispersarse en dirección a sus pagos; las mujeres aguardan con ansia los cueros de guanacos cuya lana sedosa están viendo ya en ponchos de listas matizadas, sin contar con la sabrosa carne que va a llenar la despensa, cuidado primordial de toda ama de casa. Los chicuelos hacen mil fiestas a un cervatillo de guanaco que cayó el primero en poder de los cazadores, y los alegres mocetones cuentan en interminable historia todos los accidentes de la caza y las rodadas que dieron, y las paradas.

Otra costumbre huarpe sobrevive, hija de la antigua y fatigosa caza a pie. Repetiré lo que observó el historiador Ovalle en su tiempo, y ahorraráme el lector entendido el trabajo de explicársela. «No »dejaré de decir una singularísima gracia que Dios »dió a estos indios, y es un particularísimo instinto »para rastrear lo perdido o hurtado. Contaré un caso »que pasó en la ciudad de Santiago (Chile) a vista »de muchos. Habiendo faltado a cierta persona unos »naranjos de su huerta, llamó a un huarpe, el cual »le llevó de una parte a otra, por esta y la otra »calle, torciendo esta esquina, y volviendo a pasar »por aquélla hasta que últimamente dió con él en »una casa, y hallando la puerta cerrada, le dijo: »toca y entra, que ahí están tus naranjos. Hízolo »así y halló sus naranjos. De estas cosas hacen todos »los días muchas de grande admiración, siguiendo »con gran seguridad el rastro, ora sea por piedras »lisas, ora por hierbas o por agua (1).»

¡Ilustre Calibar! ¡no has degenerado un ápice de tus abuelos! El célebre rastreador sanjuanino,

---

(1) "Ibid." Ovalle.

después de haber hecho con su ciencia devolver a muchos lo hurtado, y dejado salir de las cárceles a los presos, como sucedió con mi primo M. Morales, sin acertar a cortarle el rastro que había prometido no hallar, se ha retirado a morir a Mogna, morada de su tribu, dejando a sus hijos la gloria de su nombre, gloria que ha llegado a Europa de folletín en *Revista* copiando el párrafo del *Rastreador de Civilización y Barbarie;* dejando Calibar más duradero recuerdo en Europa que las barbaridades de Facundo, el blanco perverso e indigno de memoria.

¿Habéis visto por ventura unas canastillas de formas variadas que contienen los útiles de costura de nuestras niñas, cerradas de boca a veces, a guisa de cabeza de cebolla; o bien abiertas, por el contrario, como campana, con bordes brillantes y curiosamente rematados, salpicadas de motas de lana de diversos colores? Estas canastillas son restos que aún quedan en las lagunas de la industria de los huarpes. Servíanse, en tiempo de Ovalle, de ellas como vasos para beber agua, tan tupido era el tejido de una paja lustrosa, amarilla y suave, que crece a orillas de las lagunas de Huanacache. ¡Pobres lagunas destinadas a servir mejor que las de Venecia a poner en contacto sus lejanas riberas, llevando y trayendo en barquillas o en goletas de vela latina los productos de la industria y los frutos de la tierra! ¡El huarpe todavía hace flotar su balsa de totora para echar sus redes a las regaladas truchas; el blanco, embrutecido por el uso del caballo, desfila por el lado de los lagos con sus mulas, cargadas como las del contrabandista español, y si vais a hablarle de canales y de vapores como en los Estados Unidos, se os ríe, contento de sí mismo, y creyendo que vos sois el necio y el desacordado! Y, sin embargo, en Pie-de-Palo está el

carbón de piedra, en Mendoza el hierro, y entre ambos extremos mécese la superficie tranquila de las sinuosas lagunas, que el zabullidor riza con sus patas por desaburrirse. Todo está allí, menos el genio del hombre, menos la inteligencia y la libertad. ¡Los blancos se vuelven huarpes, y es ya grande título para la consideración pública saber tirar las bolas, llevar chiripá, o rastrear una mula!

La idea que el jesuíta Ovalle echaba a rodar en los reinos españoles, sobre las bendiciones del suelo privilegiado de San Juan, es todavía, doscientos años después, un clamor sin ecos, un deseo estéril...; «no hay duda que, si comienza a acudir »*gente de afuera*, aquella tierra será una de las »más ricas de las Indias, porque su grande fertili»dad y grosedad no necesitan de otra cosa que de »gente que la labre, y gaste la grande abundancia »de sus frutos y cosechas (1).» ¡Pobre patria mía! ¡Estáis en guerra, por el contrario, para rechazar a las *gentes de afuera* que acudirán; y arrojáis, además, de tu seno a aquellos de tus hijos que os aconsejan bien!

(1) Ovalle, "Histórica relación", lib. 11, cap. VI.

LOS HIJOS DE JOFRE

¿De dónde descienden los hombres que vemos brillar en nuestra época, en ministerios, presidencias, cámaras, cátedras y prensa? De la masa de la humanidad. ¿A dónde se encontrarán sus hijos más tarde? En el ancho seno del pueblo. He aquí la primera y la última página de la vida de cada uno de nuestros contemporáneos. Aquellas antiguas castas privilegiadas que atravesaban siglos contando el número de sus antepasados, aquel hombre inmortal que se llamaba Osuna, Joinville u Orleans, ha desaparecido ya por fortuna. ¡Cuánto ha debido depurarse la masa humana para arribar a sacar de su seno los candidatos que han de llamarse Pitt, Washington, Arago, Franklin, Lamartine, Dumas, y ser nobles de su país, y aun reyes de la tierra, sin que su elevación haya costado un gemido! Las antiguas familias coloniales han desaparecido en la República Argentina; en Chile se agarran todavía de la tierra y resisten al nivel del olvido que quiere pasar sobre ellas.

Luminoso rastro de sus proezas y valimiento había dejado el capitán Juan Jofré en la conquista e historia civil de Chile. En 1556 el cabildo de Santiago, sabedor del plan de un levantamiento general de indios que había urdido Lautaro, ordena a Juan Jofré entrar con treinta soldados a la tierra

de los promaucaes, y acudir con sus lanzas dondequiera que el incendio estalle; habiendo el capitán logrado el objeto, y dado tiempo a precaverse y prepararse para más decisiva jornada.

Mucha fama y peso debió darle esta proeza, pues que el 9 de Julio del mismo año, decretando el cabildo de Santiago que fuese fiesta solemne la de este santo, como patrón de la capital, nombró alférez real a Juan Jofré, con encargo de presentar en el día del santo el real estandarte en que salieron bordadas de oro las armas de la ciudad y en su cima la imagen del apóstol a caballo, cuya ceremonia quedó desempeñada el 24 del mismo mes, diciendo los alcaldes desde una ventana al alférez que estaba en la calle: *este estandarte entregamos a vuestra merced, señor alférez de esta ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, en nombre de Dios y de S. M., nuestro rey y señor natural; y de esta ciudad y del cabildo, justicia y regimieento de ella, para que con él sirváis a S. M. todas las veces que se ofreciere;* y el dicho capitán Jofré dijo que *así lo recibía y prometía de hacerlo y de cumplir,* y lo recibió a caballo; y se fueron todos juntos con otros caballeros, acompañándolo a la iglesia mayor, adonde oyeron vísperas, y después de acabadas tornaron a cabalgar, y anduvieron por las calles de esta ciudad hasta que volvieron a la casa de este capitán, adonde se quedó este estandarte (1). Cuál fuese su influencia y valimiento en los complicados negocios de aquella época, puede traslucirse del hecho de que, siendo don Juan Jofré alcalde de Santiago en 1557, recibió orden de convocar el cabildo el 6 de mayo, ante quien fueron presentados los poderes y despachos de don García Hurtado de Men-

(1) Gay, "Historia de Chile", t. I, cap. 28.

doza, quien, después de reconocida la autoridad de justicia mayor, puso en su empleo de alcalde a Diego Araya, no sin queja de injusticia hacia Jofré que fué depuesto.

Yo alcancé al último descendiente de don Juan Jofré, fundador de San Juan. Era don Javier un grueso y ostentoso señor, digno representante en 1820 de su ilustre abuelo. Su casa estaba contigua al consistorio municipal, como era general en las colonias, en que la cárcel y el gobernador ocupaban el mismo frente de la plaza de armas. La revolución de la independencia lo halló vivo, y se dieron un abrazo, haciendo él la inauguración solemne de la nueva época, en su salón espacioso, decorado de molduras de estuco de gusto delicado, obra de arquitectos de mérito que solían penetrar a las colonias, y aun producirse entre los jesuítas. Este salón, a que daban solemnidad colgaduras de damasco pendientes de perchas doradas, sirvió de sala para la inauguración de la representación provincial. Sus sillas de nogal y sus sofaes de terciopelo carmesí, han servido hasta ahora poco en todas las grandes solemnidades políticas, degradados ya y hechos trizas por la incuria gubernativa. El mismo salón sirve hoy de sala de billar, después de haber sido consagrado a funciones de teatro. Un álamo robusto se alzaba en el límite norte de su espacioso solar, que el hacha de la codicia no habrá respetado quizás. Era el padre de esos millones de álamos que hacen barata y fácil la construcción civil; era el primer inmigrante de su especie que se estableció en San Juan. A diez cuadras de la plaza hacia el Occidente se levanta una aguja o pirámide, que hoy eleva su punta truncada en medio de un erial desapacible. Dos veces la he visto por las tardes rodeada de dos o tres vacas

que iban a buscar abrigo bajo su sombra contra los rigores del sol. La pirámide aquella es la tumba de la revolución, muerta en la infancia, ruina ya a los treinta años de erigida. También señala la propiedad de don Javier Jofré y su patriotismo. De noche, cuando el aire reseco, tostado, se anda azotando por el rostro que baña sin refrescarlo, mi madre en el verano de 1816 iba con nosotros, niños aún, a pasearse en las alamedas en cuyo centro estaba la pirámide. Partían de allí dos diagonales a los extremos de un cuadrado, franqueado de lindas alamedas, a cuyos pies corrían líneas de lirios blancos y de rosas encarnadas. Cuatro pilastras, a guisa de basamentos de estatuas, señalaban los cuatro ángulos, y no sé qué idea confusa recuerdo de laberinto de callejuelas y círculos de varias direcciones. Viénenme aún las ráfagas de aire fresco y perfumado, y diviso grupos de faroles que arrojaban su luz por entre el follaje de los árboles. Construyó la pirámide el ingeniero español Díaz, de quien quedan tan chuscos recuerdos en la historia de la guerra de la independencia, y debía conmemorar la expedición del ejército libertador a Chile.

En 1839 uno de los herederos de don Javier Jofré reclamaba el terreno en que había estado el paseo público, por haber faltado la condición y el objeto con que fué donado. Y no encontrando objeción de parte del gobierno, el interesado preguntaba en mi presencia al ministro: ¿y *el pirame*, señor?... Quería decirle: ¿qué hacemos con aquel monumento? A lo que el ministro contestaba con una bondad infinita: «en cuanto al *pirame*, puede usted echarlo abajo...»

¡Yo lo he oído! Pocos días después escribí en el *Zonda* un artículo titulado *La Pirámide*, primera

vez que las fantásticas ficciones de la imaginación me sirvieron para encubrir la indignación de mi corazón. No la han destruído todavía los bárbaros; se necesita comenzar por la cúspide, y no sabrían armar un andamio.

LOS HIJOS DE MALLEA

Las familias españolas venidas posteriormente a establecerse en San Juan, se vengaron del hijodalgo Mallea en los hijos de la india reina de Angaco. ¡Decíanles mulatos! y yo los he alcanzado luchando todavía contra esta calumnia que se transmitió de padres a hijos. Mi madre, que no sabe que don Juan Eugenio de Mallea servía a sus expensas, con sus propias armas y caballos, me cuenta que don Luciano Mallea, a quien decían tío Luciano Mallea, era muy conocedor en genealogías, y sostenía, que eran ellos mestizos de pura y noble sangre. Fué aquel viejo el tipo de la colonia española, especie de patriarca pobre y severo, sentencioso en sus palabras, y además poeta, que tenía un adagio o un verso para cada ocurrencia de la vida. Los pueblos que no piensan viven de la tradición moral, y el Libro de los Proverbios anda desparramado entre los ancianos. Así decía con tono modulado el viejo Mallea a los jóvenes novios:

Cásate y tendrás mujer:
Si es bonita, que celar,
Si es fea, que aborrecer,
Si es rica, que obedecer,
Si es pobre, que mantener;
Cásate y tendrás mujer.

Cuando oía palabras descompuestas en boca de persona respetable, increpándolo decía con sorna: «no se ve el moco, sino de donde cuelga (1),» lo

(1) En la nariz se le columpia un moco.—**Quevedo.**

cual me trae a la memoria el haber visto a un personaje respetable de Chile hacer un gesto de asco al leer en una nota oficial estas palabras: *asqueroso, infame, vil.* Este no veía el moco sino de donde colgaba.

Otra rama de Mallea se debió establecer en Mendoza, pues el padre de don Alejo Mallea, hoy gobernador de aquella provincia, era su descendiente y se llamaba como él Juan Eugenio. En fin, los actuales representantes del alférez real entraron en nuestra familia por doña Angela Salcedo,. esposa de don Domingo Soriano Sarmiento, y don Fermín Mallea, marido de doña Mercedes. Doña Angela, viuda, me encargó de los negocios de su marido y de la primera educación de su hijo. Una esclava suya, alzada, la denunció en mi ausencia por unitaria, prueba de ello que tenía en un agujero escondidas unas cuantas talegas de plata. Acudió la policía y el ministro de gobierno a verificar el hecho; y los primeros funcionarios del Estado federalizado, atraídos irresistiblemente, seducidos por aquellos pesos fuertes... se llenaban los bolsillos en presencia de la inocente víctima de aquel salteo. Facundo, el ladrón de pueblos, tuvo asco esta vez de los suyos, y Benavides quince años después ha pagado parte del robo, por un movimiento de pudor que le honra.

Don Fermín Mallea, a quien aludo en mis *Viajes* con motivo de las ruinas de Pompeya, tuvo el fin más desdichado. Su muerte, acaecida en 1848, la deben los tribunales de justicia, y un día han de pagarla en la ignominia de sus hijos, los jueces, escribanos, partidores, que fueron de ella causa; en ellos, en la común ignorancia, en la torpeza de los jueces, en las pasiones desenfrenadas que azuza, en lugar de contener, un sistema de iniquidad que trae

escrito ya en la frente el crimen, encabezando todos sus actos con el sacramental *mueran;* que, al lanzar el decreto, deja escapar como la baba del leproso la injuria: *salvaje, inmundo, malvado...* ¡Ah! ¡la pagaréis en vuestros hijos, pueblos inmorales, víctimas degradadas, que os hacéis cómplices del vicio que desciende de lo alto!

Era mi tío Fermín de carácter áspero y de condición dura. Bastante me lo hizo sentir en mi juventud; pero estas genialidades no alcanzaban a empañar algunas dotes de corazón muy laudables. Creó a su lado un dependiente, Oro de apellido, que era la dulzura por excelencia, y tan honrado y laborioso, que Mallea, en recompensa, hubo de asociarlo en su negocio de tienda que ambos manejaban. Discurrieron los años; los negocios marchaban. Mallea distraía fondos para sus necesidades, y jamás una sola nubecilla turbó la armonía que resultaba de la extrema oposición de sus caracteres. Un día hubieron de balancear el negocio, y resultó que todo él pertenecía por cuenta de utilidades al dependiente. Mallea se mesaba los cabellos, echaba pestes, y negaba la evidencia; pero las cifras estaban ahí, matadoras, inflexibles. ¡El había sacado en diez años tanto, y el joven no había tocado nada! Y aquí de la tenacidad de Mallea. Del balance se pasó al contador, del contador a los jueces, y a los escritos; y de allí a la exasperación, las alcaldadas, y el pleito interminable. La naturaleza suave y amorosa de Oro no pudo resistir a tan dura prueba. Amaba entrañablemente a Mallea, y aquella tierna planta empezó a doblarse sobre su tallo marchito; a la hipocondría del ánimo se sucedió la postración física, y a la enfermedad, la muerte; porque el triste murió de pena, de ver la injusticia que le hacía su patrón y protector. ¡Los médicos abrieron

su cadáver y aseguran que le hallaron el corazón seco!

Mallea, en tanto que agitaba aquel malhadado pleito, un mes antes de la muerte del joven, había dejado de salir a la calle; hablaba a cuantos veía de su negocio, y a cada momento se le sorprendía abstraído, sacando una cuenta, cuyos números figuraba con el dedo en el aire. Los feudos y reyertas en las ciudades de provincia son, como todos saben, asuntos que glosan todas las mañanas los corrillos de comadres; y bajo aquel sistema de gobierno, donde no hay vida pública, donde es bueno callarse sobre todo, las cuestiones domésticas ocupan la atención pública y llenan, en lugar de periódicos, debates, partidos, proyectos, noticias y leyes, los ocios de las personas más graves. La muerte del joven Oro conmovió hasta los cimientos la ciudad entera. Larga procesión de vecinos condolidos acompañaba al panteón el fúnebre carro cuando cruje el rodado, rómpese, y es fuerza descender el féretro en la puerta misma del infortunado Mallea, que estaba a la sazón sacando afanado aquella fatal cuenta que lo traía confundido. ¡La maledicencia se decía por lo bajo, con ojos espantados, «¡castigo de Dios!» mientras que los jueces que habían con su inepcia traído este desenlace de una cuestión de cifras que no habían sabido aclarar en seis años, echaban plantas también de creer que hay una Providencia que castiga las malas acciones. ¡Ya se ve: el crimen allí no es crimen si lo comete el funcionario! El último resto de razón abandonó desde entonces a Mallea, y llorando día y noche, y borrajeando papel sin tregua, se fué desfigurando, carcomido por la duda, sacando su cuenta siempre por aclararla, aullando, cuando el llanto de su ojos se había agotado, hasta que expiró después de un suplicio de

muchos años, que hacían más agudo el amor y la estimación que conservaba por el joven que había mirado como hijo, y su propia honradez; pues que en todo este triste negocio no hubo más que terquedad de carácter, y pasiones desbordadas, que no supo ni quiso refrenar la injusticia e ineptitud de los jueces.

LOS SAYAVEDRAS

En el barrio de Puyuta había antes un antiguo pino, cuyo tronco sirve hoy de sostén del presbiterio en la iglesia de los Desamparados, el único edificio público construído en estos tiempos de barbarie, y un modelo de ignorancia de las reglas de la arquitectura, que un día será visitado con asombro por generaciones más ilustradas. Conocí a los dos últimos descendienntes del soldado de este apellido: fué el uno sentenciado a muerte por asesinato. El otro, llamado el indio Sayavedra, de talla gigantesca, de alma torva, fué bandido de profesión en Mendoza y San Juan, y llamado por su fama de desalmado al servicio de la federación en 1839, cuando el desembarco de Lavalle. Hubo de lancearme el 18 de noviembre de 1840 en la plaza, apellidándome *salvaje* y fué seis años después ajusticiado por crimen de asesinato. Así las cualidades guerreras de los abuelos degeneran en vandalismo, cuando las sociedades decaen y se degradan. ¡Ay de los hijos que se están educando en la escuela de los *mueran* y de la violencia!

LOS ALBARRACINES

A mediados del siglo XII, un jeque sarraceno, Al Ben Razin, conquistó y dió nombre a una ciudad y a una familia que después fué cristiana (1). M. Beauvais, el célebre sericicultor francés, ignorando mi apellido materno, y sin haberme visto con albornoz, me hacía notar que tenía la fisonomía completamente árabe; y como le observase que los Albarracines tenían, en despecho del apellido, los ojos verdes o azules, replicaba en abono de su idea que, en la larga serie de retratos de los Montmorency, aparecía cada cuatro o cinco generaciones el tipo normal de la familia. En Argel me ha sorprendido la semejanza de fisonomía del gaucho argentino y del árabe, y mi *chauss* me lisonjeaba diciéndome que, al verme, todos me tomarían por un creyente. Mentéle mi apellido materno que sonó grato a sus oídos, por cuanto era común entre ellos este nombre de familia; y digo la verdad, que me halaga y sonríe esta genealogía que me hace presunto deudo de Mahoma. Sea de ello lo que fuere, los viejos Albarracines de San Juan tenían en tan alta estima su alcurnia, que para ellos el hijo del alba habría sido a su lado, cuando más, un cualquiera. Una tía mía, casi mendiga, solía llegar a casa desde sus tierras de Angaco, coronando, sobre un rocín mal entrazado y

---

(1) "Diccionario geográfico histórico", art. Albarracín.

huesoso, unas grandes alforjas atestadas de legumbres y pollos, echando pestes contra don Fulano de Tal, que no la había saludado porque ella era pobre. Y entonces se seguía la reseña de los cuatro abolengos del infeliz que no escapaba, a la segunda o tercera generación, de ser mulato por un lado y zambo por el otro, y además excomulgado. Yo he encontrado a los Albarracines, sin embargo, en el borde del osario común de la muchedumbre obscura y miserable. A más de aquella tía, había otro de sus hermanos imbécil que ella mantenía; mi tío Francisco ganaba su vida curando caballos, esto es, ejerciendo la veterinaria sin saberlo, como M. Jourdain escribía prosa sin haberlo sospechado. De los otros once hermanos y hermanas de mi madre, varios de su hijos andan ya de poncho con el pie en el suelo, ganando de peones real y medio al día.

Y, sin embargo, esta familia ha ocupado un lugar distinguido durante la colonia española, y de su seno han salido altos y claros varones que han honrado las letras en los claustros, en la tribuna de los congresos, y llevado las borlas de doctor o la mitra. Distínguense los Albarracines, aun entre la plebe, por los ojos verdes o celestes, como antes dije, y la nariz prominente, afilada y aguda, sin ser aquilina. Tienen la fama de trasmitir de generación en generación aptitudes intelectuales que parecen orgánicas, y de que han dado muestras cuatro o cinco generaciones de frailes dominicos, padres presentados, y que terminan en fray Justo de Santa María, obispo de Cuyo. Los jefes de esta familia fundaron el convento de Santo Domingo en San Juan, y hasta hoy se conserva en ella el patronato y la fiesta del Santo, que todos hemos sido habituados a llamar Nuestro Padre. Hay un Domingo en cada una de las ramas en que se subdivide, como hubo siempre dos y aun tres frailes

dominicos Albarracines a un tiempo. Fuélo un hermano de mi madre, secularizado, don Juan Pascual, cura de la Concepción, excelente teólogo y empecinado unitario; y hasta la clausura del convento en 1825 se halló entre sus coristas un representante de la familia patrona de la orden. Sábese que en aquella Edad Media de la colonización de la América, las letras estaban aisladas en los conventos, siendo una capucha de fraile signo reconocido de sapiencia, talismán que servía a preservar acaso el cerebro contra todo pensamiento herético. No celó del todo, no obstante, al del célebre fray Miguel Albarracín, cuya gloriosa memoria se ha conservado hasta hoy como la gala y alarde del convento.

Hay raras manías que aquejan el espíritu humano en épocas dadas; curiosidades del pensamiento que vienen no se sabe por qué, como si en los hechos presentes estuviese indicada la necesidad de satisfacerlas. A la piedra filosofal que produjo en Europa la química, se sucedió en América la cuestión famosa del milenario, en que todo un San Vicente Ferrer había quedado chasqueado. Sobre el milenario han escrito varios, haciéndose notar Lacunza, chileno, cuya obra se publicó en Londres no ha mucho tiempo. Mucho antes que él, había ensayado su sagacidad en resolver tan arduo problema el doctor fray Miguel, de quien es tradición conventual que tenía ciencia infusa: tanto era su saber. El infolio que escribió sobre la materia fué examinado por la inquisición de Lima, el autor citado ante el santo oficio acusado de herejía, y con ansiedad de sus cofrades, fué a aquella remota corte a responder a tan temible cargo.

Era la inquisición de Lima un fantasma de terror que había mandado la España a América para intimidar a los *extranjeros*, únicos herejes que temía; y a falta de judaizantes y heretizantes, la inquisición

cebaba de cuando en cuando alguna vieja beata que se pretendía en santa comunicación con la virgen María, por intermedio de ángeles y serafines; o alguna otra menos delicada que prefería entenderse con el ángel caído. La inquisición se hacía la desentendida por largo tiempo, jugaba a la gata muerta, y cuando la fama de santidad o de endiablamiento estaba madura, caía sobre la infeliz ilusa, traíala al santo tribunal, y, después de largo y erudito proceso, hacía de su flaco cuerpo agradable y vivaz pábulo de las llamas, con grande contentamiento de las comunidades, empleados y alto clero, que por millares asistían a la ceremonia.

Existen en Lima varios procesos de *autos de fe*, entre ellos uno muy notable contra Angela Carranza, natural de la ciudad de Córdoba del Tucumán, quien pasó a la ciudad de Lima por los años de 1665, y empezó a adquirir fama de santidad y de favorecida del Cielo. Dióse a escribir sus revelaciones ocho años más tarde, diciéndose asistida e inspirada por los doctores de la Iglesia. Estos escritos llegaron a componer más de 7.500 hojas, en forma de diario, hasta el mes de diciembre de 1688, época en que cayeron en poder del santo oficio de Lima, el cual los calificó de heréticos y blasfemos. Encerrada en las cárceles de la inquisición el 21 de diciembre de 1668, entablaron contra ella un proceso que duró por espacio de seis años, resultando condenada a «salir en auto de fe público en forma de »penitente, con vela verde, soga a la garganta, y a »estar encerrada en un monasterio por espacio de »cuatro años». La ejecución de esta sentencia tuvo lugar el 20 de diciembre de 1693, como consta de una relación publicada en Lima por la Imprenta Real el año 1695. El nombre de esta mujer se conserva aún en todos los pueblos del Perú, y la

dicha descripción del auto de fe en que se habla de ella, es uno de los libros más raros de cuantos se han impreso en Lima.

El gran delito de esta beata fué prendarse de un amor místico muy subido de dos personajes pacíficos de nuestra historia cristiana; Santa Ana y San Joaquín, a quienes describe con todos sus pormenores. Era nuestra señora Santa Ana, «muy her»mosa, algo metida en carnes, befa de labios, las »manos muy blancas. Y San Joaquín, de facciones »toscas y nariz grande; aunque viejo no inspiraba »asco a su esposa, porque era aseado y se vestía »bien. Del preñado de la señora Santa Ana nacieron »CRISTO Y MARÍA, pero Cristo como cabeza de »María; y cuando Cristo nació de la señora Santa »Ana, renacieron también Joaquín y Ana; y cuando »Santa Ana alimentó con su leche a la Virgen San»tísima, Jesucristo también la mamaba; y de los pe»chos de Santa Ana solamente mamaron Cristo y »María; pero quien primero mamó fué Jesucristo.»

Después de las beatas venían los *extranjeros,* de los cuales, entre otros, hay un Juan Salado, francés, que fué quemado sin otra causa racional que la novedad de ser francés, *rara avis* entonces en las colonias y objeto de odio para los pueblos españoles. Pero como sucede siempre con todos los poderes absolutos e inicuos, en Lima, entre las víctimas de la inquisición cayó una vez un deudo de San Ignacio de Loyola, quien, acusado de judío judaizante, por sus criados que querían robarlo, murió en la prisión, y el santo tribunal le hizo enterrar secretamente. Andando el tiempo, empero, hubo de morir uno de los criados, y declaró en artículo de muerte su villanía, y la inquisición se propuso reparar el daño con el cadáver que se hizo exhumar al efecto. De las costumbres, horriblemente pueriles

de aquella época, podrá formarse idea por los extractos de la sentencia absolutoria que sigue: «Don »Juan de Loyola Haro de Molina, natural de la »ciudad de Ica, donde obtuvo los honrosos empleos »de maestre de campo del batallón, y varias veces »el de alcalde ordinario, siendo de primer voto en »su ilustre cabildo y regimiento, de poco más de »60 años de edad, de estado soltero, que, preso »por este santo oficio, murió; salió el auto en esta»tua, y estando en forma de inocente con palma »en las manos y vestido de blanco, se le leyó su »sentencia absolutoria, dándole por libre de los de»litos de *herejía y judaísmo,* que por maliciosa »conspiración y falsa calumnia se le imputaron. Res»tituídos, pues, el buen nombre, opinión y fama que »antes de su prisión gozaba, se mandó saliese en »el acompañamiento entre dos sujetos distinguidos, »que el santo tribunal señaló para que le apadrina»sen en la procesión de reos, y que, al tiempo de »alistarse la función en la iglesia, se colocase la es»tatua en medio de los más calificados del con»curso; y levantándose cualesquiera secuestros y »embargos hechos en sus fincas y bienes, se entre»gasen del todo, según el inventario que de ellos »se hizo cuando se secuestraron; y que, si sus her»manos, sobrinos y parientes quisiesen pasear la es»tatua por las calles públicas y acostumbradas, en »un caballo blanco hermosamente enjaezado, lo ejecu»tasen al día siguiente del auto, en que los ministros »del santo tribunal debían de hacer cumplir la pena »de azotes que se impuso a cada reo; y que en aten»ción a haberse de orden del santo tribunal sepul»tado secretamente su cadáver en una capilla de »la iglesia de Santa María Magdalena, recolección de »Santo Domingo, pudiesen exhumarlo para hacerle »públicas exequias, trasladándole al lugar que por su

»última voluntad señaló para su entierro; y que a »sus hermanos y parientes se despachasen testimo»nios de este hecho, para que en ningún tiempo »la padecida calumnia le sea embarazo a obtener »los más sobresalientes empleos, así políticos, como »cargos del santo oficio, honrándoles el tribunal con »las gracias que juzgare proporcionadas para com»probar la inocencia del expresado don Juan de »Loyola, difunto. Fueron sus padrinos don Fermín »de Carvajal, conde del Castillejo, y don Diego de »Hesles Campero, brigadier de los reales ejércitos de »S. M. y secretario de la cámara del Excmo. señor »conde de Super-unda, virrey de Lima.»

Describiendo un autor limeño esta rara rehabilitación, dice: «en la procesión del santo oficio desde »su casa hasta Santo Domingo... dos lacayos vesti»dos de costosa librea cargaban una estatua que »trayendo al pecho un rótulo grabado en una lámina »de plata de delicado buril, expresaba el nombre »y apellido del inocente don Juan de Loyola que, »falsamente calumniado de los abominables delitos »de *hereje* y *judío judaizante*, murió por los años »de 1745, preso por este santo tribunal, aunque poco »antes de su fallecimiento ya había empezado a »descubrirse la inicua conspiración de los falsos ca»lumniantes. Era el vestido que llevaba de *lana* »*blanca* color que simboliza su inocencia, guarnecido »de finísimos sobrepuestos de oro de *Milán*, con »botonaduras de diamantes, y salpicado de varias »joyas de cuantioso precio, que hermoseaban toda »la tela. En la una mano traía la palma, insignia »de su triunfo, y en la otra su bastón de puño de »oro con riquísima pedrería, por haber obtenido en »la ciudad de Ica, de donde era nativo, siendo ori»ginario de la ilustrísima casa de Loyola, en el »lugar de Azpeitia de la provincia de Guipúzcoa, los

»honores y distinguidos cargos de maestre de campo »de la caballería, y varias veces el de alcalde or»dinario (1).»

Así el verdugo de la pobre confederación, cuando ya no encuentra algún *salvaje* unitario que entregar al santo oficio de la mazorca, toma una Camila O'Gorman, un niño de vientre, y un cura en pecado, para hacerlos matar como a perros, a fin de refrescar de cuando en cuando el terror adormecido por la abyecta sumisión de los pueblos envilecidos. El despotismo brutal nunca ha inventado nada de nuevo. Rosas es el discípulo del doctor Francia en sus atrocidades, y el heredero de la inquisición española en su persecución a los hombres de saber y a los extranjeros. Los tres han embrutecido el Paraguay, la España y la República Argentina, dejándoles en herencia la nulidad y la vergüenza para años y siglos. La Bruyère, el moralista francés, escribía ahora cerca de un siglo: «no se necesita ni arte ni ciencia para »ejercer la tiranía, y la política que no consiste más »que en derramar sangre es por demás limitada y »sin refinamiento; ella inspira matar a aquellos cuya »vida es un obstáculo a nuestra ambición; y un »hombre que ha nacido cruel hace eso sin dificultad. »Es ésta la manera más horrible y más grosera de »sostenerse o, de elevarse (2).»

¿Qué más podremos ahora decir de Rosas, pobre remendón de viejo, con algunas brutalidades de su propia invención? La cinta colorada mandóla usar Tiberio en su retrato, y ahora dos mil años eran

(1) Relación del auto particular de fé, celebrado en la iglesia de Santo Domingo, el 19 de octubre de 1749, etcétera, por don J. Eusebio de Llano Zapata, literato que ha escrito muchas obras interesantes; viajó mucho por Europa y América, y pocos saben que nació y se educó en Lima.

(2) "Caracteres de La Bruyére", tom. 1, pág. 232.

en Roma azotados los ciudadanos en las calles, cuando no llevaban en su pecho la efigie del emperador, según nos lo refiere Tácito. La inquisición tenía sus frases de proscripción, *herejes, judaizantes,* como el *salvajes unitarios* de ahora; y tan inerrable es la filiación de estas ideas, que el coronel Ramírez me ha llamado *judío* para adular al inquisidor argentino. ¡Pobres españoles!

Vuelvo a fray Miguel Albarracín. Ante aquel tribunal debía presentarse el docto fray Miguel Albarracín, y justificar osadas doctrinas que sobre el *milenario* había emitido. Afortunadamente, era, dicen, elocuente el fraile como un Cicerón, cuyo idioma poseía sin rival; profundo como un Tomás; sutil como un Scott, y Dios mediando y a lo que yo creo, no entendiendo ni él ni la inquisición jota de todo aquel fárrago de conjeturas sobre una profecía que anuncia un cambio en los destinos del mundo, salió victorioso de la lucha, maravillando a sus jueces por instituto dominicos también, con aquellos tesoros de la escolástica argucia de que hizo ostentación y alarde. Lo que es digno de notarse es que, pocos años después de producidos los *milenarios,* apareció la revolución de la independencia de la América del Sur, como si aquella comezón teológica hubiese sido sólo barruntos de la próxima conmoción.

Mi tío fray Pascual, viéndome niño entendido y ansioso de saber, me explicaba la obra de Lacunza, diciéndome con orgullo indignado: estudia este libro, que ésta es la obra del grande fray Miguel, mi tío, y no de Lacunza, que le robó el nombre, sacando el manuscrito de los archivos de la inquisición, donde quedó depositado; y me mostraba entonces la alusión que Lacunza hace de una obra sobre el milenario, de autor americano que no osó citar. Después he

creído que la vanidad de familia hacía injusto a mi tío con el pobre Lacunza.

El maestre de campo don Bernardino Albarracín venía, dicen, de Esteco, la ciudad sumergida, en cuyos alrededores poseía la familia centenares de leguas de una donación real, y que heredó más tarde una señora Balmaceda, apellido extinto hoy que ha dejado el nombre de un puente, y dado por la línea materna un gobernador a San Juan. El hijo del maestre de campo, don Cornelio, casó con la hija de don José de la Cruz Irarrázabal, oriundo de Santiago de Chile, familia extinta allá también, que ha dejado el templo de Santa Lucía, fundado y rentado por la munificencia de doña Antonia Irarrázabal, y la fiesta del Dulce Nombre de María, cuyo patronato se conserva en una rama de nuestra familia. Las casas del Dulce Nombre, degradadas hoy a fuerza de servir de cuarteles a las tropas a causa de su extensión, sirvieron de habitación suntuosa a la rica y poderosa doña Antonia, a quien, no teniendo hijos, iban sucesivamente a acompañar mi madre u otras de sus sobrinas.

Hay pormenores tan curiosos de la vida colonial, que no puedo prescindir de referirlos. Servían a la familia bandadas de negros esclavos de ambos sexos. En la dorada alcoba de doña Antonia dormían dos esclavas jóvenes para velarle el sueño. A la hora de comer, una orquesta de violines y arpas, compuesta de seis esclavos, tocaba sonatas para alegrar el festín de sus amos; y en la noche dos esclavas, después de haber entibiado la cama con calentadores de plata, y perfumado las habitaciones, procedían a desnudar al ama de los ricos faldellines de brocato, damasco o melanita que usaba dentro de casa, calzando su cuco pie media de seda acuchillada de colores, que por canastadas en-

viaba a *repasar* a casa de sus parientas menos afortunadas. En los grandes días las telas preciosas recamadas de oro, que hoy se conservan en casullas en Santa Lucía, daban realce a su persona, que, éntre nubes de encaje de Holanda, abrillantaban, aún más, zarcillos enormes de topacios, gargantillas de coral y el rosario de venturinas, piedras preciosas de color café entremezcladas de oro, y que divididas de diez en diez por limones de oro torneados en espiral y grandes como huevos de gallina, iban a rematar cerca de las rodillas en una gran cruz de palo tocado en los Santos Lugares de Jerusalén y engastada en oro e incrustada de diamantes. Aun quedan en las antiguas testamentarías ricos vestidos y adornos de aquella época, que asombran a los pobres habitantes de hoy, y dejan sospechar a los entendidos que ha habido una degeneración. Montaba a caballo con frecuencia, precedida y seguida de esclavos, para dar una vista por sus viñas, cuyos viejos troncos vénse aún en las capellanías de Santa Lucía.

Una o dos veces al año tenía lugar en la casa una rara faena. Cerrábanse las gruesas puertas de la calle, claveteadas de enormes clavos de bronce, y poníanse en incomunicación ambos patios, para apartar a la familia menuda; entonces, cuéntame mi madre que la negra Rosa, ladina y curiosa como un mico, la decía en novedoso cuchicheo: ¡hoy hay *asoleo!* Aplicando con tiento en seguida una escalera de mano a una ventanilla que daba hacia el patio, la astuta esclava alzaba a mi madre, aun chicuela, cuidando que no asomase mucho la cabeza, para atisbar lo que en el gran patio pasaba. Cuan grande es, me cuenta mi madre, que es la veracidad encarnada, estaba cubierto de cueros en que tendían al sol en gruesa capa pesos fuertes ennegrecidos, para

despejarlos del moho; y dos negros viejos que eran depositarios del tesoro, andaban de cuero en cuero removiendo con tiento el sonoro grano. ¡Costumbres patriarcales de aquellos tiempos, en que la esclavitud no envilecía las buenas cualidades del fiel negro! Yo he conocido a tío Agustín, y a otro negro Antonio, maestro albañil, pertenecientes a la testamentaría de don Pedro del Carril, el último ricohombre de San Juan, que guardaban hasta 1840 dos tejos de oro y algunas pocas talegas. Fué la manía de los colonos atesorar peso sobre peso, y envanecerse de ello. Aun se habla en San Juan de entierros de plata de los antiguos, tradición popular que recuerda la pasada riqueza, y no hace tres años que se ha excavado la bodega y patios de la viña de Rufino, en busca de los miles que ha debido dejar y no se encontraron a su muerte. ¿Qué se han hecho, ¡oh, colonos! aquellas riquezas de vuestros abuelos? ¿Y vosotros, gobernadores federales, militares verdugos de pueblos, podríais reunir estrujando, torturando a toda una ciudad, la suma de pesos que ahora sesenta años no más encerraba el solo patio de doña Antonia Irarrázabal?

Yo me he asombrado en los Estados Unidos al ver en cada aldea de mil almas uno o dos Bancos, y saber que existen por todas partes propietarios millonarios. En San Juan no ha quedado una fortuna en veinte años de federación. Carriles, Rosas, Rojos, Oros, Rufinos, Jofrés, Limas, y tantas otras familias poderosas, yacen en la miseria, y descienden de día en día a la chusma desvalida. Las colonias españolas tenían su manera de ser, y lo pasaban bien, bajo la blanda tutela del rey; pero vosotros habéis inventado reyes con largas espuelas nazarenas y apenas desmontados de los potros que domaban en las estancias, creyendo que el más ne-

gado es el que mejor gobierna. La riqueza de los pueblos modernos es hija sólo de la inteligencia cultivada. Foméntanla caminos de hierro, vapores, máquines, fruto de la ciencia; dan la vida, la libertad de todos, el movimiento libre, los correos, los telégrafos, los diarios, la discusión, la libertad, en fin. ¡Bárbaros! Os estáis suicidando; dentro de diez años, vuestros hijos serán mendigos o salteadores de caminos. ¡Ved la Inglaterra, la Francia, los Estados Unidos, donde no hay *Restaurador de las leyes*, ni estúpido *Héroe del desierto*, armado de un látigo, de un puñal, y de una banda de miserables para gritar y hacer efectivo el *mueran los salvajes unitarios*, es decir, los que ya no existen, y entre quienes se contaron tantos ilustres argentinos! ¿Habéis oído resonar en el mundo otros nombres que los de Cobden, el sabio reformador inglés; Lamartine el poeta; o los de Thiers y Guizot, historiadores, y siempre por todas partes, en la tribuna, en los congresos, en el gobierno, sabios y no labriegos o pastores rudos, como los que vosotros habéis armado del poder absoluto para vuestro daño?



LOS ORO

Casóse doña Elena Albarracín con don Miguel de Oro, hijo, según tradición de la familia, del capitán don José de Oro, que vino a la conquista después de terminadas las guerras del Gran Capitán en Italia. Llevóle en dote bienes de fortuna y el patronato de Santo Domingo, que se conserva aún entre sus descendientes; y si dos generaciones no habían desmentido la reputación de sesudos que traía la sangre Albarracín, por la línea de don Miguel, vínoles a sus hijos una imaginación ardiente, caracteres osados, y tal actividad de espíritu y de acción, que hasta las mujeres de aquella casa se distinguen por cualidades notabilísimas en que el conato de la ambición y la sed de gloria corren parejas. Tenía don Miguel un hermanno clérigo, loco, está loca hoy una de sus hijas, monja, y el presbítero don José de Oro, mi maestro y mentor, tenía tales rarezas de carácter que, a veces por disculpar sus actos, se achacaba a la locura de familia las extravagancias de su juventud. Capellán del número 11 del ejército de los Andes, jinete como el primero, compañero de camorras y locuras del célebre Juan Apóstol Martínez, no estorbándole la sotana para llevar el uniforme de su batallón y sable largo de la época, tenía desenfado bastante para atravesar su caballo con una real moza en ancas, a la puerta de un baile, y desnudar su

alfanje y chirlear al más pintado, si tenía la rara ocurrencia de hallárselo a mal. Compañeros suyos de francachela me han asegurado que había en esto más malicia y travesura que verdadero libertinaje.

Lígase mi infancia a la casa de los Oro por todos los vínculos que constituyen al niño miembro adoptivo de una familia. Era mi madrina, y esposa de don Ignacio Sarmiento, mi tío, la matrona doña Paula, blanda de carácter como una paloma, grave y afectuosa a la par como una reina, y un tipo de la perfección de la madre de familia entre nosotros. Don José, el presbítero, llevóme de la escuela a su lado, enseñóme el latín, acompañéle en su destierro en San Luis, y tanto nos amábamos maestro y discípulo, tantos coloquios tuvimos, él hablando y escuchándole yo con ahinco, que, a hacer de ellos uno solo, reputo que haría un discurso que necesitaría dos años para ser pronunciado. Mi inteligencia se amoldó bajo la impresión de la suya, y a él debo los instintos por la vida pública, mi amor a la libertad y a la patria, y mi consagración al estudio de las cosas de mi país, de que nunca pudieron distraerme ni la pobreza, ni el destierro, ni la ausencia de largos años. Salí de sus manos con la razón formada a los quince años, valentón como él, insolente contra los mandatarios absolutos, caballeresco y vanidoso, honrado como un ángel, con nociones sobre muchas cosas, y recargado de hechos, de recuerdos y de historias de lo pasado y de lo entonces presente, que me han habilitado después para tomar con facilidad el hilo y el espíritu de los acontecimientos, apasionarme por lo bueno, hablar y escribir duro y recio, sin que la prensa periódica me hallase desprovisto de fondos para el despilfarro de ideas y pensamientos que reclama. Salvo la vivacidad tur-

bulenta de su juventud, que yo fuí siempre taimado y pacato, su alma entera trasmigró a la mía, y en San Juan mi familia, al verme abandonarme a raptos de entusiasmo, decía: ahí está don José Oro hablando; pues hasta sus modales y las inflexiones de voz alta y sonora se me habían pegado. Creílo, durante el tiempo en que vivimos juntos, un santo, y me huelgo de ello, que así pudo trasmitirme sus sabios consejos, sin que embotara su eficacia, la duda que trae el ejemplo contrario. De hombre barbado y por la voz pública, supe de otros su historia. Era insigne domador, de apostárselas a don Juan Manuel Rosas, y a la fiesta del *Acequión,* descendía de las montañas donde tenía su hacienda de ganados de los *Sombreros,* cabalgando un potro, garantidas sus piernas por espesos guardamontes que le permitían salvar barrancos y esteros, y arremeter con los altos y tupidos espinos que embarazan el tránsito en nuestros campos. La energía de su físico le acompañó hasta la vejez, y una vez le ví agarrar a un español cuadrado y hacerlo rodar diez varas por el suelo. Era valiente y se preciaba de serlo, gustaba de las armas, y una chapa de pistolas adornaba siempre la cabecera de su silla. Vestía de paisano con chaqueta, y no rezaba el breviario por concesión especial del Papa. Gustaba con pasión de bailar, y él y yo hemos fandangueado todos los domingos de un año enredándonos en pericones y contradanzas en San Francisco del Monte, en la Sierra de San Luis, en cuya capilla, estando él de cura, reunía por las noches, después de la plática de la tarde, a las huasitas blancas o morenas, que las hay de todo pelaje y lindas como unas Dianas, para domesticarlas un poco, porque ningún pensamiento deshonesto se mezcló nunca a estos recreos inocentes. No digo que

no hiciese de las suyas cuando joven, que eso no me atañe. Tenía un profundo enojo con la sociedad, de que huía, no viéndosele en la ciudad sino en la fiesta de Santo Domingo, o en el púlpito. Díjome una vez que llevaba predicados setenta y seis sermones hasta 1824; y como yo le escribí tres o cuatro de ellos, puedo hablar de su oratoria concisa, llena de sensatez y de ideas elevadas, expresadas en lenguaje fresco, y sin aquel aparato de citas latinas y palabras abibliadas. Señores, decía al comenzar su sermón, dirigiéndose al público desde el fondo del púlpito, donde permanecía inmóvil, cruzados los brazos sobre el pecho, para evitar el manoteo de ceremonial, y pronunciaba su oración en tono de conversación, parecido al sistema que M. Thiers ha introducido con tanto brillo en la cámara francesa. Una vez dictándome un sermón de San Ramón, recordó una escena de infancia en que había sido aplastado por una tapia, y sido necesario desmoronarla sobre sus hombros, a golpes de azadón, para desembarazarlo. Salváronlo los huesos de hierro en que estaba armado su cuerpo, colocado de bruces sobre pies y manos, y la interseción de San Ramón, a quien invocaba llorando su madre, sobre cuyo corazón resonaba cada golpe de azada, temiendo que reventaran el hijo de sus entrañas, mientras que el fornido travieso gritaba desde abajo: «den no más, que todavía aguanto». Hacía alusión a esto milagro del santo, y el llanto de la gratitud empezó a humedecer su voz, a medida que me iba dictando; anublábanseme a mí los ojos, y caían sobre el papel gruesas lágrimas que echaban a perder lo escrito e impedían continuar, hasta que soltando él el llanto de recio, pude yo desahogarme, y, oyéndome él, me llamó con sus brazos, y sollozamos juntos largo rato, hasta que

me dijo, ¡dejémoslo para mañana... somos unos niños!

La manera de trasmitirme las ideas habría hecho honor a los más grandes maestros. Llevábamos un cuaderno, con el título de *Diálogo entre un ciudadano y un campesino,* que siento haber perdido no hace mucho tiempo. Era yo el ciudadano, y sabiendo la gramática castellana y comparando con ella la latina, me iba enseñando las diferencias. Declinaciones distintas de las de Nebrija servían de tema, y al estudio de las leyes de la conjugación se seguía el de los verbos regulares formados por mí sobre las radicales. De mis preguntas y de sus respuestas, íbase de día en día engrosando el diario, y a poco, y siempre estudiando los rudimentos, empecé a traducir en lugar de *Ovidio* y *Cornelio Nepos* un libro de geografía de los jesuítas. Dábale lectura casi siempre a la sombra de unos olivos, y más que al latín, me aficionaba a la historia de los pueblos, que él animaba con digresiones sobre la tela geográfica de la traducción. Así olvidé y volví a estudiar varias veces el latín, pero desde niño fué mi estudio favorito la geografía. Pasábamos en pláticas variadas el tiempo, y de ellas algún dato útil se quedaba siempre asentado en mi memoria. Todos los accidentes de la vida suministraban asidero a alguna observación, y yo sentía de día en día que el horizonte se me agrandaba visiblemente. Una vez me dijo:—pásame tal libro de sobre la cómoda.—Al tomarlo hube de remover el mueble, y un crucifijo de bella escultura que había en ella se estremeció, escurriéndosele la corona de cordel entretejido sobre el cabello de madera hasta detenerse sobre los hombros. «¿Qué le ha »sucedido al Señor?—me preguntó con tono blando. »—Es que yo fuí a tomar el libro, y la cómoda...

»—No importa—me replicó,—explícame lo que ha »sucedido y por qué.»—Hícelo, en efecto, y añadió: en Chile sucedió en un temblor lo mismo que tú has visto; y me contó la historia del Señor de Mayo, con comentarios que al vulgo de los creyentes habrían parecido impíos, citándome las disposiciones del Concilio de Trento sobre imágenes innobles y sobre la autenticidad de los milagros y los requisitos *legales*, diré así, para estar en el deber de darle crédito. No hace muchos años que, dando cuenta de una pieza de teatro, añadí, sin saberlo, qué sé yo qué frase en que entraba la monja Zañartú. ¡Grande alboroto en Santiago! Gruesas y gordas injurias me llovieron sobre la columnia, y hasta un personaje de la Iglesia metió su cucharada contra el *escándalo*. ¿De dónde diablos, me decía yo a mí mismo confundido, he sacado yo este maldito cuento? Era, según pude recordarlo, historia que me había contado mi tío José; pero que yo creía basada en autoridad de cosa juzgada y de ahora cien años. Guardéme mi explicación para mí mismo, mandando de retirada algunas merecidas andanadas a mis adversarios.

Cuidábase don José de expurgar mi tierno espíritu de toda preocupación dañina, y las candelillas, los duendes y las ánimas desaparecieron después de largas dudas y aun resistencias de mi parte. Estábamos una noche solos ambos en nuestra solitaria habitación de San Francisco del Monte, y había velándose en la vecina iglesia el cadáver de una mujer hidrópica. Anda, Domingo, me dijo, y traéme de la sacristía el misal, que necesito ver un *spcibus* que hay, contra lo que dice Nebrija. Tenía yo que entrar por la puerta de la iglesia, dejar atrás el ataúd rodeado de velas, tomarle una, o resolverme a engolfarme en el cañón obscuro del edificio, y

entrar en la sacristía. Estuve sudando a mares en la puerta gran rato, avanzando un paso y retrocediendo, hasta que desenvolviéndose el miedo que se estimula a sí mismo y multiplica sus fuerzas, yo renuncié a entrar, y me volvía, cola entre piernas, a confesarle a mi tío que tenía miedo a los difuntos; iba resuelto como un balandrón puesto a prueba, a pasar por la vergüenza de humillarme hasta merecer el desprecio, cuando por una ventanilla ví la cara plácida, tranquila de mi tío que dejaba deslizar lentamente el humo de una reciente fumada del cigarro. Al ver esta fisonomía noble me creí un vil, y volviendo sobre mis pasos, entré a la iglesia, dejé atrás al difunto, y en alas del sentimiento del honor, que no ya del miedo, tomé a tientas el libro y salí levantándolo alto, como si dijera ya a mi maestro; he aquí la prueba de que no tengo miedo. De regreso, empero, parecíame de lejos que no había espacio suficiente para pasar sin exponerme a que el difunto me echase garra de las piernas. Esta seria reflexión me conturbó un momento, y describiendo en torno suyo un círculo, vuelto el cuerpo y los ojos hacia él, rozando la espalda contra la muralla, marchando de lado, después para atrás por no perderlo de vista hasta tomar la puerta, yo salí de aquella aventura sano y salvo, y mi tío recibió el libro, y buscó en él y halló el caso. Peró él ignoró toda su vida las peripecias que habían agitado mi espíritu en seis minutos. Yo había sido vil, grande, heroico y miedoso, y pasado por un infierno, por no sentirme indigno de su aprecio.

La historia de don José de Oro puedo recomponerla de mis recuerdos. Estudió y se ordenó en Chile y sé casi todos los accidentes de su vida de colegio. Clérigo joven, ardiente y gaucho, hacía

arreos de mulas para Salta, cuando la reconquista de Chile hubo de ofrecer a su ardorosa virilidad campo más digno. Hallóse en la batalla de Chacabuco y auxilió a varios moribundos en medio de la metralla. Nunca pude hacer a San Martín, en Francia, entrar en pormenores sobre sus desagrados con el clérigo Oro; pero ellos habían chocado, y los Oros sido presos como partidarios de los Carreras, o más bien como enemigos de San Martín y de don Ignacio de la Rosa, su teniente en San Juan. Conservábales una profunda enemiga, y me hablaba siempre de sus feudos. Algo de serio debió, sin embargo, ocurrir, puesto que, cuando nos reunimos, hacía años que estaba sepultado en su viña, sin relaciones y separado de toda ingerencia en las cosas públicas. Durante la administración ilustrada de don Salvador M. del Carril fué nombrado representante de la junta provincial, y su presencia bastó para cortar una grave cuestión que se debatía de mucho tiempo, y traía alborotado al público que acudía a las ventanas y puertas del salón de Jofré, en que se tenían las sesiones. Tratábase de abolir el derecho de óleos, aquel peaje que pagamos a la entrada de la vida, y el clérigo Astorga, que había sido *godo empecinado* y era entonces *católico rancio,* para ser después *federal neto,* azuzaba el fanatismo de los mismos pobres a quienes se quería aligerar de aquella gabela, ni más ni menos como ahora los bárbaros llaman *salvajes* y *extranjeros* a los que se interesan por volverlos a contar entre los pueblos civilizados. El presbítero Oro, no bien hubo prestado juramento, pidió la palabra, apartó la cuestión de religión de lo que era puramente financiero, confundió a Astorga que arañaba la silla con sus dedos crispados, y los óleos fueron abolidos y continúan así hasta hoy.

Más tarde don José se separó del partido de los hombres de progreso de entonces, que eran centenares, y se disgustó con Carril, no tanto por las ideas liberales, cuanto por algunas susceptibilidades heridas. He oído contar un hecho de entonces que muestra la rara mezcla de cualidades altas con las más injustificables extravagancias. Dábase un convite en el Tapón de los Oros, represa hecha sobre un arroyo, a que asistían Carril y medio San Juan para sondear la opinión sobre la Carta de Mayo; don José no había sido invitado, y en despique desnudóse en su casa para echarse en el baño, montó en pelo un caballo, y presentóse a la vista de los convidados al arrojarse a la presa de agua; bañóse tranquilamente buen rato, y saltando con gracia en el caballo negro en que resaltaban sus formas blancas y nerviosas como un atleta antiguo, tomó la vuelta hacia su casa, sin responder a los que lo llamaban. No respondo de la veracidad del hecho, que yo nunca le vi hacer nada extravagante.

Estos incidentes lo echaron en el partido federal de entonces, que contaba en su seno hombres de pro e ilustrados.

Era el doctor don Salvador María del Carril el mayor de los hijos de don Pedro del Carril, graduado en la Universidad de Córdoba, discípulo aventajado del célebre deán Funes, lleno de espíritu de Rivadavia y trasluciendo en sus modales elegantes y altaneros la cultura de la época, y la hidalguía de su familia.

Su palabra era breve, precipitada, como la del jefe que se excusa de explicarse ante sus subalternos, acompañada de movimientos rápidos y gesticulaciones desdeñosas e impacientes. Era Carril el generoso aristócrata que, otorgando instituciones a

la muchedumbre, parecía estar de antemano convencido de que no sabrían aprovechar el don, y se cuidaba poco de hacerlo aceptable. Sed libres, les decía en la Carta de Mayo, que sois demasiado inhábiles para que os tome por esclavos. ¡Tenía razón! Los colonos españoles han mostrado el mismo sentimiento de los negros viejos emancipados, que prefirieron la esclavitud a la sombra del techo de sus amos, desechando una libertad que habría exigido que pensasen por sí mismos. Carril dictaba con una rapidez que traía atareados a sus escribientes, dando en esto muestra de la claridad y fuerza con que se sucedían sus ideas.

Ejerció en San Juan tal influencia que llegaba hasta la fascinación. Tenía fe la población en masa en sus talentos y saber, y todas las reformas que adoptó, eran de antemano apoyadas y sostenidas por el asentimiento público. Tal debía ser su popularidad en los primeros tiempos de su gobierno, que, para oponerse a la sanción de la Carta de Mayo, se corrieron listas entre las mujeres: tan conocido era de sus opositores mismos su escaso número. Las altas cuestiones de organización que propuso le suscitaron descontentos, y una guarnición de cincuenta hombres, bastante apenas para cubrir las guardias, se sublevó contra él y lo depuso del mando. Carril con los suyos emigró a Mendoza, de donde vino una división y sofocó el motín. Tuvo lugar entonces un hecho que muestra la noble escuela a que pertenecía. La víspera de la batalla de las Leñas reunió en su tienda de campaña a todos los que le seguían, y les expuso la necesidad de costear de sus bolsillos los gastos de la expedición, que serían reembolsados por el tesoro nacional. Mas el triunfo cegó aquellos ánimos bisoños, y el resentimiento por las injusticias, exacciones y violen-

cias de que habían sido víctimas, les aconsejó imponer multas a los vecinos complicados en el motín del 26 de julio. La mayoría inmensa de votos sofocó su voz, y no queriendo marcharse, renunció el mando. ¡Bastante caro la han pagado los que, desoyéndolo, se dejaron arrastrar por las pasiones del momento! Las medidas de persecución de entonces tuvieron horrible desquite más tarde, y todos, con ligerísimas excepciones, han expiado después una primera falta.

Don Salvador María fué llamado al ministerio de Hacienda por Rivadavia, y mostró en aquel destino poderes a la altura de su situación. Renunció con Rivadavia, hasta que con la renovación del 1.º de diciembre fué nombrado de nuevo ministro por el gobierno provisorio, siguiendo más tarde la suerte de su partido. Casóse en Mercedes, en la Banda Oriental, ejerció la profesión del comercio algún tiempo, reapareció en 1840 con Lavalle, como comisionado de los argentinos en Montevivideo; asistió a las conferencias tenidas en Martín García con los jefes de la escuadra francesa; fué nombrado después intendente del ejército, y, a haber seguido Lavalle sus consejos, otro rumbo hubiera tomado la revolución. Reside hoy en el Brasil, en Santa Catalina, respetado de cuantos le conocen.

San Juan le debe la creación de su única imprenta, inutilizada ya después de veinticuatro años de rudo servicio, la formación del *Registro Oficial*, la delineación de la ciudad, una alameda, y la vana tentativa de dar una carta fundamental, que contuviese y reglamentase los poderes. Rodeóse de los hombres más eminentes que la provincia tenía, y entonces eran muchos; y la época de su gobierno fué sin duda la más brillante de San Juan. Su memoria está hoy olvidada, como la de Laprida, la

de Oro, y tantos otros hombres de genio de que debiera honrarse aquella provincia.

Cinco familias de Carriles, hermanos de don Salvador María, están hoy establecidas definitivamente en Santa Catalina, Copiapó, y Coquimbo, rayando en cosa de medio millón de pesos la fortuna que entre todos han sabido reunir en el destierro; la casa paterna en San Juan ha servido hasta este año de palacio episcopal, y los cuantiosos bienes del antiguo jefe de la familia, el ricacho de San Juan, don Pedro, se han consumido y desmoronado en una partición, que la impericia, la pereza y las malas pasiones, prolonga inconclusa hace ya doce años. Miden sesenta y seis cuadras cuadradas las viñas de la testamentaría, y las tierras incultas describen una línea de siete leguas de costado desde la calle Honda hasta las faldas de Pie-de-Palo.

Después de la batalla de las Leñas, en que los suyos fueron vencidos, don José de Oro emigró a San Luis, y fuí yo a poco a reunírmele, abandonando la carrera de ingeniero que había principiado. Nos queríamos como padre e hijo, y yo quise seguirlo, y mi madre por gratitud lo aprobaba. Algunos rastros han debido quedar en San Francisco del Monte de nuestra residencia allí. Introdujimos flores y legumbres que nosotros cultivábamos, pasando horas enteras en derredor de un alhelí sencillo, el primero que nos nació. Fundamos una escuela, a que asistían dos NIÑITOS Camargos, de edad de veintidós y de veintitrés años, y a otro discípulo fué preciso sacarlo de la escuela, porque se había obstinado en casarse con una muchacha lindísima y blanca, a quien yo enseñaba el deletreo. El maestro era yo, el menor de todos, pues tenía quince años; pero hacía dos por lo menos que era hombre por la formación de carácter, y ¡ay de aquel que

hubiese osado salirse de los términos de discípulo a maestro a pretexto de que tenía unos puños como perro de presa! La capilla estaba sola en medio del campo, como acontece en las campañas de Córdoba y San Luis. Yo tracé, pues, que tenía unos tres meses de ingeniero, el plano de una villa, cuya plaza hicimos triangular para darnos buena maña con la escasa tela; delineóse una calle, en cuyo costado trabajó un señor Maximiliano Gatica, si no me olvido. Demolimos el frente de la iglesia que había pulverizado un rayo, y construímos un primer piso de una torre y coro, compuesto de pilares robustos de algarrobos, coronado de un garabato natural, encontrado en los bosques, que describía tres curvas, la del centro más elevada que las otras, en la cual tallé yo en grandes letras de molde esta inscripción: *San Francisco del Monte de Oro*, 1826. ¡Por qué rara combinación de circunstancias mi primer paso en la vida era levantar una escuela y trazar una población, los mismos conatos que revelan hoy mis escritos sobre *Educación popular* y colonias!

Vagaba yo por las tardes, a la hora de traer leña, por los vecinos bosques, seguía el curso de un arroyo trepando por las piedras; internábame en las soledades prestando el oído a los ecos de la selva, al ruido de las palmas, al chirrido de las víboras, al canto de las aves, hasta llegar a alguna cabaña de paisanos, donde, conociéndome todos por el discípulo del cura y el maestro de la escuelita del lugar, me prodigaban mil atenciones, regresando al anochecer a nuestra solitaria capilla, cargado con mi hacecillo de leña, algunos quesos o huevos de avestruz con que me habían obsequiado estas buenas gentes. Aquellas correrías solitarias, aquella vida selvática en medio de gentes agrestes, ligándose sin embargo a la cultura del espíritu por las plá-

ticas y lecciones de mi maestro, mientras que mi físico se desenvolvía al aire libre, en presencia de la naturaleza triste de aquellos lugares, han dejado una profunda impresión en mi espíritu, volviéndome de continuo el recuerdo de las fisonomías de las personas, del aspecto de los campos, y aun hasta el olor de la vegetación de aquellas palmas en abanico, y del árbol peje tan vistoso y tan aromático. Por las tardes, vuelto a casa, oía en la cocina cuentos de brujos a una ña Picho, y volvía más tarde al lado de mi tío a promover conversación sobre lo pasado, a leer un libro juntos y preparar las lecciones del día siguiente. Una mañana aparecióse uno de mis deudos que venía a llevarme a San Juan, para mandarme de cuenta del gobierno a educar a Buenos Aires. Dejóme optar libremente mi tío, y escribí a mi madre la carta más indignada y más llena de sentimiento que haya salido de pluma de niño de quince años. ¡Todo lo que en ella decía era, sin embargo, un puro disparate! Vino a poco por mí mi padre, y entonces no había que replicar. Nos separamos tristes sin decirnos nada, estrechándome él la mano y volviendo los ojos para que no lo viera llorar. ¡Ah! cuando nos juntamos después de su regreso de la Convención de Santa Fe, a que fué nombrado diputado en 1827, era yo... ¡unitario! La razón que él había desenvuelto con tanto esmero, había visto claro, y una vez que tocamos el asunto, vió él que había de mi parte convicciones profundas, lógicas, razonadas, que podían ser respetadas. Después nos veíamos como amigos; visitábalo yo después en su viña, de noche, y ya hombre y teniente de línea, pasaba las más gratas horas al lado de su lecho en que estaba postrado, oyéndole hablar y abandonarse sin reserva a los recuerdos de lo pasado. Alguna vez le vi poseído de

tal preocupación, que dudé por la primera vez si en aquel momento estaba fresca su razón. Más tarde supe que los vapores del vino avivaban aquella existencia monótona para remontar su alma cuando el cuerpo decaía. Mientras vivimos juntos, nunca le vi señal alguna de exaltación extraordinaria, sin embargo de que no usaba del vino en cantidades moderadas. En San Juan es ésta una enfermedad que se lleva a centenares de vecinos. Al declinar de la edad, desencantados de la vida, sin esperanzas, sin emociones, sin teatros, sin movimiento, porque no hay ni educación, ni libertad, dan muchos en irse temprano a sus viñas. La soledad y el vacío del espíritu traen el tedio, éste llama al vino como antídoto, y concluyen por perderse de la sociedad y darse a la embriaguez misantrópica, solitaria y perenne.

Murió don José de Oro en 1836, como había vivido, el hijo de la Naturaleza; el campesino, como gustaba apellidarse en el *Diálogo* conmigo, Dormía entre dos puertas en el invierno, bajo la techumbre celeste en el verano. Saltaba de la cama a las tres de la mañana en todos tiempos, y su tos, muy conocida, se oía en la soledad de la noche, mientras vagaba por las vecindades de su viña. Jamás el sol pudo sospechar que se acostaba en la cama. Cuando su fin se aproximaba, fuése a las cordilleras donde estaba su hacienda, para respirar aires más puros, y allí murió rodeado de algunos de sus deudos, bendecido de todos, y casi sin sentirlo. La bondad de este hombre rarísimo pasaba todos los límites conocidos. Preveníanle una vez que su mayordomo le robaba, y contestaba riéndose: «ya lo sé; pero, ¿qué diablos quieren »que haga? Tiene este canalla un cardumen de hijos »y si lo despido se mueren de hambre.» Siendo

ministro de gobierno de don José Tomás Albarracín el año 30, cúpole a mi madre por mi cuenta una contribución de seis bueyes gordos a tres días vista. Había firmado mi tío José la implacable orden, y cuando mi madre se desolaba no sabiendo de dónde pintar seis bueyes, ella que no tenía qué comer, el ministro entraba en su casa diciéndole: «no llore, »no sea zonza; hace media hora que partió un »propio para bajar de los *Sombreros* ocho novillos »gordos que le traerán para que pague la contri»bución y haga sus provisiones de invierno.» Ultimamente, Facundo le echaba una contribución de vestuarios; y el buen clérigo, sabiéndolo, trajo a su casa su guardarropa de pantalones, levitas y manteos, se dió maña y trazó media docena de piezas de guarnición.

FRAY JUSTO DE SANTA MARIA DE ORO

De entre aquellos sabandijas, vivarachos, turbulentos y traviesos de los hijos de don Miguel, el mayor de todos, Justo, contrastaba por el reposo de su espíritu reflexivo y la blandura de carácter. Era la víctima de la malicia inquieta de sus hermanos José y Antonio en la niñez; tirábanle con las almohadas cuando dormía, meábanle las botas cuando iba a levantarse, y a toda hora del día suscitábanle tropiezos, tendíanle asechanzas, y lo acusaban a su severa madre de diabluras que ellos hacían ex profeso para ponerlo en aprietos.

El niño Justo fué llamado así para perpetuar el nombre de fray Justo Albarracín, su tío, que era cuando él nació la lumbrera del convento de Santo Domingo y el timbre de la familia; y en aquellos tiempos en que las familias aristocráticas estaban debidamente representadas en los claustros, el primogénito de la familia Oro fué destinado a seguir bajo el hábito dominico la no interrumpida cadena de frailes sabios de la familia. Mostróse desde luego digno sucesor de sus antepasados, y en prosecución de sus estudios, fué enviado a Santiago, capital entonces de las provincias de Cuyo, donde, distinguiéndose por su capacidad, desempeñaba cátedras de teología a la edad de 20 años; recibió las órdenes sagradas a los 21 años por dispensa de Pío

VI, y pasó a la Recoleta Domínica luego en prosecución de la perfección monástica. Sus prendas de carácter, saber y costumbres, debían ser muy relevantes, puesto que los recoletos lo pidieron a pocos años de incorporado en su orden por director vitalicio, y que el general de la orden en España acordó esta solicitud.

El nuevo prelado se entregó desde luego al instinto creador de su genio. La hacienda de Apoquindo, perteneciente a la comunidad, debía transformarse en una sucursal de la Recoleta Domínica, y para obtener los permisos necesarios, o hacer adoptar sus planes al general de la orden, hizo un viaje a España, la Europa de aquellos tiempos, en donde le sorprendió la revolución de la independencia. Como Bolívar, como San Martín y todos los que se sentían con fuerza para obrar, voló a incorporarse a los suyos, desembarcó en Buenos Aires, aplaudió la revolución, vió de paso a su familia, regresó a Chile a su convento, y después de haber prestado su cooperación a los patriotas hasta 1814, emigró a las Provincias Unidas en el momento de la restauración de la dominación española. Nombrado diputado al congreso de Tucumán por la provincia de San Juan, con el ilustre Laprida que fué electo presidente, tuvo la gloria de poner su firma en el Acta de la Declaración de Independencia de las Provincias Unidas, tomando parte en todos los audaces trabajos de aquel congreso; siendo suya la moción que adoptó el congreso de aclamar por patrona de la América y protectora de la independencia sudamericana a Santa Rosa de Lima.

La reconquista de Chile abría de nuevo a su actividad el teatro de sus primeros honores, acrecentados ahora con el prestigio que daba la parti-

cipación en las decisiones del congreso de Tucumán, que a lo lejos inspiraba una especie de estupor, a fuerza de ser solemnes y decisivas. En 1818 zanjó una de las más graves cuestiones que embarazaban la marcha de los negocios. Las órdenes religiosas, divididas en realistas y patriotas, dependían del vicario general de la orden, establecido en España; y la influencia popular del fraile podía echarse de través en la marcha de la revolución aun no bien asegurada. El provincial fray Justo de Santa María declaró la independencia de la Provincia de San Lorenzo Mártir de Chile en la Orden de Predicadores, como los patriotas chilenos habían declarado la independencia civil y política de la nación, como él mismo había firmado el acta de la emancipación de las Provincias Unidas. Al leer las actas capitulares del definitorio de la Orden de Predicadores, se reconoce que han sido inspiradas por el genio del congreso de Tucumán: «Fray Justo »de Santa María de Oro, dicen, Profesor de Sagrada »Teología y humilde Prior y Provincial de la misma »Provincia: Venerables padres y hermanos carísi»mos: conforme a los principios inmutables de la »razón y justicia natural, declaró Chile su libertad »dada por el Creador del Universo, decretada por »el orden de los sucesos humanos, y confirmada por »la gracia del Evangelio. A despecho de la am»bición y del fanatismo del antiguo trono español, »despedazó las cadenas de su esclavitud, rompió »todos los vínculos que lo ligaban a la triste con»dición de una colonia, y declaró ser, según los »designios de la Providencia, un Estado soberano, »independiente de toda dominación extranjera. Rei»vindicando su libertad y en ejercicio de ella misma, »constituyó los altos poderes que han de regular »y dirigir la nación a su felicidad.

»La Iglesia en todos tiempos ha seguido los pro»gresos de la civilización y engrandecimiento de »los imperios para apoyar y sostener la indepen»dencia nacional... Desde que un Estado recobra su »libertad, al punto caduca al respeto del clero se»cular y del regular, toda la jurisdicción que ejer»cían en ellos los prelados de otro territorio. Esta »se devuelve al Sumo Pontífice... (1)»

Sobre tan sólida base se declaró la independencia de la provincia de Santiago, quedando resumidas las atribuciones de vicario general de la orden en el mismo fray Justo, provincial de la Recoleta Domínica.

El convento había dado, pues, todo lo que podía en honores, trabajos y títulos. El doctor fray Justo necesitaba un nuevo campo; una mitra sentaría bien sobre la cabeza del prior, provincial y general de la orden. León XII trabajaba por entonces en anudar las relaciones interrumpidas por la revolución entre la Sede Apostólica y las colonias americanas. Una buena política le aconsejaba congraciarse la América independiente para cohonestar el cargo que sobre la Sede Apostólica pesaba de complicidad y connivencia con los reyes de España. El por tantos títulos digno diputado de uno de los congresos americanos era, pues, un candidato para el episcopado que acreditaría aquellas buenas disposiciones de la Santa Sede. Sabíalo el padre Oro, y tenía sus agentes en Roma que le avanzaban la gestión de sus negocios. En 1827 le vine recomendado por su hermano don José, como un miembro de la familia; acogióme

---

(1) Los documentos de la separación de la provincia de San Lorenzo Mártir, fueron publicados en 1819, en Santiago, en un cuaderno de 70 páginas en 4.o bajo el título de: "Orden de Predicadores en el Estado de Chile". Nota del Editor.

con bondad, y a la segunda entrevista me inició en sus proyectos, contándome todo lo obrado, a fin de que pudiese, a mi regreso a San Juan, satisfacer plenamente la curiosidad de sus deudos. Sus bulas de obispo taumacense no tardaron en llegar en efecto. Consagrólo en San Juan el señor Cienfuegos en 1830, y poco después fué creado obispo de Cuyo por Gregorio VI, que al efecto segregó esta provincia del obispado de Córdoba.

Esta erección de un nuevo obispado dió motivo a que Oro volviese a tomar la pluma para desbaratar los obstáculos que a sus designios querían oponerle. Era por entonces vicario capitular en sede vacante de la catedral de Córdoba, el doctor don Pedro Ignacio de Castro Barros, antiguo diputado del congreso de Tucumán y cura titular de la matriz de San Juan, la misma que iba a ser elevada a catedral. Desde 1821 en que había sido nombrado cura, los gobiernos sucesivos de la provincia le habían prohibido entrar en funciones, por librarse de las malas artes de aquel caudillo del fanatismo, desempeñándolo, como cura sufragáneo, el presbítero Sarmiento, hoy obispo de Cuyo, y para quien venían bulas que lo elevaban a la dignidad de deán de la nueva catedral. El doctor Castro Barros, fuese ambición, fuese terquedad, se negó a reconocer las bulas pontificias, reunió el cabildo de Córdoba, y por una serie de irregularidades, poniendo aún en duda la autenticidad de los diplomas, elevó una representación a la curia para que desistiese de la segregación ya ordenada y consumada. El obispo Oro mandó imprimir a Chile un folleto (1). El doc-

(1) Defensa de la Vicaría Apostólica, etc... impugnada por el provisor, sede vacante de Córdoba. Impreso en Santiago de Chile, año de 1831. Imprenta Nacional, por M. Peregrino.

tor Castro Barros ha publicado su recurso al respaldo de un panegírico de San Vicente de Ferrer (1). En los documentos publicados por el obispo Oro nótase esta frase del oficio del gobernador de San Juan, dictado por el mismo obispo: «Por lo cual »el gobierno advierte al señor don Pedro Ignacio »de Castro que considera atentatoria a la religión, »unidad de la Iglesia, obediencia al Romano Pon»tífice, y consideraciones debidas a este gobierno »de San Juan, las pretensiones que promueve en »la nota de 15 de agosto que se le dirige de Cór»doba, y deja terminantemente contestada con la »reserva en el archivo secreto de esta administra»ción.» Barros, por la nota así contestada, había querido sublevar a la autoridad civil, como lo consiguió en Mendoza, a fin de oponerse a la decisión de la silla apostólica. El párrafo 31 de la impugnación del obispo Oro lo dice terminantemente: «se »ha puesto igualmente el reparo de faltar al breve »de que se trata el plácito de la autoridad tempo»ral, y para ello se dice que éste es un asunto »*esencialmente nacional, que exclusivamente pertenece* »*al congreso general;* se incita a los señores go»bernadores de Cuyo a protestar contra la bula; »se toca el influjo del Excmo. de Córdoba, enca»reciendo la eminencia del puesto que ocupa; y »recordando a los demás Excmos. señores hallarse »*constituídos* en los mismos deberes.»

Por fin, en la nota (d) añade: «el señor Castro »Barros escribió proponiendo una transacción entre »aquella curia y el vicario apostólico, sin que cosa »alguna se hiciera trascendental. En 6 de agosto »propone el capítulo agenciar este negocio con los »gobiernos de Cuyo (ésta no se ha remitido en copia);

(1) Buenos Aires, 1836. Imprenta Argentina.

»hace suspender la primera sobre el obedecimiento »del cabildo en 25 de julio; con sus oficios de »agenciamiento alarma a dichos señores gobernado- »res, provocándolos a un desobedecimiento a la silla »apostólica; da al público impreso su dictamen de »resistencia al Santo Padre.»

Estas intrigas del doctor Castro Barros fueron fatales a su ambición. Un año después recibió de Roma el aviso de estar su nombre inscrito en las notas negras de la curia romana, como sacerdote rebelde a la autoridad pontificia, y por tanto inhábil para desempeñar durante su vida función ninguna eclesiástica. En vano Castro Barros envió a *sus expensas* al clérigo Allende, su amigo, a Roma, a sincerar su conducta; todas las puertas se cerraban a la aproximación de Allende, quien tuvo que regresar a América sin una palabra de consuelo para su amigo, fulminado por los rayos de la Iglesia. Desde entonces el doctor Castro Barros se echó en el ultramontanismo más exagerado, gastó más de cinco mil pesos en reimprimir cuanto panfleto cayó en sus manos contra el patronato real, en defensa de los jesuítas, de la extinta inquisición, y cuanto absurdo puede sugerir el deseo de congraciarse con la autoridad pontificia, a cuyo reconocimiento él había querido poner trabas, cuando aquel reconocimiento no convenía a sus intereses particulares. En 1847, cuando estuve en Roma, me preguntaron por Castro Barros personas que tenían ingerencia en la curia romana, repitiéndome la proscripción irrevocable que pesaba y pesaría sobre él hasta su muerte: Las principales obras expiatorias de Castro Barros son el *Triario literario o tres sabios dictámenes sobre los poderes del sacerdocio y del Imperio, reimpreso en Buenos Aires, a expensas del doctor Castro Barros con el loable objetó de que*

se salve su recíproca independencia.—***Restablecimiento de la Compañía de Jesús en la Nueva Granada, reimpreso a solicitud del doctor Castro Barros, con notas suyas***, que dicen: «Los Papas, Inquisición, Com»pañía de Jesús, y todos los institutos religiosos, »han sido siempre impugnados y zaheridos por los »herejes, impíos y demás enemigos de la religión »católica.» «Con más razón los jesuítas serán los »*granaderos* del Papa en la Nueva Granada...», equívoco ridículo al que puede añadirse el verso de Béranger: *les capucins sont nos cosaques.* «Nada de »esto agrada a los filósofos del día, porque dicen »no hay Dios, cielo ni infierno. ¡Ah, bestias!» Estos y otros desahogos del ambicioso condenado por la Iglesia le merecieron a su muerte en Chile los honores de santo, y uno de sus panegiristas exclamaba al fin: «si no temiese anticiparme a los »fallos de la Iglesia, yo solicitaría la protección »de San Pedro Ignacio Castro.» Pero, como no se hacen santos sin la beatificación de la Iglesia, podemos estar seguros de no tener que doblar la rodilla ante uno de los majaderos que más sangre han hecho derramar en la República Argentina, por fanatismo, por ambición personal, por intolerancia y por hipocresía. Abandoné su biografía por no contrariar los propósitos de sus adoradores, pero aquí me permito estampar la verdad en asuntos que son puramente domésticos y que atañen a mi familia.

Después de consagrado y reconocido obispo, fray Justo se entregó a la multiplicidad de creaciones accesorias a la catedral que había levantado, y en esta tarea de todos los instantes de su vida mostró la energía de aquel carácter, y la pertinacia de designio que engendra las grandes cosas. En una provincia obscura, destituída de recursos, debía establecerse una catedral, un seminario con-

ciliar, un colegio para laicos, un monasterio abierto a la educación de las mujeres, un coro de canónigos dotados de rentas suficientes; y todo esto lo emprendía fray Justo a un tiempo, con tal seguridad en los medios y tan clara expectación del fin, que se le habría creído poseedor de tesoros, no obstante que a veces y casi siempre faltábanle los medios de pagar el salario de los peones. Quería construir un tabernáculo y faltábale el modelo y el artista que debía ejecutarlo; pero él tenía todo lo demás, la idea y la voluntad que son el verdadero plano y el artista. Llamábame entonces a mí, tenido por él y por su familia por mozo ingenioso, y a tientas y con mal delineados borrones, tomando de un libro un capitel de columna y aun consultando a Vitrubio, llegamos al fin a trazarnos nuestro tabernáculo sobre seis columnas dóricas y una cúpula a guisa de linterna de Diógenes, para que un carpintero, menos idóneo aún, realizase aquel imperfecto bosquejo. Pero ¡ay! que el tabernáculo estaba destinado para servir de dosel a más humilde objeto de veneración. Estrenélo yo en el catafalco hecho en sus exequias, y en el cual, simbolizando las dos grandes fases de su vida, se apoyaban la estatua de la Libertad con el Acta de la Independencia en la mano, y de la Religión con la Bula que le constituía obispo, esfuerzos de voluntad más que de arte, hechos en honor de aquella vida tan llena, y, sin embargo, interrumpida tan a deshora. Todos sus trabajos estaban ya a punto de concluirse, cuando lo sorprendió la muerte; y en los momentos de expirar: «dése prisa, decía, »al notario que le servía de escribiente, dése prisa »que quedan pocas horas y tenemos mucho que es»cribir»; y, en efecto, en aquel momento supremo, daba disposiciones para la terminación de la

iglesia del monasterio, la manera cómo debía enmaderarse, los recursos y materiales que tenía acumulados, sobre su correspondencia a Roma, idea de un adorno para la construcción del coro, el destino de algunas sumas de que le era deudora la Recoleta Domínica, detalles de familia, su testamento, su alma entera y su pensamiento prolongándose al través de la muerte; y, como se lo decía el señor deán que lo acompañaba en sus últimos momentos, «mi corazón está en Dios, pero »necesito mi pensamiento aquí para arreglar la con»tinuación y terminación de mi obra.. .» ¡La muerte interrumpió aquel dictado, dejando cortada una frase!...

Su instrucción era vastisima para su tiempo. Había aprendido el francés, el italiano y el inglés; era profundo teólogo, esto es, filósofo, y de sus pláticas frecuentes pude colegir que sus ideas iban más adelante, sin traspasar los límites de lo lícito, de aquello que exigía su estado. La cualidad dominante de su espíritu era la tenacidad, tranquila a la par que persistente. Sabía esperar, aguantándose a palo seco sin perder camino, cuando las dificultades arreciaban. Si solicitaba una concesión necesaria, ensayaba su influencia para obtenerla; desesperanzado, pedía otra que conducía al mismo fin, y después la primera bajo una nueva forma. Diez años más de vida habrían dado a San Juan, por conducto del obispo Oro, progresos que todos sus gobiernos no han sido parte asegurarle. Quiroga lo estorbó fundar un colegio, y la muerte terminar su monasterio docente; y como él debía toda su importancia a la extensión de sus luces y a la claridad de su ingenio, habría puesto toda aquella fuerza de voluntad, que hacía el caudal de sus medios de acción, en generalizar la ins-

trucción. El obispo Oro ha muerto, pues, prematuramente a los 65 años, habiendo gastado toda su vida en el penoso ascenso que de humilde fraile de un convento lo llevaba al obispado; mala estrella común de hombres de mérito que tienen que levantar uno a uno todos los andamios de su gloria, crearse el teatro, formar los espectadores, para poder exhibirse en seguida. ¡Cuántas veces es destruída la obra, que es fuerza volver a comenzar! ¡Cuántos días y años pasados en presencia de un obstáculo que embaraza el paso!

El monasterio que intentó fundar revelaba la elevación de sus miras, y los resultados de una larga experiencia, auxiliados y bonificados por el estudio de las verdaderas necesidades de la época. Los votos de las monjas no debían ser obligatorios sino por cierto número de años, concluídos los cuales debían volver a la vida civil, si así lo tenían por conveniente, o renovar sus votos por otro período determinado. El monasterio debía ser un asilo, y además una casa de educación pública. Debía fundarlo una monja hermana suya que estaba en el monasterio de las Rosas en Córdoba y que hoy ha vuelto a San Juan... loca.

Algunos años después, yo emprendí con doña Tránsito de Oro, hermana del obispo, y digno vástago de aquella familia tan altamente dotada de capacidad creadora, la realización de una parte del vasto plan de fray Justo, aprovechando los claustros concluídos, para fundar el colegio de pensionistas de Santa Rosa, advocación patriótica dada por él al monasterio y que cuidamos de perpetuar nosotros. Hija única de doña Tránsito y de uno de mis maestros, era una niña que desde su más tierna infancia revelaba altas dotes intelectuales. Fray Justo, habiéndome conocido en Chile en 1827, y gustado mucho

de hallarme muy instruído en geografía y otras materias de enseñanza, escribió más tarde a su hermana que me confiase la educación de su hija, y de mi aceptación y de los resultados obtenidos, salió entero el programa de educación, y el intento del colegio de pensionistas de Santa Rosa, que abrimos el 9 de julio de 1839, para conmemorar la declaración de la independencia, en que fray Justo había tenido parte, y hacer de los exámenes públicos del colegio una fiesta cívica provincial, puesto que Laprida, el presidente del congreso de Tucumán, era nuestro compatriota y aún deudo mío.

En el discurso de apertura del colegio, que se registra en el número 1.º del *Zonda,* dando cuenta de la escena del malogrado joven Quiroga Rosas, decía: «la primera voz que sonó fué la del joven director, don Domingo Faustino Sarmiento, que »leía el acta de la independencia, lo que el con»curso escuchó con místico silencio. El mismo, en »seguida, pronunció el siguiente discurso, modesto »por su forma, inmenso por el fondo: «Señores: un »día clásico para la patria, un día caro al corazón »de todos los buenos, viene a llenar las expedicio»nes de los ciudadanos amantes de la civilización. »La idea de formar un establecimiento de educación »para señoritas, no es enteramente mía. Un hombre »ilustre cuya imagen presencia esta escena *(el re»trato del obispo estaba colocado en la sala),* y cuyo »nombre pertenece doblemente a los anales de la »República, había echado de antemano los cimien»tos a esta importante mejora. En su ardiente amor »por su país, concibió este pensamiento, grande co»mo los que ha realizado, y los que una muerte »intempestiva ha dejado sólo en bosquejo. Por otra »parte, yo he sido el intérprete de los deseos de

»la parte pensadora de mi país. Una casa de edu»cación era una necesidad que urgía satisfacer, y »yo indiqué los medios; juzgué era llegado el mo»mento y me ofrecí a realizarla. En fin, señores, »el pensamiento y el interés general lo convertí »en un pensamiento y en un interés mío, y ésta »es la única honra que me cabe.»

El colegio aquel cuya piedra fundamental pusimos entonces, vivió dos años, y alcanzó a dar frutos envidiables. ¡Oh, mi colegio, cuánto te quería! ¡Hubiera muerto a tus puertas por guardar tu entrada! ¡Hubiera renunciado a toda otra afición por prolongar más años tu existencia! Era mi plan hacer pasar una generación de niñas por sus aulas, recibirlas a la puerta, plantas tiernas formadas por la mano de la Naturaleza, y devolverlas por el estudio y las ideas, esculpido en su alma el tipo de la matrona romana. Habríamos dejado pasar las pasiones febriles de la juventud, y en la tarde de la vida vuelto a reunirnos para trazar el camino a la generación naciente. Madres de familia un día, esposas, habríais dicho a la barbarie que sopla el gobierno: no entraréis en mis umbrales, que apagaríais con vuestro hálito el fuego sagrado de la civilización y de la moral que hace veinte años nos confiaron. Y un día aquel depósito acrecentado y multiplicado por la familia, desbordaría y transpiraría hasta la calle y dejaría escapar sus suaves exhalaciones en la atmósfera. ¿Es posible, Dios mío, que hayamos de hacernos una religión del conato de conservar restos de cultura de los pueblos argentinos, y que el deseo de instruir a los otros tome los aires de una vasta y meditada conspiración? Vuélvenme en los años maduros las candorosas ilusiones de la inteligencia en las primeras manifestaciones de su fuerza, y

aun creo en todo aquello que la juvenil inexperiencia me hacía creer entonces, y espero todavía.

Fué solemne y tierna nuestra despedida. Seis u ocho niñas de diez y seis años, cándidas y suaves como los lirios blancos, agraciadas como los gatillos que triscan en torno de su madre, fueron a darme lección al último asilo que me ofreció mi patria en 1839, la cárcel donde me tenía preparado para arrojarme de su seno por la muerte, la humillación o el destierro; y en aquel calabozo infecto, desmantelado y cuyas paredes están llenas de figuras informes, de inscripciones insípidas, trazadas por la mano inhábil de los presos, seis niñas, la flor de San Juan, el orgullo de sus familias, la promesa del amor, recitaban a la luz de una vela de sebo, colocada sobre adobes, sus lecciones de geografía, francés, aritmética, gramática, y enseñaban los ensayos de dibujos de dos semanas. De vez en cuando una rata diforme que atravesaba el pavimento, tranquila, segura de no ser incomodada, venía a arrancar chillidos comprimidos de aquellos corazones susceptibles a las impresiones como la temblorosa sensitiva. Las lágrimas de la compasión habían arrasado al principio aquellos ojos destinados a suscitar más tarde tormentas de pasiones; y terminada la lección, y depuesta la gravedad del maestro, abandonáronse sin reserva a la charla interminable, precipitada, curiosa e inconexa, que hace santas y angelicales las efusiones del corazón de la mujer. Algunas golosinas enviadas al preso por las amigas fijaron el ojo codicioso de alguna, y a la indicación de estarles abandonadas, echáronse sobre ellas como banda de avecillas, charlando, comiendo, riendo y estirando los blancos cuellos en torno del plato, de cuyo centro salían por segundos dedos de marfil esca-

pándose con un bocado. Cantáronme un cuarteto del *Tancredo* de que yo gustaba infinito, y despidiéronse de mí sin pena, y animadas de nuevo anhelo para continuar sus estudios. ¡No nos hemos vuelto a ver más! Ni volveré a verlas nunca cuales las tengo en mi mente a aquellas cándidas imágenes de la nubilidad abiertas a las castas emociones, como el cáliz de la flor que aspira el rocío de la noche. Son hoy esposas, madres, y el roce áspero de la vida ha debido ajar aquel cutis aterciopelado cual la manzana no tocada por la mano del hombre, y la perdida inocencia quitar a sus fisonomías la expansión curiosa y presumida que muestra por su desenfado mismo a veces, que ni aun sospecha que hay pasiones en su alma, a las que bastaría acercar una chispa para hacerlas estallar con estrépito.

DOMINGO DE ORO

Es el hijo mayor de don José Antonio de Oro, hermano del presbítero y del obispo, Domingo de Oro, cuyo nombre ha oído todo hombre público en la República Argentina, en Bolivia y en Chile, y de quien Rosas escribía: «es una pistola de viento que mata sin hacer ruido», y a quien los argentinos no han podido clasificar, viéndolo asomar en cada página de la historia de la guerra civil, a veces en malas compañías, y casi siempre rodeado del misterio que precede a la intriga. Y, como sus actos no pueden inspirar terror porque nada hubo jamás de cruento en su carácter, desconfían de él a lo lejos, prometiéndose huir de las seducciones irresistibles, de las artes encantadoras de este Mefistófeles de la política. Y, sin embargo, Domingo de Oro pudiera apostar que saldría sano y salvo de la caverna de una tigre parida si las tigres pueden ser sensibles a los encantos de la voz humana, a la elocuencia blanda, risueña, sin aliño, pérfida, si es posible decirlo, como los espíritus que atacando una a una las fibras, adormecen el cerebro y entregan maniatada la voluntad. Este ensalmo se ha ensayado con el mismo éxito sobre Bolívar y sobre Portales, sobre Rosas y sobre Facundo Quiroga, sobre Paz y sobre Ballivián, sobre unitarios y federales, sobre amigos

y enemigos; y en los consejos del gabinete, como en los estrados y en las tertulias, la palabra de Oro ha resonado única, dominante, atractiva, haciéndose un círculo de auditores, domeñando todas las aversiones, acariciando artificiosamente las objeciones para poder desnudarlas de sus atavíos, y así en descubierto, entregarlas al ridículo. Oro, de quien todos los hombres, que de él han oído hablar, han pensado mucho mal, y a quien han amado cuantos lo han tratado de cerca, no es el pensador más sesudo, no es el político más hábil, no es el hombre más instruído: es sólo el tipo más bello que haya salido de la naturaleza americana. Oro es la palabra viva, rodeada de todos los accidentes que la oratoria no puede inventar. Yo he estudiado este modelo inimitable, he seguido el hilo de su discurso, descubierto la estructura de su frase, la maquinaria de aquella fascinación mágica de su palabra. Sus medios son simples, pero la ejecución es tan artística, tan peculiar del maestro, como la pincelada de Rafael o la más rápida de Horacio Vernet. La nobleza de su fisonomía entra por mucho en los efectos de su dialéctica, como las decoraciones de la ópera de París en *Roberto el Diablo*. Su alta estatura, sostenida con abandono y flexibilidad, está ya protestando contra la idea de arte o aliño en la frase; su cara oval, pálida, morena, prolongada, se baña por segundos en emociones de sonrisas que se derraman de su boca acentuada y graciosa, como el perfume de la palabra que va a abrir su capullo, como las luces crepusculares que preceden a la salida de la luna, convidando a todos los concurrentes a estar alegres. Sus ojos llenos de bondad, de animación y de escepticismo, dan a aquella fisonomía alegre, juguetona, un aire melancólico

al mismo tiempo, lo que dobla la fascinación ejercida por una frente que prematuramente ha invadido toda la parte superior del cráneo, limpio y brillante cual si nunca hubiese tenido cabellos. Así cree uno estar oyendo a un sabio, a un anciano quebrantado por los sinsabores del desencanto, y que se ríe de lástima y de pena de que haya tanto de que reirse en esta vida.

He aquí, pues, uno de los grandes secretos de Oro; los otros son de ejecución, y no son menos certeros. Pronuncia las palabras nítida y pausadamente, modulando cada una con el finido de una miniatura, con un esmero que se conoce ser obra de un estudio largo y perseverante, que ha concluído por convertirse en segunda naturaleza. La pasión, el fervor de una réplica fulminante no lo harán jamás precipitar la frase, dejar inapercibida una coma, sin rotundidad un período, aunque no se trate sino de dar órdenes a su criado. Si combate la idea ajena, Oro la adopta, la prohija, y teniéndola en sus brazos la presenta al que la emite, preguntándole con cariño si tal otra forma no le convendría mejor, si no la reconocería por hija suya con tales o cuales lunares menos, y el padre embobado empieza a negar a su criatura, y a acariciar y adoptar la que Oro supone ser legítima; si asiente, lo hace de tal manera, que preste al pensamiento ajeno la fuerza de un axioma, de un resultado confirmado por su experiencia de los hombres y de las cosas; si discute, oye las réplicas con interés, con mil sonrisas de benevolencia hasta que la impertinencia de su adversario le deja tomar la palabra, y entonces, si la cosa no vale la pena de discutirla, ni el contrario de convencerlo, lleva por rodeos infinitos la conversación a mil leguas de distancia, a pretexto de di-

gresiones involuntarias, sembrando el camino de los dichos más picantes, de los chistes más risibles; porque Oro sabe todo lo ridículo que ha sucedido en América, y posee la tradición íntegra de cuanto la lengua posee, inventando para reir historias de frailes enamorados, de zafios consentidos, de decretos y leyes dictados por estúpidos, con un repertorio de cuentos eróticos, para solaz y animación de mozos y solterones que harían de él siempre un compañero de pagar a tanto el minuto de francachela, en la cual hace entrar al neófito por una exclamación de sargentón, lanzada aportunamente, a fin de que cada uno se halle a sus anchas, desprendido de todo encogimiento y sujeción.

Este hombre tan espléndidamente dotado ha abierto a don Juan Manuel Rosas su camino, abandonándolo con estrépito el día que se lanzó en la carrera de violencias inútiles de donde no puede salir hoy; ha combatido al lado del caudillo López, sido el predilecto de Bolívar, el amigo del general Paz, figurado en los más ruidosos acontecimientos de la República Argentina, y hoy, si no me engaño, es mayordomo de una casa de amalgamación, lidiando con patanes que muelen metales, como lidió toda su vida con patanes generales, gobernadores y caudillos que demolían pueblos. Estos pueblos no le han perdonado, no sus actos, sino su superioridad. Nos vengamos siempre hablando mal de nuestros amos, y el rato de fascinación involuntaria ejercida por Oro lo paga en las desconfianzas que suscita, porque nadie se cree realmente tan pequeño y tan tonto como se ha visto al lado de él, sino porque ha de haber habido de parte del embaucador un engaño y un fraude manifiesto, pero que no se puede explicar en qué consiste.

Oro, con las cualidades de exposición que lo ador-

nan, sería un hombre notable entre los hombres notables de Europa. Jóvenes he visto que acababan de salir del seno de la sociedad más culta de Madrid y a quienes dejaba azorados aquella distinción exquisita de maneras, hechas aún más fáciles por el tinte americano, argentino, gaucho, que da Oro a los modales cultos sin hacerlos descender a la vulgaridad; porque Oro, salido de una de las familias más aristocráticas de San Juan, ha manejado el lazo y las bolas, cargado el puñal favorito como el primero de los gauchos. Víle una vez en la fiesta del *Corpus* en San Juan con un hachón en la mano y envuelto en su poncho, que caía en pliegues lleno de gracia artística. Estas predilecciones adquiridas en su contacto con las masas de jinetes en Corrientes, Santa Fe, Córdoba y Buenos Aires, han subido hasta su cabeza organizándose en sistema político, de que aun hasta hoy puede curarse. Pero estas predilecciones gauchas en él son un complemento sin el cual el brillo de su palabra habría perdido la mitad de su fascinación; el despejo adquirido por el roce familiar con los hombres más eminentes de la época, el conocimiento de los hombres, la seguridad del juicio adquirido en una edad prematura, y las dotes que traía ya de la Naturaleza, toman aquel tinte romancesco que dan a la vida americana las peculiaridades de su suelo, sus pampas, sus hábitos medio civilizados. Oro ha dado el modelo y el tipo del futuro argentino, europeo hasta los últimos refinamientos de las bellas artes, americano hasta cabalgar el potro indómito; parisiense por el espíritu, pampa por la energía y los poderes físicos. Conocí a don Domingo de Oro en Santiago de Chile en 1841, y tal era la idea que de la República Argentina traía de su superioridad, que cuando publiqué en *El Mercurio*

mi primer escrito en Chile, mandé secretamente un amigo a la tertulia en que Oro solía hallarse, para que leyese en su fisonomía qué efecto le causaba su lectura. Si él hubiese desaprobado mi ensayo, si él lo hubiese hallado vulgar o ridículo, *c'en était fait*, yo habría perdido por largo tiempo mi aplomo natural y mi confianza en la rectitud de mis ideas, única cualidad que puede formar escritores. El amigo volvió después de dos horas de angustiosa expectativa, diciéndome, de lejos: «¡bravo! Oro ha aplaudido.» Yo era escritor, pues, y lo he probado hasta cierto punto. Después vi en él una de las dotes que más lo distinguen. A diferencia de muchos, Oro, a medida que yo salía de mi obscuridad, iba dejando agrandarse en su espíritu la pequeña idea que había tenido al principio de mi valimiento. Creo que un día empezó a creer que yo le llegaba a la barba ya, sin manifestar otra cosa que placer e indulgencia, y llegaría a persuadirse de que puedo continuar sin desdoro la carrera que él ha abandonado, sin que esta persuasión le cause pena ni descontento.

La vida de Oro es una prueba de mi modo de comprender su rara elocuencia, obra toda de una naturaleza rica y esplendorosa. Su carácter político es el mismo en todos tiempos, y en medio de aquellas contradicciones aparentes de las diversas fases de su vida, hay una unidad tal de intento, que constituye la serie más lógica de actos.

Oro cuenta los años con el siglo diez y nueve. Su infancia se deslizó sin aquellas sujeciones que debilitan las fuerzas de acción por el conato mismo de educar la inteligencia que ha de dirigirlas; un poco de latín en San Juan, algo de álgebra y geometría en Buenos Aires y el conocimiento del francés: he aquí todo el caudal que hasta

los diez y nueve años tenía atesorado, cuando la vida política se levantó a su lado para lanzarlo en una serie de actos que debían trazarle su porvenir. El presbítero Oro, su tío, había incurrido en el desagrado de los partidarios de San Martín. La familia de los Oros se halló bien pronto comprometida, y sobreviniendo la revolución de Mendizábal, Oro de veinte años, fué el intermediario entre aquel oficial sublevado y San Martín, para proponer una transacción que, firmada en Mendoza por el coronel Torres, hoy residente en Rancagua, San Martín rehusó ratificar. Vuelto Oro a San Juan, encontró una segunda revolución del número 1.º de cazadores de los Andes, y habiendo acercádose a los sublevados, fué preso y desterrado por el gobierno a Valle Fértil o Jachal. La nueva faz, sin embargo, que la revuelta tomaba, cambiando de promotores, reconciliaba al gobierno de San Juan con Oro.

En 1821, y apenas se había visto San Juan libre de los amotinados, un peligro nuevo, imprevisto, hacía echar menos la cooperación de aquellos valientes desertores del ejército de los Andes, extraviados por intrigas que venían desde lejos; don José Miguel Carrera emprendía su campaña para pasar a Chile a vengar la exclusión hecha de su bando y la muerte de sus hermanos.

Carrera, inspirado por la venganza, se presentó en la tienda de Ramírez, el montonero teniente de Artigas, tocó ese resto de hidalguía que no falta nunca en el alma del bandolero, y de entre sus jinetes tomó los guías y de su fogón la tea con que iba a correr la pampa, incendiar los pajonales para trazar un horizonte de llamas y humo que avanzase con él tierra adentro, hasta descubrir en el Occidente las crestas nevadas de los

Andes que se proponía escalar con sus jinetes. La montonera, como avalancha de hombres desalmados, se desplomaba sobre las villas de las campañas argentinas, degollaba los rebaños, saqueaba las habitaciones y robaba las mujeres; y de la orgía del festín que iluminaba los campos y las techumbres incendiadas, partían vencedores y vencidos, hombres y mujeres, poseídos ya del mismo vértigo de pillaje y de sangre de que acababan los unos de ser víctimas. Las mujeres peleaban como furias en los combates; y sé de lance en que un montonero tomando por un extremo un escuadrón que estaba formado esperando órdenes, lo deshizo, a fuerza de estarle matando cabos en el extremo.

El terror de los pueblos dura aún en las tradiciones locales; muéstranse en los caminos las osamentas blancas de los ganados que degolló a su tránsito por aquel exquisito sentimiento del mal que aguijoneaba a aquellos filibusteros que traían a la cabeza un heroico Morgan que había echado llave a su corazón, para que no oyese el clamor de las víctimas ni el espanto de las poblaciones. Pero para aquellos pueblos, el patriota chileno y sus feudos con San Martín desaparecieron en presencia del pavoroso nombre de la montonera. Carrera, en efecto, para atravesar con seguridad la pampa, se había hecho argentino, y tomado el tinte nacional en su color más negro. Fuerzas imponentes de San Juan y Mendoza se adelantaron a salirle al encuentro, y en el Río IV fueron destrozadas, aumentando los dispersos con la abultada relación de las atrocidades de la montonera de Carrera el terror que precedía ya a su nombre. Carrera había ocupado a San Juan y Mendoza, los dos pueblos que tienen la llave de los Andes, sin que sus propios elementos bastasen a salvarlos. A

Oro le ocurrió lanzar a la circulación una buena idea, y el terror pánico se asió de ella como de la única tabla de salvación; Oro mismo fué encargado de hacerla efectiva yendo en busca de Urdininea y ocho oficiales más, bolivianos, que se hallaban en la Rioja, para rogarles que viniesen a organizar la resistencia. Urdininea vino, y aquella provincia tan desolada cambió su abatimiento en exaltación como no la ha presentado después; todos los hombres en estado de llevar las armas se presentaron sin distinción de clases ni edad. Urdininea traía consigo la ciencia militar que había faltado en el Río IV, y todos se creyeron salvados. Como una de las reminiscencias de mi niñez, recuerdo la figurita extravagante y diminuta de Rodríguez que se atraía la atención de los muchachos. Este es el mismo Rodríguez que se encontró asesinado en la playa de Buenos Aires, quedando su muerte un arcano entre los muchos que aclarará más tarde el tiempo que recompone y endereza la historia.

Carrera llegó a seis leguas de San Juan; un soldado chileno, Cruz, que se le pasó en la Majadita, le instruyó del aspecto nuevo que las cosas habían tomado, y cambió de rumbo echándose sobre Mendoza, por campos áridos que destruyeron sus caballos, y le hicieron caer en manos de sus enemigos. A San Juan le cupo la menos gloriosa parte en los hechos de armas, recoger prisioneros, los cuales por un decreto de venganza fueron condenados a muerte con todos los que hubiesen acompañado a Carrera como oficiales, amigos o consejeros. Cúpole la mala suerte de caer entre los prisioneros a Urra, joven de veintiocho años, secretario de Carrera, dotado de talentos rarírisimos, lleno de instrucción, y, como era raro entonces, poseedor de muchos idiomas. Más que su

mérito y su juventud, abogaban por Urra la causa misma que se le había seguido, por la cual constaba que lejos de haber participado en los crímenes de la *montonera* que eran horribles, había estorbado muchos por su influencia. Oro se puso en campaña para salvar la vida de aquel malhadado joven que se había cautivado la voluntad de la población entera; intercedió el clero en su favor, y pidiéronlo las tropas mismas que habían hecho la campaña. Pero líbrenos Dios de los gobiernos y de los hombres a quienes aconseja el miedo, son implacables con los vencidos. Urra fué fusilado de noche, al fin de unos muros viejos, como aquel duque d'Enghien tan estimable. La vida de Oro estuvo por horas pendiente de un hilo, por haber interesado a las tropas en favor de Urra, y no estuvo libre de cuidados sino cuando se hubo alejado de su provincia, para principiar aquella romanesca peregrinación que aun no ha terminado todavía. Visitó a Córdoba, adonde lo persiguieron las asechanzas de sus enemigos, pasó a Buenos Aires, donde Agrelo lo hizo trasladarse a Corrientes; y allí, al lado del general Mancilla, gobernador de aquella provincia, concluyó de formarse su fisonomía especial, revistiendo el fondo aristocrático que traía de su familia con aquel barniz que da el contacto inmediato con los pastores argentinos. Allí había visto Oro levantarse de nuevo la montonera, en su suelo nativo por decirlo así, sobre la huella fresca aún de Artigas y Ramírez; allí se le presentaba por primera vez aquel odio de las provincias contra los porteños, odio de pura descomposición y de desorden, pero que tan poderoso instrumento político había de ser más tarde; allí debía educarse, sirviendo al partido de las ciudades en la lucha impotente contra la montonera,

y de allí sacar aquel profundo convencimiento de que era desesperada la oposición de los hombres de cultura europea contra aquellos titanes de la guerra, que estaban destinados a vencer; convicción que Oro ha conservado hasta 1842, en que disputábamos largamente sobre este punto, y que conserva según entiendo hasta hoy. Oro por separación del mando de Mancilla, quedó de secretario de un Sola, gobernador del partido gaucho, con quien, como era de esperarlo, no pudo entenderse jamás, como que era imposible poner coto a las estúpidas voluntariedades de aquellos hijos de la Naturaleza, que desde Artigas hasta el último capataz de pueblos, tienen las ideas de Aaroun al Raschild en materia de gobierno. En esta época, sin embargo, tuvo el joven Oro hospedado en su casa a otro joven de Buenos Aires, gaucho también, y cuyo nombre debía ser conocido, aunque de una manera bien triste, de todos los pueblos del mundo. Este joven estanciero era un tal don Juan Manuel Rosas, con quien Oro hizo desde entonces conocimiento.

Don Domingo de Oro había, sin embargo, desde aquella polvorosa obscuridad que en torno suyo hacían en Corrientes las montoneras interiores, los brasileros y orientales que las instigaban, llamado la atención del gobierno de Rivadavia, que cuidaba mucho de poner de relieve todos los hombres notables que veía a lo lejos despuntando en el horizonte político. Era el ánimo de Rivadavia enviar a Bolívar, cuyo nombre aspiraba a eclipsar el de la República Argentina, una misión, y para ello escogió al general Alvear, el más brillante militar de la época, al doctor Díaz Vélez, y a don Domingo de Oro, nombrado secretario. La legación argentina llegó a Chuquisaca, y, por lo que respecta a

Oro, Bolívar, Sucre, Míller, Infante y Morán, hallaron en él un digno representante en la diplomacia de aquella juventud argentina que habían visto representada en la guerra por Necochea, Lavalle, Suárez, Pringles y tantos calaveras brillantes, los primeros en las batallas, los primeros para con las damas, y, si el caso se presentaba, nunca los postreros en los duelos, en la orgía y en las disipaciones juveniles. Bolívar y Sucre se disputaban sucesivamente las horas de aquella charla, amena como una mañana de primavera, vivaz y picante como espumosa copa de champaña, nutrida ya de la savia que dan los riesgos corridos, las dificultades vencidas en la vida política tan tormentosa de la República Argentina, sol que agosta las plantas débiles, pero que sazona y madura el fruto que anticipa en las bien nacidas.

Oro, malogrado el objeto de la misión, recibió despachos de secretario de la legación en Lima; y aun antes de pasar a desempeñar este nuevo destino, recibió los de secretario del diputado que debía enviarse al congreso de Panamá, que tampoco tuvo lugar.

Aun no había regresado a la República Argentina cuando fué nombrado diputado al Congreso Constituyente, por San Juan, al cual no se incorporó sin embargo (1). De aquellos comienzos de carrera política y diplomática de Oro había quedado en todos los espíritus la persuasión de que veía claro en todos los negocios, y que su palabra era un poder que podía oponerse a las fuerzas materiales que empezaban a desencadenarse en torno de la presidencia de Rivadavia.

---

(1) Consta de acta celebrada en San Juan en 18 de julio de 1828, declarándolo diputado electo por la provincia de San Juan. Núm. 18 del "Registro Oficial".

En Santiago del Estero encontró Oro cartas de los ministros de Rivadavia que le ordenaban pasar a San Juan a organizar la resistencia contra Facundo Quiroga. Facundo había entrado ya en San Juan, por faltar un hombre que, como Oro, supiese señalar dónde estaba la parte débil de la situación política para reforzarla. Pasó sin embargo a Córdoba y Mendoza, donde encontró que los amigos mismos del gobierno general conspiraban con los Aldaos. Mandó a Buenos Aires el cuadro estadístico de la opinión pública y de los intereses que se rozaban, sin que acto ninguno posterior revelase que aprovechaban de su consejo. La presidencia cayó, y en aquel punto final que se ponía a uno de los más brillantes capítulos de la historia argentina. Oro volvió a ver a su familia en San Juan, cargado de años, puesto que desde su partida habían corrido siete, y transformado de fisonomía con aquel barniz que dejan sobre el rostro humano el contacto con los hombres notables y los grandes acontecimientos.

Oro regresó a Buenos Aires, cuando Dorrego, su conocido y su compañero de viaje, un año antes, estaba a la cabeza del gobierno. Dorrego era la realización de la idea política que Domingo de Oro había sacado de su largo aprendizaje en Corrientes, y que sus viajes por las provincias no habían hecho más que corroborar el gobierno de los hombres cultos a nombre de los caudillos; pero los hombres de principios no gobiernan en nombre de lo que destruye esos principios; los gobiernos en América son aprobados o reprobados por la minoría culta de la nación en que está la vida política. Fuera de este terreno no se gobierna a la manera de los pueblos cristianos; se desquicia y se extermina todo lo que se opone: así lo había

hecho Artigas, así lo hizo Facundo, así lo hizo más tarde Rosas. Oro se equivocaba, como se equivocó Dorrego, y Oro tuvo que ir bien pronto a poner el dedo en la herida que ya empezaba a sangrar. Detrás de Dorrego, la mentira constitucional y culta, estaba Rosas, la verdad horrible, que encubrían las formas y los nombres de los partidos. Oro no simpatizaba por el partido caído, ni acababa de decidirse por Dorrego, quien lo llamó pocos días después de su llegada a Buenos Aires a servir en un ministerio, que rehusó por entonces, si bien aceptó otro destino más tarde en el ministerio de Guerra, bajo la expresa condición de no escribir en la prensa política. Renunció aquel destino en un momento en que sus simpatías personales por la mayoría de los hombres públicos lo empezaba a inclinar a decidirse por el partido unitario. Tomó una imprenta, la del *Río de la Plata*, publicó como editor el primer número del *Porteño*, periódico de oposición, y hubiera publicado el *Granizo* si sus RR. hubiesen consentido en darle una firma abonada.

Rosas era entonces comandante general de campaña, estaba encargado de fundar la nueva frontera, y del *Negocio pacífico*, que era un arreglo hecho con los salvajes, por el cual, mediante cierta subvención del gobierno, los bárbaros ocuparían ciertos lugares, sometiéndose a la jurisdicción del gobierno. Rosas solicitó a Oro, a quien había conocido en Corrientes, para correr con la contaduría de aquel negocio, y Oro aceptó creyendo salvar así de la decisión que lo determinado de los partidos políticos exigía imperiosamente de todo hombre notable. Pero Rosas se ocupaba ya de traer la frontera a la plaza de Buenos Aires, y Dorrego menos temía la oposición de los amigos del congreso y la presidencia, que había desbaratado, que

la insurrección abierta del Comandante de Campaña. Oro empleó su influjo por evitar o postergar el rompimiento. Dorrego quería separar a Oro del lado de Rosas, por temor de que a la astucia y tenacidad de su adversario viniese a añadirse la sagacidad y claridad de percepción del joven, cuya capacidad había tenido ocasión de apreciar antes; insistiendo Rosas en conservarlo a su lado, seguro de haber encontrado lo que hasta entonces le faltaba: un barniz culto a sus designios. En este quita-hijos, o, como lo ha dicho Oro una vez, entre aquellas dos piedras de molino, él trató de ponerse a salvo, aprovechando la ocasión que el gobierno le ofreció de ir a interponer su influencia en Corrientes para estorbar que estallase una revolución que se preparaba por instigaciones de Rivera, quien debía apoderarse de aquella provincia, lo cual se logró completamente, si bien reapareció más tarde. Dominóla algunos momentos, hasta que nuevas complicaciones hicieron imposible todo esfuerzo. Oro se retiró a Santa Fe, desde donde, reunido a Mancilla, volvió a desbaratar la revolución, hasta que apoderado de ella aquel Sola, antiguo gobernador de Corrientes, entró en su verdadero terreno la exclusión de toda idea política, la saciedad de las pasiones egoístas.

En Santa Fe, Oro formó un proyecto de explotación de los bosques de dominio público, y pasó a Buenos Aires a formar una compañía para el efecto. Buenos Aires ardía en aquel momento, y a sus amigos de Santa Fe escribió cuánta conmoción sentía bajo sus pies y los rumores que anunciaban la crisis. El 1.º de diciembre era apenas el estallido de las fuerzas que habían estado hasta aquel momento comprimidas. La conducta de Oro en este momento supremo fué sublime a fuerza

de ser franca, audaz y extraviada. Hoy que nos hemos reunido en el destierro, arrojados por la misma mano los que sostenían la revolución y él que la combatió, puede convencerse él de que el esfuerzo, por ser bien intenncionado, no era menos inútil. Oro venía de las provincias, y estaba en contacto con todas las fuerzas desorganizadoras; las había compulsado y sentídoles su peso; la revolución del 1.º de diciembre no hacía más que provocar toda su energía y hacerlas aparecer en la superficie. Oro combatió el intento, después de consumado, desaprobó el hecho, y en la plaza de la Victoria, en medio de aquel pueblo embriagado por la esperanza de triunfo que le daba la presencia del ejército, delante de dos mil ciudadanos apiñados en torno suyo, asombrados de tanta audacia y de tanta elocuencia, y de Salvador María del Carril, Oro, rodeado de aquellos militares que, acariciando su bigote y apoyados en sus tizonas imperiales, sonreían de lástima de los que osasen avistar sus lanzas, hizo la más elocuente, la más desesperada protesta contra aquella revolución que parecía ser el fin de todos los males pasados, y que, según él, no era sino el precursor de todas las calamidades que iban a sobrevenir. Hablábale Carril de derechos ultrajados, de violencias cometidas, y Oro le oponía el detalle de violencias, de crímenes y de males aún ignorados, como la muestra del hecho dominante, irresistible. Oro no defendía la justicia de los procedimientos inculpados, sino la ineficacia de los medios adoptados para derribarlos. Dorrego fué vencido, fusilado; y el 14 de diciembre en el café de la Victoria, Oro volvió a insistir en su teoría, calificando en medio de los vencedores de asesinato aquel acto que parecía por el momento desmentir sus anteriores predicciones. Sostenía él

que los gobernadores no eran causa sino efecto de un mal que venía trabajando a la República desde los tiempos de Artigas;· que este mal había invadido poco a poco la República entera;—que la elevación de Dorrego al gobierno de Buenos Aires, era el complemento de su triunfo, y su toma de posesión de la República;—que la revolución parecía poner en cuestión lo decidido entonces, pero que en realidad no era más que provocar al vencedor; que, desenfrenado el elemento gaucho, iba a hacer ahora lo que no había hecho antes; que degollaría al partido que contenía más hombres de luces y de dinero y nos llevaría a la barbarie; que debía combatirse la revolución en Buenos Aires antes que prendiera en el interior y la desolación se hiciese general.

Esta versión de la cuestión me la hizo Oro en 1842, y sin duda que era yo el más dispuesto entonces a comprenderla, puesto que de largos años venía estudiando la misma cuestión, y cuya solución intenté dar en *Civilización y Barbarie,* solución que han adoptado todos los partidos, y que hoy se abre paso en Europa, disipando la nube de obscuridades que ha levantado la astucia de Rosas. Esta teoría dará bien pronto sus frutos, como la enfermedad crónica ha dado sus últimos resultados; su término está menos lejos de lo que se cree. Lo único en que disentíamos con Oro era en la posibilidad de haber dado un nuevo rumbo a la marcha de los negocios públicos. Dorrego había conculcado el edificio político, apoyándose en las fuerzas desorganizadoras del interior; si los hombres de luces y el ejército, depositario hasta entonces de las tradiciones de la independencia, no intentaban un esfuerzo, ellos y Dorrego hubieran sucumbido en presencia del Comandante de Campaña,

el Artigas del sur de Buenos Aires; si la capital se reconcentraba dentro de sí misma, como en 1820, los hombres de luces de las provincias eran abandonados a Quiroga y los demás bárbaros, sin caridad y sin justicia, y así como Dorrego había coordinado y disciplinado aquellas fuerzas brutas, así los amigos de la presidencia estaban en todas partes en evidencia y no podían romper la cadena fatal que los ligaba a Buenos Aires. Lo que hicieron en 1829 era, pues, fatal, lógico y necesario. Debieron jugar el último albur, a trueque de combatir el mál, cual hondo fuese (1).

No triunfaron, porque no debían triunfar; faltáronles hombres a la cabeza del ejército, menos valientes y arrogantes, y más conocedores del asunto que tenían entre manos; faltáronles el tiempo y la fortuna; faltóles que triunfase el mal mismo para que produjese todos sus horrores y su esterilidad; faltaban veinte años de administración de Rosas, para enseñar a los pueblos a comprender a dónde conduce el sistema iniciado por Artigas, seguido por Facundo, y completado por Rosas; en fin: faltaba que Oro viniese al odio y a la execración del caudillaje, cuyo desenfreno brutal creyó poder retardar, para que hoy estuviésemos, desde el último hombre de Rosas hasta el más alto de los unitarios, de acuerdo en un solo sentimiento, y es que gauchos y hombres cultos todos necesitan hoy protección y seguridad contra las violencias y el terror.

Don Domingo de Oro, libre de todo compromiso con los revolucionarios, conocido de los caudillos, salió de Buenos Aires en febrero de 1829, y se

---

(1) Esta doctrina fué hábilmente desenvuelta por don V. F. López, en una serie de artículos en "El Progreso", de Santiago.

reunió con López, el de Santa Fe, para prestarle sus consejos, ya que su triunfo era para Oro claro como la luz del día.

En el Rosario hubo de encontrar a don Juan Manuel Rosas, el tirano predestinado de Buenos Aires. Entonces Oro valía más que él; Rosas estaba desconcertado, indeciso, y Oro le inspiró confianza. Temía Rosas acercarse a López que le tenía una aversión invencible, y Oro le allanó el camino. Diósele a Rosas, a pedido de Oro, un gran título en el ejército de López, pero sin funciones; y volviendo a revivirse en el ánimo del gaucho santafecino sus antiguas antipatías, a cada momento quería despedirlo con vejamen, y Oro era entonces su padrino y su amparo. Hay cosas que los hombres sin mérito real no perdonan cuando han llegado al poder. ¡Ay del que los haya visto pequeños, humillados y sometidos! ¡Ay de los que los hayan visto temblar! ¡Huyan a mil leguas de distancia, ésos no obtendrán perdón jamás! ¡Qué odio le profesa Rosas a Oro!

Las vicisitudes de la campaña no son aquí del caso. La derrota de Puente de Márquez fué para Oro una ocasión de penetrar solo en Buenos Aires y abocarse a los ministros a rogarles que se salvasen por un tratado con López. Todavía era tiempo; pero los unitarios no estaban aún convencidos de su impotencia. Oro, después de hacer los últimos esfuerzos para persuadirlos, regresó a su campo a terminar el triunfo de sus partidarios. El general Paz había sido más feliz en Córdoba que Lavalle en la campaña de Buenos Aires; y Oro, llevando adelante su sistema, volvió desde aquel momento sus miradas al general Paz, como una incorporación necesaria de aquel hecho en la masa de hechos victoriosos en todas partes. Paz, afirmándose en

Córdoba, era todavía un dique contra la barbarie del interior encabezada por Quiroga; Paz era, pues, una barrera que convenía no destruir, una áncora que aun quedaba sin garrear. Oro fué enviado a Córdoba, y aunque Paz y Oro no pudieron entenderse sobre lo que había en el fondo de la terrible cuestión, se estimaron ambos desde entonces y su relación dura hasta hoy íntima.

En estas circunstancias, Lavalle cedía en Buenos Aires a la presión de la campaña que en el Puente de Márquez había ahogado, más bien que vencido, al ejército con sus millares de jinetes. El consejo de Oro prevalecía ahora, pero impuesto por la victoria, y la orgullosa revolución del 1.º de diciembre se había contentado con una capitulación que garantizaba la vida de los unitarios, y de los militares. Oro llegó a Buenos Aires cuando Rosas mandaba, aquel Rosas a quien él había recogido en el Rosario, y quitádole de la cabeza el pensamiento de emigrar a San Pedro en el Brasil. El gobernador Rosas ostentó para con su protector toda la solicitud de un amigo; y, sin embargo, Oro empezó a comprender que en aquella alma fría, helada como el vientre de una víbora, no había sentimiento alguno humano. Oro era todo para don Estanislao López, bajo cuya ala se había levantado Rosas, y éste en Oro acataba simplemente al poder que esperaba ocasión de avasallar. Después de la batalla del Puente de Márquez, López y Rosas habían suscrito un plan político sugerido por Oro, que tenía por base el respeto de la vida, las propiedades y la libertad del partido vencido, siguiendo Oro en esto su sistema de contener al vencedor en el último límite de su carrera. Los actos posteriores de Rosas han mostrado la sinceridad con que suscribía

aquel plan, de cuya sujeción trataba de zafarse desde luego.

En 1830 se reunieron en San Nicolás de los Arroyos los gobernadores de las cuatro provincias litorales, a cuya reunión fué invitado Oro por López y Rosas. Por Corrientes asistía Ferré, por Entre Ríos un enviado no recuerdo quién, y aquel desgraciado Maza, degollado en el seno de la representación, por Buenos Aires, y cuya docilidad se prestaba mejor que la de Oro para los designios secretos de la sabandija. En aquel congreso de gobiernos se convino en enviar al general Paz una misión confidencial, y se designó a Oro para desempeñarla. Redactáronse las notas bajo la influencia de Rosas, y Oro rehusó hacerse el portador de ellas si no se modificaban. López, Ferré y Oro obraban de acuerdo, y de buena fe querían terminar la guerra, mientras que el designio, apenas disimulado de Rosas, era prolongarla, suscitar dificultades, y ganar tiempo. En este conflicto López y Ferré exigieron de Oro que aceptase la misión, por temor de que cayese en manos menos bien intencionadas, lo que hizo al fin logrando modificar en parte las notas y las instrucciones. Oro, gozando en Córdoba de la confianza completa del general Paz, sólo trató de evitar que Rosas esterilizase por bajo de cuerda el avenimiento proyectado. Oro entonces preparó una entrevista entre Rosas, el general Paz, López, Ferré, etc.; lo puso en conocimiento de estos últimos, y guardó a Rosas el secreto hasta que la realización estuviese próxima, para evitar que fuese frustrada. Pero la cosa transpiró, y el general Paz recibió un anónimo que le prevenía que se trataba de asesinarlo en la entrevista. A López le envió Rosas agentes en el mismo sentido. Afectaba prestarse al proyecto;

pero postergaba su ejecución, suscitando disputas con el gobierno de Córdoba, hasta que las provincias de Catamarca y Salta invadieron a Santiago del Estero, y quebrantándose, aunque muy a pesar del general Paz y sin su participación, el *statu quo*, base ofrecida para el arreglo, toda tentativa de negociación fué interrumpida.

Desde este momento don Domingo de Oro abandona toda iniciativa política. La túnica de la República Argentina iban a jugarla a los dados, y cualquiera que la ganase érale indiferente. El mal que quiso evitar se había consumado a su despecho. Desde entonces viaja por las provincias beligerantes, bien recibido de todos, porque es un extraño a las cuestiones que se agitan. Va a Buenos Aires y Santa Fe, vuelve a Córdoba de tránsito para San Juan, y da al general Paz un mensaje insidioso de Rosas, pero diciendo como Ulises a Telémaco: «atender para que no os engañen mis palabras.» Aquellos dos proscriptos, los últimos hombres sinceros y bien intencionados que iban a dejar el campo de la política argentina, para dar lugar al exterminio de un partido, conversaron tristemente sobre lo pasado y sobre el porvenir de la lucha. Paz, minado ya por la discordia (1831) y por la falta de recursos, conocía su situación. Su deber era, decía, morir combatiendo, no siéndole permitido abandonar al cuchillo a los hombres a quienes Rosas pretendía hacer desaparecer a millares.

Después de algunos meses de residencia en San Juan, Quiroga se apodera de Mendoza, y no siendo el ánimo de Oro pasar plaza de unitario, aguarda que entre el caudillo para evadirse con disimulo. Tiene con Quiroga, el terrible Facundo, una estrepitosa entrevista, y este otro bárbaro cree haber encontrado en él, como Rosas, un complemento ne-

cesario; pero Oro ya no espera nada del desenfreno de aquellas pasiones brutales y se pone en marcha para Chile. Hácelo alcanzar Quiroga en Uspallata, rogándole que volviese a encargarse de la secretaría de gobierno, a lo que se negó formalmente, regresando, sin embargo, para no dejar creer que su partida era una fuga, con lo que recibió del gobierno encargo de reclamar en Chile las armas y caballos traídos por los emigrados. Esto motivó una entrevista entre Oro y Portales, que principió bajo los auspicios más amenazadores para el primero, y concluyó pacífica y cordialmente. Regresó en seguida a San Juan, en circunstancias que Quiroga preparaba la expedición a Tucumán; viéronse poco; pasó después a Buenos Aires, y visitó a Rosas en su campamento del Arroyo del Medio, donde Rosas para engañarlo sobre lo que ambos no podían engañarse ya lo hospedó en su propia tienda. Volviéronse a ver más tarde en Buenos Aires, y esta vez rompieron para siempre de un modo claro y solemne. La *Gaceta* publicaba un decreto por el cual se faltaba con los militares del ejército de Lavalle a todas las garantías que les había asegurado la capitulación de Buenos Aires. Oro veía venir a Rosas a este punto, pero aun dudaba de que tuviese cinismo bastante para consignar en un documento público aquella violación flagrante de un tratado. Oro, sin poder contenerse, desgarró la *Gaceta* en presencia de muchos exhalándose en imprecaciones contra el malvado. Súpolo Rosas, y afectando serenidad, encubriéndose bajo aquella máscara helada el volcán de las pasiones cruentas y vengativas que lo roen, trató de atraerlo a una reconciliacóin. El general Mancilla era el encargado de pedir a Oro que se viese con Maza para este fin; don Gregorio Rosas intercedió también, pero

sin lograr de parte de Oro otra cosa que la protesta pública, reiterada, contra los actos de perversión del que había traicionado sus esperanzas. Este acto era de su parte una justificación ante su conciencia y ante la Historia de la sinceridad de sus miras al prohijar la causa de los caudillos. El día que Rosas inició su nueva política, ese día don Domingo de Oro hizo saber a todos que él no era cómplice en ninguno de los actos de demencia sangrienta que se veían en gérmen en aquel decreto. Oro ha sido el único federal de los que elevaron a Rosas que no se haya prostituído, manchado y degradado, dejándose llevar por la corriente de los sucesos; el único hombre de principios que haya dicho: hasta aquí es mi obra, pero en adelante yo me lavo públicamente las manos, prefiriendo ser víctima que cómplice. ¡Sublime esfuerzo de conciencia para mantenerse puro en medio del lodo que iba a caer sobre todos!

Una duda me ha asaltado al espíritu muchas veces, y es qué rumbo habría tomado la revolución de 1.º de diciembre si don Domingo de Oro la hubiese prohijado en lugar de combatirla, con tal que él hubiese podido llevar al gobierno el convencimiento, que los decembristas no tenían, de la fuerza de resistencia que poseían los caudillos. En cuanto a López, lo habría inducido a encerrarse en sus tolderías de Santa Fe; Rosas no habría surgido tan pronto sin López y sin él, y Oro conocía ya su situación para desarmarle pacíficamente la máquina de destrucción que estaba preparando en la campaña del Sur; Buenos Aires asegurada, Santa Fe quieta, Córdoba ocupada por Paz, la República estaba salvada; pero la hipótesis es imaginaria, y no hay que pedir condiciones imposibles de realizarse. En tal caso, la revolución de 1.º de di-

ciembre no habría tenido lugar, y entonces no es posible adivinar la marcha que habrían seguido los negocios.

La vida posterior de Oro es ya la de una luz que se extingue, la de una existencia perdida. Oro para ser, necesitaba patria, gobierno con formas europeas, y en el caos de barbarie y de violencia que comienza desde entonces, sus talentos políticos, su carácter eminentemente diplomático, su brillante elocuencia, todo debía hacerle un objeto de desconfianzas, de celos, de persecución. Los unitarios no podían perdonarle haberlos vencido; los bárbaros el no haber querido sancionar sus crímenes; ¿a dónde, pues, poder encontrar lugar para reposarse en la inacción y en la obscuridad siquiera?

Oro vuelve a San Juan a su casa, labrado secretamente de una enfermedad de espíritu que ocultaba con cuidado. Oro temía que un puñal lo alcanzase, y se guardaba. Facundo regresa de Tucumán, trátalo bien algún tiempo, y de repente se vuelve sombrío. Oro pasa a Chile en 1833, comprendiendo de donde parten las asechanzas que amenazan su vida. En Chile lo persiguen las desconfianzas del gobierno y de Santa Cruz, uno y otro creyéndole un agente de los caudillos argentinos. En 1835 vuelve a San Juan, a recoger su herencia por muerte de su padre, y con aquella hidalguía del que tantas cosas había hecho sin tocar los despojos de los vencidos, cambia sin inventario las viñas de sus padres, bodegas, aperos de labranza, por una hacienda de pastos. Gobernaba entonces Yanzón en San Juan, un bárbaro que tenía sin embargo el corazón sano, y éste quiso entregar a Oro el gobierno, ignorando que Oro estaba ya bajo la cuchilla de la proscripción de Rosas. Cartas de Rosas llegan luego, en efecto, denunciando a Oro a la

animadversión de los caudillos. Oro acepta un ministerio, y entonces tiene lugar un acto que ha prestado asidero al primer cargo hecho contra él. El coronel Barcala estaba asilado en San Juan, y Oro había garantido ante Yanzón su buena conducta. Barcala fragua una conspiración en Mendoza, es traicionado y descubierto, y el fraile Aldao pide su extradición, en virtud del tratado cuadrilátero aceptado por aquellos gobiernos. Una partida se presenta repentinamente en San Juan, las cartas de Barcala, sorprendidas, no dejan lugar a subterfugio alguno; Barcala no trata de escaparse, y Yanzón, que quiere salvarse de una ruptura con todos los gobiernos federales, y Oro que no es unitario, entregan a Barcala, que es fusilado en Mendoza, inculpando a Oro de complicidad en su conspiración. Oro se hace sospechoso para con Yanzón, lo juzgan, lo condenan, lo absuelven en apelación y lo destierran.

Don Domingo de Oro llegó a Copiapó en 1835. En *La Puerta* (1) estaban a su llegada reunidos muchos argentinos notables, que lo oyeron entonces hacer la pintura de todos los horrores que iban a seguirse a la dominación absoluta de don Juan Manuel Rosas. Recuerdo algunas de sus palabras: «La América va a estremecerse de espanto; »la inquisición, en sus épocas más tenebrosas, no »ha presentado espectáculos iguales. La conciencia »de los hombres que han visto ya a Quiroga y a »otros, no podrá creer en lo que va a verse luego. »Conozco a este horrible malvado; no tiene entrañas, »no se inmuta por nada, su cara no traiciona jamás »una sola chispa de la sed de venganza que aqueja »sus ijares; está hablando con usted sobre cosas

(1) Establecimiento minero de don Mariano Fragueiro. "El E."

»frívolas, y mirándole el lugar del cuello en donde »ha de penetrar el cuchillo que le prepara. Ustedes »van a verlo luego; un solo hombre importante »no quedará vivo, un solo militar sobre todo; lo »he visto mandar matar a veintisiete prisioneros en »San Nicolás, y gozarse en ello como el tigre har»to de sangre...» Algunos meses después llegó a Chile la noticia de la carnicería de los ochenta indios en la plaza del Retiro, y todos lo repetían instintivamente: Oro lo decía; los asesinatos en las casas, y los prisioneros degollados, y todos repetían espantados: ¡lo predijo Oro en *La Puerta* en 1835! Estos conceptos los reprodujo por la prensa.

Desde entonces Oro se confunde con los desterrados en Chile, siente como ellos, vive con ellos, pero sin esperar como ellos, porque todavía no cree que ha pasado el letargo en que ha caído la energía moral de las poblaciones espantadas por el cúmulo de males de que han sido víctimas; triste marasmo en que caen los espíritus que han visto desenvolverse el germen, crecer, extendérse y cubrir como de una lepra la República entera.

En 1840 Oro escribía en Chile estas notables palabras: «la Naturaleza concedió a don Juan Manuel »Rosas una constituciónn robusta, que su ejercicio »de ganadero y labrador desenvolvió completamente, »habilitándole por más de un respecto para desem»peñar el tremendo papel que representa. Su sem»blante en el círculo de los hombres de su con»fianza, o de aquellos cuyas simpatías le interesa »conquistar, es agradable, y cuando se le habla, »hay en su rostro una expresión de atención y de »seriedad que halaga; pero, en el trato de otros »hombres, se nota una terquedad de maneras y »descompostura de lenguaje, que concuerda con cierto »aire de taciturnidad que parece en él caracterís-

»fico. En estos casos, rara vez mira a la persona »con quien habla, y si lo hace con intervalos por »movimientos râpidos de los ojos, es para ver el »efecto de sus palabras. Por lo demás, ninguna »señal revela jamás contra su voluntad los afec»tos de su alma; y nadie al mirarlo sospechará »cuánta es la bastardía de las pasiones brutales »que fermentan en su pecho. Pero, aunque tiene »el disimulo que se atribuye a Tiberio, el miedo »en el momento del peligro pone descolorido su »semblante, que es encendido, sin que carezca del »valor necesario para arrostrar aquél, cuando es »indispensable o muy urgente. Es verdad que en»tonces sus facultades se perturban y cae en »cierto estado de entorpecimiento mental o casi es»tupidez. Rosas es frugal y parco en alto grado, »y lo era antes que el temor de un envenenamiento »viniese a atormentarlo. Es pensador, reflexivo, la»borioso como pocos. No tiene ideas religiosas ni »morales, y todas las facultades de su alma están »subordinadas a la pasión del mando absoluto y »la pasión de la venganza, las dos cualidades do»minantes de su carácter. En la historia del nuevo »mundo hasta nuestros días no se encuentra el »nombre de un tirano tan reflexivamente atroz y »cruel como Rosas. La actividad febril con que tra»baja degenera en una extravagancia loca y feroz »en sus momentos de descanso y distracción.»

Pertenece a Oro este pensamiento digno de Labruyère: «los que no conocen a Rosas, se inclina»rán a creer que este bosquejo es exagerado... »La especie humana rechaza instintivamente la idea »de que puedan existir tales seres; y la invero»similitud de los horrores de que se han hecho »culpables, y que deberían atraerles el odio uni»versal, pone en problema la verdad, y se convierte

»en un refugio protector de los perversos (1).» Bellísimo pensamiento el último, y que se está realizando hace veinte años. La América y la Europa han dudado largo tiempo de la verdad; la historia viene, empero, en pos de los hechos; y cuando las pasiones, los intereses y las opiniones del momento callen, presentará a los ojos del mundo espantado la página más negra de la criminalidad humana. Ni un solo hecho, entre mil, escapará de ser verificado, aclarado, comprobado, y la verdad, la terrible verdad, avergonzará entonces a una generación entera. «La verdad no se entierra con los »muertos; triunfa de la lisonja de los pueblos y »del miedo de los poderosos, que nunca lo son »bastante para sofocar el clamor de la sangre; la »verdad transpira al través de los calabozos y hasta »al través de la tumba (2).»

Oro en sus peregrinaciones, fué a Bolivia, donde el gobierno del general Ballivián reclamó sus consejos. El último que le dió fué el de dejar el mando, si no quería aguardar a que se lo arrebatase la triste revolución que está labrando hoy a Bolivia, muy parecida en lo desorganizadora a aquella otra que él había estudiado en su cuna y seguido hasta perderla de vista. La conducta de Oro, y de algunos otros argentinos emigrados, arrancó al general Ballivián en su refugio en Valparaíso esta exclamación: «sin la noble abnegación »de estos argentinos, yo habría llegado a maldecir »de la especie humana.»

Oro, escapando de esta revolución, asilado en Tac-

(1) "El tirano de los pueblos argentinos"; Valparaíso, 1840. Este es un folleto distinto del escrito de García del Río bajo el mismo título en el "Museo de ambas Américas" de 1843.

(2) "La Rusia en 1839", por el marqués de Custine.

na, sentíase abrazado por detrás en el puerto de Arica en 1848 por persona que intentaba hacerse reconocer por sólo el acento de su voz. Libre del lazo que detenía su curiosidad, volvióse, y entonces pudimos abrazarnos de nuevo: él que tendía por tercera vez las alas para lanzarse al incierto mar del destierro, yo que volvía de rodear el mundo, para entrar de nuevo en Chile, de donde por vía opuesta había partido; y en pláticas amistosas en las banquetas calientes del vapor, viendo desfilar la desierta ribera americana en el horizonte, y hundiendo nuestras miradas en la desierta superficie del Océano, recogí de su boca la mitad de los datos que forman estas memorias para complemento de otros que ya poseía. Oro está varado cual casco abandonado qué sé yo dónde, mientras yo sigo sin rumbo, sin blanco fijo, cediendo a impulsos que me llevan adelante.

La última noticia que de él he tenido es la que contiene la siguiente carta:

«Sr. D. Domingo F. Sarmiento. Copiapó, noviem»bre 6 de 1849. Mi apreciado amigo: He recibido »un ejemplar de su libro *Educación popular*. El ca»rácter de su *Crónica* me había ya llamado la »atención, por su tendencia a traducir en práctica, »en hechos, las teorías sobre que no se ha cesado »de charlar. Me parece que usted la concibió como »una máquina para empujar a obrar en el sentido »de la industria y del movimiento mecánico y ma»terial. Su libro es la máquina de dar el mismo »impulso al movimiento intelectual, y diré así a la »*industria intelectual y moral*, que a su tiempo au»mentará con su fuerza el resorte del movimiento »material e industrial.

»Su libro ha exaltado tanto mis antiguos senti»mientos de filantropía y de patriotismo, que casi

»han revivido mis pasadas ilusiones, estando a pique
»de creer en la felicidad venidera de nuestros paí-
»ses. ¡No le diré cuántos sueños llegaron a pasar
»por mi cabeza! Han sido los movimientos de la
»vida, ejecutados por un cadáver, a favor del gal-
»vanismo. Desalentado y escéptico, he llegado a
»tener un momento fe en los inmensos bienes que
»nos iba a traer la generalidad de la instrucción
»que brotaría de la lectura de su libro. Pero la
»exaltación ha pasado y sólo me queda mucha ad-
»miración por los esfuerzos de usted, mucha sim-
»patía por la generosidad y elevación de sus sen-
»timientos, muchísimo y muy vivo afecto por su
»persona, y ninguna esperanza de que el éxito co-
»rone tan nobles, generosos y sabios trabajos. Suyo.
»—*Oro*.»

EL HISTORIADOR FUNES

Tiene esto por lo menos de interesante el examen de los individuos notables de las familias, que a medida que pasan generaciones ve uno transformarse poco a poco los personajes, cambiar de forma el atavío de hechos de que se revisten, y presentar casi completas las diversas fases de la historia. Si tomamos la familia de los Albarracines, por ejemplo, desde fray Miguel, fray Justo de Santa María, y Domingo de Oro, nos dan por resultado estos hechos: el convento, la teología, el milenario, la inquisición, viajes a España, la declaración de la independencia, Bolívar que la termina, la guerra civil, los caudillos, Rosas y el destierro. Tres generaciones han bastado para consumar estos hechos, tres individuos los han reflejado en sí por actos notables y significativos. Hay un momento como hay una persona que es a la vez el término medio entre la colonia y la República. Todos los hombres notables de aquella época son como el dios Término de los antiguos, con dos caras, una hacia el porvenir, otra hacia lo pasado.

Distinguida muestra de este hecho fué el deán Funes. El sacerdocio fué, cual convenía a la situación de las colonias españolas, el teatro en que iba a desenvolverse su carrera. Educado por los jesuítas, conservóles siempre afición, no obstante

las diversas transformaciones que más tarde tomaron sus ideas; a ellos debió la afición a las letras que, aun entre el sacerdocio, ellos solos cultivaban con provecho. A los pocos años de ordenado el presbítero don Gregorio Funes, negocios de famillia o sed de instrucción, lo llevaron a España en los últimos años del reinado de Carlos III, en que las letras españolas fueron cultivadas con esmero. Doctoróse en España en derecho civil, y gracias a la alta posición de su familia y a su mérito conocido, obtuvo una canonjía de merced para regresar así condecorado a su patria. Era Córdoba entonces el centro de las luces y de las bellas artes coloniales. Brillaban su Universidad y sus aulas; estaban poblados de centenares de monjes sus varios conventos; las pompas religiosas daban animado espectáculo a la ciudad, brillo al culto, autoridad al clero, y prestigio y poder a sus obispos. El canónigo Funes venía de la corte, había estudiado en Alcalá, gozado del trato de los sabios, y traía además tesoros de ciencia en una escogida cuanto rica biblioteca, cual no la había soñado la Universidad de Córdoba. El siglo XVIII entero se introducía así al corazón mismo de las colonias. Su prestigio de ciencia debió ser desde aquel momento inmenso; pruébalo más que todo la enemiga del canónigo magistral de Córdoba, después obispo del Paraguay, don Nicolás Videla del Pino, que veía en el canónigo de merced un rival temible para optar a las altas dignidades de la Iglesia. Desde entonces comienza una lucha sorda, o estrepitosa entre ambos canónigos, que produce resultados políticos, no sin atravesarse el primero varias veces al paso del segundo para desviarle o embarazarle su marcha.

Elevado a la mitra de Córdoba el señor den Angel

Moscoso, hijo de una ilustre familia de Arequipa, por traslación del obispo San Alberto a la metropolitana de Charcas, el canónigo Funes, a despecho del magistral Videla, fué nombrado provisor, vicario general y gobernador del obispado. En aquel gobierno teocrático el provisorato era, como en nuestros tiempos, un ministerio de lo interior, que daba sanción a las reputaciones que se estában formando, y medios de justificarlas por los hechos, llevándolas a los confines del obispado. Funes fué durante toda la vida de Moscoso el árbitro supremo en materias eclesiásticas, y después de su muerte, elegido deán de la catedral, ejerció por algunos años más el gobierno de la diócesis en sede vacante, sin temer rivalidad posible, desde que Videla había sido nombrado ya obispo del Paraguay.

A la muerte de Carlos III pronunció Funes una oración fúnebre que debía acrecentar más su prestigio literario. Rico de erudición en las más célebres obras de los autores franceses que él solo poseía, y lleno de ideas de otro género que las limitadas que circulaban en las colonias, el orador sagrado había sabido elevarse a la altura de su asunto, apreciando en frases pomposas las medidas gubernativas que habían hecho notable el reinado del muerto rey. Hablaba del comercio libre en las colonias con el aplomo de un financista, describiendo la desolación de sus vasallos con palabras que por desgracia no eran suyas.

Otro sermón congratulatorio al advenimiento de Carlos IV, y algunos pleitos que sostuvo en defensa del señor Moscoso ante la real audiencia de Buenos Aires, y que pasaron en apelación al Supremo Consejo de Indias en España, eran más que sobrados motivos para darle una reputación colosal que desbordaba de los límites del virreinato.

Pero otra querella, muy en espíritu de aquellos tiempos, debía proporcionar al sabio deán materia de nuevos trabajos, campo vasto a su actividad, poner en sus manos una arma poderosa de que hacía tiempo trataba de apoderarse. Con motivo de la expulsión de los jesuítas, el Colegio y Universidad de Córdoba, donde él mismo había adquirido los primeros rudimentos del saber, habían sido encargados provisoriamente a la orden de los frailes franciscanos, que eran los que en el cultivo de las ciencias seguían de cerca a los expulsos. Pertenecía a esta orden el célebre padre García, a quien en 1821 o 22 oí predicar un sermón de 25 de mayo, en presencia de Bustos, gobernador de Córdoba, que dejó azorados a los oyentes, por las incriminaciones que el fraile patriota le dirigía desde el púlpito, recordando la revolución de Arequito al hacer reseña de la marcha de la revolución. Tengo presente la estructura del trozo oratorio a que aludo, el cual comenzaba así: ¡25 de mayo de 1810! Día memorable, etc., ¡25 de mayo de 1811! y seguía concretando los hechos históricos, hasta que llegando al año 20, cambió el encomio en ataque, mostrando avergonzado al sol de mayo de aquel año por los hechos que había presenciado. Las gentes se miraban unas a otras en la catedral; a Bustos veíalo yo jugar con una borla del almohadón de terciopelo que tenía por delante de su mesa apoyando el misal, mientras que el fraile implacable, revestido de las insignias doctorales de ambos derechos, seguía fulminando al poderoso mandatario sobre quien tenía fijas sus miradas.

El clero secular de Córdoba había en tiempo atrás reclamado para sí la dirección de los estudios, ocurrido a los virreyes, apelado a la corte de España, la que al cabo de veinte o treinta

años de lucha entre ambos cleros, expidió una real cédula ordenando que pasase la gestión de la enseñanza a los clérigos seculares. Pero una real cédula era poca fuerza para desasir a los poderosos e influyentes frailes de la dirección que por tantos años habían ejercido, y cuyo despojo amenazaba eclipsar el brillo de la orden seráfica. Córdoba estaba dividida en partidos, los monasterios seguían a los frailes, la juventud estudiante arrastraba en pos de sus maestros a las familias, y gobernadores y aun virreyes, ganados por las intrigas y las influencias franciscanas, mostrábanse tardos y remisos para hacer efectivos los reales decretos. «El espí»ritu monástico, dice un manuscrito que consulto, »el aristotelismo, y las distinciones *virtuales* y *for»males* de Santo Tomás y de Scott, habían invadido »los tribunales, las tertulias de señoras y hasta los »talleres de los artesanos. Con pocas excepciones, »los clérigos eran frailes, los jóvenes coristas y la »sociedad toda un convento.» Todavía conozco algunos cordobeses que no han degenerado de sus abuelos. Tal era el espíritu que presidía a los estudios universitarios de Córdoba, que los directores franciscanos tomaban entre ojos, envilecían y aun castigaban al malhadado joven que prefería el estudio del derecho civil al de la teología de aquel tiempo, que pretendía explicar por la esencia y la forma las cuestiones naturales que hoy resuelve la química por las afinidades y las cristalizaciones.

El deán Funes tomó parte activa en la querella; marchó dos veces a Buenos Aires a reclamar denodadamente el cumplimiento de las reales cédulas; pero las nuevas provisiones obtenidas venían a estrellarse ante las dilatorias opuestas por el doctor don Victorino Rodríguez, gobernador de Córdoba, entregado a la influencia de los franciscanos, y

enemigo de Funes por celos literarios y rencores de familia.

El año 1860, empero, habiendo, después de la reconquista de Buenos Aires ocupado la silla del virreinato Liniers, amigo de Funes y francés ilustrado, se expidieron nuevas órdenes en confirmación de las anteriores, que, aunque fuesen eludidas al principio, motivaron la reiteración de ellas en 1807, con encargo al doctor don Ambrosio Funes, hermano del deán, de intimar al gobernador, si a los tres días no estaban ejecutadas, el cese de sus funciones en virtud de la orden escrita que para ello se le acompañaba. Traspirólo el gobernador, y en el acto puso en posesión al clero secular, en la persona del deán Funes, del rectorado colegio de Montserrat y del cancelariato de la Universidad de Córdoba. (Diciembre de 1807). Así la Edad Media había librado la más cruda batalla para no dejarse desposeer de la dirección de los espíritus; cuarenta años de lucha; la orden real desobedecida; eludidos cinco mandatos de ejecución consecutivos, no cediendo sino cuando un hijo de la Francia estuvo a la cabeza del virreinato. ¡No ha sido tan renitente la ciudad sapiente en los últimos tiempos, cuando a sus antiguos doctores se sucedieron en el mando los hijos venidos de las campañas pastoras!

Las ideas regeneradoras, pues, habían tomado aquella ciudadela de las colonias. El doctor Funes, al aceptar cargos que tanto había codiciado, dió muestras de pureza de intención, renunciando a las rentas que les estaban afectas, destinándolas a la dotación de una cátedra de matemáticas, que se abrió con aprobación de Liniers, no obstante órdenes precedentes de la corte de España que lo prohibían formalmente.

Este primer paso dado dejaba ya traslucir la marcha nueva que la conspiración del espíritu americano iba a imprimir a los estudios universitarios bajo la influencia de Funes. El deán formuló entonces un reglamento de estudios que, pasado a la corte de España para la superior aprobación, fué mandado seguir en las demás Universidades de América. «No teniendo entonces, dice en su *Ensayo* »*Histórico*, que respetar la barbarie de los tiempos »góticos, a que con cuatro años de teología esco»lástica lo sujetaban los preceptos del ministerio »eclesiástico, se propuso dar una mejor disciplina »al hombre intelectual. A más de haberse introdu»cido el estudio de las matemáticas, y mejorado el »de las facultades mayores, se procuró también pro»mover la cultura de las bellas letras, y el re»nacimiento del buen gusto. Es innegable que bajo »este método ha debido ganar mucho la educación »y que promete buenos frutos al árbol del saber (1).»

La educación dejó de ser teocrática en sus tendencias, y degradante en su disciplina. En lugar de la filosofía aristotélica de *Goudin* y la teología de *Gonet* y *Polanco*, entraron a servir de texto más modernos autores, sustituyéndose a la teología escolástica la dogmática de *Gott*, *Bergier* y otros, la moral por *Antoine*, la física por *Brison*, *Sigaud de la Fond*, *Almeida* y los más modernos autores conocidos en aquella época. Estableciéronse cátedras de matemáticas, física experimental y derecho canónico, subdividiéndose en dos la que hasta entonces comprendía el derecho romano y civil español. Estableció Funes. a sus expensas. en el interior del colegio clases de geografía, música y francés, y como si quisiera dejar traslucir la im-

---

(1) "Ensayo Histórico de las Provincias del Paraguay", etc., tom. III.

portancia que daba a estos ramos, reputados indignos del sabio entonces, el deán de la catedral y gobernador del obispado, el valido del virrey, el canciller de la Universidad, en persona las asistía y profesaba.

La fama de la saludable revolución se esparció por toda la América. El virrey Liniers envió sus tres hijos a recibir lecciones del profundo sabio, dos jóvenes de Filipinas les siguieron bien pronto; el general Córdoba mandó el suyo que tanto ha figurado después en España; un joven romano Arduz, que ha servido más tarde en la magistratura de Bolivia, y centenares de americanos del Perú y del Paraguay, de Montevideo y de Chile les siguieron. Lo que para la libertad de la República Argentina, para las letras y el foro produjo la revolución obrada en las ideas, apreciarálo el lector argentino pasando en revista los siguientes nombres de otros tantos discípulos formados bajo la inspiración del deán Funes.

Don Juan Cruz Varela, el más severo de los poetas argentinos en su tiempo, a quien cupo la suerte de permanecer original sin apartarse de los grandes modelos, es el Quintana del Río de la Plata; así como éste rejuveneció la lira española, llamando a la independencia y cantando la invención de la imprenta, así Varela introdujo nuevos asuntos dignos de la musa moderna, entonando odas sublimes a los actos de beneficencia pública, a las empresas de reforma social, y particularmente flagelando al fanatismo, enemigo que persiguió encarnizadamente durante su vida entera. Fué diputado al congreso que debió reunirse en Córdoba el año 1816; secretario del congreso de Buenos Aires hasta su disolución; oficial primero en una de las secretarías de Estado. Redactó muchos periódicos durante las

administraciones de Rodríguez, Las Heras y Rivadavia; el *Centinela,* el *Tiempo,* el *Granizo* y el *Patriota,* desde los calabozos de la cárcel general de policía, después de haber salvado la vida, merced a la entereza de su espíritu, en tiempo del gobernador Dorrego, cuya marcha retrógrada atacaba con burlas que todos conservan en la memoria como muestras de chiste y de agudeza ática. Murió desterrado en Montevideo, ocupado en una traducción en verso de la *Eneida,* cuyos dos primeros cantos dejó concluídos y limados con el esmero que le era característico.

El doctor Alsina es otro digno discípulo del deán Funes; uno de los más brillantes abogados del foro de Buenos Aires, como lo ha mostrado en la defensa del coronel Rojas, en la de los Yáñez, acusados de un asesinato, y en la defensa del derecho que asiste al gobierno argentino sobre las islas Malvinas ocupadas por los ingleses. Catedrático de derecho en la Universidad hasta 1840, en que preso y en vísperas de ser entregado a la mazorca, su mujer, hija del doctor Maza, presidente de la junta de Representantes y de la Suprema Corte de Justicia y degollado por Rosas en la sala misma de las sesiones, lo sacó del pontón en que estaba preso y huyó con él a Montevideo. Ha defendido causas célebres en ambos foros del Plata. Acaba de traducir y anotar a *Chitty,* y desde su juventud, en su patria y en el destierro, ha consagrado su vida a la defensa de la libertad de su país, de lo que da noble prueba el apartar el cadáver aún caliente de su amigo Varela, para sentarse en el puesto peligroso que le costaba la vida. Al día siguiente del asesinato del honrado escritor, leíase en el tema del *Comercio de la Plata:* «Su fundador y redactor »don Florencio Varela fué asesinado traidoramente

»el 20 de marzo de 1818. Lo dirige hoy don Va- »lentín Alsina, su redactor principal.» ¡Salud, Alsina! ¡La República que tales hijos tiene no está aún perdida!

El doctor Gallardo, redactor de *El Tiempo* y otros diarios de la época de Rivadavia, ejerce hoy con brillo su profesión de abogado en el puerto de Valparaíso, que honra sus talentos con una numerosa clientela.

Los doctores Ocampo, residentes en Santiago de Chile, en Copiapó y en Concepción. El nombre sólo de Ocampo es ya en Chile un testimonio de la importancia y profundidad de los estudios.

Salvador M. del Carril, gobernador de San Juan, residente hoy en Río Grande.

Javier y Joaquín Godoy, muerto el primero en la emigración, residente el segundo en Copiapó.

Los Bedoyas, dos de ellos en Copiapó, uno de los cuales en Santiago arrancó del pecho a uno y pisoteó el trapo colorado que ostentaba aún en Chile el brutal *mueran los salvajes unitarios.*

El doctor Zorrilla, emigrado en Bolivia diez y ocho años, muerto seis meses ha, en camino, habiéndosele desterrado de Chuquisaca.

Subiría, ciudadano distinguido de Salta, que ha permanecido emigrado diez y ocho años.

Olañeta, de Chuquisaca.

Ellauri, de Montevideo, enviado del Uruguay, en Francia.

Lafinur, célebre poeta, músico aventajado, el primero tal vez que introdujo en estas partes de América las doctrinas modernas en puntos de filosofía, cuya ciencia profesó en Buenos Aires.

Los Agüeros, de Buenos Aires; y otros de menor significancia política: Saravia, Orjera, Colinas, Villafañe, los Frangueiro, Allende, Cabrera, Urtubec,

Aguirre, el doctor Vélez de Córdoba, Uriburu, Alvarado, Indebeirus y Pinedo.

De estos argentinos, los más ilustres, todos los que han desempeñado cargos públicos, están en el destierro o han muerto en las matanzas y en las persecuciones que les ha suscitado don Juan Manuel Rosas, que no había estudiado bajo la dirección del deán Funes, sino que aprendió a leer con el doctor Maza, degollado en la sala de Representantes de Buenos Aires.

Olvido aún dos discípulos de aquel maestro, que, como uno de los de Jesús, se apartaron de la escuela, y se pusieron de acuerdo con los fariseos. Echagüe, doctor en teología, hecho general por López, de Santa Fe, que se sentaba en los talones a conversar, y hoy gobernador de la aldea donde antes hubo una ciudad. De su instrucción teológica puede dar muestra este trozo de estilo de una nota oficial suya: «el infrascrito ha leído el con»tenido de la *sediciosa, anárquica, irritante* carta del »*contumaz salvaje, unitario, logista* Sarmiento...»

El otro es un señor Otero, de Salta, que está nombrado enviado extraordinario a Chile, y a quien Rosas improbó en nota oficial «usar de la *i* latina »en los casos que su gobierno usaba la *y* griega», ¡ordenándole abstenerse en adelante de incurrir en desliz tan imperdonable!

Pero cerremos esta dolorosa página de las pérdidas que la República ha hecho de aquella cosecha de claros varones que produjo Córdoba bajo la inspiración del sabio deán. El martirio, el destierro o el envilecimiento, han dado ya cuenta de ellos.

No por haber desposesionado a los franciscanos de la Universidad y colegio de Montserrat, la lucha de las viejas ideas fué menos tenaz. La Edad Media se parapetaba en los numerosos claustros, y

desde allí, lanzando sus guerrilleros calzados o descalzos, de blanco o de negro uniforme, traía turbadas las familias y las conciencias, espantadas como estaban de que en un colegio se enseñase francés. En España misma, sólo a mediados del siglo XVII, si no a fines, vióse por la primera vez en un libro una cita en aquel idioma. Acusábase al venerable deán, con sobradísima razón, de estar abriendo el campo a *Voltaire, Delambert, Diderot* y *Rousseau*, y a los jacobinos franceses. Acusábasele con mayor razón de la preferencia que daba al estudio del derecho sobre el de la teología escolástica, dejando así desguarnecida de toda defensa el alma de sus discípulos contra la temida y posible impiedad. Ni las matemáticas merecían indulgencia, atendida su afinidad con la nigromancia y la magia, que existían aún en algunos doctos cerebros. Era la música distracción mundana, camino de flores que conducía bailando y cantando a la perdición eterna, sin dejar de ser por eso habilidad asaz plebeya, puesto que sólo los esclavos de los conventos se ejercitaban en violines, harpas y guitarras. Ultimamente, el deán Funes, cuan blando y suave de carácter era, pues, su indulgencia paternal llegó a relajar la disciplina del colegio, había dejado establecer una clase de esgrima que provocaba a las pendencias y desafíos. ¿Pero dónde iba este santo varón con todas aquellas innovaciones, que traían alborotada la gente tonsurada y la larga cola de beatas que anda siempre en torno de conventos y monasterios? El deán se guardaba para sí su secreto, y seguía adelante su obra. El doctor don Leopoldo Allende, rector del colegio de Loreto, que gozaba de una grande influencia en la ciudad, se opuso formalmente a que sus alumnos asistiesen a las nuevas clases de derecho, matemáticas, francés, geografía,

etc. El cancelario de la Universidad llamó al altivo y fanático rector para reconvenirlo, encontrando, sin sorpresa de su parte, que hacía público alarde de la oposición a la reforma, bien apoyados sus razonamientos en textos sagrados que probaban que el sacerdote no debía saber geografía ni francés, para mejor combatir la herejía. Funes salió esta vez de su habitual mansedumbre y lo mandó preso a su colegio de Loreto, orden que afectó tanto al orgulloso rector que cayó desmayado y fué preciso conducirlo en brazos. Pocos días después, el doctor Allende en casa del obispo Orellana, al pie de una boleta de examen de órdenes que rendía el doctor Caballero, de Córdoba, escribió *Doctor Leopoldo All...* y cayó muerto. Como era de temerlo, este triste incidente, abultado, desfigurado fué a engrosar la lista de los cargos contra el innovador, que había quebrantado la fatuidad del ignorante doctor. La vacante que aquella muerte dejó en el rectorado de Loreto, fué llenada, no obstante, por persona idónea, y la reforma se introdujo entonces sin dificultad.

Por este tiempo, estamos en el año nueve, empezaban a sentirse ligeros movimientos en el mundo político de la España. Ventilábanse con ardor en Chuquisaca, entre la audiencia y su presidente Pizarro, los derechos de la *Carlota* al trono de España y América durante la cautividad de Fernando; y Monteagudo, Otero, Bustamante, Postillo y otros porteños o argentinos, no pudieron estorbar los movimientos revolucionarios que retardaban planes que se estaban urdiendo en Buenos Aires y tenían ramificaciones en La Paz, Chuquisaca, Lima, y otros puntos de América. Muchos hilos de la trama, si no todos, pasaban por Córdoba bajo la mano suave y entendida del doctor y deán. Su fama de sa-

biduría, su influencia en el clero, sus relaciones con todos los hombres distinguidos de ambos virreinatos, la reunión misma de tantos alumnos de tan varios países, hacían del célebre deán el centro natural de todos los movimientos preparatorios de la revolución de la independencia.

El primer aviso que se tuvo en Córdoba de la revolución de 25 de Mayo de 1810, llególe al deán, circunstancia que lo comprometía sobremanera ante las autoridades reales. Hallábase a la sazón en Córdoba, su amigo el ex virrey Liniers, y habiéndose reunido una junta para deliberar sobre el cambio obrado en Buenos Aires, a consecuencia de las circulares que el nuevo gobierno enviaba a las provincias, presidida por Liniers y compuesta en su mayor parte de peninsulares, el gobernador Concha, el obispo Orellana, españoles, el deán Funes invitado, como era debido, a dar su voto en tan solemne deliberación, en presencia de su obispo, como ante el cónclave de cardenales Sixto V, arrojó las muletas del disimulo y se declaró americano, argentino, patriota, y revolucionario. A su amigo Liniers pudo decirle entonces como Franklin a lord Strahane: «vos sois miembro del parlamento y de »esa mayoría que ha condenado mi país a la des»trucción... Vos y yo fuimos largo tiempo amigos. »¡Vos sois ahora mi enemigo!»

Ni un solo voto reunió el deán en favor de su idea de que se reconociese simplemente la Junta Gubernativa de Buenos Aires. Liniers, el obispo, el general Concha, el coronel Allende, don Victorino Rodríguez, asesor de gobierno y hombre de grande y merecida influencia, apoyados en todos los europeos de Córdoba, y en la momentánea turbación de los ánimos no preparados para golpe tan osado, declararon su oposición al gobierno de Bue-

nos Aires y la guerra al ejército que había salido en protección de las provincias. Pero el mal estaba ya hecho, y lanzado el dardo que dejaba herido de muerte el sistema español. Como en todas las grandes revoluciones, no eran ni decretos, ni soldados los instrumentos que debían preparar los acontecimientos, eran sanciones morales, eran prestigios, principios; la revolución se dirigía al espíritu y no al cuerpo, el voto único del deán Funes, del sabio americano, era el voto de los pueblos. El deán mandó ejemplares de su voto a todas las provincias, y aún a Lima, sede del más poderoso de los virreinatos, y cuando el virrey Abascal decía en sus proclamas y gacetas que la revolución de Buenos Aires era hecha por unos cuantos hombres perdidos, por algunos *salvajes* criollos, la conciencia pública de un extremo a otro de la América, repetía el nombre del doctor don Gregorio Funes, cancelario de la Universidad de Córdoba, que había educado en las nuevas ideas una generación de atletas. El virrey Abascal, como es frecuente en estos casos, mandó confiscar en el Perú, los bienes pertenecientes a los *salvajes* revolucionarios argentinos, ascendiendo la cosecha a cerca de cuatro millones de pesos, en los valores que tenían argentinos residentes en Lima y transeuntes que a la sazón se encontraban con cuantiosos arreos de mulas. Tocóle al deán perder sesenta mil pesos de su fortuna, que manejaba su sobrino don Sixto, y responder por créditos que habían quedado abiertos en Córdoba y Buenos Aires, participando igualmente del contraste don Ambrosio su hermano, don Domingo, y otros deudos que poseían grandes intereses en Lima. Un señor Candiote, de Santa Fe, perdió él solo seiscientos mil pesos. Por lo que hace al deán, este golpe de habilidad despótica, sin apar-

tarlo de su propósito, que no se inquieta mucho el cerebro que piensa por la calidad de los alimentos que han de entrar en el estómago, ejerció, sin embargo, una triste influencia sobre los últimos días de su vida.

El gobierno español de Córdoba puso en actividad sus medios de acción sobre los otros pueblos para inducirlos a desconocer la Junta Gubernativa de Buenos Aires. Dependían entonces de Salta las ciudades de Santiago del Estero, Tucumán y Catamarca. Era obispo de aquella diócesis, aquel magistral Videla que había pasado del Paraguay a Salta, por apartar de la cabeza de Funes esta mitra; y decidióse, por rivalidad con el deán, en favor de la pasiva obediencia a los reyes; y el rencoroso obispo, apoyado por el gobernador Isasmendi, hubiera arrastrado a aquellas provincias a declararse por la resistencia, si Moldes, Gurruchaga, Castellano, Cornejo y Saravia, amigos y admiradores de Funes, no hubieran hecho viva oposición al desacordado intento, en despecho de la intendencia de Potosí, que se había dejado arrastrar por las sugestiones de Córdoba.

El ejército de Buenos Aires penetró por fin en Córdoba, y la influencia moral del deán Funes y sus principios, empezaron a prevalecer en la ciudad, pudiendo desde entonces extenderse, sin dificultad y sin trabas, sus doctrinas a todas las clases de la sociedad, y diseminarse por las otras provincias. Por esta época, su sobrino don Juan Luis Funes, miembro de la rama de su familia establecida en San Juan, siendo oficial de milicias, depuso, meditando un discurso hecho al frente de la tropa cívica, a todos los españoles que aún estaban en el servicio público, con lo cual quedaba consumada

en San Juan la revolución iniciada en Buenos Aires y triunfante ya en Córdoba.

Pero aún había campo más digno para que se ejerciese su pacífica influencia. La revolución iniciaba su triunfo abandonándose a movimientos terribles de cólera, señalando ya ilustres víctimas expiatorias, dignas de su culto, y en Córdoba iba a levantarse el altar en que debían ser inmoladas. Es el deán mismo quien nos ha conservado los detalles del suceso:

«La Junta, dice, había decretado cimentar la re»volución con la sangre de estos hombres aturdidos, »e infundir con el terror un silencio profundo en »los enemigos de la causa. En la vigilia de esta »catástrofe pude penetrar el misterio. Mi sorpresa »fué igual a mi aflicción, cuando me figuraba palpi»tando tan respetables víctimas. Por el crédito de »una causa que, siendo tan justa, iba a tomar desde »este punto el carácter de atroz, y aun sacrílega »en el concepto de unos pueblos acostumbrados a »postrarse ante sus obispos; por el peligro de que »amortiguase el patriotismo de tantas familias be»neméritas; en fin, por lo que me inspiraban las »leyes de la humanidad, yo me creí en la obliga»ción de hacer valer estas razones ante don Fran»cisco Antonio Ocampo y don Hipólito Vieytes, jefes »de la expedición, suplicándoles suspendiesen la eje»cución de una sentencia tan odiosa. La impresión »de estos motivos y otros que pudo añadir mi her»mano don Ambrosio Funes, produjo el efecto de»seado pocas horas antes del suplicio (1).»

Los presos fueron trasladados a Buenos Aires; pero en el camino encontraron en lugar aciago al terrible representante del pueblo, que hizo ejecutar

---

(1) "Bosquejo de nuestra revolución", pág. 491.

la implacable sentencia de la Junta Gubernativa contra los que habían osado encender la primera chispa de la guerra civil, como si desde entonces hubiesen previsto que ahí estaba el cáncer que más tarde debía devorar las entrañas de la República.

La Junta Gubernativa, para dar sanción a sus actos, había convocado un congreso de diputados de las provincias, y el deán Funes acudió a Buenos Aires por la ciudad de Córdoba a prestar el concurso de sus luces y de su influencia al nuevo gobierno. ¿Cuáles debían ser las funciones de este congreso? ¿Continuaría la Junta Gubernativa, como hasta entonces, ejerciendo el poder bajo la sanción, pero separadamente del congreso incompleto que acababa de reunirse? He aquí un atolladero, de donde no pudieron salir sin desmoralización, y sin dejar hondas brechas abiertas en la armonía de las provincias y de la capital.

Traída a discusión la materia, el diputado por Mendoza dijo: «que se incorporasen los diputados a »la Junta para ejercer las mismas funciones que »los vocales que hasta entonces la habían formado.»

El secretario de la Junta, doctor don Juan José Passo, dijo: «que los diputados de las provincias »no debían incorporarse a la Junta, ni tomar parte »activa en el gobierno provisorio que ésta ejercía.»

El presidente de la Junta, don Cornelio Saavedra, dijo: «que la incorporación de los diputados a »la Junta no era según derecho; pero que accedía »a ella por conveniencia pública.»

El secretario de la Junta, don Mariano Moreno, dijo: «que considera la incorporación de los diputa»dos en la Junta, contraria al derecho y al bien ge»neral del Estado, en las miras sucesivas de la »gran causa, de su constitución, etc. (1).»

(1) Acta de la Junta Provisional Gubernativa de 18 de diciembre de 1810.

Sobre estos diversos pareceres, y la petición formal que habían hecho los nueve diputados de las provincias, reclamando «el derecho que les competía »para incorporarse en la Junta provisional, y tomar »una parte activa en el mando de las provincias »hasta la celebración del congreso que estaba con- »vocado», se decidió la incorporación, formándose un gobierno ejecutivo de veintidós miembros, preñado de tempestades, de celos de provincia, y, más que todo, lleno de una inexperiencia candorosa en todo lo que concernía a las prácticas de los gobiernos libres. «El más influyente de todos los diputados, »dice un autor contemporáneo, y que más concurría »a esta falta, Funes se explica así en su *Ensayo »sobre la revolución:* dando a los diputados una par- »te activa en el gobierno, fué desterrado de su »seno el secreto de los negocios, la celebridad de »la acción, y el vigor de su temperamento (1).»

Pero era aún mayor el cúmulo de males que esta medida y los desaciertos que la provocaron y siguieron, iban a traer para el porvenir de la República. La cuestión apenas despertada en aquella junta indefinible, se diseñó bien claro y se deslindó en la opinión, que se dividió en bandos de *provincialistas* y *ejecutivistas*, germen ya de la cuestión de federales y unitarios que había de engendrar el monstruo híbrido que se ha llamado *Héroe del Desierto,* porque ha sabido despoblar, en efecto, a su patria. ¿Qué es ese gobierno federal o unitario? ¡Qué responda él, el torpe!

Como debía esperarse, la convención ejecutiva se desmoralizó bien pronto, viéndose forzada a disolverse por su impotencia, delegando en una comisión los no deslindados poderes, hasta la reunión de

---

(1) "Arengas del doctor Moreno", tom. I, pág. 170 del prefacio; y Funes, "Ensayo histórico" ya citado.

una asamblea nacional. El descontento público se cebó bien luego contra la comisión, y una tentativa de subversión, atribuída a influencias de Funes, trajo a éste su encarcelamiento. Entonces reapareció en Córdoba la antigua ojeriza con Buenos Aires, a quien disputaba la supremacía la docta ciudad central. El clero de Córdoba, la Universidad y el colegio de Montserrat, en despecho de los ejecutivistas que estaban en el gobierno, enviaron sus respectivas diputaciones a Buenos Aires a pedir la libertad del que llamaban su padre común. El gobierno de Buenos Aires desoyó aquellas peticiones, y la ciudad de Córdoba se echó en la contra-revolución, apegándose y favoreciendo a cuanto caudillo quería ahogar la libertad en el crimen, desde Artigas, el bandido montevideano, hasta Bustos, el desertor de Arequito. La lucha de ideas entre las dos ciudades pasó, degenerándose de la ciudad a la campaña, y el último representante del orgullo doctoral de Córdoba, es hoy un pastor de ganados, gobernador federal.

El deán Funes, olvidado bien pronto por Córdoba y Buenos Aires, por ejecutivistas y provincialistas, a cuyos desmanes no quería prestar su sanción, se consagró al estudio de la historia de su patria, y en 1816, la imprenta de Gandarillas y socios, emigrados chilenos, dió a luz el *Ensayo histórico de la historia civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán, escrita por el doctor don Gregorio Funes, deán de la Santa Catedral de Córdoba,* en tres volúmenes en cuarto, terminando su impresión en 1817, por Benavente, hoy presidente del senado de Chile, que así anduvieron siempre chilenos y argentinos en sus respectivas emigraciones.

Esta obra, que venía confeccionando de treinta años atrás, pues ya tocaba a los setenta de edad

cuando la publicó, revela que ha sido escrita en los tiempos coloniales, y preparada para recibir el sello de la censura oficial sin mancharla. Hay, sin embargo, en su introducción, conceptos dignos de memoria. «Había de llegar por fin—dice el ilustre pa»triota,—el día en que no fuese un crimen el sen»timiento tierno y sublime del amor a la patria. »Bajo el antiguo régimen, el pensamiento era un »esclavo, y el alma misma del ciudadano no le per»tenecía. Siempre en acción la tiranía, los vicios de »los que nos han gobernado, nos servirán de docu»mentos para discernir el bien del mal, y elegir »lo mejor.» «Los reyes de España, bajo cuyo cetro »de acero hemos vivido, temían la *verdad;* el que »se hubiese atrevido a proferirla, habría sido tenido »por un mal ciudadano, por un *traidor.* Ya pasó »esa época tenebrosa... (1).»

¡Ah! ¡aún no ha pasado para vuestros descendientes, ilustre Funes! La negra nube, que pesó sobre las colonias tres siglos, rompióse un día para dejar escapar de su seno el 25 de Mayo, Chacabuco, Maipú, la libertad de cultos, y los varios congresos argentinos, y se cerró otra vez, torva, hedionda, sangrienta. Desde entonces, como antes, se temió la verdad, y el que se atreve a proferirla, es llamado mal ciudadano, traidor. Oíd a vuestro discípulo renegado, el doctor Echagüe, a cuyo sentimiento ha apelado el tirano para fingir que hay una opinión pública que me condena, realizando lo que vuestra ciencia de la historia os había revelado cuando decíais «que no se nos hable de ratificación de los »pueblos; la fuerza en el que manda y la *hipocresía »en el que obedece,* caminan por lo común a pasos »paralelos» (2). ¡Precursor ilustre de la revolución!

(1) "Ensayo". Prólogo, pág. X.

(2) "Bosquejo de nuestra revolución", tom. III del "Ensayo histórico", pág. 500.

seguiré yo y seguirán otros tus consejos. «Sólo »para los pueblos pusilánimes, decíais, sirven de »desaliento los peligros; los varoniles cuentan el nú»mero de sus esfuerzos por el de sus desgracias; »la fortuna entra en el cálculo de las cosas dudosas; »no confían sino en su virtud» (1).

En 1819 vuelve a aparecer en la vida pública el deán Funes, presidente del Congreso Constituyente. En el manifiesto en que daba cuenta de los trabajos del Congreso que había sancionado la *Constitución de las Provincias Unidas de Sud América,* mandada publicar en 30 de abril de 1819, decía entre otras cosas: «la escasa población del Estado pedía de »justicia que nos acercásemos al origen de un mal »que nos daba por resultado nuestra común debilidad. »Este no era otro que el despotismo del antiguo ré»gimen, cuyos estragos son siempre la *incultura,* la »*esterilidad,* y el desierto de los campos. Autori»zando el Congreso al Supremo Director del Estado, »para adjudicar tierras baldías, dió la señal de que »se regía por un espíritu reparador...» «La igno»rancia es la causa de esa inmoralidad que apoca »todas las virtudes, y produce todos los crímenes »que afligen las sociedades. El Congreso escuchó »con el mayor interés, y aprobó la solicitud de varias »ciudades, en orden a recargar sus propios haberes »para establecer escuelas de primeras letras, y otras »benéficas instituciones. No hay cosa más consola»dora que ver propagado el cultivo de la educación »pública. Los trabajos consagrados por el Supremo »Director del Estado al progreso de las letras en los »estudios de esta capital, y los que se emplearon »en las demás provincias, servirán con el tiempo »para formar hombres y ciudadanos. Sensible el »Congreso a sus laudables conatos, aplicó la parte

(1) "Bosquejo", ibid. 502.

»del erario en las herencias transversales a la do»tación de los profesores» (1).

Este era el último acto de la vida pública del deán Funes, En pos del Congreso Constituyente, venía aquella descomposición de la vieja sociedad, aquella lucha de todos los elementos de organización, aquel frenesí que llevaba a la discusión, a bayonetazos en las calles de Buenos Aires, la resolución de las frívolas personalidades, y que terminó en 1820, con el triunfo de Martín Rodríguez, y el principio de una nueva era de nuestra historia. Había dicho al principio, que los hombres de la época de Funes, tenían dos caras, dos existencias, una colonial, otra republicana. Desde Martín Rodríguez adelante, esta generación intermediaria se obscurece y anonada en presencia de hombres nuevos que parece no han conocido las colonias; porvenir puro, si es posible decirlo, pues no tienen en cuenta nada de lo pasado. El deán Funes comprende menos lo que se pasa desde entonces a su vista, como no es ya comprendido él, ni estimado por la nueva generación de literatos, de escritores, filósofos, poetas y políticos que se eleva. Su papel tan grande, tan expectable en 1810, se apoca, se anonada en presencia de la olvidadiza gratitud de la generación próxima. ¿Ni qué podía quedar ya para el anciano cancelario de la Universidad de Córdoba, y diputado a aquellos primeros congresos, ensayos casi infantiles de la impericia gubernativa? Su estado lo alejaba de los negocios seculares, su edad apartaba de su mente la idea de esperar del tiempo la realización de todo designio, y hay hombres a quienes nada puede salvar de la muerte, porque se ha modificado la atmósfera en que se habían desenvuelto.

(1) Sesiones del Congreso.

Todavía circunstancias accidentales precipitaban en los ánimos su decaimiento. La reacción de Córdoba, que a nombre suyo y por laudables motivos había sido preparada por él en 1812, se había ensañado contra él mismo, en sus extravíos posteriores. El virrey Abascal le había quitado toda su fortuna, la catedral de Córdoba renegado a su déan, y él, que durante tantos años había sido la gloria de sus letras, la joya de su coro y el árbitro del destino de tantos hombres desde 1809 adelante, tuvo para vivir necesidad de vender uno a uno los libros de su biblioteca, deshacerse de su enciclopedia francesa tan estimada y rara entonces, desbaratar su colección de raros manuscritos, cambiando por pan para el cuerpo lo que había servido para alimentar su alma. Aquella moralidad que le había permitido encabezar la más difícil de las reformas, que es aquella que, cambiando el objeto y la idea de la ciencia, deja ignorante y sin valimiento a una generación entera, flaqueaba esta vez en los conflictos de una vida miserable, sin rehabilitación posible, sin objeto ya, y trasplantada a otro terreno. Háblase de pasiones amorosas encendidas en aquel corazón que había ya resistido a sus seducciones durante sesenta y cinco años; y cuando la pobreza suma había entrado a su hogar, una mujer vino a apartar de aquel espíritu fuerte la desesperación que sucede al desencanto. ¡Debilidad humana, si estos hechos merecen consignarse en el recuerdo de los contemporáneos, debemos agradeceros que hubieseis atacado el cadáver del ilustre reformador, después que estuvieron consumados los frutos de su alta y noble misión!

Otra circunstancia aún venía a amenguar en la opinión pública su antiguo valimiento. La cosmopolita república que había palpitado con todas las emo-

ciones de la América, y hallado por tanto tiempo su sangre y sus tesoros tan bien empleados en Chile, como en Montevideo, en Lima como en su propio seno, empezaba entonces a concentrarse en sí misma para darse una nacionalidad argentina. A su paso había encontrado un hombre grande en la gloria, en servicios a la independencia, que en influencia sobre la América pretendía obscurecerla y anonadarla; aquel hombre grande y aquella república, había empezado a odiarse y a perseguirse. El anciano deán no comprendía nada de estas exclusiones y de aquellas antipatías, y como si aún estuviera en el siglo de oro de la revolución, cuando se aunaban en un propósito los colonos, ya residiesen en Charcas, Buenos Aires o Santiago de Chile, aceptaba candorosamente el cargo de agente caracterizado de Bolívar en la República Argentina, y en recompensa la renta de un deanato en Charcas, substraída por aquél a la circunscripción de las Provincias Unidas del Río de la Plata; hartos motivos todos sobrados para justificar la decadencia de su influjo en los dominios de la política.

Su reputación literaria no debía escapar tampoco a la lima del tiempo y del progreso. Tenemos una preocupación en América, que hace a hombres bien intencionados dar suma importancia al estudio de nuestra historia de colonos. Pero aquella historia ha sido repudiada por la revolución americana, que es la negación y la protesta contra la legitimidad de los hechos y la rectitud de las ideas del pueblo de que procedemos. Norte América se separaba de la Inglaterra sin renegar la historia de sus libertades, de sus jurados, sus parlamentos y sus letras. Nosotros, al día siguiente de la revolución, debíamos volver los ojos a todas partes buscando con qué llenar el vacío que debían dejar la inquisición des-

truída, el poder absoluto vencido, la exclusión religiosa ensanchada.

Una historia de las colonias para incorporarse en nuestra vida actual, necesita, pues, un grande y severo estudio de nuestro modo de ser, y el *Ensayo de la historia civil del Paraguay* estaba muy lejos de llenar aquellas condiciones. Nutrido su autor con la lectura de cerca de cuarenta cronistas que sobre aquellas regiones han hablado, flaqueaba su trabajo por la parte crítica, dejándose llevar del pésimo gusto de los antiguos historiadores de las cosas americanas, de intercalar prodigios, milagros y patrañas de su invención o recogidas entre las vulgares tradiciones, en la narración de hechos, que, por ser mezquinos y materiales, alejan toda simpatía y cansan la curiosidad del lector. Añádase a esto que el autor usa de los tesoros de su erudición, tanto en las americanas crónicas, como en los libros clásicos de la Europa, que casi él solo poseía, con un total olvido de que escribía en el albor de una época que iba a poner al alcance de todos los elementos mismos de su saber. Así, el lector empezó a percibirse en muchos de sus trabajos de que ocurrían frases, períodos, que ya habían sonado gratos a sus oídos, y páginas que los ojos se acordaban de haber visto. Sobre el deán Funes ha pesado el cargo de plagiario, que para nosotros se convierte, más bien que en reproche, en muestra clara de mérito. Todavía tenemos en nuestra literatura americana autores distinguidos que prefieren vaciar un buen concepto suyo, en el molde que a la idea imprimió el decir clásico de un autor esclarecido. García del Río es el más brillante modelo de aquella escuela erudita que lleva en sus obras, incrustados como joyas, trozos de amena literatura y pensamientos escogidos. Una capa anterior a este

bello aluvión de los sedimentos de la buena lectura dejó la compilación, la apropiación de los productos del ingenio de los buenos autores a las manifestaciones del pensamiento nuevo. Campmany, en España, pertenece a esta familia de escritores que traducen páginas francesas y las emiten a la circulación bajo la garantía de su nombre y engalanadas con el ropaje de un lenguaje castizo. *El médico a palos,* de Moratín, era *le Médicin malgré lui* de Molière.

Aquello, pues, que llamamos hoy plagio, era entonces erudición y riqueza; y yo prefiriera oir segunda vez a un autor digno de ser leído cien veces, a los ensayos incompletos de la razón y del estilo que aún están en embrión, porque nuestra inteligencia nacional no se ha desenvuelto lo bastante para rivalizar con los autores que el concepto del mundo reputa dignos de ser escuchados.

Los escritos del deán Funes muestran que hubiera podido vivir sin tomar de nadie nada prestado. Así lo juzgaron jueces competentes, entre ellos el obispo Gregoire, que, rindiendo el más alto homenaje a su talento y vasta instrucción, motivó con su crítica la refutación del deán Funes sobre el papel que Las Casas había desempeñado en la propagación de la esclavatura; querella literaria sostenida con lucimiento y cortesanía desde Fancia y Buenos Aires, y que hizo conocer en Europa la obra del deán Funes, que le había dado motivo.

En medio de tantas atenciones profanas, su ciencia de las cosas sagradas no quedó ociosa tampoco, dedicando a Bolivar su refutación de *Un proyecto de Constitución religiosa* propuesto por el señor Llorente, sabio español, célebre por sus *Anales de la Inquisición.*

Ensayóse en la biografía, tomando por asunto la

interesante vida del general Sucre, en lo que servía sus predilecciones por Bolívar.

Rivadavia encargó al anciano deán la traducción de la obra de Daunou, *Ensayo sobre las garantías individuales que reclama el estado actual de la sociedad,* con cuyo motivo decía en el prólogo, en nota del traductor, elogiando aquella solicitud de un gobierno de propagar entre sus gobernados los principios, que sirven de sustentáculos a la libertad: «no »hay tirano tan incauto que abra los ojos a aque»llos a quienes tiraniza y les ponga las armas en »las manos con que lo deban combatir.» Acompañó su trabajo de anotaciones propias, muchas de ellas de un raro mérito. Parece estudiada esta observación colocada al fin de la nota 2.ª: «el temor de »las leyes es saludable; el temor a los hombres es »origen funesto y fecundo de crímenes.» ¡Cuán amarga confirmación ha tenido este axioma en su pobre patria, ahora que la voluntad de un estúpido brutal es la suprema ley del Estado! Su tolerancia en materias religiosas la ha dejado expresada con una profundidad de miras que sorprende en su nota 8.ª que merecía ser reproducida íntegramente. «La »emulación en todas materias, dice, es lo que da »un nuevo ser y una nueva vida. Ella ha sido »siempre la fuente de un celo ardiente, y de esos »generosos sentimientos que elevan el alma y la »llenan de una noble altivez y de una confianza »magnánima. ¿Quién puede dudar que ésta se de»jaría sentir en un Estado entre profesores de di»versos cultos?» Y en la nota 13, justificando las reformas necesarias, añade: «no hay que temer »esas agitaciones que escandalizaron los siglos »pasados; el volcán del Vaticano se apagó ya, »y pasó el tiempo en que con un pliego de papel »se podían conmover los sentimientos de un Estado.»

El doctor Anchoris, editor de la edición segunda de la traducción de Daunou, aseguró en aquella época a un respetable señor que nos comunica algunas noticias acerca de Funes, que éste había merecido la aprobación del autor francés en cuanto a las doctrinas que rebatió en las notas de la traducción. «Muchas de las opiniones de usted, le decía desde París, son preciosas, y han servido para »rectificar mis juicios.» En aquellos tiempos, el nuevo y el antiguo mundo estaban anillados por el pensamiento. Rivadavia era el amigo y el corresponsal de Lafayette y de Betham, cuyas máximas de derecho se enseñaban en la Universidad de Buenos Aires; y el deán Funes levantaba la cabeza hasta la altura de Gregoire y de Daunou, con quienes discurría de igual a igual.

También redactó el *Argos* en Buenos Aires cerca de cuatro años, por proporcionarse medios de vivir, y en aquella colección de escritos puede el lector entendido encontrar reflejadas las preocupaciones de la época, y el tinte especial del prisma de su inteligencia.

Después de estos trabajos el ilustre patriota se eclipsa entre los dolores de la vejez, de la miseria y el olvido. El deán Funes hacía tiempo que había muerto en la opinión de sus contemporáneos, no obstante que las colonias no han presentado quizá vida más larga ni más completamente llenada. Sus trabajos literarios pueden ser por el progreso de las luces eclipsados, no obstante que su *Ensayo* es hasta hoy la única historia escrita de la colonización de las comarcas a que se contrae; la única que la Europa ha recibido de la América, mostrando este hecho cuán fácil y pretenciosa es la crítica que destruye, sin poner nada en cambio de lo que declara de poca ley. Sus teorías polí-

ticas han pasado con su época, y sus trabajos en congresos y gobiernos, confundido su nombre en el catálogo de tantos otros ilustres obreros; pero su reforma de los estudios de la Universidad de Córdoba, la rara inteligencia que mostró en época en que tan pocos conocían en América el nuevo campo en que se había lanzado la inteligencia humana, constituyen al deán Funes el precursor de la revolución americana en su manifestación más bella, en reformador de las ideas coloniales; y en este sentido su lugar en la historia no debe ceder en nada la preferencia a Bolívar, Moreno, San Martín y tantas otras poderosas palancas de acción. Son muchos los que pueden pararse en medio del camino de la historia para hacerla sesgar por el rumbo que le señalan las ideas nuevas; poquísimos, empero, los que tienen la previsión de tomar la inteligencia misma para inocularla un principio grande, y lanzarla en el mundo a dar nueva faz a los pueblos; y el célebre deán pertenece a este número. ¡Cuántos esfuerzos debió costarle la realización de su pensamiento! ¡Cuánto amor para fecundarlo! ¡Cuánta entereza para llevarlo a cabo! ¿Y a quién, sino a él le ha cabido la gloria de sembrar la semilla, y ver florecer la planta, aunque hubiesen de clavar sus manos las espinas de que venía rodeada?

En 1830 preludiaba una nueva era en la historia de la República Argentina, indecisa aún como la frontera que divide dos naciones distintas. A la década de la independencia, que alcanzó hasta el congreso de 1819, se había seguido la de la libertad hasta 1829; a ésta se sucedía otra, preñada de amenazas y de peligros. El aire se había sosegado ya de traer a los oídos las detonaciones del combate de los partidos; habíase disipado la densa nube de polvo de las masas de jinetes que Rosas había

empujado sobre la altiva Buenos Aires para compelerla a recibirlo. En una de esas noches tristemente tranquilas que ofrecen las capitales después de sometidas, paseábase el más que octogenario deán Funes en las callejuelas tortuosas del *Wauxhall,* jardín inglés en el corazón de Buenos Aires, fundado por una sociedad como lugar de recreo, y propiedad entonces de Mr. Wilde, que lo había creado. Aquel espacio de tierra cultivado con la gracia del arte inglés, aquellas flores que se combinan con arbustos florescentes, aquellos sotillos en que la mano del hombre remeda las gracias de la Naturaleza, eran hasta entonces el mejor contraste que la cultura europea podía hacer con la desierta pampa; era un fragmento de la Europa trasportado a la América, para mostrarle cuál deben ostentarse un día sus campañas cuando, al abandono de la naturaleza silvestre, se haya sucedido la ciencia y los afanes del labrador inteligente. Al *Wauxhall* acudían las familias de Buenos Aires a creerse civilizadas, en medio de aquellos árboles, frutas y flores tan esmeradamente cultivados; a *Wauxhall* pedían circo y espectadores los equilibristas, equitadores y saltimbanquis que llegaban de Europa; a *Wauxhall,* en fin, asistía de vez en cuando el octogenario deán Funes a aspirar los últimos perfumes de la vida, a engañar sus miradas y sus oídos en aquel oasis de civilización que tardaba en extender sus ramificaciones sobre agreste erial de la pampa; y en aquellas callejuelas sinuosas que esconden a la vista una sorpresa convidando a la plácida contemplación de la Naturaleza, rodeado de aquella familia póstuma a su vida pública, a las virtudes de su estado y aún a la edad ordinaria de las emociones más suaves del corazón, al aspirar el perfume de una flor, el deán se sintió

morir, y lo dijo así a los tiernos objetos de su cariño, sin sorpresa, y como un acontecimiento que aguardaba. Murió a pocos minutos, en los últimos días de la república que él había mecido en su cuna, en el seno de la Naturaleza; menos feliz que Rousseau que dejaba la tierra preñada de un germen fecundo que no debía ver agotarse. Moría la víspera de triunfar Rosas, divisando a lo lejos la sangrienta orla de llamaradas que anunciaba la vuelta del *antiguo régimen,* rejuvenecido, barbarizado en el caudillo salvaje de la pampa, como si hubiese querido salirse del teatro de la vida en que tan horrible drama iba a representarse; como si cerrase los ojos para no ver a sus discipulos los Carriles, Alsinas, Varelas, Gallardos, Ocampos, Zorrillas, proscriptos; las universidades cerradas, envilecida la ciencia, y una página horrible de baldón agregada a la historia que él había escrito. Un día iré a buscar con recogimiento religioso, entre otras tumbas de patriotas, el lugar que ocupa la que un decreto mandó erigir a su memoria.

EL OBISPO DE CUYO

José Manuel Eufrasio de Quiroga Sarmiento, hijo de doña Isabel Funes y de don Ignacio Sarmiento, hoy obispo de Cuyo, rayando en los setenta y tres años, es uno de los caracteres más modestos que pueden ofrecerse a la consideración de los hombres.

A mediados del siglo pasado el apellido Sarmiento se extingue en San Juan por la línea masculina. Entonces los hijos de una señora doña Mercedes Sarmiento y de un Quiroga, toman el apellido de la madre, tradición que perpetúa el actual obispo de Cuyo, apellidándose de Quiroga Sarmiento. En 1650, encuéntrase en los archivos, registrado el nombre de una señora doña Tránsito Sarmiento; de ahí para adelante se me pierde la traza de esta familia, y los más laudables esfuerzos de mi parte no han alcanzado a ligarla al adelantado Sarmiento, fundador de la colonia de Magallanes, de aciaga memoria, no obstante haber tradición de que los Sarmientos de San Juan eran vizcaínos como aquél. Habría saltado de contento de haber podido referir a tan noble origen mis esfuerzos por repoblar el estrecho. Entonces reclamaría como propiedad de familia, aquel imponente pico llamado Monte Sarmiento que alza su majestuosa frente en la punta de la América del Sur, contemplando ambos mares

desolado por las tormentas del Cabo, y engalanado de cascadas sublimes que se despeñan al mar desde sus cimas. Pero, debo decirlo en conciencia, no me considero con títulos suficientemente claros para tan altas y polares pretensiones.

El obispo Sarmiento es simplemente un viejo soldado de la Iglesia, que ha hecho centinela durante medio siglo a la puerta de la casa del Señor, sin que los trastornos de que ha sido testigo, lo hayan distraído un momento de sus tareas evangélicas. Clérigo, sota-cura, vicario sufragáneo, cura rector, deán y obispo de aquella iglesia matriz y después catedral de San Juan, él ha sido el administrador solícito en la conservación del templo, el ejecutor pasivo de los progresos obrados por otros más osados. Su vida pública se liga sólo a las grandes calamidades que han pesado sobre San Juan; entonces el cura es el representante nato del pueblo, la iglesia el refugio de los perseguidos, y el obispo el paño de lágrimas de los que padecen. Cuando el Número 1 de Cazadores de los Andes se sublevaba, cuando Carrera invadía con su espantable montonera, cuando Quiroga erizaba la plaza de banquillos, en todos los días de conflicto, la casa del cura o del obispo era el campo neutro en que perseguidores y perseguidos, verdugos y víctimas, podían verse sin temor y sin saña. He aquí toda la historia política de este hombre, miembro y jefe de todas las comisiones enviadas por el pueblo delante de todos los opresores, a pedir gracia por las familias; gobernador de la ciudad en los días de acefalía, a la mañana siguiente de una derrota, la víspera de la entrada del enemigo, en aquellas tristes horas en que la luz del sol parece opaca, y se aguza instintivamente el oído para escuchar rumores que se espera oir, a cada momento, como

ruido de armas, como tropeles de caballos, como puertas que despedazan, como alaridos de madres que ven matar a sus hijos.

Y sin embargo del modesto papel de este tímido siervo, hay en San Juan una historia escrita en caracteres indelebles, la única que las pasiones del momento no mancillan, la única que sobrevive a las vicisitudes de la opinión, más destructoras que las del tiempo mismo. Lo que hoy es catedral de San Juan fué antes el templo de la Compañía de Jesús, hermoso edificio de arquitectura clásica, correctísima en el interior, si bien su frontis, terminado más tarde, es menos severo, aunque gracioso. Todos los antiguos templos de San Juan han desaparecido uno a uno, desmoronados por la incuria, desiertos por la muerte natural de las órdenes religiosas que atraían a los fieles a frecuentarlos con sus novenas, maitines y solemnidades. La construcción civil y religiosa ha tenido un día en San Juan en que ha hecho alto, para que comenzase desde entonces la destrucción rápida que la barbarie de los que gobiernan obra por todas partes. La *pirámide* de Jofré fué la última obra pública acabada; las casas consistoriales construídas en 1823, en la esquina de la plaza y a punto de terminarse, son hoy un hediondo montón de ruinas, guarida de sabandijas; y archivos públicos, imprenta, hospitales, escuela de la patria, alamedas, todo ha sucumbido en veinte años, todo ha sido destruído, robado, aniquilado. En medio de esta disolución universal, de aquel destrozo de todo cuanto es de la incumbencia de la autoridad pública, conservar y mejorar, grande esfuerzo habría sido resistir al mal espíritu dominante; pero es muestra sublime de consagración la de aquella autoridad que ella sola adelanta, mientras las otras dejan

destruir o impulsan la destrucción; y éste es el raro mérito del doctor don José Manuel Eufrasio de Quiroga Sarmiento, ya sea que se le haya apellidado cura, deán u obispo de la iglesia encargada a su cuidado. En 1824 emprendió estucar el hermoso frontis, y levantar la segunda torre que había quedado sin terminar. En 1826, encomendó a don Juan Espada, herrero y armero español de extraordinario mérito, la construcción de una gran puerta de hierro forjado para el bautisterio, que es una obra de arte y la única que puede ostentar San Juan. En 1830 habilitó, parapetándolas de balaustradas, las tribunas que los jesuítas habían preparado entre los claros de las columnas toscanas que embellecen de distancia en distancia los lienzos de las murallas del templo, y que en las grandes solemnidades, dan, cuando llenas de gente, graciosa animación al espectáculo. En el entretanto reunía una colección exquisita de ornamentos bordados de realce, como pocas catedrales pueden ostentar hoy en América, figurando entre ellos los ternos de un fastuoso cardenal de Roma, que se hizo procurar. Las columnas han sido revestidas de colgaduras en 1847, y artistas italianos fueron llamados de Buenos Aires no ha mucho, para renovar o completar el dorado de los altares que son de una construcción elegantísima; y la catedral hoy en su ornato, belleza y frescura, se muestra como el único oasis de civilización y de progreso, en aquella malhadada provincia que desciende a pasos rápidos a aldea indigna de ser habitada por hombres cultos.

Dícese que el anciano obispo ha testado ya en favor de su iglesia, como aquellos navegantes que han envejecido mandando su buque, y hacen al casco su legatario universal; y a punto estoy de perdonarle esta que, parecería extraviada, caridad

con la compañera de su vida, el instrumento de su elevación, y el objeto de sus desvelos durante medio siglo de existencia. Es preciso que en la sociedad haya virtudes de todo género, y no hay que exigirle, aunque nos dañe, al que ejerce una especial, que atienda a un tiempo a todas las otras.

El antes cura Sarmiento, ha confesado cuatro horas al día durante cuarenta años; cantado la misa del Sacramento todos los jueves; predicado todos los domingos, no obstante su tartamudeo, a veces invencible; diversificando este trabajo diario, uniforme como el de las ruedas de un reloj, con la conmemoración de las *Animas*, el *Corpus*, la Semana Santa y las funciones de San Juan Bautista, patrono de la ciudad y la solemne de San Pedro, con su correspondiente banquete dado a los magnates del vecindario; y como si estas tareas no fuesen bastantes a desobligar su celo, a la *Escuela de Cristo* instituída por él, añadió después la *salve*, cantada los sábados, tierna devoción que dejaron huérfana los frailes domínicos, cuando se desbandaron después de la destrucción del templo, y que él recogió y trajo a su casa para honrarla. Otro tanto hizo con la *vía sacra*, que se celebraba en la iglesia de Santa Ana, y que hubo de interrumpirse por la ruina de aquel edificio.

Comenzó a enseñarme a leer mi tío a la edad de cuatro años; fuí su monaguillo durante mi infancia, y en los últimos años de mi residencia en San Juan su sobrino predilecto, atributo que conservo sin duda hasta hoy, si no es que el pobre viejo, sobre cuyos nervios obra tan fácilmente el miedo, no se lastimara de verme expuesto a quedar un día en las astas del toro, como les ha sucedido a tantos otros que han pagado caro el tener un alma más bien puesta que la del afortunado

tirano que me fuerza a contar todas estas cosas.

El obispado que su antecesor el Ilmo. Oro había creado, no ha ganado mucho durante la administración del segundo obispo de Cuyo. La sublevación contra las disposiciones de la Santa Sede obrada en 1839, por el doctor don Ignacio de Castro Barros, continúa hasta hoy. Las provincias de Mendoza y San Luis no reconocen circunscripción alguna en el mapa de la geografía católica. Separadas por el Papa de la diócesis de Córdoba, no han querido reconocer como cabeza de la Iglesia al obispo de Cuyo. Alienta y santifica estas querellas, el espíritu de aldea que hace cuestión de amor propio provincial pertenecer a la jurisdicción de Córdoba con preferencia a la de San Juan; y tal es la subversión de las ideas, que personas timoratas y aun el clero, viven en paz con su conciencia en aquel estado de cisma y acefalía que no tiene razón que pueda justificar. Este asunto ha sido una fuente inagotable de pesares y de disgustos que han agriado la vida del anciano obispo.

Debido a estos pueriles disentimientos, el obispado que tantos bienes preparaba, ha sido una manzana de discordia echada en aquellos pueblos. Tengo entendido que entre las bulas del obispo hay una general, y como inherente a la fundación del obispado, para celebrar matrimonios mixtos, en cambio de una prohibición de no permitir libertad de cultos, prohibición que viola el tratado con Inglaterra, como lo hizo notar Rosas al gobernador de San Juan. El ilustrísimo Oro, fundador del obispado, manifestó en 1821 al canónigo don Julián Navarro, de la catedral de Santiago, de cuya boca lo he obtenido, su firme creencia de que la Iglesia no podía oponerse a las leyes civiles que asegurasen el libre ejercicio de su culto a los cristianos disidentes; ha-

biéndole suministrado datos y razones en que fundar el escrito titulado: *El sacerdote Cristófilo. Doctrina moral cristiana sobre los funerales de los protestantes,* que dicho canónigo dió a luz en defensa de un decreto de O'Higgins que permitía establecer en Santiago y Valparaíso cementerios para protestantes, y contra cuya medida habían elevado una representación treinta y nueve sacerdotes de Santiago, empeñados, en su celo extraviado, en negar sepultura a los hombres que no habían nacido católicos y tuviesen la desgracia de morir en Chile. Recuerdo estos antecedentes, porque no ha mucho se ha negado en San Juan dispensa al único extranjero protestante que la ha solicitado para contraer matrimonio con una señorita de Mendoza, sin abandonar su culto; y aunque este acto esté muy en los instintos de exclusión que nos han legado nuestros padres, no es menos funesto para la población de aquellos países, y establecimiento en ellos de europeos industriosos, morales e inteligentes. El señor Cienfuegos, obispo más tarde de Concepción, dió en caso semejante en 1818, por causal de la dispensa, la escasez de población; y ésta será siempre una razón que militará en su abono en los pueblos americanos.

LA HISTORIA DE MI MADRE

Siento una opresión de corazón al estampar los hechos de que voy a ocuparme. La madre es para el hombre la personificación de la Providencia, es la tierra viviente a que se adhiere el corazón, como las raíces al suelo. Todos los que escriben de su familia, hablan de su madre con ternura. San Agustín elogió tanto a la suya, que la Iglesia la puso a su lado en los altares; Lamartine ha dicho tanto de su madre en sus *Confidencias*, que la naturaleza humana se ha enriquecido con uno de los más bellos tipos de mujer que ha conocido la historia; mujer adorable por su fisonomía y dotada de un corazón que parece insondable abismo de bondad, de amor y de entusiasmo, sin dañar a las dotes de su inteligencia suprema que han engendrado el alma de Lamartine, aquél último vástago de la vieja sociedad aristocrática que se transforma bajo el ala materna para ser bien luego el ángel de paz que debía anunciar a la Europa inquieta el avenimiento de la república. Para los afectos del corazón no hay madre igual a aquella que nos ha cabido en suerte; pero, cuando se ha leído páginas como la de Lamartine, no todas las madres se prestan a dejar en un libro esculpida su imagen. La mía, empero, Dios lo sabe, es digna de los honores de la apoteosis, y no hubiera escri-

to estas páginas, si no me diese para ello aliento el deseo de hacer en los últimos años de su trabajada vida, esta vindicación contra las injusticias de la suerte. ¡Pobre mi madre! En Nápoles, la noche que descendí del Vesubio, la fiebre de las emociones del día me daba pesadillas horribles, en lugar del sueño que mis agitados miembros reclamaban. Las llamaradas del volcán, la obscuridad del abismo que no debe ser obscuro, se mezclaban qué sé yo a qué absurdos de la imaginación aterrada, y al despertar de entre aquellos sueños que querían despedezarme, una idea sola quedaba tenaz, persistente como un hecho real: ¡mi madre había muerto! Escribí esa noche a mi familia, compré quince días después una misa de *requiem* en Roma, para que la cantasen en su honor las pensionistas de Santa Rosa, mis discípulas; e hice el voto y perseveré en él mientras estuve bajo la influencia de aquellas tristes ideas, de presentarme en mi patria un día, y decirle a Benavides, a Rosas, a todos mis verdugos: vosotros también habéis tenido madre, vengo a honrar la memoria de la mía; haced, pues, un paréntesis a las brutalidades de vuestra política, no manchéis un acto de piedad filial. Dejadme decir a todos, ¡quién era esta pobre mujer que ya no existe! ¡Y, vive Dios, que lo hubiera cumplido, como he cumplido tantos otros buenos propósitos, y he de cumplir aún muchos más que me tengo hechos!

Por fortuna, téngola aquí a mi lado, y ella me instruye de cosas de otros tiempos, ignoradas por mí, olvidadas de todos. ¡A los setenta y seis años de edad, mi madre ha atravesado la cordillera de los Andes, para despedirse de su hijo, antes de descender a la tumba! Esto solo bastaría para dar una idea de la energía moral de su carácter. Cada fa-

milia es un poema, ha dicho Lamartine, y el de la mía es triste, luminoso y útil, como aquellos lejanos faroles de papel de las aldeas, que con su apagada luz enseñan, sin embargo, el camino a los que vagan por los campos. Mi madre en su avanzada edad conserva apenas rastros de una beldad severa y modesta. Su estatura elevada, sus formas acentuadas y huesosas, apareciendo muy marcados en su fisonomía los juanetes, señal de decisión y de energía, he aquí todo lo que de su exterior merece citarse, si no es su frente llena de desigualdades protuberantes, como es raro en su sexo.

Sabía leer y escribir en su juventud, habiendo perdido por el desuso esta última facultad cuando era anciana. Su inteligencia es poco cultivada, o más bien destituída de todo ornato, si bien tan clara que en una clase de gramática que yo hacía a mis hermanas, ella de sólo escuchar, mientras por la noche escarmenaba su vellón de lana, resolvía todas las dificultades que a sus hijas dejaban paradas, dando las definiciones de nombres y verbos, los tiempos, y más tarde los accidentes de la oración, con una sagacidad y exactitud raras.

Aparte de esto, su alma, su conciencia, estaban educadas con una elevación que la más alta ciencia no podría por sí sola producir jamás. Yo he podido estudiar esta rara beldad moral, viéndola obrar en circunstancias tan difíciles, tan reiteradas y diversas, sin desmentirse nunca, sin flaquear ni contemporizar, en circunstancias que para otros habrían santificado las concesiones hechas a la vida. Y aquí debo rastrear la genealogía de aquellas sublimes ideas morales que fueron la saludable atmósfera que respiró mi alma mientras se desenvolvía en el hogar doméstico. Yo creo firmemente en la

trasmisión de la aptitud moral por los órganos, creo en la inyección del espíritu de un hombre en el espíritu de otro por la palabra y el ejemplo. Jóvenes hay que no conocieron a sus padres, y ríen, accionan y gesticulan como ellos; los hombres perversos que dominan a los pueblos, infestan la atmósfera con los hálitos de su alma, sus vicios y sus defectos se reproducen; pueblos hay, que revelan en todos sus actos quiénes los gobiernan; y la moral de los pueblos cultos que, por los libros, los monumentos y la enseñanza, conservan las máximas de los grandes maestros, no habría llegado a ser tan perfecta, si una partícula del espíritu de Jesucristo, por ejemplo, no se introdujera por la enseñanza y la predicación en cada uno de nosotros para mejorar la naturaleza moral.

Yo he querido saber, pues, quién había educado a mi madre, y de sus pláticas, sus citas y sus recuerdos, he sacado casi íntegra la historia de un hombre de Dios, cuya memoria vive en San Juan, cuya doctrina se perpetúa más o menos pura en el corazón de nuestras madres.

A fines del siglo XVIII ordenóse un clérigo sanjuanino, don José Castro, y desde sus primeros pasos en la carrera del sacerdocio mostró una consagración a su ministerio edificante, las virtudes de un santo ascético, las ideas de un filósofo, y la piedad de un cristiano de los más bellos tiempos. Era, además de sacerdote, médico, quizá para combinar los auxilios espirituales con los corporales, que a veces son más urgentes. Padecía de insomnios o los fingía en la edad más florida de la vida, y pasaba sus noches en el campanario de la matriz sonando las horas para auxilio de los enfermos; y tan seguro debía estar de sus conocimientos en el arte de curar, que una vez llamado a hacer los

honores del entierro de un magnate, descubrió, como tenía de costumbre, el rostro del cadáver, y levantando la mano hizo señal de callar a los cantores, mandando en seguida deponer el cadáver en tierra al aire libre, y rezando en su breviario, hasta que, viendo señales de reaparecer la vida, nombrándole en alta y solemne voz por su nombre «levántese, le dijo, que aún le quedan luengos años de vida», con grande estupefacción de los circunstantes y mayor confusión de los médicos que lo habían asistido, al ver incorporarse el supuesto cadáver, paseando miradas aterradas sobre el lúgubre aparato que lo rodeaba.

Vestía don José Castro con desaliño, y tal era su abandono, que sus amigos cuidaban de introducirle ropa nueva, fingiendo que era el fruto de una restitución hecha por un penitente en el confesonario, u otras razones igualmente aceptables. Sus limosnas disipaban todas sus entradas; diezmos, primicias y derechos parroquiales eran distribuídos entre las personas menesterosas. Don José Castro predicaba los siete días de la semana: en Santa Ana los lunes; en la Concepción los martes, en los Desamparados los miércoles, en la Trinidad los jueves, en Santa Lucía los viernes, en San Juan de Dios los sábados, y en la Matriz los domingos.

Pero estas pláticas doctrinales, en que sucesivamente tenía por auditorio la población entera de la ciudad, tienen un carácter tal de filosofía, que me hacen sospechar que aquel santo varón conocía su siglo XVIII, su Rousseau, su Feijóo y sus filósofos, tanto como el Evangelio.

En los pueblos españoles, más que en ningunos otros de los cristianos, han resistido a los consejos de la sana razón prácticas absurdas, cruentas y supersticiosas. Existían procesiones de santos y moji-

gangas que hacían sus muecas delante del Santísimo Sacramento; y penitentes aspados en semana santa, disciplinantes que se enrojecían los lomos con azotes desapiadados; otros enfrenados que se pisaban las riendas al marchar en cuatro pies, y otras prácticas horribles que presentan el último grado de degradación a que puede el hombre llegar. Don José Castro, apenas fué nombrado cura, descargó el látigo de la censura y de la prohibición sobre estas prácticas brutales, y depuró el culto de aquellas indignidades.

Existían entonces en la creencia popular duendes, aparecidos, fantasmas, candelillas, brujos y otras creaciones de antiguas creencias religiosas, interpoladas en casi todas las naciones cristianas. El cura Castro las hizo desaparecer todas, perseguidas por el ridículo y la explicación paciente, científica, hecha desde la cátedra, de los fenómenos naturales que daban lugar a aquellos errores. Fajábanse los niños, como aún es la práctica en Italia y otros países de Europa, ricos en preocupaciones y tradiciones atrasadas. El cura Castro, acaso con el *Emilio* escondido bajo su sotana, enseñaba a las madres la manera de criar a los niños, las prácticas que eran nocivas a la salud, la manera de cuidar a los enfermos, las precauciones que debían guardar las embarazadas, y a los maridos en conversaciones particulares o en el confesonario, enseñaba los miramientos que con sus compañeras debían tener en situaciones especiales.

Su predicación se dividía en dos partes, la primera sobre los negocios de la vida, sobre las costumbres populares, y su crítica, hecha sin aquella grosería de improbación que es común en los predicadores ordinarios, obraba efectos de corrección tanto más seguros, cuanto que venían acom-

pañados de un ridículo lleno de sal y de espiritualidad, a punto de ser general la risa en el templo, de reir él mismo hasta llenarse los ojos de lágrimas para añadir en seguida nuevos chistes que interrumpían la plática; hasta que el inmenso concurso atraído por los goces deliciosos de esta comedia, descargando el corazón de todo resabio de mal humor, tranquilizado el ánimo, el sacerdote decía, limpiándose el rostro: vamos, hijos, ya nos hemos reído bastante, prestadme ahora atención: POR LA SEÑAL DE LA SANTA CRUZ... etc.; y a continuación venía el texto del Evangelio del día, seguido de un torrente de luz plácida y serena, de comentarios morales, prácticos, fáciles, aplicables a las situaciones todas de la vida. ¡Ay! y qué lástima es que aquel Sócrates, propagador en San Juan de los preceptos más puros de la moral evangélica, no haya dejado nada escrito sobre su interpretación del espíritu de nuestra religión, hallándose sólo en los recuerdos de las gentes de su época, fragmentos inconexos y que demandan perspicacia, estudio y discernimiento para darles forma de doctrina seguida. La religión de mi madre es la más genuina versión de las ideas religiosas de don José Castro, y a las prácticas de toda su vida apelaré para hacer comprender aquella reforma religiosa intentada en una provincia obscura, y donde se conserva en muchas almas privilegiadas. Alguna vez mis hermanitas solían decir a mi madre, recemos el rosario, y ella les respondía: esta noche no tengo disposición, estoy fatigada. Otra vez decía ella: ¡recemos, niñitas, el rosario, que tengo tanta necesidad! Y convocando la familia entera, hacía coro a una plegaria llena de unción, de fervor, verdadera oración dirigida a Dios, emanación de lo más puro de su alma, que se derramaba en ac-

ción de gracias por los cortísimos favores que le dispensaba, porque fué siempre parca la munificencia divina con ella. Tiene mi madre pocas devociones, y las que guarda revelan las afinidades de su espíritu a ciertas alusiones, si puedo expresarme así, de su situación con la de los santos del Cielo. La Virgen de los Dolores es su madre de Dios; San José, el pobre carpintero, su santo patrón; y por incidencia Santo Domingo y San Vicente Ferrer, frailes domínicos, ligados por tanto a las afecciones de familia por la orden de predicadores; Dios mismo ha sido en toda su angustiada vida el verdadero santo de su devoción, bajo la advocación de la Providencia. En este carácter, Dios ha entrado en todos los actos de aquella vida trabajada; ha estado presente todos los días, viéndola luchar con la indigencia, y cumplir con sus deberes. La Providencia la ha sacado de conflictos por manifestaciones visibles, auténticas para ella. Mil casos nos ha contado para edificarnos, en prueba de esta vigilancia de la Providencia sobre sus criaturas. Una vez que volvía de casa de una hermana suya más pobre que ella, desconsolada de no haber encontrado recursos para el hambre de un día que había amanecido sin traer consigo su pan, halló sobre el puente de una acequia, en lugar aparente y visible, una peseta. ¿Quién la había conservado allí, si no es la Providencia? Otra vez sufrían ella y sus hijos los escozores del hambre, y a las doce del día abre con estrépito las puertas un peón trayendo un cuarto de res que le enviaba uno de sus hermanos, a quien no veía hacía un año. ¿Quién si no la Providencia había escogido aquel día aciago para traer a la memoria del hermano el recuerdo de su hermana? Y en mil conjeturas difíciles he visto esta fe profunda en la Providencia

no desmentirse un solo momento, alejar la desesperación, atenuar las angustias, y dar a los sufrimientos y a la miseria el carácter augusto de una virtud santa, practicada con la resignación del mártir, que no protesta, que no se queja, esperando siempre, sintiéndose sostenida, apoyada, aprobada. No conozco alma más religiosa, y sin embargo, no vi entre las mujeres cristianas otra más desprendida de las prácticas del culto. Confiésase tres veces en el año, y frecuentara menos las iglesias si no necesitara el domingo cumplir con el precepto, el sábado ir a conversar con la Virgen, y el lunes encomendar a Dios las almas de sus parientes y amigos. El cura Castro aconsejaba a las madres no descuidar el decoro de su posición social, por salir a la calle para ir a misa; debiendo una familia presentarse siempre en público con aquel ornato y decencia que su rango exige; y este precepto practicábalo mi madre en sus días de escasez, con la modestia llena de dignidad que ha caracterizado siempre sus acciones.

Todas estas lecciones de tan profunda sabiduría eran parte diminuta de aquella simiente derramada por el santo varón, y fecundada por el sentido común y por el sentimiento moral que encontró en el corazón de mi madre.

Para mostrar una de las raras combinaciones de las ideas, añadiré que el cura Castro, cuando estalló la revolución en 1810, joven aún, liberal, instruído como era, se declaró abiertamente por el rey, abominando desde aquella cátedra que había sido su instrumento de enseñanza popular, contra la desobediencia al legítimo soberano, prediciendo guerras, desmoralización y desastres que por desgracia el tiempo ha comprobado. Las autoridades patriotas tuvieron necesidad de imponer silencio a

aquel poderoso contrarrevolucionario; la persecución se cebó en él, por su pertinacia fué desterrado a las Brucas, de triste recuerdo, y volvió de allí a pie hasta San Juan, herido de muerte por la enfermedad que terminó sus días. Sepultóse en Angaco, y allí, en la miseria, en la obscuridad, abandonado e ignorado de todos, murió besando alternativamente el crucifijo y el retrato de Fernando VII, el Deseado. Mostrómelo llorando una vez mi madre, al pasar cerca de él por la casa de su refugio, y algunos años después, a fuer de muchacho que anda rodando por los lugares públicos, vi desenterrar su cadáver, enjuto, intacto, y hasta sus vestiduras sacerdotales, casi inmaculadas. Reclamó una de sus hermanas el cadáver, y durante muchos años ha sido mostrado a las personas que obtenían tanta gracia, para contemplar todavía aquellas facciones plácidas, en cuya boca parece que un chiste se ha helado con el frío de la muerte, o que algún consejo útil a las madres, alguna receta infalible de un remedio casero, o bien una buena máxima cristiana, se han quedado encerrados en su pecho, por no obedecer ya su lengua ni sus labios endurecidos por la acción de la tumba, que ha respetado sus formas, como suele hacerlo con las de los cuerpos que han cobijado el alma de un santo. Recomiendo a mi tío, obispo de Cuyo, recoger esta reliquia y guardarla en lugar venerando, para que sus cenizas reciban reparación de los agravios que a su persona hicieron las fatales necesidades de los tiempos.

La posición social de mi madre estaba tristemente marcada por la menguada herencia que había alcanzado hasta ella. Don Cornelio Albarracín, poseedor de la mitad del valle de Zonda y de tropas de carretas y de mulas, dejó después de doce

años de cama, la pobreza para repartirse entre quince hijos, y algunos solares de terreno despoblados. En 1801 doña Paula Albarracín, su hija, joven de veintitrés años, emprendía una obra superior, no tanto a las fuerzas, cuanto a la concepción de una niña soltera. Había habido el año anterior una grande escasez de anascotes, género de mucho consumo para el hábito de las diversas órdenes religiosas, y del producto de sus tejidos había reunido mi madre una pequeña suma de dinero. Con ella y dos esclavos de sus tías Irrazabales, echó los cimientos de la casa que debía ocupar en el mundo al formar una nueva familia. Como aquellos escasos materiales eran pocos para obra tan costosa, debajo de una de las higueras que había heredado en su sitio, estableció su telar, y desde allí, yendo y viniendo la lanzadera, asistía a los peones y maestros que edificaban la casita, y el sábado, vendida la tela hecha en la semana, pagaba a los artífices con el fruto de su trabajo. En aquellos tiempos, una mujer industriosa, y lo eran todas, aún aquellas nacidas y creadas en la opulencia, podía contar consigo misma para subvenir a sus necesidades. El comercio no había avanzado sus facturas hasta lo interior de las tierras de América, ni la fabricación europea había abaratado tanto la producción como hoy. Valía entonces la vara de lienzos crudos hechizos, ocho reales los de primera calidad, cinco los ordinarios, y cuatro reales la vara de anascote dando el hilo. Tejía mi madre doce varas por semana, que era el corte de hábito de un fraile, y recibía seis pesos el sábado, no sin trasnochar un poco para llenar las canillas de hilo que debía desocupar al día siguiente.

Las industrias manuales poseídas por mi madre, son tantas y tan variadas, que su enumeración fa-

tigaría la memoria con nombres que hoy no tienen ya significado. Hacía de seda suspensores; pañuelos de mano de lana de vicuña para mandar de obsequio a España a algunos curiosos; y corbatas y ponchos de aquella misma lana suavísima. A estas fabricaciones de telas, se añadían añasjados para albas, randas, miriñaques, mallas, y una multitud de labores de hilo que se empleaban en el ornato de las mujeres y de los paños sagrados. El punto de calceta en todas sus variedades y el arte difícil de teñir, poseyólo mi madre a tal punto de perfección, que en estos últimos tiempos se la consultaba sobre los medios de cambiar un paño grana en azul, o de producir cualquiera de los medios tintes obscuros del gusto europeo, desempeñándose con tan certera práctica, como la del pintor que, tomando de su paleta a la ventura colores primitivos, produce una media tinta igual a la que muestra el modelo. La reputación de omnisciencia industrial la ha conservado mi familia hasta mis días; y el hábito del trabajo manual, es en mi madre parte integrante de su existencia. En 1842, en Aconcagua, la oímos exclamar: ¡esta vez es la primera de mi vida que me estoy mano sobre mano! y a los setenta y seis años de su edad, es preciso para que no caiga en el marasmo, inventarla quehaceres al alcance de su fatigada vista, no excluyéndose de entre ellos labores curiosas de mano de que hace aún adornos para enaguas y otras superfluidades.

Con estos elementos, la noble obrera se asoció en matrimonio, a poco de terminada su casa, con don José Clemente Sarmiento, mi padre, joven apuesto, de una familia que también decaía como la suya, y le trajo en dote la cadena de privaciones y miserias en que pasó largos años de su vida. Era

mi padre un hombre dotado de mil cualidades buenas, que desmejoraban otras, que, sin ser malas, obraban en sentido opuesto. Como mi madre, había sido educado en los rudos trabajos de la época, peón en la hacienda paterna de la *Bebida,* arriero en la tropa, lindo de cara, y con una irresistible pasión por los placeres de la juventud, carecía de aquella constancia maquinal que funda las fortunas, y tenía, con las nuevas ideas venidas con la revolución, un odio invencible por el trabajo material, inteligente y rudo en que se había creado. Oyóle decir una vez el presbítero Torres, hablando de mí: ¡oh! no; ¡mi hijo no tomará jamás en sus manos una azada! y la educación que me daba, mostraba que era ésta una idea fija nacida de resabios profundos de su espíritu. En el seno de la pobreza, criéme hidalgo, y mis manos no hicieron otra fuerza que la que requerían mis juegos y pasatiempos. Tenía mi padre encogida una mano por un callo que había adquirido en el trabajo; la revolución de la independencia sobrevino, y su imaginación fácil de ceder a la excitación del entusiasmo, le hizo malograr en servicios prestados a la patria las pequeñas adquisiciones que iba haciendo. Una vez en 1812, había visto en Tucumán las miserias del ejército de Belgrano, y de regreso a San Juan, emprendió una colecta en favor de la madre patria, según la llamaba, que llegó a ser cuantiosa, y por sugestión de los godos, fué denunciada a la municipalidad como un acto de expoliación. La autoridad, habiéndose enterado del asunto, quedó de tal manera satisfecha, que él mismo fué encargado de llevar personalmente al ejército su patriótica ofrenda, quedándole desde entonces el sobrenombre de Madre Patria, que en su vejez fué origen en Chile de una calumnia con el

objeto de deslucir a su hijo. En 1817 acompañó a San Martín a Chile, empleado como oficial de milicias en el servicio mecánico del ejército, y desde el campo de batalla de Chacabuco, fué despachado a San Juan llevando la plausible noticia del triunfo de los patriotas. San Martin lo recordaba muy particularmente en 1847, y holgóse mucho de saber que era yo su hijo.

Con estos antecedentes, mi padre pasó toda su vida en comienzos de especulaciones, cuyos proventos se desipaban en momentos mal aconsejados; trabajaba con tesón y caía en el desaliento; volvía a ensayar sus fuerzas, y se estrellaba contra algún desencanto, disipando su energía en viajes largos a otras provincias, hasta que llegado yo a la virilidad, siguió desde entonces en los campamentos, en el destierro o las emigraciones, la suerte de su hijo, como un ángel de guarda para apartar, si era posible, los peligros que podían amenazarle.

Por aquella mala suerte de mi padre y falta de plan seguido en sus acciones, el sostén de la familia recayó desde los principios del matrimonio sobre los hombros de mi madre, concurriendo mi padre solamente en las épocas de trabajo fructuoso con accidentales auxilios; y bajo la presión de la necesidad en que nos criamos, vi lucir aquella ecuanimidad de espíritu de la pobre mujer, aquella resignación armada de todos los medios industriales que poseía, y aquella confianza en la Providencia, que era sólo el último recurso de su alma enérgica contra el desaliento y la desesperación. Sobrevenían inviernos que ya el otoño presagiaba amenazadores por la escasa provisión de menestras y frutas secas que encerraba la despensa, y aquel piloto de la desmantelada nave, se aprestaba con solem-

ne tranquilidad a hacer frente a la borrasca. Llegaba el día de la destitución de todo recurso, y su alma se endurecía por la resignación, por el trabajo asiduo, contra aquella prueba. Tenía parientes ricos, los curas de dos parroquias eran sus hermanos, y estos hermanos ignoraban sus angustias. Habría sido derogar a la santidad de la pobreza combatida por el trabajo, mitigarla por la intervención ajena; habría sido para ella pedir cuartel en estos combates a muerte con su mala estrella. La fiesta de San Pedro fué siempre acompañada de un espléndido banquete que daba el cura, nuestro tío, y sábese el derecho y el deseo de los niños de la familia a hacer parte de la estrepitosa fiesta. No pocas veces el cura preguntaba: ¿y Domingo que no lo veo? ¿y la Paula?... y hasta hoy sospecha que esta dolorosa ausencia, era ordenada e hija de un plan de conducta de parte de mi madre. Tuvo mi madre una amiga de infancia de quien la separó la muerte a la edad de 60 años, doña Francisca Venegas, última de este apellido en San Juan, y descendiente de las familias conquistadoras, según veo en el interrogatorio de Mallea. Una circunstancia singular revelaría sin eso la antigüedad de aquella familia, que, establecida en los suburbios, conservaba peculiaridades del idioma antiguo. Decían ella y sus hijas, *cogeldo, tomaldo, truje, ansina*, y otros vocablos que pertenecen al siglo XVII, y para el vulgo prestaban asidero a la crítica. Visitábanse ambas amigas, consagrando un día entero a la delicia de confundir sus familias en una, uniendo a las niñas de una y otra la misma amistad. Poseía cuantiosos bienes de fortuna doña Francisca, y el día que mi madre iba a pasarlo con ella, su criada pasaba a la cocina a disponer todas las provisiones de boca que debían consumir en el día,

sin que la protesta de veinte años contra esta plática de mi madre, hubiese alterado jamás en lo más mínimo su firme e inalterable propósito de que, al placer inefable de ver a su amiga, se mezclase la sospecha de salvar así por un día, siquiera el rudo deber de sostener a sus hijos, y doblar la frente ante las desigualdades de la fortuna. Así se ha practicado en el humilde hogar de la familia de que formé parte la noble virtud de la pobreza. Cuando don Pedro Godoy, extraviado por pasiones ajenas, quiso deshonrarme, tuvo la nobleza de apartar a mi familia del alcance de sus dardos emponzoñados, porque la fama de aquellas virtudes austeras había llegado hasta él, y se lo agradezco.

Cuando yo respondía que me había creado en una situación vecina de la indigencia, el presidente de la República en su interés por mí, deploraba estas confesiones desdorosas a los ojos del vulgo. ¡Pobres hombres los favorecidos de la fortuna, que no conciben que la pobreza a la antigua, la pobreza del patricio romano, puede ser llevada como el manto de los Cincinatos, de los Arístides, cuando el sentimiento moral ha dado a sus pliegues la dignidad augusta de una desventaja sufrida sin mengua! Que se pregunten las veces que vieron al hijo de tanta pobreza, acercarse a sus puertas sin ser debidamente solicitado, en debida forma invitado, y comprenderán entonces los resultados imperecederos de aquella escuela de su madre, en donde la escasez era un caso y no una deshonra. En 1848 encontréme por accidente en una casa con el presidente Bulnes, y después de algunos momentos de conversación, al despedirnos, díjele maquinalmente: tengo el honor de conocer a Su Excelencia; disparate impremeditado que llamó su atención, y

que bien mirado no carecía de propósito, puesto que en ocho años era la segunda vez que estaba yo en su presencia. ¡Bienaventurados los pobres que tal madre han tenido!

EL HOGAR PATERNO

La casa de mi madre, la obra de su industria, cuyos adobes y tapias pudieran computarse en varas de lienzo tejidas por sus manos para pagar su construcción, ha recibido en el transcurso de estos últimos años, algunas adiciones que la confunden hoy con las demás casas de cierta medianía. Su forma original, empero, es aquella a que se apega la poesía del corazón, la imagen indeleble que se presenta porfiadamente a mi espíritu, cuando recuerdo los placeres y pasatiempos infantiles, las horas de recreo después de vuelto de la escuela, los lugares apartados donde he pasado horas enteras y semanas sucesivas en inefable beatitud, haciendo santos de barro para rendirles culto en seguida, o ejércitos de soldados de la misma pasta para engreírme de ejercer tanto poder.

Hacia la parte del sur del sitio de treinta varas de frente por cuarenta de fondo, estaba la habitación única de la casa, dividida en dos departamentos; uno sirviendo de dormitorio a nuestros padres, y el mayor, de sala de recibo con su estrado alto y cojines, resto de las tradiciones del diván árabe que han conservado los pueblos españoles. Dos mesas de algarrobo indestructibles, que vienen pasando de mano en mano desde los tiempos en que no había otra madera en San Juan que

los algarrobos de los campos, y algunas sillas de estructura desigual, flanqueaban la sala, adornando las lisas murallas dos grandes cuadros al óleo de Santo Domingo y San Vicente Ferrer, de malísimo pincel, pero devotísimos, y heredados a causa del hábito domínico. A poca distancia de la puerta de entrada, elevaba su copa verdinegra la patriarcal higuera que sombreaba aún en mi infancia aquel telar de mi madre, cuyos golpes y traqueteo de husos, pedales y lanzadera, nos despertaba antes de salir el sol para anunciarnos que un nuevo día llegaba, y con él la necesidad de hacer por el trabajo frente a sus necesidades. Algunas ramas de la higuera iban a frotarse contra las murallas de la casa, y calentadas allí por la reverberación del sol, sus frutos se anticipaban a la estación, ofreciendo para el 23 de noviembre, cumpleaños de mi padre, su contribución de sazonadas brevas para aumentar el regocijo de la familia.

Deténgome con placer en estos detalles, porque santos e higuera, fueron personajes más tarde de un drama de familia en que lucharon porfiadamente las ideas coloniales con las nuevas.

En el resto de sitio que quedaba de veinte varas escasas de fondo, tenían lugar otros recursos industriales. Tres naranjos daban fruto en el otoño, sombra en todos tiempos; bajo un durazno corpulento, había un pequeño pozo de agua para el solaz de tres o cuatro patos, que, multiplicándose, daban su contribución al complicado y diminuto sistema de rentas sobre que reposaba la existencia de la familia: y como todos estos medios eran aún insuficientes, rodeado de cerco, para ponerlo a cubierto de la voracidad de los pollos, había un jardín de hortalizas, del tamaño de un escapulario, y que producía cuantas legumbres entran en

la cocina americana, el todo, abrillantado e iluminado con grupos de flores comunes, un rosal morado y otros varios arbustillos florescentes. Así se realizaban en una casa de las colonias españolas la exquisita economía de terreno y el inagotable producto que de él sacan las gentes de campaña en Europa. El estiércol de las gallinas y la bosta del caballo en que montaba mi padre, pasaban diariamente a dar nueva animación a aquel pedazo de tierra, que no se cansó nunca de dar variadas y lozanas plantas; y cuando he querido sugerir a mi madre algunas ideas de economía rural, tomadas al vuelo en los libros, he pasado merecida plaza de pedante, en presencia de aquella ciencia de la cultura que fué el placer y la ocupación favorita de su larga vida. Hoy, a los setenta y seis años de edad, todavía se nos escapa de adentro de las habitaciones, y es seguro que hemos de encontrarla aporcando algunas lechugas, respondiendo en seguida a nuestras objeciones, con la violencia que se haría de dejarlas al verlas tan mal tratadas.

Todavía había en aquella arca de Noé algún rinconcillo en que se enjebaban o preparaban los colores para teñir las telas, y un pudridor de afrecho de donde salía todas las semanas una buena porción de exquisito y blanco almidón. En los tiempos prósperos, se añadía una fábrica de velas hechas a mano, alguna tentativa de amasijo que siempre terminaba mal, y otras mil granjerías que sería superfluo enumerar. Ocupaciones tan variadas no estorbaban que hubiese orden en las diversas tareas, principiando la mañana con dar de comer a los pollos, desherbar antes que el sol calentase las eras de legumbres y establecerse en seguida en su telar, que por largos años hizo la ocupación fundamental. Está en mi poder la lanzadera

de algarrobo lustroso y renegrido por los años, que había heredado de su madre, quien la tenía de su abuela, abrazando esta humilde reliquia de la vida colonial un período de cerca de dos siglos en que nobles manos la han agitado casi sin descanso; y aunque una de mis hermanas haya heredado el hábito y la necesidad de tejer de mi madre, mi codicia ha prevalecido y soy yo el depositario de esta joya de familia. Es lástima que no haya de ser jamás suficientemente rico o poderoso, para imitar a aquel rey persa que se servía en su palacio de los tiestos de barro que le habían servido en su infancia, a fin de no ensoberbecerse y despreciar la pobreza.

Para completar este menaje, debo traer a colación dos personajes accesorios: la Toribia, una zamba criada en la familia; la envidia del barrio, la comadre de todas las comadres de mi madre, la llave de la casa, el brazo derecho de su señora, el ayo que nos crió a todos, la cocinera, el mandadero, la revendedora, la lavandera, y el mozo de manos para todos los quehaceres domésticos. Murió joven, abrumada de hijos, especie de vegetación natural de que no podía prescindir, no obstante la santidad de sus costumbres; y su falta dejó un vacío que nadie ha llenado después, no sólo en la economía doméstica, sino en el corazón de mi madre; porque eran dos amigas ama y criada, dos compañeras de trabajo, que discurrían entre ambas sobre los medios de mantener la familia; reñían, disputaban, disentían y cada una seguía su parecer en ambos conducentes al mismo fin. ¡Qué pensar en sorprender a la cocinera los niños de vuelta de la escuela, con su mendruguillo de pan escondido, introduciéndonos en vía y forma de visita, para soparlo en el caldo gordo del puchero!

Si el tiro se lograba, era preciso tener listas las piernas y correr sin mirar para atrás hasta la calle, so pena de ser alcanzado por el más formidable cucharón de palo que existió jamás, y que se asentó por lo menos treinta veces en mi niñez sobre mis frágiles espaldas. La otra era ña Cleme, el pobre de la casa; porque mi madre, como la Rigoleta de Sué, que *no se mezquinaba nada,* tenía también sus pobres a quienes ayudaba con sus desperdicios a vivir. Pero el pobre de la familia era como la criada, un amigo, un igual, y un mendigo. Sentábanse mi madre y ña Cleme en el estrado, conversaban de gallinas, telas y cebollas, y cuando la infeliz quería pedir su limosna, decía invariablemente: *pues vóyeme yo,* frase que repetía hasta que algún harapo caído en desuso, en consideración a sus muchos servicios, alguna cemita redonda y sabrosa, una vela, si las había en casa, unos zapatos viejos, y allá por muerte de un obispo, un medio en plata, a falta de menores subdivisiones de la moneda, acudían a hacer cierto e inmediato el sacramental *vóyeme yo,* que no era al principio más que una voz preventiva.

Según he podido barruntar, aquella ña Cleme, india pura, renegrida por los años que contaba por setenta, habitante de los confines del barrio de Puyuta, había sido en sus mocedades querida de uno de mis deudos maternos, cuyas relaciones pecaminosas dejaban traslucir los ojos celestes y la nariz prominente y afilada de sus hijas. Lo que había de más notable en esta vieja, es que se la creía bruja, y ella misma trabajaba en sus conversaciones por darse aire de tal bruja, y confirmar la creencia vulgar. ¡Rara flaqueza del espíritu humano, que después el conocimiento de la historia me ha hecho palpar! Más de tres mil de los brujos de Logro-

ño, que quemó por centenares la inquisición, y los de Maryland en Norte América, se confesaban y ostentaban brujos de profesión, y estaban contestes en sus declaraciones sobre el conciliábulo, el cabro negro que los reunía, y la escoba en que viajaban por los aires, y esto en presencia de los suplicios a que la imbecilidad de los jueces los condenaba. Tenemos decididamente una necesidad de llamar la atención sobre nosotros mismos, que hace a los que no pueden más de viejos, rudos y pobres, hacerse brujos; a los osados sin capacidad, volverse tiranos crueles; y a mí acaso, perdónemelo Dios, el estar escribiendo estas páginas. Ña Cleme contaba sus historias en casa, escuchábala mi madre con indulgencia y fingiendo asentimiento para no mortificarla; atisbábamos nosotros sus misteriosas palabras, hasta que cuando se había alejado, mi madre hacía farsa de los cuentos de la vieja, y disipaba con su buen sentido los gérmenes de superstición que hubiesen podido abrigarse en nuestras almas, para lo que venía, si el caso lo hacía necesario, el texto favorito, las pláticas del inolvidable cura Castro, que había perseguido a las brujas y desacreditádolas en San Juan, a punto de no causar su trato inquietud ninguna. No fué nunca perseguida ñá Cleme por sus creencias religiosas a este respecto, aunque lo fueron más tarde y en épocas no muy remotas, varias brujas del barrio de Puyuta, afamado hasta hoy en la creencia del vulgo por servir de escondite a varias sectarias del maldito. No hace, en efecto, doce a catorce años que la policía, eran los federales los que mandaban, anduvo en pesquisas tras de un hecho de embrujamiento, sacando en limpio un enredo de cuentos, que dejaron perplejas a las autoridades. Hablábase mucho en el pueblo de una muchacha bruja,

y la policía quiso averiguar la verdad del caso. Al efecto, trajeron a la acusada, y, en presencia de numerosos testigos, se confesó en relación ilícita con el diablo; y como se preparasen a azotarla, no dice la historia si por su imprudente descaro, o para corregirla de sus malos hábitos, dijo llorando: ¡es bueno que me castiguen a mí que soy pobre! a fe que no han de castigar a doña Teresa Funes (mi tía), a doña Bernarda Bustamante, y otras respetables señoras ancianas que fué nombrando, y que, según declaró, asistían los sábados al campo santo, donde se practicaban los ritos consabidos de la brujería. Espantados y boquiabiertos hubieron de quedarse al oir nombres tan respetables, y temerosos de cometer una grave injusticia, dejaron escapar a la taimada, dejando en muy mal olor, en el concepto de muchos, la reputación de aquellas matronas. ¡Qué sabemos, pues, en cosas tan escondidas!

Tal ha sido el hogar doméstico en que me he criado, y es imposible que, a no tener una naturaleza rebelde, no haya dejado en el alma de sus moradores, impresiones indelebles de moral, de trabajo y de virtud, tomados en aquella sublime escuela en que la industria más laboriosa, la moralidad más pura, la dignidad mantenida en medio de la pobreza, la constancia, la resignación, se dividían todas las horas. Mis hermanas gozaron de la merecida reputación de las más hacendosas niñas que tenía la provincia entera; y cuanta fabricación femenil requería habilidad consumada, fué siempre encomendada a estos supremos artífices de hacer todo lo que pide paciencia y destreza, y deja poquísimo dinero. El confesado intento de denigrarme, de un escritor chileno, se detuvo hace algunos años en presencia de aquellas virtudes, y pagó su tributo de respeto a la laboriosidad respetable de mis hermanas, no

sin sacar partido de ello para hacer de mí un contraste.

Nuestra habitación permaneció tal como la he descrito, hasta el momento en que mis dos hermanas mayores llegaron a la edad núbil, que entonces hubo una revolución interior que costó dos años de debates, y a mi madre gruesas lágrimas al dejarse vencer por un mundo nuevo de ideas, hábitos y gustos que no eran aquéllos de la existencia colonial de que ella era el último y más acabado tipo.

Son vulgarísimos y pasan inapercibidos los primeros síntomas con que las revoluciones sociales que opera la inteligencia humana en los grandes focos de civilización, se extienden por los pueblos de origen común, se insinúan en las ideas y se infiltran en las costumbres. El siglo XVIII había brillado sobre la Francia y minado las antiguas tradiciones, entibiando las creencias, y aún suscitando odio y desprecio por las cosas hasta entonces veneradas; sus teorías políticas trastornado los gobiernos, desligado la América de España, y abierto sus colonias a nuevas costumbres y a nuevos hábitos de vida. El tiempo iba a llegar en que había de mirarse de mal ojo y con desdén la industriosa vida de las señoras americanas, propagarse la moda francesa, y entrar el afán en las familias de ostentar holgura, por la abundancia y distribución de las habitaciones, por la hora de comer retardada de las doce del día en punto, a las dos, y aún a las cuatro de la tarde. ¿Quién no ha alcanzado a alguno de esos buenos viejos del antiguo cuño, que vivían orgullosos de su opulencia en un cuarto redondo, con cuatro sillas pulverulentas de baqueta, el suelo cubierto de cigarros, y la mesa por todo adorno con un enorme tintero

erizado de plumas de pato, si no de cóndor, sobre cuyos cañones, de puro antiguas, se habían depositado cristalizaciones de tinta endurecida? Este ha sido, sin embargo, el aspecto general de la colonia, éste es el menaje de la vida antigua. Encuéntrasele descrito en las novelas de Walter Scott o de Dumas, y vense frecuentes muestras vivientes aún en España y en la América del Sur, los últimos de entre los pueblos viejos que han sido llamados a rejuvenecerse.

Estas ideas de regeneración y de mejora personal, aquella impiedad del siglo XVIII, ¡quién lo creyera! entraron en casa por las cabezas de mis dos hermanas mayores. No bien se sintieron llegadas a la edad en que la mujer siente que su existencia está vinculada a la sociedad, que tiene objeto y fin esa existencia, empezaron a aspirar las partículas de ideas nuevas, de belleza, de gusto, de confortable, que traía hasta ellas la atmósfera que había sacudido y renovado la revolución. Las murallas de la común habitación fueron aseadas y blanquedas de nuevo, cosa a que no había razón de oponer resistencia alguna. Encontróla la manía de destruir la tarima que ocupaba todo un costado de la sala, con su *chuse* (1) y sus cojines, diván como he dicho antes, que nos ha venido de los árabes, lugar privilegiado en que sólo era permitido sentarse a las mujeres, y en cuyo espacioso ámbito, reclinadas sobre almohadones (palabra árabe), trataban visitas y dueños de casa, aquella bulliciosa charla que hacía de ellas un almácigo parlante. ¿Por qué se ha consentido en dejar desaparecer el estrado, aquella poética costumbre oriental, tan cómoda en la manera de sentarse, tan adecuada para lá holganza femenil, por sustituirle las sillas en que una a una y en hileras, como soldados en formación,

(1) Palabra quichúa, que significa alfombra.

pasa el ojo revista en nuestras salas modernas? Pero aquel estrado revelaba que los hombres no podían acercarse públicamente a las jóvenes, conversar libremente, y mezclarse con ellas, como lo autorizan nuestras nuevas costumbres, y fué sin inconveniente repudiado por las mismas que lo habían aceptado como un privilegio suyo. El estrado cedió, pues, su lugar en casa a las sillas, no obstante la débil resistencia de mi madre, que gustaba de sentarse en un extremo a tomar mate por las mañanas, con su brasero y caldera de agua puestos enfrente en el piso inferior, o a devanar sus madejas, o bien a llenar sus canillas de noche, para la tela del día siguiente. No pudiendo habituarse a trabajar sentada en alto, hubo de adoptar el uso de una alfombra, para suplir la irremediable falta del estrado, de que se lamentó largos años.

El espíritu de innovación de mis hermanas atacó en seguida aquellos objetos sagrados. Protesto que yo no tuve parte en este sacrilegio que ellas cometían, las pobrecitas, obedeciendo al espíritu de la época. Aquellos dos santos, tan grandes, tan viejos, Santo Domingo, San Vicente Ferrer, afeaban decididamente la muralla. Si mi madre consintiera en que los descolgasen y fuesen puestos en un dormitorio, la casita tomaba un nuevo aspecto de modernidad y de elegancia refinada, porque era bajo seductora forma del buen gusto, que se introducía en casa la impiedad iconoclasta del siglo XVII. ¡Ah! ¡cuántos estragos ha hecho aquel error en el seno de la América Española! Las colonias americanas habían sido establecidas en la época en que las bellas artes españolas enseñaban con orgullo a la Europa los pinceles de Murillo, Velázquez, Zurbarán, a par de las espadas del duque de Alba, del gran Capitán y de Cortés. La posesión

de Flandes añadía a sus productos los del grabado flamenco, que dibujaba en toscos lineamientos y con crudos colores las escenas religiosas que hacían el fondo de la poesía nacional. Murillo en sus primeros años hacía facturas de vírgenes y santos para exportar a la América; los pintores subalternos le enviaban vidas de santos para los conventos, la pasión de Jesucristo en galerías inmensas de cuadros, y el grabado flamenco, como hoy la litografía francesa, ponía al alcance de las fortunas moderadas cuadros del hijo pródigo, vírgenes y santos, tan variados como puede suministrar tipos el calendario. De estas imágenes estaban tapizadas las murallas de las habitaciones de nuestros padres, y no pocas veces entre tanto mamarracho, el ojo ejercitado del artista podía descubrir algún lienzo de manos de maestro. Pero la revolución venía ensañándose contra los emblemas religiosos. Ignorante y ciega en sus antipatías, había tomado entre ojos la pintura, que sabía a España, a colonia, a cosa antigua e inconciliable con las buenas ideas. Familias devotísimas escondían sus cuadros de santos, por no dar muestras de mal gusto en conservarlos, y ha habido en San Juan y en otras partes, quienes, remojándolos, hicieron servir sus lienzos mal despintados para calzones de los esclavos. ¡Cuántos tesoros de arte han debido perderse en estas estúpidas profanaciones de que ha sido cómplice la América entera, porque ha habido un año o una época al menos, en que por todas partes empezó a un tiempo el desmonte fatal de aquella vegetación lozana de la pasada gloria artística de la España!

Los viajeros europeos que han recorrido la América, de veinte años a esta parte, han rescatado por precios ínfimos obras inestimables de los me-

jores maestros que hallaban entre trastos, cubiertas de polvo y telarañas; y cuando el momento de la resurrección de las artes ha llegado en América, cuando la venda ha caído de los ojos, las iglesias, los nacientes museos y los raros aficionados, han hallado de tarde en tarde algún cuadro de Murillo que exponer a la contemplación, pidiéndoles perdón de las injusticias de que han sido víctimas, rehabilitados ya en el concepto público, y restablecidos en el alto puesto que les correspondía. No de otra manera y por las mismas causas, una generación próxima venerará el nombre de los unitarios en nuestra patria, vilipendiado hoy por una política estúpida, y aceptado el vilipendio por uno de esos errores vertiginosos que se apoderan de los pueblos. Pero ¡cuántos de los cuadros de aquella escuela culta, habrán ya desaparecido, y cuán pocos, degradados por las injurias del tiempo, merecerán los honores de la apoteosis, en la resurrección del buen sentido y de la justicia que se les debe!

El mejor estudio que de las bellas artes hice durante mi viaje en Europa, aquel curso práctico de un año consecutivo, pasando en reseña cien museos sucesivamente, me sugirió la idea de escribir a Procesa, el artista capaz de traducir mi pensamiento, para que, tomando las precauciones imaginables, a fin de que no se trasluciese el objeto, recolectase poco a poco los cuadros dispersos, y formase la base de un museo de pintura. ¡Vano empeño! No bien manifestó interesarse en algún cuadro, cuando los que los tenían abandonados en algún aposento obscuro, los hallaron interesantes, ni más ni menos como el labriego que no ha podido deshacerse de sus trigos, si le hacen propuestas de compra, les sube el precio, sospechando

que el trigo vale, puesto que lo buscan. Trigo y cuadros se quedan en el granero.

En la capilla de la Concepción había seis cuadros de santos obispos, de buen pincel, que han sido no ha mucho devorados por las llamas. En los Desamparados, hay una virgen de pintura y ropajes de la Edad Media. En San Clemente, existía un gran depósito de cuadros sobre asuntos varios, entre los cuales descollaba un Jesús en el huerto, antes de la resurrección. Limpiólo Procesa, restaurólo y después de barnizado a sus expensas, la galantería del donador lo halló digno de su casa, y lo reclamó. Las señoras Morales tienen una Magdalena enviada de Roma por el jesuíta Morales. En casa de los Oros, hay un San José de buena escuela italiana; en la casa de los Cortínez un San Juan excelente. En materia de retratos hay poquísimos, pero selectos; el retrato romano del jesuíta Godoy, compañero del padre Morales; el de San Martín, feo mamarracho, no tanto, sin embargo, como el que se conserva en el museo de Lima, pero digno de memoria por ser tomado del original; los retratos de los papas León XII y Gregorio XVI, obra ambos del pincel de un pintor napolitano de bastante mérito; el de Pío IX, de mano inhábil y que no pude evitar en Roma fuese enviado a San Juan; y los de los obispos Oro y Sarmiento, de Graz el primero y de Procesa el segundo.

Sobre todo el primero, y aun otros cuadros más que omito, daba a mi hermana desde Roma detalles de ubicación y de asunto. Sobre los retratos de papas y obispos, sugería a mi tío obispo la buena idea de formar una galería de papas, contemporáneos al obispado, y de los obispos de San Juan. Pocos años habrían bastado para enriquecerla de muchos personajes. Hay en San Juan todavía

algo que merecería examinarse. Un Miguel Angel americano, si la comparación fuese permitida, ha dejado allí numerosas obras de la universalidad de su talento. Escultor, arquitecto, pintor, en todas partes ha puesto mano. *San Pedro el Pontífice*, la *Nuestra Señora del Rosario del Trono*, como la *Virgen Purísima del Sagrario*, y la *Visitación de Santa Isabel*, son dignas obras del cincel o de la paleta que sucesivamente manejaba; un altar de San Agustín, varios de la catedral, no sé si el mayor, que es obra de gusto, y una torre o el frontis de la iglesia, de bastante mal gusto, es verdad, constituyen las obras de Cabrera, salteño, compañero de Laval, Grande y otros vecinos de aquella ciudad, artistas y ebanistas, no obstante su excelente educación. El obispo de San Juan puede todavía reunir en una galería todas aquellas obras de arte, cuyo mérito principal estaría en formar una colección, y fomentar el naciente arte de la pintura que cuenta, entre aficionados, dos retratistas, Franklín Rawson y Procesa. Una virgen del primero, para reemplazar la de Cabrera muy estropeada, y un Belisario de la segunda, pidiendo limosna, víctima de los celos de un tirano, podrían con el tiempo añadirse como ensayos. Pero el mal espíritu que reina allí, como en todas partes, dejará al diente de las ratas y a las injurias del tiempo, expuestos aquellos pobres restos del antiguo gusto por la pintura que formó parte de la nacionalidad española, y que nosotros hemos repudiado por ignorancia, y a fuer de malos españoles, como lo son los que en la Península se han dejado desposeer de uno de sus más claros títulos de gloria.

La lucha se trabó, pues, en casa entre mi pobre madre que amaba a sus dos santos domíni-

cos como a miembros de la familia, y mis hermanas jóvenes, que no comprendían el santo origen de estas afecciones, y querían sacrificar los lares de la casa al bien parecer y a las preocupaciones de la época. Todos los días, a cada hora, con todo pretexto, el debate se renovaba; alguna mirada de amenaza iba a los santos, como si quisieran decirles han de salir para afuera, mientras que mi madre, contemplándolos con ternura, exclamaba: ¡pobres santos, qué mal les hacen donde a nadie estorban! Pero en este contínuo embate, los oídos se habituaban al reproche, la resistencia era más débil cada día; porque, vista bien la cosa, como objetos de religión, no era indispensable que estuviesen en la sala, siendo más adecuado lugar de veneración el dormitorio, cerca de la cama, para encomendarse a ellos; como legado de familia, militaban las mismas razones; como adorno, eran de pésimo gusto; y de una concesión en otra, el espíritu de mi madre se fué ablandando poco a poco, y cuando creyeron mis hermanas que la resistencia se prolongaba no más que por no dar su brazo a torcer, una mañana que el guardián de aquella fortaleza salió a misa o a una diligencia, cuando volvió, sus ojos quedaron espantados al ver las murallas lisas donde había dejado poco antes dos grandes parches negros. Los santos estaban ya alojados en el dormitorio, y a juzgar por sus caras, no les había hecho impresión ninguna el desaire. Mi madre se hincó llorando en presencia de ellos, para pedirles perdón con sus oraciones, permaneció de mal humor y quejumbrosa todo el día, triste el subsiguiente, más resignada al otro día, hasta que al fin el tiempo y el hábito trajeron el bálsamo que nos hace tolerables las más grandes desgracias.

Esta singular victoria dió nuevos bríos al espí-

ritu de reforma; y después del estrado y los santos, las miradas cayeron en mala hora sobre aquella higuera viviendo en medio del patio, descolorida y nudosa en fuerza de la sequedad y los años. Mirada por este lado la cuestión, la higuera estaba perdida en el concepto público; pecaba contra todas las reglas del decoro y de la decencia; pero, para mi madre, era una cuestión económica, a la par que afectaba su corazón profundamente. ¡Ah! ¡si la madurez de mi corazón hubiese podido anticiparse en su ayuda, como el egoísmo me hacía o neutral o inclinarme débilmente en su favor, a causa de las tempranas brevas! Querían separarla de aquella su compañera en el albor de la vida y el ensayo primero de sus fuerzas. La edad madura nos asocia a todos los objetos que nos rodean; el hogar doméstico se anima y vivifica; un árbol que hemos visto nacer, crecer y llegar a la edad provecta, es un ser dotado de vida, que ha adquirido derechos a la existencia, que lee en nuestro corazón, que nos acusa de ingratos, y dejaría un remordimiento en la conciencia, si lo hubiésemos sacrificado sin motivo legítimo. La sentencia de la vieja higuera fué discutida dos años; y cuando su defensor, cansado de la eterna lucha, la abandonaba a su suerte, al aprestarse los preparativos de la ejecución, los sentimientos comprimidos en el corazón de mi madre estallaban con nueva fuerza, y se negaba obstinadamente a permitir la desaparición de aquel testigo y de aquella compañera de sus trabajos. Un día, empero, cuando las revocaciones del permiso dado habían perdido todo prestigio, oyóse el golpe mate del hacha en el tronco añoso del árbol, y el temblor de las hojas sacudidas por el choque, como los gemidos lastimeros de la víctima. Fué éste un momento tristísimo, una es-

cena de duelo y de arrepentimiento. Los golpes del hacha higuericida sacudieron también el corazón de mi madre, las lágrimas asomaron a sus ojos, como la savia del árbol que se derramaba por la herida, y sus llantos respondieron al estremecimiento de las hojas; cada nuevo golpe traía un nuevo estallido de dolor, y mis hermanas y yo, arrepentidos de haber causado pena tan sentida, nos deshicimos en llanto, única reparación posible del daño comenzado. Ordenóse la suspensión de la obra de destrucción, mientras se preparaba la familia para salir a la calle, y hacer cesar aquellas dolorosas repercusiones del golpe del hacha en el corazón de mi madre. Dos horas después la higuera yacía por tierra enseñando su copa blanquecina, a medida que las hojas marchitándose, dejaban ver la armazón nudosa de aquella estructura que por tantos años había prestado su parte de protección a la familia.

Después de estas grandes reformas, la humilde habitación nuestra fué lenta y pobremente ampliándose. Tocóme a mí la buena dicha de introducir una reforma sustancial. A los pies de nuestro solarcito, está un terreno espacioso que mi padre había comprado en un momento de holgura. A la edad de diez y seis años, era yo dependiente de una pequeña casa de comercio. Mi primer plan de operaciones y mis primeras economías, tuvieron por objeto rodear de tapias aquel terreno para hacerlo productivo. Esta agregación de espacio puso a la familia a cubierto de la indigencia, sin hacerla traspasar los límites de la pobreza. Mi madre tuvo a su disposición teatro digno de su alta ciencia agrícola; a la higuera sacrificada, se sucedieron en su afección cien arbolillos que su ojo maternal animaba en su crecimiento; más horas del día hubieron

de consagrarse a la creación de aquel plantel, de aquella vida de que iba a depender en adelante gran parte de la subsistencia de la familia.

Cuando yo hube terminado esta obra, pude decir en mi regocijo de haber producido un bien: *et vidi quod esset bonum,* y aplaudirme a mí mismo.

MI EDUCACION

Aquí termina la historia colonial, llamaré así, de mi familia. Lo que sigue es la transición lenta y penosa de un modo de ser a otro; la vida de la República naciente, la lucha de los partidos, la guerra civil, la proscripción y el destierro. A la historia de la familia se sucede, como teatro de acción y atmósfera, la historia de la patria. A mi progenie, me sucedo yo; y creo que, siguiendo mis huellas, como las de cualquier otro en aquel camino, puede el curioso detener su consideración en los acontecimientos que forman el paisaje común, accidentes del terreno que de todos es conocido, objetos de interés general, y para cuyo examen mis apuntes *biográficos,* sin valor por sí mismos, servirán de pretexto y de vínculo, pues que en mi vida tan destituída, tan contrariada, y sin embargo tan perseverante en la aspiración de un no sé qué elevado y noble, me parece ver retratarse esta pobre América del Sur, agitándose en su nada, haciendo esfuerzos supremos por desplegar las alas, y lacerándose a cada tentativa contra los hierros de la jaula que la retiene encadenada.

Extrañas emociones han debido agitar el alma de nuestros padres en 1810. La perspectiva crepuscular de una nueva época, la libertad, la independencia, el porvenir, palabras nuevas entonces,

han debido estremecer dulcemente las fibras, excitar la imaginación, hacer agolpar la sangre por minutos al corazón de nuestros padres. El año 10 ha debido ser agitado, lleno de emociones, de ansiedad, de dicha y de entusiasmo. Cuéntase de un rey que temblaba como un azogado a la vista de un puñal desnudo, efecto de las emociones que lo conmovieron en las entrañas de su madre, en cuyos brazos apuñalearon a un hombre. Yo he nacido en 1811, el noveno mes después del 25 de Mayo, y mi padre se había lanzado en la revolución, y mi madre palpitado todos los días con las noticias que llegaban por momentos sobre los progresos de la insurrección americana. Balbuciente aún, empezaron a familiarizar mis ojos y mi lengua con el abecedario, tal era la prisa con que los colonos, que se sentían ciudadanos, acudían a educar a sus hijos, según se ve en los decretos de la junta gubernativa y los otros gobiernos de la época. Lleno de este santo espíritu el gobierno de San Juan, en 1816, hizo venir de Buenos Aires unos sujetos, dignos por su instrucción y moralidad de ser maestros en Prusia, y yo pasé inmediatamente a la apertura de la escuela de la patria, a confundirme en la masa de cuatrocientos niños de todas edades y condiciones, que acudían presurosos a recibir la única instrucción sólida que se ha dado entre nosotros en escuelas primarias. La memoria de don Ignacio y de don José Genaro Rodríguez, hijos de Buenos Aires, aguarda aún la reparación que sus inmensos, sus santos servicios merecen, y no he de morir sin que mi patria haya cumplido con este deber sagrado. El sentimiento de la igualdad era desenvuelto en nuestros corazones por el tratamiento de *señor* que estábamos obligados a darnos unos a otros entre los alumnos, cualquiera que fuese

la condición, o la raza de cada uno; y la moralidad de las costumbres estimulábanla el ejemplo del maestro, las lecciones orales, y castigos que sólo eran severos y humillantes para los crímenes. En aquella escuela, de cuyos pormenores he hablado en *Civilización y Barbarie*, en *Educación popular*, y conoce hoy la América, permanecí nueve años sin haber faltado un solo día bajo pretexto ninguno, que mi madre estaba allí para cuidar con inapelable severidad de que cumpliese con mi deber de asistencia. A los cinco años de edad leía corrientemente en voz alta, con las entonaciones que sólo la completa inteligencia del asunto puede dar, y tan poco común debía ser en aquella época esta temprana habilidad, que me llevaban de casa en casa para oirme leer, cosechando grande copia de bollos, abrazos y encomios que me llenaban de vanidad. Aparte de la facilidad natural de comprender, había un secreto detrás de bastidores que el público ignoraba, y que debo revelar para dar a cada uno lo que le corresponde. Mi pobre padre, ignorante, pero solícito de que sus hijos no lo fuesen, aguijoneaba en casa esta sed naciente de educación, me tomaba diariamente la lección de la escuela, y me hacía leer sin piedad por mis cortos años la *Historia crítica de España* por don Juan Masdeu, en cuatro volúmenes, el *Desiderio y Electo*, y otros librotes abominables que no he vuelto a ver, y que me han dejado en el espíritu ideas confusas de historia, alegorías, fábulas, países y nombres propios. Debí, pues, a mi padre, la afición a la lectura que ha hecho la ocupación constante de una buena parte de mi vida, y si no pudo después darme educación por su pobreza, dióme en cambio por aquella solicitud paterna, el instrumento poderoso con que yo por mi propio esfuerzo

suplí a todo, llenando el más constante, el más ferviente de sus votos.

Siendo alumno de la escuela de lectura, construyóse en uno de sus extremos un asiento elevado como un solio, a que se subía por gradas, y fuí yo elevado a él con nombre de *¡primer ciudadano!* Si el asiento se construyó para mí, dirálo don Ignacio Rodríguez que aún está vivo; sucedióme en aquel honor un joven Domingo Morón, y cayó después en desuso. Esta circunstancia, la publicidad adquirida desde entonces, los elogios de que fuí siempre objeto, y testigo, y una serie de actos posteriores, han debido contribuir a dar a mis manifestaciones cierto carácter de fatuidad de que me han hecho apercibirme más tarde. Yo creía desde niño en mis talentos como un propietario en su dinero, o un militar en sus actos de guerra. Todos lo decían, y en nueve años de escuela no alcanzaron a una docena, entre dos mil niños que debieron pasar por sus puertas, que me aventajasen en capacidad de aprender, no obstante que al fin me hostigó la escuela, y la gramática, la aritmética, el álgebra, a fuerza de haberlas aprendido en distintas veces. Mi moralidad de escolar debió resentirse de esta eterna vida de escuela, por lo que recuerdo que había caído al último en el disfavor de los maestros. Estaba establecido el sistema seguido en Escocia de ganar asientos. Proponíase una cuestión de aritmética y los que no sabían bien me miraban. Si habían de perder en la votación los que se paraban, yo fingía pararme para precipitarlos; si por el contrario convenía pararse, yo me repantigaba en el asiento y me paraba repentinamente, para soplarles el lugar a los que me habían estado atisbando. Ultimamente obtuve carta blanca para ascender siempre en todos los cursos, y por lo me-

nos dos veces al día llegaba al primer asiento; pero la plana era abominablemente mala, tenía notas de policía, había llegado tarde, me escabullía sin licencia, y otras diabluras con que me desquitaba del aburrimiento, y me quitaban mi primer lugar, y el medio de plata blanca, que valía conservarlo todo un día entero, lo que me sucedió pocas veces.

Dábame además una superioridad decidida mis frecuentes lecturas de cosas contrarias a la enseñanza, con lo que mis facultades inteligentes se habían desenvuelto a un grado que los demás niños no poseían. En medio de mi abandono habitual, prestaba una atención sostenida a las explicaciones del maestro, leía con provecho, y retenía indeleblemente cuanto entraba por mis oídos y por mis ojos. Contó en una serie de días el maestro la preciosa historia de Robinsón, y repetíala yo, tres años despues, íntegra, sin anticipar una escena, sin olvidar ninguna, delante de don José Oro y toda la familia reunida.

Hiciéronme sombra, sin embargo, de tiempo en tiempo, niños altamente dotados de brillante inteligencia y mayor contracción al estudio que yo. Entre ellos, Antonio Aberastain, José Alvarez, un Leites de capacidad asombrosa, y otros cuyos nombres olvido.

En aquel naufragio de mis cualidades morales, de los últimos tiempos de la escuela por desocupación de espíritu, salvé una que me importa hacer conocer. La familia de los Sarmientos tiene en San Juan una no disputada reputación que han heredado de padres a hijos, diréIo con mucha mortificación mía, de embusteros. Nadie les ha negado esta cualidad, y yo les he visto dar tan relevantes pruebas de esta innata y adorable disposición, que no

me queda duda de que es alguna cualidad de familia. Mi madre, empero, se había premunido para no dejar entrar con mi padre aquella polilla en su casa, y nosotros fuímos criados en un santo horror por la mentira. En la escuela me distinguí siempre por una veracidad ejemplar, a tal punto que los maestros la recompensaban proponiéndola de modelo a los alumnos, citándola como encomio, y ratificándome más y más en mi propósito de ser siempre veraz, propósito que ha entrado a formar el fondo de mi carácter, y de que dan testimonio todos los actos de mi vida.

Concluyó mi aprendizaje de la escuela por una de aquellas injusticias tan frecuentes, de que me he guardado yo cuando me he hallado en circunstancias análogas. Don Bernardino Rivadavia, aquel cultivador de tan mala mano, y cuyas bien escogidas plantas debían ser pisoteadas por los caballos de Quiroga, López, Rosas, y todos los jefes de la reacción bárbara, pidió a cada provincia seis jóvenes de conocidos talentos para ser educados por cuenta de la nación, a fin de que, concluídos sus estudios, volviesen a sus respectivas ciudades a ejercer las profesiones científicas, y dar lustre a su patria. Pedíase que fuesen de familia decente, aunque pobres, y don Ignacio Rodríguez fué a casa a dar a mi padre la fausta noticia de ser mi nombre el que encabezaba la lista de los hijos predilectos que iba a tomar bajo su amparo la nación. Empero se despertó la codicia de los ricos, hubo empeños, todos los ciudadanos se hallaban en el caso de la donación, y hubo de formarse una lista de todos los candidatos; echóse a la suerte la elección, y como la fortuna no era el patrono de mi familia, no me tocó ser uno de los seis agraciados. ¡Qué día de tristeza para mis padres aquél en que nos

dieron la fatal noticia del escrutinio! Mi madre lloraba en silencio, mi padre tenía la cabeza sepultada entre sus manos.

Y, sin embargo, la suerte que había sido injusta conmigo, no lo fué con la provincia, si no es que ella no supo aprovechar después de los bienes que se le prepararon. Cayóle la suerte a Antonio Aberastain, pobre como yo, y dotado de talentos distinguidos, una contracción férrea al estudio y una moralidad de costumbres que lo ha hecho ejemplar hasta el día de hoy. Llamó la atención en el colegio de Ciencias Morales por aquellas cualidades, aprendió inglés, francés, italiano, portugués, matemáticas y derecho, graduóse en esta facultad, y regresó a su país, donde fué compelido, al día siguiente de su llegada, por la Junta de Representantes a desempeñar la primera magistratura judicial de la provincia. En 1840, emigró de su país para no volver a él; fué nombrado ministro del gobierno de Salta por la fama de capacidad de que gozaba, salió al último de aquella provincia por entre las lanzas de las montoneras, pasó a Chile, fué hecho secretario del intendente de Copiapó, y reside hoy en aquella provincia viviendo de su profesión de abogado, y gozando de la estimación de todos. Nadie mejor que yo ha podido penetrar en el fondo de su carácter, amigos de infancia, su protegido en la edad adulta, cuando en 1836, llegábamos ambos a un tiempo a San Juan, desde Buenos Aires él, de Chile yo, y empezó a poco de conocerme, a prestarme el apoyo de su influencia, para levantarme en sus brazos cada vez que la envidia maliciosa de aldea echaba sobre mí una ola de disfavor o de celos, cada vez que el nivel de la vulgaridad se obstinaba en abatirme a la altura común. Aberastain, doctor, juez supremo de

alzadas, estaba ahí siempre defendiéndome entre los suyos, contra la masa de jóvenes ricos o consentidos que se me oponía al paso. He debido a este hombre bueno hasta la médula de los huesos, enérgico sin parecerlo, humilde hasta anularse, lo que más tarde debí a otro hombre en Chile, la estimación de mí mismo por las muestras que me prodigaba de la suya; sirviéndome ambos a enaltecerme más que no lo hubiera hecho la fortuna. La estimación de los buenos es un galvanismo para las sustancias análogas. Una mirada de benevolencia de ellos puede decir a Lázaro: levántate y marcha. Nunca he amado tanto como amé a Aberastain; hombre alguno ha dejado más hondas huellas en mi corazón de respeto y aprecio.

Desde su salida de San Juan, el supremo tribunal de justicia es desempeñado por hombres sin educación profesional, y a veces tan negados los pobres, que para arrieros serían torpes. Ultimamente, la honorable sala de representantes ha declarado que ni en defecto de abogados sanjuaninos, pueda ser juez un *extranjero*, es decir, un individuo de otra de las provincias confederadas, y basta citar este acto legislativo para mostrar la perversión de espíritu en que han caído aquellas gentes.

Don Saturnino Salas fué otro de los agraciados; dedicóse a las matemáticas, para las que lo había dotado la Naturaleza de una de aquellas organizaciones privilegiadas que hacen los Pascal y los D'Ampère. Cultivó aquella ciencia con pasión, daba lecciones a sus concolegas para vestirse, haciendo uso de su habilidad fabril para confeccionar zapatos y remendar sus vestidos en la suma pobreza y orfandad en que lo dejó la destrucción del colegio de Ciencias Morales, que es uno de los mil crímenes cometidos por el partido reaccionario, por

vengarse Arana y Rosas de la malquerencia que justamente les profesaban los colegiales, como la luz debe aborrecer al apaga lámparas.

Aquella cualidad industrial es inherente y orgánica en la familia de los Salas. Su padre don Joaquín Salas inventaba máquinas y aparatos para todas las cosas, y perdió una inmensa fortuna heredada de doña Antonia Irarrázabal, parte en aquellos ensayos de su ingenio. Don Juan José Salas, su hijo, despunta por la misma capacidad fabril que en San Juan, dados los hábitos de rutina española, se malogra en curiosidades improductivas. En fin, las señoras Salas, solteras, viven en una honesta medianía del producto de una industria que ellas han inventado, perfeccionado en todos sus detalles, y elevado a la categoría de una de las bellas artes. Son célebres en San Juan las flores artificiales de mano de las Salas que, sin exageración, rivalizan con las más bellas de París, cuyas muestras estudian a fin de adivinar los procederes fabriles; que en cuanto a la belleza artística imitan ellas a la naturaleza misma, y no pocas veces la harían aceptar una rosa de sus manos, o una rama de azahares, tal es la paciente habilidad que han puesto en copiarla hasta en los más mínimos accidentes. Su hermano don Saturnino ha continuado por largos años estudiando por vocación las matemáticas, enseñándolas por necesidad, enrolado en el cuerpo de ingenieros en Buenos Aires, y contento en la miseria, única recompensa hoy en su patria del saber que no se hace delincuente e inmoral. Mientras que aquel profundo matemático vegeta en la miseria, el gobierno de San Juan pagaba tres mil pesos anuales a un zafio desvergonzado que se daba por hidráulico, maquinista, ingeniero, abogado, y entendido en cuanta materia se mencionaba. De-

fendió pleitos, fué empresario de teatro, escritor, coronel, mazorquero, director de obras públicas, juez de aguas, el amigo de los federales, el terror de los unitarios, y en verdad el ser más vil que ha deshonrado a la especie humana, habiendo, para oprobio de aquella ciudad, durado diez años esta innoble farsa. ¡Salud, federación! ¡por el fruto se conoce el árbol!

Era el tercero don Indalecio Cortínez que se consagró a las ciencias médicas, con aplauso de la clase entera, y tal dedicación a la cirugía, que tenía concesión especial de cadáveres hecha por los catedráticos, a fin de que pudiese en su cuarto entregarse a sus estudios favoritos sobre el organismo humano. Volvió a San Juan a ejercer su profesión científica, después de doctorado en tres facultades; levantó una casa de altos en la plaza, adquiriendo el local de la iglesia de Santa Ana arruinada, y emigró a Coquimbo abandonando cuanto poseía, para salvar de la persecución que se cebaba sobre todos los que tenían ojos para prever el abismo de males en que iba a ser sepultada la República por el triunfo de los caudillos que no saben hoy por dónde salir del pantano en que ellos mismos se han metido. El doctor Cortínez refresca hasta hoy sus conocimientos teniéndose, por las *Revistas* a que está suscrito, al corriente de los progresos que la ciencia hace en Europa; y San Juan ha perdido en él un médico hábil, y la fortuna que acumula hoy en Coquimbo, recompensa de sus aciertos, la que han disipado sus perseguidores de San Juan. Esperando por momentos estoy la ley que prohiba en San Juan a los médicos *extranjeros* curar a los enfermos, prefiriendo, como en los tribunales, a los curanderos nacidos y criados en la provincia.

Los tres restantes fueron don Fidel Torres, que no ha vuelto a su país; don Pedro Lima, que murió; y don Eufemio Sánchez que profesa, a lo que he oído, la medicina en Buenos Aires. Lo único que hay claro, es que ninguno de los seis jóvenes educados por don Bernardino Rivadavia ha permanecido en San Juan; privándose esta provincia de recoger el fruto de aquella medida que por sí sola bastaría para hacer perdonar a aquel gobierno muchas otras faltas.

Quiero antes de entrar en cosas más serias, echar una mirada sobre los juegos de mi infancia, porque ellos revelan hábitos solariegos de que aún se resiente mi edad madura. No supe nunca hacer bailar un trompo, rebotar la pelota, encumbrar una cometa, ni uno solo de los juegos infantiles a que no tomé afición en mi niñez. En la escuela aprendí a copiar zotas, y me hice después un molde para calcar una figura de San Martín a caballo que suelen poner los pulperos en los faroles de papel; y de adquisición en adquisición, yo concluí en diez años de perseverancia, con adivinar todos los secretos de hacer mamarrachos. En una visita de mi familia a casa de doña Bárbara Icasate, ocupé el día en copiar la cara de un San Jerónimo, y una vez adquirido aquel tipo, yo lo reproducía de distintas maneras en todas las edades y sexos. Mi maestro, cansado de corregirme en este pasatiempo, concluyó por resignarse y respetar esta manía instintiva. Cuando pude por el conocimiento de los materiales de la enseñanza del dibujo, faltóme la voluntad para perfeccionarme. En cambio esparcí más tarde en mi provincia la afición a este arte gráfico, y bajo mi dirección o inspiración se han formado media docena de artistas que posee San Juan. Pero aquella afición se convertía en mis juegos in-

fantiles en estatuaria, que tomaba dos formas diversas, hacía santos y soldados, los dos grandes objetos de mis predilecciones de niñez.

Creábame mi madre en la persuasión de que iba a ser clérigo y cura de San Juan, a imitación de mi tío, y a mi padre le veía casacas, galones, sable y demás zarandajas. Por mi madre me alcanzaban las vocaciones coloniales; por mi padre se me infiltraban las ideas y preocupaciones de aquella época revolucionaria; y obedeciendo a estas impulsiones contradictorias, yo pasaba mis horas de ocio en beata contemplación de mis santos de barro debidamente pintados, dejándolos en seguida quietos en sus nichos, para ir a dar a la casa del frente una gran batalla entre dos ejércitos que yo y mi vecino habíamos preparado un mes antes, con grande acopio de balas para ralear las pintorreadas filas de monicacos informes.

No contara estas bagatelas, si no hubiesen tomado más tarde formas colosales, y proporcionándome uno de los recuerdos que hasta hoy me hacen palpitar de gloria y de vanidad. Por lo que hace a mi vocación sacerdotal, asistía cuando niño de trece años a una devota capilla, en casa del jorobado Rodríguez, capaz de contener veinte personas, y dotada de sacristía, campanario, y demás requisitos, con una dotación de candeleros, incensarios y campanas sonoras, hechas por el negro Rufino de don Javier Jofré, y de que hacíamos enorme consumo en repiques y procesiones. Estaba consagrada la capilla a nuestro padre Santo Domingo, desempeñando yo durante dos años por aclamación del capítulo, y con grande edificación de los devotos, la augusta dignidad de provincial de la orden de predicadores. Acudían los frailes del convento de Santo Domingo a verme cantar misa, para lo que

parodiaba a mi tío el cura que cantaba muy bien, y de quien, siendo yo monaguillo, atisbaba todo el mecanismo de la misa, no sin marcar la página del misal en que estaban el evangelio y epístola del día para reproducirlos íntegros en mi misa particular.

Por la tarde de los domingos, el provincial se tornaba en general en jefe de un ejército de muchachos, y, ¡ay de los que quisiesen hacer frente a aquella lluvia de piedras que salía del seno de mi falange!

Andando el tiempo, yo había logrado hacerme de la afección de una media docena de pilluelos, que hacían mi guardia imperial, y con cuyo auxilio repetí una vez la hazaña de Leónidas, a punto de que el lector, al oirla, la equivocará con la del célebre espartano. Este es un caso serio que requiere traer a uno de los personajes que brillaron en aquel día memorable.

Había en casa de los Rojos, un mulato regordete que tenía el sobrenombre de *Barrilito;* muchacho inquieto y atrevido, capaz de una fechoría. Otro del mismo pelaje, de Cabrera, de once años, diminuto, taimado, y tan tenaz que cuando hombre, elevado a cabo por su bravura, desertó de las filas de Facundo Quiroga, con algunos otros, y en lugar de fugarse, tiroteó al ejército en marcha hasta que se hizo coger y fusilar. A éste llamábanle *Piojito.* Descollaba el tercero bajo el sobrenombre de *Chuña,* ave desairada; un peón chileno de veinte a más años, un poco imbécil, y por tanto muy bien hallado en la sociedad de los niños. Era el cuarto José I. Flores, mi vecino y compañero de infancia, a quien también distinguía el sobrenombre de *Velita,* que él ha logrado quitarse a fuerza de buen humor y jovialidad. Era el quinto el *Guacho*

Riberos, excelente muchacho y mi condiscípulo; y agregóse más tarde Dolores Sánchez, hermano de aquel Eufemio, a quien por envolverse el capote en el brazo para defenderse de las piedras, llamábamos *Capotito*. Este nuevo recluta se educó a mi lado, y probó muy luego ser digno de la noble compañía en que se había alistado. En el año, pues, del Señor no sé cuantos, que los niños no saben nunca el año en que viven, hicimos tres o cuatro jornadas más o menos lucidas, con más o menos pedradas y palos dados y recibidos, terminando un domingo en deshacer un ejército y tomar prisioneros generales, tambores y chusma, que paseamos insolentemente por algunas calles de la ciudad. Esta humillación impuesta a los vencidos trajo su represalia, y no más tarde que el miércoles o jueves de la semana siguiente, supimos que los barrios de la Colonia y de Valdivia, cuan grandes son, y poblados de cardúmenes de muchachos, se aprestaban a volvernos la mano al domingo siguiente. Viernes y sábado me llovían los avisos cada vez más alarmantes de los progresos de la liga colono-valdiviana, mientras que yo citaba a toda mi gente para hallarme en aptitud de recibirlos dignamente. Sobrevino el domingo tan esperado por los unos, tan temido por los otros, y llegó la tarde y se avanzaba la hora y mis soldados no aparecían, tanto miedo les ponía la noticia de los preparativos y amenazas de nuestros enemigos.

En fin, convencidos de la imposibilidad de aceptar el combate, dirigímonos yo y aquellos seis de que he hecho mención, y que no habrían dejado de reunirse, aunque se hubiera despoblado el cielo, hacia los puntos por donde era presumible viniese el ejército aliado para tener el gusto de verlo siquiera. Así marchando a la ventura llegamos hasta

la *Pirámide*, en donde oímos ya el fragor de las aclamaciones y gritos de entusiasmo de los chiquillos y el sonido de los tambores de calabazas o de cuero que los precedían. Momentos después apareció la columna y se derramó en el erial vecino. ¡Dios mío! eran quinientos diablejos con veinte banderas, y picas y sables de palo que no reflejaban los rayos del sol. Contamos más de treinta adultos mezclados entre la imberbe turba, tanta era la novedad que causaba aquella inusitada muchedumbre.

Nosotros instintivamente retrocedimos, temerosos de ser sepultados por aquella avalancha de muchachos ávidos de hacer una diablura, sobre todo en venganza de lo pasado en el domingo anterior.

Tomamos los siete por la calle de atravieso que conduce hacia el molino de Torres, desconcertados, cabizbajos, y punto menos que huyendo. Precede al puente echado sobre el ladrón del molino hacia el Norte, un terreno sólido, gredoso y unido, mientras que en torno del puente había una enorme cantidad de guijarros sacados del fondo de la acequia. Una idea me vino que Napoleón me la habría aplaudido, que Horacio Cocles me habría disputado como suya. Ocurrióme que, parados los siete en el estrecho puente y con aquella bendición de piedras a la mano, podíamos disputar el paso al ejército aliado de la Colonia y de Valdivia. Detengo a los míos, les explico el caso, los arengo, y concluyo arrancándoles un *está bueno* firme y chisporroteando de entusiasmo. Me prometen obediencia ciega, tomo yo con dos más, Riberos y el *Barrilito*, el centro del puente, distribuyo dos de cada lado de la trinchera hecha por la acequia, y todos nos ocupamos diligentemente en acopiar piedras, de manera de suplir el número por la vivacidad del fuego.

Habíannos apercibido en tanto, y el aire se estremecía con los gritos de aquella muchedumbre que se avanzaba rápidamente sobre nosotros. Mi plan era no disparar una piedra hasta tenerlos a tiro. Acercóse la turba y de repente arrojamos tal granizada de piedras, que los chiquillos de diez a doce años a quienes en el montón alcanzaron, dieron prueba sonora de que no se habían malogrado del todo. Huyó aquella chusma desordenada, querían lanzarse los míos a la persecución, pero el general lo había calculado todo, y visto que la interposición del puente era el único medio posible de defensa.

Cuando digo que lo había calculado todo, olvidaba que lo mejor no se me había pasado por las mientes, y era que las mismas piedras que habíamos tirado, podían devolvérnoslas a su turno, y que a su retaguardia tenía la inmensa columna la calle de San Agustín, rica en guijarros a despear los caballos que la transitan. Vueltos en efecto de su espanto los agresores, y mandando muchachos por centenares a traer piedras a ponchadas, se trabó el más rudo combate de que hayan hecho jamás mención las crónicas de los pilluelos vagabundos. Acercóse a la trinchera que yo defendía un muchacho, Pedro Frías, y me propuso, a fuer de parlamentario, que peleásemos a sable. ¡Nosotros siete contra quinientos! Después de bien reflexionada la propuesta, la deseché terminantemente, y un minuto después el aire se veía cubierto de piedras que iban y venían, a tal punto que aun había riesgo de tragarlas. Al *Piojito* le rompieron la cabeza, y destilando sangre y mocos de llorar, y echando sendas puteadas, disparaba piedras a centenares como una catapulta antigua; el *Chuña* había caído desmayado ya dentro de la acequia a riesgo de ahogarse; estábamos todos contusos, y la re-

friega seguía con encarnizamiento creciente; la distancia era ya de cuatro varas y el puente no cedía el paso, hasta que el negro Tomás de don Dionisio Navarro, que estaba en primera línea, gritó a los suyos: «no tiren, vean al general que no puede mover los brazos». Cesó con esto el combate y se acercaron los más inmediatos hasta mí, silenciosos y más contentos de mí que de su triunfo. Era el caso, que a más de las pedradas sin cuento que yo tenía recibidas en el cuerpo, habíanme tocado tantas en los brazos, que no podía moverlos, y las piedras que aún lanzaba por puro patriotismo, iban a caer sin fuerza a pocos pasos. De mis valientes habían flaqueado y huído dos, que no nombro por no comprometer su reputación, que no ha de exigirse a todos igual constancia. Estaba aún a mi lado Riberos, chillaba y puteaba todavía el *Piojito,* y sacamos al *Chuña* de la acequia, a fin de cuidar de nuestros heridos. Quisieron algunos desalmados compelerme a seguir en clase de prisionero; opúseme yo con el resto de energía que me quedaba, teniendo mis dos brazos caídos y empalados; intervinieron en mi favor los hombres que venían en la comitiva, dando su debido mérito y todo el honor de la jornada a los vencidos, y retiréme bamboleándome de extenuación a casa, donde con el mayor sigilo me administré durante una semana frecuentes paños de salmuera para hacer desaparecer aquellas negras acardenaladuras que me habrían hecho aparecer, si me hubiese desnudado, a guisa de potro overo, tan frecuentes y repetidas eran: ¡Oh, vosotros, compañeros de gloria en aquel día memorable! ¡Oh vos, *Piojito,* si viérais! *¡Barrilito, Velita, Chuña, Guacho* y *Capotito,* os saludo aún desde el destierro en el momento de hacer justicia al ínclito valor de que hicisteis prueba! Es lás-

tima que no se os levante un monumento en el puente aquél para perpetuar vuestra memoria. No hizo más Leónidas con sus trescientos espartanos en las famosas Termópilas. No hizo menos el desgraciado Acha en las acequias de Angaco, poniendo con la barriga al sol a tanto imbécil que no sabía apreciar lo que vale una acequia puesta de por medio, cuando hay detrás una media docena de perillanes clavados en el suelo.

Volviendo a mi educación, puede decirse que la fatalidad intervenía para cerrarme el paso. En 1821, fuí al seminario de Loreto en Córdoba, y hube de volverme sin entrar. La revolución de Carita me dejó sin maestro de latín. En 1825 principié a estudiar matemáticas y agrimensura, bajo la dirección de M. Barreau, ingeniero de la provincia. Levantamos juntos el plano de las calles de Rojo, Desamparados, Santa Bárbara, y de allí rodeando hacia el Pueblo Viejo; y yo solo, por haberme abandonado el maestro, la de la Catedral, Santa Lucía y Legua. En el mismo año fuí a San Luis a continuar con el clérigo Oro la educación que había interrumpido la revolución del año anterior. Un año más tarde era llamado por el gobierno para ser enviado al Colegio de Ciencias Morales, y llegaba a San Juan, después de haberme negado una vez, en el momento que las lanzas de Facundo Quiroga venían en bosque polvoroso agitando sus siniestras banderolas por las calles.

En 1826 entraba tímido dependiente de comercio en una tienda, yo que había sido educado por el presbítero Oro en la soledad que tanto desenvuelve la imaginación, soñando congresos, guerra, gloria, libertad, la república en fin. Estuve triste muchos días, y como Franklin, a quien sus padres dedicaban a jabonero, él que debía robar al cielo

los rayos y a los tiranos el cetro, toméle desde luego ojeriza al camino que sólo conduce a la fortuna. En mis cavilaciones en las horas de ocio, me volvía a aquellas campañas de San Luis en que vagaba por los bosques con mi Nebrija en las manos, estudiando *mascula sunt maribus*, e interrumpiendo el recitado para tirarle una pedrada a un pájaro. Echaba menos aquella voz sonora que había dos años enteros sonado en mis oídos, plácida, amiga, removiendo mi corazón, educando mis sentimientos, elevando mi espíritu. Las reminiscencias de aquella lluvia oral que caía todos los días sobre mi alma, se me presentaban como láminas de un libro cuyo significado comprendemos por la actitud de las figuras. Pueblos, historia, geografía, religión, moral, política, todo ello estaba ya anotado como en un índice; faltábame empero el libro que lo detallaba, y yo estaba solo en el mundo, en medio de fardos de tocuyo y piezas de quimones, menudeando a los que se acercaban a comprarlos, vara a vara. Pero debe haber libros, me decía yo, que traten especialmente de estas cosas, que las enseñen a los niños; y entendiendo bien lo que se lee, puede uno aprenderlas sin necesidad de maestros; y yo me lancé en seguida en busca de esos libros, y en aquella remota provincia, en aquella hora de tomada mi resolución, encontré lo que buscaba, tal como lo había concebido, preparado por patriotas que querían bien a la América, y que desde Londres habían presentido esta necesidad de la América del Sur, de educarse respondiendo a mis clamores los *catecismos de Ackermann* que había introducido en San Juan don Tomás Rojo. ¡Los he hallado! podía exclamar como Arquímedes, porque yo los había previsto, inventado, buscado aquellos catecismos, que más tarde en 1829 regalé a

don Saturnino Laspiur, para la educación de sus hijos. Allí estaba la historia antigua, y aquella Persia, y aquel Egipto, y aquellas Pirámides, y aquel Nilo de que me hablaba el clérigo Oro. La historia de Grecia la estudié de memoria, y la de Roma en seguida, sintiéndome sucesivamente Leónidas y Bruto, Arístides y Camilo, Harmodio y Epaminondas; y esto mientras vendía yerba y azúcar, y ponía mala cara a los que me venían a sacar de aquel mundo que yo había descubierto para vivir en él. Por las mañanas, después de barrida la tienda, yo estaba leyendo, y una señora Laora pasaba para la iglesia y volvía de ella, y sus ojos tropezaban siempre día a día, mes a mes, con este niño, inmóvil, insensible a toda perturbación, sus ojos fijos sobre un libro, por lo que, meneando la cabeza, decía en su casa: «¡este mocito no debe »ser bueno! ¡si fueran buenos los libros no los »leería con tanto ahinco!»

Otra lectura ocupóme más de un año, ¡la Biblia! Por las noches después de las ocho, hora de cerrar la tienda, mi tío don Juan Pascual Albarracín, presbítero ya, me aguardaba en casa, y durante dos horas, discutíamos sobre lo que iba sucesivamente leyendo, desde el *Génesis* hasta el *Apocalipsis*. ¡Con cuánta paciencia escuchaba mis objeciones para comunicarme en seguida la doctrina de la Iglesia, la interpretación canónica, y el sentido legítimo y recibido de las sentencias donde decía blanco, no obstante que yo leía negro, y las opiniones divergentes de los santos padres! La *Teología natural*, por Payey; *Evidencia del Cristianismo*, por el mismo; *Verdadera idea de la Santa Sede*, y Feijoó, que cayó por entonces en mis manos, completaron aquella educación razonada y eminentemente religiosa, pero liberal, que venía desde la cuna tras-

mitiéndose desde mi madre al maestro de escuela, desde mi mentor Oro hasta el comendador de la Biblia, Albarracín.

Por entonces pasó a visitar a San Juan el canónigo don Ignacio Castro Barros, e hizo su misión pública predicando quince días sucesivamente en las plazas, a la luz de la luna, teniendo por auditorio cuanta gente cabe apiñada en una cuadra cuadrada de terreno. Yo asistía con asiduidad a estas pláticas, procurando ganar desde temprano lugar favorecido. Precedíale la fama de gran predicador, y durante muchos días me tuvo en febril excitación. Había logrado despertar en mi alma el fanatismo rencoroso que vertía siempre de aquella boca espumosa de cólera, contra los impíos y herejes, a quienes ultrajaba en los términos más innobles. Furibundo, frenético, andaba de pueblo en pueblo encendiendo las pasiones populares contra Rivadavia y la reforma, ensanchando el camino a los bandidos, como Quiroga y otros, a quienes llamaba los Macabeos. Hice confesión general con él para consultarme en mis dudas, para acercarme más y más a aquella fuente de luz, que con mi razón de diez y seis años, hallé vacía, obscura, ignorante y engañosa. Los estragos que aquel iluso hizo en San Juan, pueden colegirse del decreto de 28 de julio de 1827, expedido por el gobierno enemigo de Rivadavia y sus partidarios: «Una funesta experiencia, dice, ha enseñado cuánta es la »facilidad con que se pasa de la diferencia de opi»niones, a la discordia, y de ésta a la guerra. »Esta misma experiencia es la que ha producido »en el gobierno el convencimiento de que, si bien »debe asegurarse a cada individuo la libertad de »manifestar decorosa y legalmente su opinión, es »también necesario impedir que procure extender

»aquélla atacando a los que piensan de otro modo, »por medios reprobados y sumamente peligrosos. »Cuando se han tocado estos arbitrios, cuando cier- »tas instituciones santas y venerables se han hecho »hablar en favor de lo que se llama una disputa »política, se halla minada la tranquilidad pública. »En fuerza de estas consideraciones y por haberse »llegado a entender que algún ministro del san- »tuario ha hablado directa y aun personalmente en »la cátedra del Espíritu Santo de las mismas cues- »tiones políticas que ya han ocasionado otra vez »derramamiento de sangre en San Juan, el gobier- »no ha venido en decretar:

»1o. Queda prohibido hacer mención de cuestio- »nes políticas en ningún discurso público religioso »que se pronuncie en el templo del Señor, donde »no debe oirse sino la moral santa del Evangelio, »los preceptos del Redentor del mundo, los consue- »los de la religión divina y los ruegos de los fieles.

»2.o Comuníquese al venerable clero, y dése al »*Registro.—Quiroga* (1).—*José Antonio de Oro* (2), »secretario.»

Hízome dudar de su sinceridad el espectáculo de una de esas farsas que le habían valido su celebridad. Terminaba una prédica dentro de la iglesia ensañándose contra Llorente, a quien llamó impío, viborezno, por haber calumniado al santo tribunal de la inquisición, asegurando al auditorio que había muerto comido de gusanos en castigo de sus iniquidades. Seguíale yo con avidez en aquellas imprecaciones destilando veneno, sangre, maldiciones y ultrajes contra Rousseau y otra retahila de nombres, para mí desconocidos, y su bilis se iba exaltando, y la rabia de un poseído se asomaba a sus

(1) Don Manuel Gregorio.
(2) Hermano del obispo Oro.

ojos inyectados de sangre, y a su boca, en cuyos extremos se colectaban babas resecas; cuando de repente se levanta, y extendiendo los brazos y levantando su voz estentórea, a la que respondían los ecos de las bóvedas del templo, invocó al demonio mandándole presentarse ante él, asegurando en términos positivos y terminantes que él tenía potestad del Cielo para hacerlo comparecer, y que iba a presentarse en el acto; y sus ojos lo buscaban y sus manos crispadas señalaban los lugares obscuros de la iglesia, y las mujeres inquietas se movían y volvían la cara para huir, mientras yo clavaba los ojos en aquella fisonomía del clérigo descompuesta y cárdena, esperando encontrar en ella signos de fascinación, por no atreverme todavía a creer todo aquello una patraña. Después he visto a Casacuberta hacer con igual pasión papeles más difíciles y he sentido bullir mi sangre de indignación contra aquella prostitución de la cátedra.

El cura Castro Barros echó en mi espíritu la primera duda que lo ha atormentado, el primer disfavor contra las ideas religiosas en que había sido creado, ignorando el fanatismo y despreciando la superstición. Después he sabido la historia de aquel insano. Era su resorte favorito en las campañas, entre las gentes incultas, arrojar desde el púlpito una plumilla, y decirla el alma de un condenado, y asegurar que aquella persona a quien se le asentase la pluma, estaba ya predestinada a los suplicios eternos; y las infelices mujeres, a quienes había hecho apiñarse en torno de la cátedra, con sus llantos y movimientos agitaban el aire, y la vagorosa plumilla revoloteaba y cambiaba de dirección, paseando el espanto y la desolación por sobre las cabezas de la muchedumbre, que al

fin se ponía de pie, enajenada de terror, dando alaridos y desbandándose por los campos. Omito mil escenas horribles de este género, y la calavera y el crucifijo, para entablar coloquios risibles, si no fueran odiosos, entre dos objetos tan venerandos, y hacer cantar a la calavera tonaditas mundanas, y describir después sus tormentos en el infierno, y gozarse él en ellos, recordándole entonces uno a uno sus deslices pasados. De esta escuela de predicadores salen en las colonias españolas los terroristas políticos, de sus blasfemias contra los impíos ha salido el *mueran los salvajes unitarios.* De ahí han salido las chispas que apasionaron a la muchedumbre, y la lanzaron a los crímenes, a las matanzas de que hemos sido víctimas. De la boca de Castro Barros, como la de la de los puritanos de Inglaterra, salía siempre la Sagrada Escritura empapada en sangre, azuzando las pasiones brutales de la muchedumbre. Afortunadamente para la gloria de Castro Barros, tuvo la fuerza de alma de volver más tarde sobre sus pasos, cuando se mostraron los crímenes y la barbarie que él había armado de un pretexto santo. Prestó en 1829 su ardorosa cooperación al general Paz en Córdoba, le atrajo las simpatías de sus compatriotas, y algunas arrobas de plata labrada de conventos y monasterios fueron por influjo suyo, a engrosar el desmedrado caudal del ejército, como muestra decidida de su adhesión. En los diarios de la época publicó el doctor Castro Barros una exposición de las razones que lo habían hecho cambiar de partido, y volver sobre Facundo Quiroga y sus partidarios las mismas armas con que había preparado la sangrienta lucha. Después siguió la suerte de los unitarios, escapó de ser azotado por Quiroga, fué más tarde echado en un pontón de Rosas, donde para vivir era ne-

cesario achicar la bomba todos los días, por meses enteros, para conservar su cansada y enfermiza existencia. Llegó más tarde a Chile, donde volviendo con la vejez a los excesos del fanatismo de la primera época de sus predicaciones, abogó con calor por la inquisición y otras ideas extremas, hasta que la muerte dió reposo el año pasado a aquella vida por tantas pasiones agitada. *La Revista Católica* hallóle en olor de santidad, y de paso se sirvió insinuar con caridad evangélica, que el muerto doctor tenía émulos, aludiendo a mí que había principiado a escribir su biografía, con otros conceptos menos equívocos, si bien más injuriosos. Perdóneles Dios su petulancia, que no era el pobre clérigo digno objeto de mi emulación.

Desde aquella época me lancé en la lectura de cuanto libro pudo caer en mis manos, sin orden, sin otro guía que el acaso que me los presentaba, o las noticias que adquiría de su existencia en las escasas bibliotecas de San Juan. Fué el primero la *Vida de Cicerón* por Middleton, con láminas finísimas, y aquel libro me hizo vivir largo tiempo entre los romanos. Si hubiese entonces tenido medios, habría estudiado el derecho para hacerme abogado, para defender causas, como aquel insigne orador a quien he amado con predilección. El segundo libro fué la *Vida de Franklin,* y libro alguno me ha hecho más bien que éste. La vida de Franklin fué para mí lo que las vidas de Plutarco para él, para Rousseau, Enrique IV, Mma. Roland y tantos otros. Yo me sentía Franklin; ¿y por qué no? Era yo pobrísimo como él, estudioso como él, y dándome maña y siguiendo sus huellas, podía un día llegar a formarme como él, ser doctor *ad honorem* como él, y hacerme un lugar en las letras y en la política americana. La vida de

Franklin debiera formar parte de los libros de las escuelas primarias. Alienta tanto su ejemplo, está tan al alcance de todos la carrera que él recorría, que no habría muchacho un poco bien inclinado que no se tentase a ser un Franklincito, por aquella bella tendencia del espíritu humano a imitar los modelos de la perfección que concibe. Escribir una vida de Franklin adaptada para las escuelas, ha sido uno de los propósitos literarios que he acariciado largo tiempo; y ahora que me creía en aptitud de realizarlo, llevado de las mismas ideas, lo ha efectuado M. Mignet, por encargo de la Academia Francesa, con un éxito completo, aunque mi plan era diverso, más popular y más adaptable a nuestra situación. Tal como es el libro de Mignet, pedílo a Francia, y lo he hecho poner en castellano para generalizarlo, porque yo sé por experiencia propia cuánto bien hace a los niños esta lectura. ¡Santas aspiraciones del alma juvenil a lo bello y perfecto! ¿Dónde está entre nuestros libros el tipo, el modelo práctico, hacedero, posible, que puede guiarlas y trazarlas un camino? Los predicadores nos proponen los santos del Cielo para que imitemos sus virtudes ascéticas y sus maceraciones; pero, por más bien intencionado que el niño sea, renuncia desde temprano a la pretensión de hacer milagros, por la razón sencilla de que los que lo aconsejan, se abstienen ellos mismos de hacerlos. Pero el joven sin otro apoyo que su razón, pobre y destituído, trabaja con sus manos para vivir, estudia bajo su propia dirección, se da cuenta de sus acciones para ser más perfecto, ilustra su nombre, sirve a su patria ayudándola a desligarse de sus opresores, y un día presenta a la humanidad entera un instrumento sencillo para someter los rayos del cielo, y puede vanagloriarse de redimir

millones de vidas con el preservativo con que dotó a los hombres, este hombre debe estar en los altares de la humanidad, ser mejor que Santa Bárbara, abogada contra rayos, y llamarse el Santo del Pueblo.

Para los pueblos del habla castellana, aprender un idioma vivo, es sólo aprender a leer, y debiera uno por lo menos enseñarse en las escuelas primarias. El clérigo Oro al enseñarme el latín, que no sé, me había dotado de una máquina sencilla de aprender idiomas, que he aplicado con suceso a los pocos que conozco. En 1829, escapado de ser fusilado en Mendoza por el fraile Aldao, por la benéfica y espontánea intercesión del coronel don José Santos Ramírez, a cuyo buen corazón no deben perjudicar las flaquezas de su juicio, tuve en San Juan mi casa por cárcel, y el estudio del francés por recreo. Vínome la idea de aprenderlo con un francés, soldado de Napoleón, que no sabía castellano, y no conocía la gramática de su idioma. Pero la codicia se me había despertado a la vista de una biblioteca en francés perteneciente a don José Ignacio de la Rosa, y con una gramática y un diccionario prestados, al mes y once días de principiado el solitario aprendizaje, había traducido doce volúmenes, entre ellos las *Memorias* de Josefina. De mi consagración a aquella tarea puedo dar idea por señales materiales. Tenía mis libros sobre la mesa del comedor, apartábalos para que sirvieran el almuerzo, después para la comida, a la noche para la cena; la vela se extinguía a las dos de la mañana, y cuando la lectura me apasionaba, me pasaba tres días sentado registrando el diccionario. Catorce años he puesto después en aprender a pronunciar el francés, que no he hablado hasta 1846, después de haber llegado a Francia. En 1833, estuve de dependiente de comercio en Valparaíso, ganaba

una onza mensual, y de ella destiné media para pagar al profesor de inglés Richard, y dos reales semanales al sereno del barrio para que me despertase a las dos de la mañana a estudiar mi inglés. Los sábados los pasaba en vela para hacerlos de una pieza con el domingo; y después de mes y medio de lecciones, Richard me dijo que no me faltaba ya sino la pronunciación, que hasta hoy he podido adquirir. Fuíme a Copiapó, y mayordomo indigno de la *Colorada* que tanta plata en barra escondía a mis ojos, traduje a volumen por día los sesenta de la colección completa de novelas de Walter Scott, y otras muchas obras que debía a la oficiosidad de Mr. Eduardo Abott. Conservan muchos en Copiapó el recuerdo del minero a quien se encontraba siempre leyendo, y aun en Lima, el señor Codecido recordóme, a mi vuelta de Europa, un suceso relativo a aquellos tiempos. Por economía, pasatiempo y travesura, había yo concluído por equiparme completamente con el pintoresco vestido de los mineros, y habituado a los demás a mirar este disfraz como mi traje natural. Calzaba babucha y escarpín; llevaba calzoncillo azul y cotón listado, engalanando este fondo, a más del consabido gorro colorado, una ancha faja de donde pendía una bolsa capaz de contener una arroba de azúcar, y en la que tenía yo siempre uno o dos manojos de tabaco tarijeño. Por las tardes ascendía de la mina del *Desempeño* don Manuel Carril, juntos pasábamos al *Manto de los Cobos*, en cuya cocina reunidos, discutíamos política media docena de mayordomos, patrones o peones argentinos, añadiéndose a este parlero y ahumado congreso, un joven parisiense, a quien dábamos lecciones de un castellano tan castizo que, una vez que encontró señoras, dejó lastimados sus oídos, y a nosotros, que éramos sus

maestros, confundidos de los progresos que en tan corto tiempo había hecho el alumno, no sin reconvenirlo después y explicarle todas las frases, palabras e interjecciones castellanas que no tenían fácil curso en otra sociedad que aquélla de la cocina del *Manto de los Cobos* de que él formaba parte.

Era juez de minas en 1835 el mayor Mardones que había militado en la República Argentina en los tiempos de la guerra de la independencia; su señora tenía tratos, costumbres, aseo, y algunos muebles que nos reconciliaban con la vida civilizada, y solíamos por la noche bajar a su habitación, en la Placilla, y pasar allí agradablemente el rato. Una noche encontramos hospedado a un señor Codecido, pulcro y sibarita ciudadano que se quejaba de las incomodidades y privaciones de la jornada. Saludáronlo todos con atención, toquéme yo el gorro con encogimiento, y fuí a colocarme en un rincón, por sustraerme a las miradas en aquel traje que me era habitual, dejándole ver, sin embargo, al pasar mi tirador alechugado, que es la pieza principal del equipo. Codecido no se fijó en mí, como era natural con un minero a quien sus patrones consentían que los acompañase, y a haber yo estado más a mano, me habría suplicado que le trajese fuego, u otra cosa necesaria. La conversación rodó sobre varios puntos, discreparon en una cosa de hecho que se refería a historia moderna europea, y a nombres geográficos, e instintivamente Carril, Chenaut y los demás se volvieron hacia mí para saber lo que había de verdad. Provocado así a tomar parte en la conversación de los caballeros, dije lo que había en el caso, pero en términos tan dogmáticos, con tan minuciosos detalles, que Codecido abría a cada frase un palmo de boca, viendo salir las páginas de un libro de los labios del que

había tomado por apiri. Explicáronle la causa del error en medio de la risa general, y yo quedé desde entonces en sus buenas gracias.

Divertía a los mineros en *Punta Brava* con dibujos de animales y pájaros; daba lecciones de francés a unos jóvenes, y encontré allí un mayordomo con tan extraordinaria facultad de retener lo que leía, que recitaba libros enteros sin olvidar una coma. Este tenía los ojos prominentes, como lo requiere Gall. Pertenece a mis estudios de Chañarcillo la edición de un libro sobre *emigración*, desde San Juan y Mendoza a las orillas del *Colorado* hacia el Sur, que a falta de prensa recité una vez a Miguel Carril, teniéndolo durante dos horas de tal manera embobado con mi cuento, que cuando me paraba a cobrar aliento, me decía: continúe, continúe; y al fin exclamó entusiasmado: yo pongo hasta la camisa para llevar a cabo el proyecto; pues yo sólo pedía ochenta mil pesos para que un millar de muchachos de buena voluntad nos fuésemos al Sur, y fundásemos una colonia en un río navegable, y nos enriqueciésemos. Recuerdo esto, porque me complace mostrar cuán antigua es la manía de mi espíritu por continuar la obra de la ocupación de la tierra, que paralizó la guerra de la independencia, y despueblan hoy la ignorancia e incapacidad de aquellos gobiernos.

En 1837 aprendí el italiano en San Juan, por acompañar al joven Rawson, cuyos talentos empezaban desde entonces a manifestarse. Ultimamente en 1842, redactando el *Mercurio*, me familiaricé con el portugués, que no requiere aprenderse. En París, me encerré quince días con una gramática y un diccionario, y traduje seis páginas de alemán, a satisfacción de un inteligente a quien dí lección, dejándome desmontado aquel supremo esfuerzo, no obstante

que creía haber cogido ya la estructura del rebelde idioma.

He enseñado a muchos el francés, por el deseo de propagar la buena lectura, y a varios de mis amigos, sin darles lecciones, para echarlos en el camino que yo había seguido, les decía primero: usted no se ha de contraer a estudiar, ya lo estoy viendo; y cuando los veía picados de amor propio, les daba algunas lecciones sobre la manera de estudiar por sí solos. Bustos, el de la Escuela Normal, y P... (1), mi tierno amigo, me avisaron un mes o dos después, que ya sabían francés, y en efecto lo habían estudiado.

¿Cómo se forman las ideas? Yo creo que en el espíritu de los que estudian sucede como en las inundaciones de los ríos, que las aguas al pasar depositan poco a poco las partículas sólidas que traen en disolución, y fertilizan el terreno. En 1833 yo pude comprobar en Valparaíso que tenía leídas todas las obras que no eran profesionales, de las que componían un catálogo de libros publicado por el *Mercurio*. Estas lecturas, enriquecidas por la adquisición de los idiomas, habían expuesto ante mis miradas el gran debate de las ideas filosóficas, políticas, morales y religiosas, y abierto los poros de mi inteligencia para embeberse en ellas. En 1838 fué a San Juan mi malogrado amigo Manuel Quiroga Rosas, con su espíritu mal preparado aún, lleno de fe y de entusiasmo en las nuevas ideas que agitaban el mundo literario en Francia, y poseedor de una escogida biblioteca de autores modernos. Villemain y Schlegen, en literatura; Jouffroi, Lerminnier, Guizot, Cousin, en filosofía e historia; Tocqueville, Pedro Leroux, en democracia; la *Revista*

---

(1) Don Miguel Piñero, redactor del "Mercurio".—El editor.

Enciclopédica, como síntesis de todas las doctrinas, Carlos Didier y otros cien nombres hasta entonces ignorados para mí, alimentaron por largo tiempo mi sed de conocimientos. Durante dos años consecutivos prestaron estos libros materia de apasionada discusión por las noches en una tertulia, en la que los doctores Cortínez, Aberastain, Quiroga Rosas, Rodríguez y yo, discutíamos las nuevas doctrinas, las resistíamos, las atacábamos, concluyendo al fin por quedar más o menos conquistados por ellas. Hice entonces, y con buenos maestros a fe, mis dos años de filosofía e historia, y concluído aquel curso, empecé a sentir que mi pensamiento propio, espejo reflector hasta entonces de las ideas ajenas, empezaba a moverse y a querer marchar. Todas mis ideas se fijaron claras y distintamente, disipándose las sombras y vacilaciones frecuentes en la juventud que comienza, llenos ya los vacíos que las lecturas desordenadas de veinte años habían podido dejar, buscando la aplicación de aquellos resultados adquiridos a la vida actual, traduciendo el espíritu europeo al espíritu americano, con los cambios que el diverso teatro requería.

En todos estos esfuerzos estuvo siempre en actividad el órgano de instrucción y de información que tengo más expédito, que es el oído. Educado por medio de la palabra por el presbítero Oro, por el cura Albarracín; buscando siempre la sociedad de los hombres instruídos, entonces y después, mis amigos Aberastain, Piñero, López, Alberdi, Gutiérrez, Oro, Tejedor, Fragueiro, Montt y tantos otros, han contribuído sin saberlo, a desenvolver mi espíritu, transmitiéndome sus ideas, o dando asidero a las mías para un desenvolvimiento que viene de suyo a completarlas. Así preparado, presentéme en Chile en 1841, maduro, puedo decir, por los años; el estudio

y la reflexión, y los escritos que la prensa ponía a mi vista me hicieron creer desde luego que los hombres que habían recibido una educación ordenada, no habían atesorado mayor número de conocimientos, ni masticádolos más despacio. No al principio de mi carrera de escritor, sino más tarde, levantóse en Santiago un sentimiento de desdén por mi inferioridad, de que hasta los muchachos de los colegios participaron. Yo preguntaría hoy, si fuera necesario, a todos esos jóvenes del *Seminario* si habían hecho realmente estudios más serios que yo. ¿También a mí querían embaucarme con sus seis años de Instituto Nacional? ¡Pues qué! ¿no sé yo, hoy examinador universitario, lo que en los colegios se enseña?

LA VIDA PUBLICA

A los diez y seis años de mi vida entré a la cárcel, y salí de ella con opiniones políticas, lo contrario de Silvio Pellico, a quien las prisiones enseñaron la moral de la resignación y del anonadamiento. Desde que cayó en mis manos por la primera vez el libro de *Las Prisiones*, inspiróme horror la doctrina del abatimiento moral que el preso salió a predicar por el mundo, y que hallaron tan aceptable los reyes que se sentían amenazados por la energía de los pueblos. ¡Ya anduviera adelantada la especie humana, si el hombre necesitase para comprender bien los intereses de la patria, tener ejercicios espirituales por ocho años en los calabozos de Spielberg, la Bastilla y los Santos Lugares! ¡Ay del mundo si el czar de Rusia, el emperador de Austria o Rosas, pudiesen enseñar moral a los hombres! El libro de Silvio Pellico es la muerte del alma, la moral de los calabozos, el veneno lento de la degradación del espíritu. Su libro y él han pasado por fortuna, y el mundo seguido adelante, en despecho de los estropeados, paralíticos y valetudinarios que las luchas políticas han dejado. Era yo tendero de profesión en 1827, y no sé si Cicerón, Franklin o Temístocles, según el libro que leía en el momento de la catástrofe, cuando me intimaron por la tercera vez cerrar mi

tienda e ir a montar guardia en el carácter de alférez de milicias, a cuyo rango había sido elevado no hacía mucho tiempo. Contrariábame aquella guardia, y al dar parte al gobierno de haberme recibido del principal sin novedad, añadí un reclamo en el que me quejaba de aquel servicio, diciendo: «con que se nos *oprime* sin necesidad.» Fuí relevado de la guardia y llamado a la presencia del coronel del ejército de Chile, don Manuel Quiroga, gobernador de San Juan, que a la sazón tomaba el solcito, sentado en el patio de la casa de gobierno. Esta circunstancia y mi extremada juventud autorizaban naturalmente el que, al hablarme, conservase el gobernador su asiento y su sombrero. Pero era la primera vez que yo iba a presentarme ante una autoridad, joven, ignorante de la vida, y altivo por educación, y acaso por mi contacto diario con César, Cicerón y mis personajes favoritos; y como no respondiese el gobernador a mi respetuoso saludo, antes de contestar yo a su pregunta ¿es ésta, señor, su firma? levanté precipitadamente mi sombrero, calémelo con intención, y contesté resueltamente: sí, señor. La escena muda que pasó en seguida habría dejado perplejo al espectador, dudando quién era el jefe o el subalterno, quién a quién desafiaba con sus miradas, los ojos clavados el uno en el otro, el gobernador empeñado en hacérmelos bajar a mí por los rayos de cólera que partían de los suyos, yo con los míos fijos, sin pestañear, para hacerle comprender que su rabia venía a estrellarse contra una alma parapetada contra toda intimidación. Lo vencí, y enajenado de cólera, llamó un edecán y me envió a la cárcel. Volaron algunos a verme, entre ellos Laspiur, hoy ministro, y que me tenía cariño, quien me aconsejó hacer lo que él ha hecho siempre, cejar ante las dificultades.

Mi padre vino en seguida, y contándole la historia, me dijo: «ha hecho usted una tontera; pero ya »está hecha; ahora sufra las consecuencias, sin de»bilidad.» Siguióseme causa, preguntóseme si había oído quejarse del gobierno, respondí que sí, a muchos. Preguntado quiénes son, respondí que los que han hablado en mi presencia no me han autorizado para comunicar a la autoridad sus dichos. Insisten, me obstino; me amenazan, sácoles la lengua; y la causa fué abandonada, yo puesto en libertad, e iniciado por la autoridad misma en que había partidos en la ciudad, cuestiones que dividían la República, y que no era en Roma ni en Grecia donde había de buscar yo la libertad y la patria, sino allí, en San Juan, en el grande horizonte que abrían los acontecimientos que se estaban preparando en los últimos días de la presidencia de Rivadavia. Hasta la casualidad me empujaba a las luchas de los partidos que aún no conocía. En una fiesta del Pueblo-Viejo, disparé un cohete a las patas de un grupo de caballos, y salió de entre los jinetes a maltratarme mi coronel Quiroga, ex gobernador entonces, atribuyendo a ultraje intencional lo que no era más que atolondramiento. Hubimos de trabarnos de palabras y estrechamos, él a caballo y yo a pie. Hacíanle a él voluminosa cauda cincuenta jinetes, y yo, que tenía en él y en su ágil caballo fijos los ojos para evitar un atropellón, empecé a sentir un objeto que me tocaba por detrás de una manera apremiosa e indicativa. Estiro una mano a reconocerlo, y toco... el cañón de una pistola que me abandonaban. Yo también era en aquel instante la cabeza de una falange que se había apiñado en mi defensa. El partido federal, encabezado por Quiroga Carril, estaba a punto de irse a las manos con el partido unitario, a quien yo servía sin saberlo,

en aquel momento, de punta. El ex gobernador se retiró confundido por la rechifla, y acaso asombrado de tener segunda vez que estrellarse en presencia de un niño, que ni lo provocaba con arrogancia, ni cedía con timidez, una vez metido en el mal paso. Al día siguiente era yo unitario. Algunos meses más tarde conocía la cuestión de los partidos en su esencia, en sus personas y en sus miras, porque desde aquel momento me aboqué el proceso voluminoso de las opiniones adversas.

Cuando la guerra estalló, entregué a mi tía doña Angela la tienda que tenía a mi cargo, alistéme en las tropas que se habían sublevado contra Facundo Quiroga en las Quijadas, hice la campaña de Jachal, halléme en el encuentro de Tafín, salvé de caer prisionero con las carretas y caballadas que había tomado yo el primero en el Pocito bajo las órdenes de don Javier Angulo; escapéme con mi padre a Mendoza, donde se habían sublevado contra los Aldaos las tropas mismas que nos habían vencido en San Juan, y a poco, fuí nombrado con don J. M. Echegaray Albarracín, ayudante del general Alvarado, quien hizo donación de mi persona al general Moyano que me cobró afición, y me regaló un día, en premio de una buena travesura, el caballo bayo overo en que fué vencido don José Miguel Carrera. Después he sido ayudante de línea incorporado al 2.º de coraceros del general Paz; instructor aprobado de reclutas, de lo que puede dar testimonio el coronel Chenaut, bajo cuyas órdenes serví quince días; más tarde declarado segundo director de academia militar, por mi conocimiento profundo de las maniobras y táctica de caballería, lo que se explica fácilmente por mi hábito de estudiar. Pero la guerra con todas las ilusiones que engendra, y el humo de la gloria que ya embriaga

a un capitán de compañía, no me han dejado impresiones más dulces, recuerdos más imperecederos, que aquella campaña de Mendoza, que concluyó en la tragedia horrible del Pilar. Fué para mí aquella época, la poesía, la idealización, la realización de mis lecturas. Joven de diez y ocho años, imberbe, desconocido de todos, yo he vivido en el éxtasis permanente del entusiasmo, y no obstante que nada hice de provecho, porque mi comisión era la de simple ayudante, sin soldados a su mando, era o hubiera sido un héroe, pronto siempre a sacrificarme, a morir donde hubiese sido útil, para obtener el más mínimo resultado. Era el primero en las guerrillas, y a media noche el tiroteo lejano me hacía despertar, escabullirme, y lanzarme por calles desconocidas, guiándome por los fogonazos hasta el teatro de la escaramuza, para gritar, para meter bulla y azuzar el tiroteo. Ultimamente me había proporcionado un rifle con que hacía, donde había guerrillas, un fuego endemoniado, hasta que me lo quitó el general Moyano, como se les quita a los niños el trompo, a fin de que hagan lo que se les manda y de cuyo cumplimiento los distrae el embeleco. Mi padre, que me seguía como el ángel tutelar, se me aparecía en estos momentos de embriaguez, a sacarme de atolladeros que sin su previsión habrían podido serme fatales. De día en día iba haciéndome de mayor número de amigos en la división, y en la mañana del 29 de septiembre, día de la derrota nuestra, después de haber por mi vigilancia y previsión salvado el campo de un ataque, por un lienzo de muralla que habían echado abajo en la noche, un joven Gutiérrez me prestó su partida de 20 hombres para ir a escaramucear con el enemigo por otro lado. Era yo esta vez dueño de una fuerza imponente, y la calle, de

paredes largas como una flauta, ahorraba al general la necesidad de trazarse un plan estratégico muy complicado. Avanzar para adelante, y huir para atrás, he aquí las dos operaciones jefes, *pivotales* de la jornada. Los soldados de ambos bandos, milicianos por lo general, lo que menos deseaban era irse a las manos, y ésta era la curiosidad que yo tenía y que me proponía satisfacer. Ordeno un tiroteo que sirva de introducción al capítulo; avánzome en seguida a provocar de palabras, diciéndole montonero, avestruz y otras lindezas al oficial adverso, quien sin avanzarse mucho, me hace fusilar con tres o cuatro de los suyos, que se estaban un minuto apuntándome los tiros. Me ingenio del modo más decente que puedo para no seguir sirviendo de blanco después de haberme aguantado quince tiros a veinticinco pasos. Mando cargar, nos entreveramos un segundo, y los míos y los ajenos retroceden a un tiempo, cada partida por su lado, dejando en el fugaz campo de batalla al pobre general mohino de que no siguiera un rato más la broma. Reúnome a los míos, y siento en todas las evoluciones del caballo que me acompaña un soldado. Extrañan su fisonomía los otros, reconócenlo enemigo que se ha quedado entre los nuestros, siendo el poncho el uniforme de todos; lo atacan, lo defiendo; insisten en matarlo, se dispara; salgo a su alcance, y al reunirse a los suyos, logro metérmele de por medio, y al sesgar el caballo, acomodarle un chirlo en buena parte, echarlo dentro de la acequia que corría al costado de la calle, y dejar a disposición de los nuestros el caballo ensillado, mientras yo hacía frente a los que venían en su socorro. He aquí la hazaña más *contabile* que he hecho en mis correrías militares. Después

era yo hombre hecho, capitán de línea, y por necesidad circunspecto.

Asistía con frecuencia a los debates que tenía el general Alvarado con el pobre Moyano. Alvarado no tenía nunca razón, pero tenía el prestigio de la guerra de la independencia y oponía a todo la fuerza de inercia, que es el poder más temible. Moyano fué fusilado, y Alvarado se retiró tranquilo a San Juan, después de vencido. Más tarde mandaba decir al señor Sarmiento, escritor en Chile, que en la *Vida de Aldao* hacía alusión a su conducta de entonces, que ya él se había vindicado de esos cargos. Mucha sorpresa causó a Frías mi respuesta: «dígale al general que un ayudantito que dió él »a Moyano, y reprendió una vez por el ahinco »con que oía las conversaciones entre los jefes, es »el señor Sarmiento a quien se dirige ahora.» ¡Oh! diez veces han perdido la República hombres honrados, pero fríos, incapaces de comprender lo que tenían entre manos. Tomóme afición don José María Salinas, ex secretario de Bolívar, patriota entusiasta, adornado de dotes eminentes y que fué degollado por Aldao, mandado mutilar, desfigurado con una barbaridad hasta entonces sin ejemplo. Ultimamente en los días que precedieron a la derrota del Pilar, por la amistad del doctor Salinas y las simpatías de los Villanuevas y de Zuloaga, que había tomado el mando de la división, fuí admitido a los consejos de guerra de los jefes, no obstante mi poca edad, contando con mi discreción; debo creer que, suponiéndome rectitud de juicio, pues que de mi resolución no había que dudar.

Terminaron este episodio incidentes que son necesarios al objeto de esta narración. Saben todos el origen de la vergonzosa catástrofe del Pilar. El fraile Aldao, borracho, nos disparó seis culebrinas

al grupo que formábamos sesenta oficiales en torno de Francisco Aldao, su hermano, que había entrado en nuestro campo, después de concluído un tratado entre los dos partidos beligerantes. El desorden de nuestras tropas, dispersas merced a la paz firmada, se convirtió en derrota en el momento, en despecho de esfuerzos inútiles para restablecer las posiciones. Jamás la naturaleza humana se me había presentado más indigna, y sólo Rosas ha excedido en cinismo a los miserables que le preparaban así el camino. Yo estaba aturdido, ciego de despecho; mi padre vino a sacarme del campo y tuve la crueldad de forzarlo a fugar solo. Laprida, el ilustre Laprida, el presidente del congreso de Tucumán, vino en seguida y me amonestó, me encareció en los términos más amistosos el peligro que acrecentaba por segundos. ¡Infeliz! fuí yo el último, de los que sabían estimar y respetar su mérito, que oyó aquella voz próxima a enmudecer para siempre. Si yo lo hubiera seguido, no pudiera deplorar ahora la pérdida del hombre que más honró a San Juan, su patria, y ante quien se inclinaban los personajes más eminentes de la República, como ante uno de los padres de la patria, como ante la personificación de aquel congreso de Tucumán que declaró la independencia de las Provincias Unidas. A poco andar lo asesinaron, sanjuaninos, se dice, y largos años se ignoró el fin trágico que le alcanzó aquella tarde. Yo salí del campo del Pilar después de haber visto morir a mi lado al ayudante Estrella, y haber ultimado uno de los nuestros a un soldado enemigo que me cerraba el paso, mientras bregábamos con la lanza y el sable con que yo había logrado herirle. Salí por entre los enemigos, por una serie de peripecias y de escenas singulares, entrando en espacios de calle en

que nosotros éramos los vencedores, para pasar a otro en que íbamos prisioneros. Más allá los hermanos Rosas, de partidos contrarios, se disputaban un caballo; más adelante juntéme con Joaquín Villanueva, que fué luego lanceado, reuniéndome con José María su hermano, que fué degollado tres días después; y todos estos cambios de situación se hacían al andar del caballo, porque el vértigo de vencedores y vencidos que ocupábamos en grupo media legua en una calle, apartaba la idea de salvarse por la fuga. Pocos sabían lo que pasaba realmente atrás, y de esos pocos era uno yo. Cuando la hora de la reflexión, de la zozobra y el miedo vino para mí, fué cuando habiendo salido de aquel laberinto de muertes, por un camino que entre ellos me trazó mi buena estrella, vine a caer en manos de las partidas que se dirigían a la ciudad a saquear, y una de ellas, después de haberme desarmado y desnudado, me entregó al comandante don José Santos Ramírez, en cuyo honor debo decir. que venía cargado de noble botín hecho en el campo de batalla: heridos y prisioneros que traía a salvar de la carnicería bajo el techo doméstico. El comandante Ramírez me salvó entonces, y cuatro días después, cuando llegó de San Juan orden de fusilar a los jóvenes sanjuaninos que habían sido tomados prisioneros, entre los cuales cayeron Echegaray, Albarracín, Carril, Moreno y otros, la mayor parte pertenecientes a las primeras familias, que por convicciones habían momentáneamente tomado las armas, don José Santos Ramírez contestó a los que me reclamaban para matarme: «ese joven es »el huésped de mi hogar, y sólo pasando sobre mi »cadáver llegarán hasta él.» Entregóme a poco a Villafañe para que uno de mis tíos me restituyese al seno de mi familia. De mi padre, salvado al

principio de la derrota, hay un hecho digno de recuerdo. La ignorancia de mi paradero, llevábalo inconsolable, fuera de sí, y como avergonzado de haber salvado su existencia. Parábase a cada momento a esperar los últimos grupos de fugitivos para ver si su hijo venía entre ellos, hasta ser el último de los que precedían a las partidas enemigas. Llegado a lugar de salvamento, no quiso seguir hacia Córdoba a los prófugos, y permaneció días enteros rondando en torno de las avanzadas enemigas, hasta que cayó en su poder, como aquellas tigres a quienes han robado sus cachorros, y vienen llevadas del instinto maternal a entregarse a los cazadores implacables. Trajéronlo a San Juan, pusiéronlo en capilla, y escapó de ser fusilado mediante una contribución de dos mil pesos.

Paso en blanco el riesgo de que salvé de ser asesinado en el cuartel en la revolución de Panta, Leal y los Herreras, todos bandidos de profesión, y fusilados después por Benavides; y el peligro mayor aún que corrí al día siguiente de manchar mis manos con la sangre de algunos de entre los miserables sublevados, peligro de que me libraron circunstancias independientes de mi voluntad. Paso asimismo en blanco otras peripecias, ascensos militares y campañas estériles, hasta el triunfo de Quiroga en Chacón, que nos forzó en 1831 a emigrar a Chile, y a mí a pasar de huésped de un pariente en Putaendo, a maestro de escuela en Los Andes, de allí a bodegonero en Pocuro con un pequeño capitalito que me había enviado mi familia; dependiente de comercio en Valparaíso, mayordomo de minas en Copiapó, tahur por ocho días en el Huasco, hasta que en 1836, regresé a mi provincia, enfermo de un ataque cerebral, destituído de recursos y apenas conocido de algunos, pues

con los desastres políticos, la primera clase de la sociedad había emigrado, y hasta hoy no ha vuelto. Una complicada operación de aritmética que necesitaba el gobierno, púsome a poco en evidencia, y pasando los días, y comiéndome privaciones, llegué por la amistad de mis parientes a colocarme entre los jóvenes que descollaban en San Juan, siendo más tarde el compañero inseparable de mis antiguos condiscípulos de escuela, los doctores Quiroga, Rosas, Cortínez, Aberastain, hombres de valor, de talento y de luces, dignos de figurar en todas partes de América. De aquella asociación salieron ideas utilísimas para San Juan, un colegio de señoras, otro de hombres que hicieron fracasar, una sociedad dramática y mil otros entretenimientos públicos tendientes a mejorar las costumbres y pulirlas, y como capitel de todos estos trabajos preparatorios, un periódico, el *Zonda,* que fustigaba las costumbres de aldea, promovía el espíritu de mejora, y hubiera producido bienes incalculables, si el gobernador, a quien el *Zonda* no atacaba, no hubiese tenido horror a la luz que se estaba haciendo. Y de aquí vino mi segunda prisión, por haberme negado a pagar veintiséis pesos, que en violación de las leyes y decretos vigentes, se proponía robarme el gobierno. Débenme don Nazario Benavides y don Timoteo Maradona, de *mancomún et in sólidum,* veintiséis pesos todos los días que amanece; y me los pagarán ¡vive Dios! uno u otro, ahora o más tarde, el segundo más bien que el primero, porque un ministro está ahí para prestar su consejo al gobernador, poco conocedor de las leyes de su país, demasiado voluntarioso para detenerse ante esas frágiles barreras opuestas al capricho, pero que se hacen insuperables por el respeto que entre los hombres cultos merecen los derechos ajenos.

La ley de imprenta de la provincia, siendo la única imprenta que hay de propiedad pública, provee los medios de pagar las publicaciones, dejando a beneficio de la imprenta la venta de periódicos, para facilitar de este modo su publicación. El gobernador de San Juan, queriendo librar a la provincia de los graves males que podría acarrearle la publicación de un periódico redactado por cuatro hombres de letras muy competentes, esto es, para no tener quien examinase sus actos ni ilustrase la opinión pública, mandóme decir que valía doce pesos el pliego de papel impreso, desde el número 6.º del *Zonda* adelante. Ordené al impresor que tirase el tal número, y el *Zonda* murió así sofocado. Un día recibo orden de comparecer ante el gobierno.—¿Ha satisfecho usted el valor del último número del *Zonda*?—¿Satisfacer? ¿a quién?—A la imprenta.—¿Por qué?—Porque así está mandado.—¿Mandado, por quién?—A usted se le ha comunicado la orden.—¿A mí? No es cierto.—Que se haga venir al impresor Galaburri. (Entra Galaburri).—¿No ha comunicado al señor, la orden de pagar doce pesos por pliego de impresión del número 6 del *Zonda*? —Sí, señor.—¿Cómo dice usted, señor Sarmiento, que no?—Repito que no se me ha comunicado esta orden.—Sí, señor, se la he comunicado!—Repito que no he recibido orden ninguna; Galaburri me ha dado un mensaje de don Nazario Benavides; Galaburri es lo mismo en este caso que la cocinera de Su Excelencia, a quien no querrá permitirse hacerla intermediaria entre el gobierno y los ciudadanos. Sobre asuntos de imprenta y de cosas públicas, el gobierno se entiende por decretos, y mientras las leyes existentes no estén abolidas por otra ley que las modifique, no tengo nada que ver

con los chismes que Galaburri me traiga de lo que dice el gobernador o el ministro.

El Ministro.—¿Dónde están esas leyes que usted invoca?

—Vergüenza es que un ministro me pregunte eso; él que está encargado de hacerlas cumplir, vaya, registre el archivo.

El Gobernador.—Usted pagará lo que se ha mandado.

—Su Excelencia me permitirá asegurarle que no.

El Gobernador.—Señor edecán Coquino, a las cuatro de la tarde, ocurrirá usted a casa del señor a recoger la suma que adeuda.

—A las cuatro de la tarde, recibirá Su Excelencia la misma respuesta. No es la pequeña suma de dinero lo que resisto, sino la manera de cobrarla y la legalidad del cobro. Defiendo un principio, no me someto a la arbitrariedad del gobierno que no tiene facultades extraordinarias.

A las cuatro de la tarde se presenta el edecán, y con mi negativa, me intima la orden de acompañarle a la prisión. Estando en el calabozo, me dice: Tengo orden de intimarle que, si no paga a la oración, se prepare para salir desterrado a donde el gobierno lo mande.—Bien.—Pero, ¿qué respondo al gobierno?—Nada.—Pero, señor, se pierde usted.—Le agradezco su interés.—Pero, ¿qué le digo?—¿Qué le ha de decir usted? que me ha comunicado la orden.

El oficial salió triste y desconsolado; Benavides y Maradona pasaron luego a caballo, preocupados también ellos del rumbo que tomaría el asunto. Llegaron a poco mis amigos Rodríguez, Quiroga, Cortínez y Aberastain; tuvimos consejo, y la mayoría decidió que transigiese, en atención a que era preciso salvar el colegio de que era director, siendo

el íntegro, el animoso Aberastain, el único que me apoyaba en mi propósito de hacer frente hasta el último a aquella arbitrariedad. Vino el edecán, y recibió un libramiento contra un comerciante, con el cual y su firma al pie me procuré un documento por donde cobrar a su debido tiempo, en vista de las leyes y decretos violados en mi daño, la suma expoliada, con daños y perjuicios. ¡Don Timoteo Maradona hoy presbítero! Usted que se confesaba cada ocho días, y que hoy perdona a los otros sus pecados, interrogue su conciencia, y si no le dice que ha robado, arrancado por la violencia veintiséis pesos, que debe usted a todas horas, si no pesan éstos sobre su conciencia, le diré yo que usted, señor presbítero, es un corrompido malvado.

Mi situación a fines de 1839 se hacía en San Juan cada vez más espinosa, a medida que el horizonte político se cargaba de nubes amenazadoras. Sin plan ninguno, sin influencia, rechazando la idea de conspirar en cafés y tertulias, como en la presencia de Benavides, decía mi parecer con toda la lisura que me es propia, y los recelos del gobierno me rodeaban en todas partes, como una nube de moscas, zumbando a mis oídos.

Un incidente vino a complicar la situación. El fraile Aldao fué derrotado y se anunció su llegada instantánea a San Juan. Los pocos hombres que hacían sombra al gobierno, temieron por su vida. El doctor Aberastain era el único que no se quería fugar. Yo lo decidí, se lo pedí y se resignó. Yo solo entre todos conocía a Aldao de cerca. Yo solo había sido espectador en Mendoza de las atrocidades de que habían sido víctimas doscientos infelices, veinte de entre ellos mis amigos, mis compañeros. Cuando se me habló de prepararme para

la intentada fuga, yo dí las razones de conveniencia y de deber que me imponían la obligación de permanecer en San Juan, y tuvieron que asentir a ellas.

Aldao no vino, pero sobre mí se reconcentraban los temores del gobierno, y la rabia de los hombres nuevos, desconocidos, en cuyas manos había puesto las armas. Aberastain defendía a una pobre mujer, a quien un propietario había asesinado el hijo ebrio, en una tentativa de robarle una oveja. El juez de alzada decía a la madre. «Vaya usted, mujer, al ladrón se le mata, y se le arroja de una pata a la calle.» Y con esta formidable sentencia, se le negaba audiencia, y hacía un año que estaba dando pasos porque se levantara información sumaria del caso. Como Aberastain faltase, el juez puso un proveído ordenando a la mujer que, si dentro de cuatro días no presentaba acusación en forma, se *sobreseería* en la causa. Al segundo día, la mujer desvalida presentó la pieza requerida, estableciendo el delito por un lado, y por otro recapitulando todas las iniquidades del juez, comprobadas por la causa misma. El juez principió a mirar con ojo serio el asunto, y fué a verme a casa para probarme que la Carta de Mayo, es decir, la Constitución política, autorizaba a matar al que penetrase en la casa de un particular.

Los escritos arreciaban, la evidencia del crimen del propietario se hacía más palpable, y a faltar al juez el apoyo del poder, lo que no era imposible en aquellos momentos, el tal podría ser declarado cómplice. Entonces un personaje federal y mi amigo me escribió diciéndome que yo defendía el crimen contra la propiedad, y que él era desde entonces el defensor del homicida. Contestéle que le sentaba bien a él, que era rico, defender la propiedad, que yo defendía el derecho a conservar la vida que

teníamos los pobres, que por tanto cada uno estaba en su terreno, dependiendo del éxito de la causa y de la importancia de las pruebas el saber si había un ladrón o un asesino en ella. Un tercer escrito de la mujer puso en campaña al juez para obrar una transacción entre partes, a condición que ese escrito no se incorporase en la causa. El juez se veía convicto, confeso de complicidad, y sentenciado. La mujer era menesterosa, su hijo muerto no podía volver a la vida, hicieron lucir ante sus ojos un poco de oro, y convino en la transacción. De ese oro tomé quince pesos para mí, por mis tres escritos que hubieran podido costarme la cabeza, y cincuenta que mandé al destierro al doctor Aberastain, que había defendido a la pobre un año, y que le supieron a talega de pesos, tan bien venidos le fueron.

Por entonces hice un esfuerzo supremo. Vi a Maradona, ex ministro, a los representantes de la Sala, a cuanto hombre podía influir en el ánimo de Benavides, para que lo contuviesen, si era posible, en la pendiente en que ya lo veía lanzado, el despotismo, el caudillaje, el trastorno de todos los fundamentos en que reposan las sociedades. Llamóme el naciente tiranuelo a su casa.—Sé que usted conspira, don Domingo.—Es falso, señor, no conspiro.—Usted anda moviendo a los representantes.—¡Ah! ¡Eso es otra cosa! Su Excelencia ve que no hay conspiración; uso de mi derecho de dirigirme a los magistrados, a los representantes del pueblo para estorbar las calamidades que Su Excelencia prepara al país. Su Excelencia está solo, aislado, obstinado en ir a su propósito, y me intereso en que los que pueden, los que deben, lo contengan en tiempo.—Don Domingo, usted me forzará a tomar medidas.—¡Y qué importa!—¡Seve-

ras!—¿Y qué importa?—¿Usted no comprende lo que quiero decirle?—Sí, comprendo, ¡fusilarme! ¿y qué importa? Benavides se quedó mirándome de hito en hito; y juro que no debió ver en mi semblante signo ninguno de fanfarronada; estaba yo poseído en aquel momento del espíritu de Dios; era el representante de los derechos de todos; próximos a ser pisoteados. Vi en el semblante de Benavides señales de aprecio, de compasión, de respeto, y quise corresponder a este movimiento de su alma.—Señor, le dije, no se manche. Cuando no pueda tolerarme más destiérreme a Chile; mientras tanto cuente Su Excelencia que he de trabajar por contenerlo, si puedo, en el extravío a donde se lo lleva la ambición, el desenfreno de las pasiones. —Y con esto me despedí.

Algunos días después, fuí llamado de nuevo a casa de gobierno.—He sabido que ha recibido usted papeles de Salta, y del campamento de Brizuela.—Sí, señor, y me preparaba a traérselos.—Sabía que le habían llegado esos papeles, pero ignoraba (añadió con sorna), que quisiese mostrármelos.—Es que no había puesto en limpio la representación de mi parte con que quería acompañárselos. Aquí tiene Su Excelencia lo uno y lo otro.—Estas proclamas son impresas aquí.—Se equivoca, señor, son impresas en Salta.—¡Hum! a mí no me engaña usted.—Yo no engaño jamás, señor. Repito que son impresas en Salta. La imprenta de San Juan no tiene esta letra versalita, este otro tipo, aquel...

Benavides insistía, hizo llamar a Galaburri, y se convenció de su error.—Déme usted el manuscrito ése.—Yo lo leeré, señor, está en borrador.—Léalo usted. (Yo guardaba silencio). Léalo, pues.—Haga Su Excelencia salir para afuera al señor jefe de

policía, a quien no es mi voluntad hacerle confidencias.

Y cuando hubo salido, echándome miradas que eran una amenaza de muerte, como si yo debiese pagar por su mala educación que lo hacía permanecer de tercero, yo leí mi *fáctum* con voz llena, sentida, apoyando en cada concepto que quería hacer resaltar, dando fuerza a aquellas ideas que me proponía hacer penetrar más adentro. Cuando concluí la lectura que me tenía exaltado, levanté los ojos, y leí en el semblante del caudillo... la indiferencia. Una sola idea no había prendido en su alma, ni la duda se había levantado. Su voluntad y su ambición eran una coraza que defendía su corazón y su espíritu.

Benavides es un hombre frío; a eso debe San Juan el haber sido menos ajado que los otros pueblos. Tiene un excelente corazón, es tolerante, la envidia hace poca mella en su espíritu, es paciente y tenaz. Después he reflexionado que el raciocinio es impotente en cierto estado de cultura de los espíritus; se embotan sus tiros, y se deslizan sobre aquellas superficies planas y endurecidas. Como la generalidad de los hombres de nuestros países, no tiene conciencia clara del derecho ni de la justicia. Le he oído decir candorosamente, que no estaría bien la provincia sino cuando no hubiese abogados, que su compañero Ibarra vivía tranquilo y gobernaba bien, porque él sólo en un dos por tres decidía las causas. Rosas tiene en Benavides su mejor apoyo; es la fuerza de inercia en ejercicio, llamando todo al quietismo, a la muerte, sin violencia, sin aparato. La provincia de San Juan, salvo La Rioja, San Luis y otras, es la que más hondamente ha caído; porque Benavides le ha impreso su materialismo, su inercia, su abandono de todo lo que cons-

tituye la vida pública, que es lo que el despotismo exige. Coman, duerman, callen, rían si pueden, y aguarden tranquilos, que en veinte años más... sus hijos andarán en cuatro pies.

Benavides tenía prisa de desembarazarse de toda traba; quería salir a campaña, ser general de ejército, y puso todos los medios que Rosas había ya puesto en juego para llegar a sus fines. Hízose conceder facultades extraordinarias, reclutó gente y puso a su cabeza hombres obscurísimos, sin que un solo federal de algún valer en la provincia, entrase a componer el personal del ejército. Mandábalo en jefe un Espinosa, tucumano que había sido teniente o capitán con Quiroga, joven valiente, borracho consuetudinario y sin roce alguno. Fué sacado de la cárcel uno de los Herreras; el último de tres bandidos chilenos del mismo nombre, condenados a muerte por asesinatos y salteos, ajusticiados dos ya, y este último más tarde por Benavides mismo, cuando recayó en su profesión de salteador. Llamóse al servicio al indio Saavedra, salteador y asesino, muerto después de una puñalada en una borrachera, y no ajusticiado como, por error, dije hablando al principio de su familia. Fué capitán un cómico limeño, Mayorga, que murió borracho a manos del general Acha. Llamó Benavides a su lado como edecán para repartir contribuciones a Juan Fernández, joven de buena familia, descendido voluntariamente a la chusma, con quien vivía encenagado en la borrachera y el juego; la criatura más despreciable y despreciada de todas las que había entonces en San Juan. Un italiano embustero, corrompido, zafio e ignorante, fué hecho mayor. Bajo las órdenes de estos jefes, la escoria de la sociedad, habían llamado al servicio muchos jóvenes obscuros, pero que tenían el noble deseo de surgir

y elevarse, todos sin educación, salidos muchos de las clases abyectas de la sociedad, y de entre las cuales se han formado después, aunque en tan mala escuela, buenos militares, y ciudadanos honrados. Los Estados Unidos son federales, y la igualdad de todos los hombres, es como debe ser, la base de las instituciones; pero la oficialidad del ejército se prepara en la academia militar de West Poin, célebre en el mundo hoy por la ciencia que profesan, por la distinción de los cadetes salidos de las familias más influyentes, hijos de los hombres más notables. Chile mismo no ha gozado de reposo y de prosperidad, sino el día en que ennobleció el ejército llamando a sus filas, por la educación, a los hijos de las familias más elevadas. Así han trastornado la sociedad en la República Argentina, elevando lo que está deprimido, humillando y apartando lo que es de suyo elevado; así triunfó la federación y así se sostiene, llena de miedo siempre, teniendo necesidad para vivir de humillar, de aterrar, de cometer nuevas violencias y nuevos crímenes. Benavides no tenía ministro entonces, todos los federales le huían el bulto y él solo con sus tropas llevaba adelante su insano designio. ¡Así toman el nombre de los pueblos para llamarse gobiernos, después que los han envilecido y ajado!

Ultimamente, una cuarta vez fuí llamado a casa de gobierno. Esta vez estaba yo prevenido, sabía que se preparaba un golpe de terror y que yo era la víctima designada. Era domingo, y me había despedido de casa de algunos entre chanzas y veras, y escrito afuera que mi existencia estaba en peligro. Fuí, no obstante, al llamado, haciéndome acompañar de un sirviente para que diese la noticia de mi prisión en caso de ocurrir. Vi de paso a uno de mis amigos, y resistí a sus ruegos,

a sus súplicas, de que desistiese de presentarme.—Lo van a prender, todo está dispuesto.—Deje usted, me ha hecho llamar Benavides por un edecán, y tendría vergüenza de no asistir al llamado.—Me prendieron, y a la oración, al presentarse la escolta que debía conducirme a la cárcel, el ruido de sables me hizo estremecer los nervios; zumbábanme los oídos, y tuve miedo, pavor. La muerte, que creí decretada en ese momento, se me presentó triste, sucia, indigna; y no tuve valor para recibirla en aquel carácter. Nada sucedió, sin embargo, y en mi calabozo me remacharon una barra de grillos. Pasaron los días, y como los ojos a la obscuridad, el espíritu se habituó a dominar las zozobras y el desencanto. Era una víctima pasiva, y si no es mi familia, nadie estaba cuidadoso de mi suerte. Mi causa era la mía no más. Sufría porque había sido indiscreto, porque había deseado atajar el mal sin poseer los medios de atajarlo; a los hechos materiales oponía protestas, abnegación aislada, y los hechos seguían su camino.

La noche del 17 de noviembre a las dos de la mañana, un grupo de a caballo gritó, parándose enfrente de la cárcel: *¡mueran los salvajes unitarios!* Tan sin antecedentes era esta aclamación, tan helado y acompasado salía aquel grito de las bocas de los que lo pronunciaron, que se conocía que era una cosa calculada, convenida, sin pasión. Comprendí que algo se urdía. A las cuatro repitieron la misma dosis, mientras yo velaba escribiendo una zoncera que me tenía entretenido. Al alba se introdujo en la prisión un andaluz que la echaba de borracho, y entre agudezas y bromas risibles para distraer a los centinelas, al pasar haciendo equis cerca de otro preso que me acompañaba, dejaba caer en frases entrecortadas: «¡Los van a

»asesinar!... ¡Las tropas vienen a la plaza!... El »comandante Espinosa los va a lancear... ¡¡¡Al se»ñor Sarmiento!!!... ¡¡¡salven si pueden...

Esta vez estaba yo montado a la altura de la situación; pedí a casa un niño, escribí al obispo que no se asustase, y que tratase con su presencia de salvarme... pero el pobre viejo hizo lo contrario, se asustó, y no pudo hacer que sus piernas lo sostuviesen. Las tropas llegaron y formaron en la plaza. El niño que estaba a la puerta del calabozo, a guisa de telégrafo, me comunicaba todos los movimientos. Algunos gritos se oyeron en la plaza, carreras de caballos; vi pasar la lanza de Espinosa que la pedía. ¡Hubo un momento de silencio! Y luego ochenta oficiales se agruparon bajo la prisión, gritando ¡abajo los presos! El oficial de guardia subió y me ordenó salir.—¿De orden de quién?—Del comandante Espinosa.—No obedezco. Entonces pasó al calabozo vecino, y extrajo a Oro, y lo exhibió; pero al verlo gritaron de abajo: ¡a ése no! ¡a Sarmiento!—Vaya, pues, me dije yo, no hay manera de excusarse aquí; porque ya le había a mi compañero jugado otra vez el chasco de hacerle poner los grillos más gordos, por una negativa imperiosa a recibirlos antes en mis delicadas piernas. Salí y me saludaron con un *hurra* de mueras y denuestos aquellos hombres que no me conocían, salvo dos que tenían razón de aborrecerme. ¡Abajo! ¡abajo! *¡Crucifige eum!* — No bajo! ustedes no tienen derecho de mandarme.—¡Oficial de guardia! ¡bájelo a sablazos!—Baje usted, me decía éste, con el sable enarbolado.—No bajo, tomándome yo de la baranda.—¡Baje usted! y descargaba sablazos de plano.—No bajo, respondía yo tranquilamente.—¡Déle usted de filo!... gritaba Espinosa, espumando de cólera. Si subo yo lo lanceo,

¡señor oficial de guardia!—Baje usted, señor, por Dios, me decía bajito el buen oficial, verdugo a su pesar y medio llorando, mientras me descargaba sablazos, voy a darle de filo *ya.*—Haga usted lo que guste, le decía yo quedo, no bajo. Algunos gritos de espanto de dos ventanas de la plaza, salidos de bocas que me eran conocidas, al ver subir y bajar aquel sable, me habían conturbado un poco. Pero quería morir como había vivido, como he jurado vivir, sin que mi voluntad consienta jamás en la violencia. Había además en aquella situación una pillería de mi parte, que debo confesar humildemente. Yo me había cerciorado de que Benavides no estaba en la plaza, y este dato me había servido para combinar rápidamente mi plan de defensa. La baranda de los altos del cabildo era realmente mi tabla de salvación. Las tropas han venido a la plaza, me decía yo, luego Benavides tiene parte en la broma; no está aquí para achacarla al *entusiasmo* federal, y decir como Rosas al asesinar a Maza, que era aquél un acto de «atroz licencia en un momento de inmensa, profunda irritación popular». Ahora la cárcel está en línea recta, a cuadra y media de casa de Benavides. El sonido corre a tantas leguas por minuto, y para llegar a 225 varas sólo se necesitaba un segundo. En vano el gobernador habría querido lavarse las manos de aquella tropelía anónima, que ahí estaba yo, en lugar alto y expectable, para enviar a su fuente y origen el delito. Los criados de la casa de Benavides, uno de sus escribientes, su edecán, corrieron al ver brillar el sable que revoloteaba sobre mi cabeza, gritando despavoridos uno en pos de otro, ¡señor! ¡señor! ¡están matando a don Domingo! ¡Tenía, pues, cogido en su propia red, a mi gaucho taimado! ¡O se confesaba cómplice, o man-

daba orden de dejarme en paz, y Benavides no tenía coraje entonces para cargar con aquella responsabilidad; mi sangre habría estado destilando sobre su corazón gota a gota toda su vida!

Cuando los furibundos de abajo se convencieron de que yo no quería morir en las patas de los caballos, gustándome más hacerlo en lugar decente y despejado, subieron diez o doce de ellos, y cogiéndome de los brazos, me descendieron abajo, en el momento que llegaban doce cazadores que Espinosa había pedido para despacharme. Pero Espinosa quería verme la cara y aterrarme. El cómico limeño, a quien yo silbaba en el teatro por ridículo, hecho capitán de la federación, me tenía apoyada la espada en el pecho, con los ojos fijos en Espinosa para empujarla; el comandante, en tanto, me blandía la lanza, y me picaba en el corazón gritando blasfemias. Yo tenía compuesto mi semblante, estereotipado en el aspecto que debía conservar mi cadáver. Espinosa picó más fuerte entonces, y mi semblante permaneció impasible, a juzgar por la rabia que le dió, pues, recogiendo su lanza, me mandó una horrible lanzada. La moharra tenía media vara de largo y un palmo de ancho, y yo conservé por muchos días el cardenal que me quedó en la muñeca de rebotarle la lanza lejos de mí. Entonces el bruto se preparaba para saciar su rabia burlada, y yo, inspirado por el sentimiento de la conservación y calculando que debía Benavides mandar a su edecán, levantando la mano extendida, le dije con imperio: ¡oiga usted, comandante! y como él prestase atención, yo dí vuelta, metíme debajo del corredor para rodear el grupo de los caballos, llegué al extremo, cayeron sobre mí, apartéme una nube de bayonetas del pecho con ambas manos, y llegó el edecán de gobierno que mandó suspender la farsa,

consintiendo solamente en que me afeitasen, cosa que habían hecho con otros. Si en el fondo no hubo permiso para más, Espinosa había perdido ya el dominio de sus pasiones de bandido, y yo habría tenido frescura suficiente para hacer caer la máscara con que Benavides quería ocultarse. Metiéronme a la cárcel baja, y entonces ocurrió una escena que dobló el terror de la población. Mi madre y dos de mis hermanas atropellaron las guardias y subieron a los altos; vióseles entrar y salir de los calabozos vacíos; descendieron como una visión y fueron a rematar a casa de Benavides, a pedirle el hijo, el hermano. ¡Oh! ¡también el despotismo tiene sus angustias! Lo que pasó en seguida sábenlo varios; y no fuí yo sin duda quien suplicó ni dió satisfacciones, holgándome todos los días de que en aquella prueba no se desmintiese la severidad de mis principios, ni flaquease mi espíritu.

Algo más hay sobre este suceso y quiero consignarlo aquí, para consuelo de los que desesperan de que los atentados cometidos impunemente hace diez años, reciban su condigno castigo en la tierra. Los ejecutores de aquella farsa sangrienta, *todos*, sin escapar uno, han muerto de muerte trágica. A Espinosa lo atravesó una bala en Angaco. En la obscuridad de la noche, viendo Acha un bulto en la calle, hizo disparar algunos tiros al retirarse de la chacarilla a la plaza, y cayó muerto del caballo el cómico aquel que esperaba la orden de atravesarme; el indio Saavedra que me había dado un puntazo, acabó su carrera asesinado. Y el gaucho Fernández, tullido, encenagado en la borrachera y en la crápula, si vive todavía, es para mostrar quién fué ayudante del gobernador en aquellos días de vértigo y de infamia. Como mi madre, yo creo en la Providencia, y Bárcena, Gaetán, Sa-

lomón y todos los mazorqueros, asesinados entre ellos mismos, ajusticiados por el que les puso el puñal en las manos, carcomidos por el remordimiento, la desesperación, el delirio y el oprobio, atormentados por la epilepsis o disueltos por la pulmonía, me hacen esperar todavía el fin que a todos aguarda. ¡Rosas está ya desahuciado! Su cuerpo es un cadáver tembloroso y desencajado. El veneno de su alma está royendo el vaso que la contiene, y vais a oirlo estallar luego, para que la podredumbre de su existencia deje lugar a la rehabilitación de la moral y de la justicia, a los sentimientos comprimidos por tantos años. ¡Ay, entonces de los que no hayan hecho penitencia de sus pasados delitos! El mayor castigo que puede dárseles es el de vivir, y yo he de *influir* para que a todos, sin excepción, se les castigue así.

Mi residencia de cuatro años en San Juan, y ésta es la única época de mi vida adulta que he residido en mi patria, fué un continuo y porfiado combate. También quería yo, como otros, elevarme, y la menor concesión de mi parte me habría abierto de par en par las puertas de la administración y del ejército de Benavides; él lo deseaba, y tenía al principio grande estimación por mí. Pero quería elevarme sin pecar contra la moral, y sin atentar contra la libertad y la civilización. Bailes públicos, sociedades, máscaras, teatros, me tuvieron siempre a la cabeza; a la ignorancia creciente y en boga, oponía colegios; al conato de gobernar sin trabas, respondía con un periódico; contra la prisa de suprimirlo ilegalmente, entregaba mi persona a las prisiones; contra las facultades extraordinarias, hacía valer de palabra y por escrito el derecho de petición a los representantes, para hacerlos cumplir con su deber; a la intimidación, la entereza

y el desprecio; al cuchillo del 18 de noviembre, un semblante impasible y la paciencia para dejar burladas maulas y trapacerías innobles. Todo se ha dicho de mí en San Juan, algún mal han creído, pero nadie ha dudado nunca de mi honradez ni de mi patriotismo, y apelo de ello al testimonio de los que han escogido llamarse mis enemigos. Viví honorablemente haciendo de perito partidor, para lo que me habilitaban algunos rudimentos de geometría práctica y el arte de levantar planos que había adquirido en mi infancia. Forzado por falta de abogados, defendí algunos pleitos, y siendo el doctor Aberastain supremo juez de alzada y mi amigo íntimo, perdí ante su tribunal los dos más importantes. Si este hecho no aboga por mi capacidad leguleya, muestra al menos la incorruptibilidad del juez.

CHILE

El 19 de noviembre de 1840, al pasar desterrado por los baños de Zonda, con la mano y el brazo, que habían llenado de cardenales el día anterior, escribí bajo un escudo de armas de la república: *On ne tue point les idées,* tres meses después en la prensa de Chile, hablando a nombre de los antiguos patriotas: «Toda la América »está sembrada de los gloriosos campeones de Cha»cabuco. Unos han sucumbido en el cadalso, el »destierro o el extrañamiento de la patria han ale»jado a los otros, la miseria degrada a muchos, el »crimen ha manchado las bellas páginas de la his»toria de algunos; tal sale de su largo reposo (alu»día a *Cramer)* y sucumbe por salvar la patria »de un tirano horroroso; y cual otro *(Lavalle)* lu»cha casi sin fruto contra el colosal poder de su »suspicaz déspota que ha jurado exterminio a todo »soldado de la guerra de la independencia, porque »él no oyó nunca silbar las balas españolas, porque »su nombre obscuro, su nombre de ayer, no está »asociado a los inmortales nombres de los que se »ilustraron en Chacabuco, Tucumán, Maipo, Callao, »Talcahuano, Junín y Ayacucho (1).»

Los que han recibido una educación ordenada, asistido a las aulas, rendido exámenes, sentídose

---

(1) "Mercurio" del 11 de febrero de 1841.

fuertes por la adquisición de diplomas de capacidad, no pueden juzgar de las emociones de novedad, de pavor, de esperanza y de miedo que me agitaban al lanzar mi primer escrito en la prensa de Chile. Si me hubiese preguntado a mí mismo entonces, si sabía algo de política, de literatura, de economía y de crítica, habríame respondido francamente que no, y como el caminante solitario que se acerca a una grande ciudad ve sólo de lejos las cúpulas, pináculos y torres de los edificios excelsos, yo no veía público ante mí, sino nombres como el de Bello, Oro, Olañeta, colegios, cámaras, foro, como otros tantos centros de saber y de criterio. Mi obscuridad, mi aislamiento, me anonadaban menos que la novedad del teatro, y esta masa enorme de hombres desconocidos que se me presentaban a la imaginación cual si estuvieran todos esperando que yo hablase para juzgarme. Bajo el aguijón de la duda, como el dramatista novel, aguardé la llegada del *Mercurio* del 11 de febrero de 1841. Un solo amigo estaba en el secreto; yo permanecía en casa escondido de miedo. A las once trájome buenas noticias, mi artículo había sido aplaudido por los argentinos; esto era ya algo. A la tarde se hablaba de él en los corrillos, a la noche en el teatro; al día siguiente supe que don Andrés Bello y Egaña lo habían leído juntos hallándolo bueno. ¡Dios sea loado! me decía a mí mismo, estoy ya a salvo. Atrevíme a presentarme en casa de un conocido, y a poco de estar allí entra un individuo: Y bien, le dice, ¿qué dice usted del artículo? Argentino no es el autor, porque hay hasta provincialismos españoles. Yo me atreví a observar, tomando parte en la conversación, con timidez que podía creerse mal disimulada envidia, que no era malo, sin embargo de ciertos pasajes en que el in-

terés se debilitaba. Rebatióme con indignación académica mi interlocutor que, según supe después, era un señor don Rafael Minvielle, y por cortesanía tuve yo que asentir al fin en que el artículo era irreprochable de estilo, castizo en el lenguaje, brillante de imágenes, nutrido de ideas sanas revestidas con el barniz suave del sentimiento. Esta es una de las veces que me he dejado batir por Minvielle. El éxito fué completo y mi dicha inefable, igual sólo a la de aquellos escritores franceses que, desde la desmantelada guardilla del quinto piso, arrojan un libro a la calle y recogen en cambio un nombre en el mundo literario y una fortuna. Si la situación no era igual, las emociones fueron las mismas. Yo era escritor por aclamación de Bello, Egaña, Olañeta (1), Orjera, Minvielle, jueces considerados competentes. ¡Cuántas vocaciones erradas había ensayado antes de encontrar aquella que tenía afinidad química, diré así, con mi esencia!

En 1841, se batían como hoy los partidos chilenos en víspera de las elecciones; como hoy y con más razón, se presentaba al gobierno como un tirano, como el único obstáculo para el progreso del país. Yo salía de aquel infierno de la República Argentina; frescas estaban aún las amoratadura que el despotismo me había hecho al echarme garra. Con mi educación libre, con mis treinta años llenos de virilidad, las ideas liberales debían ser un hechizo cualquiera que fuere el que las pronunciara. El partido pipiolo me envió una comisión para inducirme a que tomase en la prensa la defensa de sus intereses, y para asegurar el éxito, el general Las Heras fué también intermediario. Pedí ocho días

(1) El estadista boliviano don Casimiro Olañeta, que estaba entonces en Santiago, representando a su país. "El E."

para responder, y en esos ocho días medité mucho, estudié a ojo de pájaro los partidos de Chile, y saqué en limpio una verdad que confirmaron las elecciones de 1841, a saber, que el antiguo partido pipiolo no tenía elementos de triunfo, que era una tradición y no un hecho; que entre su pasada existencia y el momento presente, mediaba una generación para representar los nuevos intereses del país. Pasados los ocho días reuní a varios argentinos cuya opinión respetaba, entre ellos a Oro, y haciéndoles larga exposición de mi manera de mirar la cuestión, les pedí su parecer. En cuanto a mi carácter de argentino había otras consideraciones de más peso que tener presente. Estábamos acusados por el tirano de nuestra patria de perturbadores sediciosos y anarquistas, y en Chile podían tomarnos por tales, viéndonos en oposición siempre a los gobiernos. Necesitábamos, por el contrario, probar a la América que no era utopías lo que nos hacía sufrir la persecución, y que dada la imperfección de los gobiernos americanos, estábamos dispuestos a aceptarlos como hechos, con ánimo decidido, yo al menos, de inyectarles ideas de progreso; últimamente, que, estando para decidirse por las elecciones el rumbo que tomaría la política en Chile, sería fatal para nuestra causa habernos concitado la animadversión del partido que gobernaba en aquel momento, si triunfaba, como era mi convicción íntima que debía suceder. Oro, que había sido encarcelado y perseguido por ese gobierno, fué el primero en tomar la palabra y aprobar mi resolución, y así apoyado en el asentimiento de mis compatriotas, me negué a la solicitud de los liberales chilenos.

Entonces podía acercarme a los amigos del gobierno, a quienes estaba encargado de introducirme

aquel don Rafael Minvielle, que acertó a encontrarme en un cuarto desmantelado, debajo del Portal, con una silla y dos cajones vacíos que me servían de cama. Fuí, pues, introducido a la presencia de don Manuel Montt, ministro entonces y jefe del partido que de pelucón había pasado, rejuveneciéndose en su persona e ideas, a llamarse moderado. Es don del talento y del buen tino político arrojar una palabra como al acaso, y herir con ella la dificultad. «Las ideas, señor, no tienen patria» me dijo el ministro al introducir la conversación, y todo desde aquel momento quedaba allanado, entre nosotros, y echado el vínculo que debía unir mi existencia y mi porvenir al de este hombre. Estaba en 1841 curado ya, o afectaba estarlo (1) que es un tributo rendido a la verdad, de la fea mancha de las preocupaciones americanas, contra las cuales he combatido diez años; y de las que no se mostraban libres hasta 1843, Tocornal, García Reyes, Talavera, Lastarria, Vallejo y tantos jóvenes chilenos que en el *Semanario*, estampaban este concepto exclusivo: «*todos* los redactores somos chilenos, y lo »repetimos, no nos mueven otros alicientes que el »crédito y la prosperidad de la patria.» Ellos dirán hoy si *todos* ellos han hecho en la prensa más por la prosperidad de esa patria, que el *solo* extranjero a quien se imaginaban excluir del derecho de emitir sus ideas, sin otro aliciente tampoco que el amor del bien.

Un punto discutimos larga y porfiadamente con el ministro, y era la guerra a Rosas que yo me proponía hacer, concluyendo en una transformación que satisfacía por el momento los intereses de ambas

(1) Es lo cierto que no las tuvo ni antes ni entonces, y el mismo Sarmiento se encarga de dar testimonio de ello en las páginas siguientes. "El E."

partes, y me dejaba expédito el camino para educar la opinión del gobierno mismo, y hacerle aceptar la libertad de imprenta lisa y llanamente como después ha sucedido.

Lo que hice en la prensa política de Chile entonces, los principios e ideas con que sostuve al gobierno, tuvieron la aceptación de los hombres mismos a quienes ayudaba a vencer, y fueron formulados por el viejo Infante, juez intachable de parcialidad al gobierno. Hablando el *Valdiviano Federal* de un periódico de la época (1), decía: «Entre la »multitud de periódicos que desde los principios »de la República se han dado a luz, difícilmente »habrá habido alguno que haya emitido opiniones »más peligrosas a la causa de la libertad; en este »concepto haremos desde nuestro siguiente número »ligeras observaciones sobre algunas de sus páginas, »no obstante que poco habrá que añadir a la sabia »y filantrópica impugnación del *Mercurio*, en varios »puntos cardinales que sostiene.» Reivindico para mí aquella gloria del *Mercurio* de haber impugnado al lado del gobierno las ideas peligrosas a la libertad. No me envanece menos el haber merecido entonces la adhesión del patriota Salas (2), que se hacía llevar el *Mercurio* al lecho en que estaba muriendo, y se inquiría con interés de lo que me tocaba, sin conocerme, pues me negué a visitarlo por una falta de cortesanía que no me perdono hoy, creyéndolo, por ignorar sus bellos antecedentes, algún poderoso que se ahorraba la molestia de buscarme.

Para tomar el hilo de los hechos, volveré a don Manuel Montt, mi arrimo antes, mi amigo hoy. Su nombre es uno de los pocos que de Chile hayan

(1) "El Elector chileno", redactado por el liberal don Pedro F. Vicuña. "El E."

(2) Don Manuel Salas.

salido al exterior con aceptación, y generalizádose en el país suscitando impresiones diversas de afecto o de encono como hombre público, sin tacha del carácter personal que todos tienen por circunspecto, moral, grave, enérgico y bien intencionado. Su encuentro en el camino de mi vida ha sido para mí una nueva faz dada a mi existencia; y si ella hubiese de arribar a un término noble, deberíalo a su apoyo prestado oportunamente. Algunas afinidades de carácter han debido cimentar nuestras simpatías, confirmadas por diferencias esenciales de espíritu, que han hecho servir el suyo de peso opuesto a la impaciencia de mis propósitos, no sin que alguna vez haya yo quizás estimulado y ensanchando la fuerza de su voluntad en la adoptación de mejoras. El aspecto grave de este hombre, de quien hay persona que cree que no se ha reído nunca, está dulcificado por maneras fáciles que seducen y tranquilizan al que se acerca, encontrándolo más tratable que lo que se había imaginado. Habla poco, y cuando lo hace, se expresa en términos que muestran una clara percepción de las ideas que emite. Es tolerante más allá de donde lo deja sospechar a sus adversarios, y yo tendría más encogimiento de dar rienda suelta a la imaginación delante de un poeta o un proyectista destornillado, que delante de don Manuel Montt, que oye sin sorpresa mis novelas, con gusto muchas veces, tocándolas con la vara de su sentido práctico para hacerlas evaporarse con una palabra, cuando las ve mecerse en el aire. Tiene una cualidad rara, y es que se educa; el tiempo, las nuevas ideas, los hechos, no se azotan en vano sobre su sien, sin dejar vestigios de su pasaje. Don Manuel Montt pretende no saber nada, lo que permite a los que le hablan exponer sin rebozo su sentir,

y poder contradecirlo sin que su amor propio salga a la parada, a diferencia en esto de la generalidad de los hombres con poder y con talento, que se aferran a su propia idea, negando hasta la existencia a las adversas; y un ministro letrado o un orador que no sea pedante, es una rara bendición en estos tiempos en que cada hombre público está haciendo la apoteosis de su fama literaria en decretos y discursos. Durante muchos años nos hemos entendido por signos, por miradas de inteligencia, sin que hayan mediado explicaciones sobre puntos capitalísimos, de los que yo tocaba en la prensa. Nunca me habló de mis rencillas literarias, y cuando más por don Ramón Vial, llegaba a mis oídos alguna palabra que me dejaba sospechar que sentía que me extraviase. Si me oía elogiar por otros, guardaba silencio; si me vituperaban con injusticia buscando su asentimiento, les entregaba a examinar su semblante, impasible, frío, tabla rasa, y los desconcertaba. Una vez que me tiranizaba la opinión por lo de *extranjero*, mandóme decir con don Rafael Vial, que le diese al público sin piedad; y cuando me dí por vencido dejando la redacción de *El Progreso* por primera vez, me dijo con imperio: «¡Es preciso que usted escriba un »libro, sobre lo que usted quiera, y los confun»da!» Si él no tenía fe en mí, hacía de manera que yo lo creyese, y esto me alzaba del suelo. De él dependió que en 1843 no me fuese a Copiapó a buscar fortuna, afeándome tan negro propósito. Delante de don Miguel de la Barra me ha rogado, me ha suplicado que no atacase al agente de Rosas, resignándose, él, ministro, a aceptar mi repulsa formal de acceder a su deseo. Algunas veces nos entendimos de antemano para tratar en la prensa algunos puntos en vía de exploración; y duraron

una vez un mes las negociaciones suyas para apartarme de una lucha peligrosa en que había entrado con la *Revista Católica,* a condición de que ella se retiraría sin ajarme. Quejándome yo de un artículo de la *Revista,* es decir como me quejo yo por la prensa, que es mandándole con lo más duro al adversario, me escribía don Manuel Montt: «Al»gunos clérigos de la *Revista* han prometido dejar »toda cuestión, y quizás el artículo a que usted »se refiere y que yo he visto, se ha publicado »antes de esta promesa.» Cuando en 1845, resigné de nuevo el puesto de escritor público por escapar a la vileza de los medios puestos en ejercicio para fatigarme, don Manuel Montt me dijo: «lo siento, »pero yo habría hecho otro tanto; no se sacrifica »la fama en defensa de ninguna causa»; como le comunicase mi idea de marcharme a Bolivia, desde donde me hacía propuestas el gobierno para ir a establecerme, se opuso redondamente a ello: «Eso »parecería a una caída. Bolivia está muy a tras»mano. ¿No pensaba usted antes ir a Europa?...» Y al despedirme para aquel destino: «Usted volverá »a su país, probablemente según el aspecto que hoy »ofrecen los negocios; si alguna vez quiere volver »a Chile, será usted aquí lo que usted quiera ser. »Desengáñese, esos odios que lo alarman, andan »en la superficie; nadie lo desprecia a usted y »muchos lo estiman.»

Un ministro así, puede hacer como Deucalión, hombre de las piedras. En Europa, a todas partes me alcanzaron sus cartas, con más frecuencia que las de mi familia, y en cada una de ellas está apuntada de paso alguna materia útil de estudiar, una esperanza de que haría tal cosa, que es indicación para que la hiciera. Don Manuel Montt tiene todas las dotes del hombre público, faltándole la

única que debiera darle complemento y objeto, la ambición decidida, sin la cual la fama adquirida, el prestigio, la estimación pública, no son sino un mal hecho al país, una desviación de fuerzas que se alejan del punto céntrico a donde son llamadas, y establecen un contrapeso exterior que puede causar perturbaciones al Estado, como aquellos planetas que desvían a los otros de sus órbitas, haciéndoles hacer aberraciones injustificables. Los errores de ideas que le atribuyen, dependen de las préocupaciones nacionales, o más bien del estado de las ideas generales que es malísimo, y que los flojos estudios filosóficos y políticos de los establecimientos de educación, no alcanzan a corregir.

Yo creo haber estudiado la conciencia política de los que han escrito en Chile y de los personajes públicos a quienes he escuchado, y podría hacer la escala en que deben colocarse unos con respecto a otros, si esto tuviese un objeto útil. Don Manuel Montt cree en la educación popular; y las discusiones de la cámara en 1849 han mostrado hasta la evidencia que, entre jóvenes y viejos, entre liberales y retrógrados, no hay en Chile un solo estadista que vaya más adelante a este respecto. Lastarria, Bello (1), Sanfuentes, han tenido esta vez que presentarse al público como hombres más moderados, menos utopistas, más prácticos y más cachacientos que don Manuel Montt; cosa que revela lo falso de la posición, y puede ser que un día les pese haber tomado este papel que tan mal sienta a sus juveniles años, y su ultraliberalismo. En materia de inmigración europea hablóme en 1842, y desde entonces no hemos perdido de vista este asunto. Tres o cuatro ideas simples, pero capitales,

(1) Don Juan Bello, hijo del célebre literato de este nombre, diputado de la brillante legislatura de 1849-51.—"El E."

hacen todo el caudal político de don Manuel Montt, abandonando con gusto a otros la explotación de las demás. Como todos los hombres esencialmente gubernativos, deplora la desmoralización de los elementos legítimos de fuerza y de estabilidad en el gobierno, si bien la mala escuela de Luis Felipe, que dominó desde 1830 hasta 1848 en todos los gabinetes de la tierra, y muy acatada en Chile, tuvo paralizada en él la expansión que debe darse al progreso, única cosa que hace santa y útil la conservación del orden. La revolución actual del mundo le ha sido en este sentido útil. Tiene todos los géneros de coraje que traen las glorias difíciles de alcanzar; el coraje de hablar pocas veces en la cámara, no obstante la lucidez que sus enemigos le conceden; el coraje de no ir adelante de la popularidad, como aquellos diputados a quienes se ve afanados raspando su bola para hacerla correr; el coraje, en fin, de ser honrado, el más difícil de todos en estos momentos en que el vértido del cinismo político viene desde Barrot abajo, hasta oradores extraviados que me repugna nombrar. Don Manuel Montt marcha a rehabilitar en esta América española, podrida hasta los huesos, la dignidad de la conciencia humana tan envilecida y pisoteada por los poderes mismos destinados a representarla. El cinismo en los medios ha traído por todas partes el crimen en los fines, vénse tartufos imberbes haciendo muecas en la senda de fango que ha seguido Rosas, a nombre también de un fin honesto. Dos veces ha traído a sus pies en la cámara de este año propósitos culpables, que se han dejado vencer por sólo los prestigios de la moralidad más severa. La elocuencia es inútil arma aun en pueblos y en hombres toscos de corazón, y duros de cerebro, cuando la voluntad tenaz del bárbaro con fraque

endereza hacia algún rumbo. Ojalá que el cielo alumbre el camino de mi digno amigo, y después de los astutos tiranuelos, apoyados a nombre del pueblo, en chusma de soldados, mazorqueros o diputados, nos dé una escuela de políticos honrados que está pidiendo la América para lavarse del baño de crímenes, inmundicias y sangre en que se ha revolcado de cuarenta años a esta parte. Es la única revolución digna de emprenderse. ¿Llaman revolución continuar siendo siempre la canalla que somos por todas partes hasta hoy? Hombres hay que creen que tienen coraje en ser inmorales, pillos y arteros en la América del Sur. ¡Sed virtuosos si os atrevéis!

En 1841, a principios de septiembre, terminada la campaña electoral, y seguros ya del triunfo de nuestro candidato, despedíme del ministro Montt y de la redacción de *El Nacional* y de *El Mercurio* para regresar a mi patria.—«¡Qué! ¿se vuelve usted? »¡oh, no! No hay seguridad. La situación del ge»neral La Madrid es crítica.—Es por eso, señor, que »quiero ir a prestarle la ayuda de mis esfuerzos »en Cuyo.» Mi resolución era irrevocable, y yo partí luego premunido para el general La Madrid de esta carta de introducción: «Septiembre 10 de 1841. A. »S. el director de la Coalición del Norte, General »en jefe del 2.º ejército libertador.—La Comisión »Argentina se permite recomendar a Su Excelencia »al señor don D. F. Sarmiento. A sus antecedentes »tan favorables se agrega la circunstancia de haber »sido miembro suyo y haber desempeñado honrosa»mente sus comisiones. Adornado de patriotismo y »entusiasmo por la libertad, su capacidad es otro »título para que se aproxime a Su Excelencia y »para que Su Excelencia le proporcione ocasión de »hacer a nuestra causa los servicios que puede.

»Tiene la confianza de sus compatriotas aquí y merece »la de Su Excelencia. La comisión reitera, etc.— »*J. Gregorio de Las Heras.—Gregorio Gómez.* — »*Gabriel Ocampo.* — *Martín Zapata.—Domingo de* »*Oro.*»

En la tarde del 25 de septiembre, yo y tres amigos más asomábamos sucesivamente las cabezas sobre la arista principal de la cordillera de los Andes. El penoso ascenso de un día a pie, hundiéndonos en la nieve reblandecida por los débiles rayos del sol, nos traía fatigados, y reclamaban nuestros miembros un momento de reposo en aquel páramo batido por la brisa glacial que ha desenvuelto el deshielo del día. La vista descubre hacia el Oriente cadenas de montañas, que achican y orlan el horizonte, valles blancos como cintas que fueran serpenteando por entre peñascos negros que brillan al reflejarse el sol; y abajo, al pie de la eminencia, como una cabeza de alfiler, la casucha de ladrillo que ofrece amparo y abrigo al viajero. ¡Salud, República Argentina! exclamábamos cada uno, saludándola en el horizonte y tendiendo hacia ella nuestros brazos.

En aquel piélago blanco y estrecho que se extiende abajo, divisó uno de nosotros bultos de caminantes, y este encuentro de seres humanos, que tan bien venido es siempre en aquellas soledades, nos conturbó instintivamente a todos, y nos miramos unos a otros sin atrevernos a comunicar la idea siniestra que había atravesado nuestro espíritu. Descendimos hacia el lado argentino menos gozosos que antes, y apenas, y aun antes de llegar a la casucha, la palabra *derrota* hizo de dolor zumbar largo rato mis oídos. Los restos del ejército de La-Madrid venían a poco marchando a pie, a asilarse en Chile.

Era preciso obrar. Despaché en el acto un propio a Los Andes para que subieran mulas a la cordillera, y después de hablar con los primeros prófugos, volvimos a remontar aquella montaña que creía haber dejado atrás para siempre. Llegado a Los Andes establecí mi oficina en casa de un amigo; desde la una de la tarde, fuí un poder ejecutivo con la suma del poder público para favorecer a los infelices argentinos que quedaban comprometidos en la cordillera. Un anciano, vecino de Los Andes, respetable por sus cualidades morales, mi amigo íntimo desde la edad en que yo tenía veinte años y él sesenta, don Pedro Bari, era mi secretario general. He aqui los actos de aquel gobierno de doce horas de trabajo; buscar, contratar y despachar a la cordillera esa misma tarde doce peones de cordillera para auxiliar a los que se fatigasen; comprar, reunir y despachar seis cargas de cueros de carnero para forro de pies y piernas, sogas, charque, ají, carbón, algunas velas, tabaco, yerba, azúcar, etc., etc., etc.; despachar un propio a San Felipe, avisando al intendente la catástrofe ocurrida, y pidiendo protección para los necesitados; hablar a varios vecinos con el objeto de mover su filantropía; un expreso a la comisión argentina para ponerla en movimiento; carta al ministro Montt, reclamando la asistencia del gobierno, pidiendo médicos y otros auxilios; carta a los Viales y al señor Gana para que excitasen la caridad pública; al director del teatro para que se diese una función a beneficio de los que sufrían; un artículo a *El Mercurio* de Valparaíso para alarmar a la nación entera y despertar la piedad. Cuando todo estuvo hecho, las cargas en marcha, los correos despachados, y agotada la bolsa hasta el último maravedí, yo resigné el puesto buscando el reposo que reclamaban el

pasar y repasar la cordillera como por apuesta, descender corriendo desde los Ojos de Agua hasta Los Andes para sentarme a escribir largo y tendido. Contestáronme dos días después el señor Gana y el general Las Heras, en términos que recuerdo para su honra (1).

Cuando llegué más tarde a Santiago, tuve que responder en la prensa al cargo de haberme quejado de la dureza de muchos, al mismo tiempo que hacía el elogio de cuantos lo habían merecido; y después al de haber malversado aquellos escasísimos fondos destinados para acudir a tantas necesidades. El hombre que me hacía este cargo no era mi compatriota, no había contribuído a aquella suma, no sabía qué uso había hecho yo de ella, y sólo por la más exquisita mala intención me inventaba aquella calumnia para dañarme. El general Las Heras contestó vindicándome y yo quedé largo tiempo espantado de aquel acto gratuito, espontáneo, de depravación, y helado como si me hubiesen echado un jarro de agua fría.

---

(1) Señor don Domingo Sarmiento. — Santiago, octubre 1.o de 1841.—Compatriota y amigo: Por toda respuesta a la muy apreciable carta de usted, le acompaño esa orden para que con su resultado atienda usted a dar carne y pan a los infelices argentinos hambrientos que vienen. Es preciso que se limite usted a carne y pan, porque para ese mezquino socorro hemos agotado todos los recursos, y vencido dificultades de que sólo tendrá idea cuando venga y se imponga.

Ahora mismo excitamos a los de Valparaíso a ver cómo nos ayudan a socorrer a nuestros infelices compatriotas. Ha sido solicitado el gobierno y nos ha prometido para esta noche las órdenes que pudiéramos desear para socorrer la afligida humanidad.

El expreso ha sido despachado antes de la hora de llegada.

Nada diré a usted de lo que ha conmovido la relación de los horrores que usted no ha hecho más que indicar. Esto dejémoslo para sentido.

Abrace usted a los valientes y desgraciados. Somos argentinos y son argentinos. Algún día Dios nos dará

Poco después volví a tomar la redacción del *Mercurio,* y desde entonces principió una de las fases de mi vida más activa, más agitada, y más fructuosa para mí y quizás también para otros. Poco a poco fuí sublevando preocupaciones, enconos, celos, odios, no sé si envidia, hasta que aquel volcán de pasiones que habían humeado todos los días escapándose por comunicados, venía a estallar en algún ruidoso acontecimiento que tenía preocupados los espíritus por quince días. Hoy he triunfado completamente; la palabra *extranjero* está proscripta de la prensa; proscriptos y obscuros andan los tres que de ella se hicieron una arma para vulnerarme en lo más íntimo que el hombre tiene, aquella que nadie tiene derecho de tocar; y ahora es posible recordar aquellas luchas que nos trajeron a tantos conmovidos, hostiles y preocupados. Dejo a un lado las muchas palabras descorteses y ofensivas que debieron escaparse de mi pluma, joven ardiente en la lucha, sensible a las ofensas, poco ceremonioso para decir la verdad. Había una causa de todos los días, de todas

---

patria, y habrá gratitud para los beneméritos, o no merecerá aquel país tener tales hijos.

Adiós, amigo. Siempre afectísimo de usted.—**J. Gregorio de Las Heras.**

El escribiente saluda a usted y a todos los valientes desgraciados.

Señor don Domingo Sarmiento.—Santiago 1.o de octubre de 1841.

—Apreciable señor: Espantado de la catástrofe que usted me anuncia, salí al momento a casa de Orjera, donde acabaron de imponerme de las desgracias sucedidas en Mendoza. Extremadamente sensibles a tantos males, no hemos hallado otro arbitrio para detener el progreso de los más urgentes, que levantar una suscripción implorando la generosidad de nuestros compatriotas en favor de las infelices víctimas de la causa de la civilización. Ya se están dando los primeros pasos; y debe usted creer que si el éxito corresponde a nuestro empeño e interés, se remediarán sin duda las más premiosas necesidades. Jamás he deseado tanto como ahora, en este instante, el ser hombre de influjo y fortuna; pero, ¿para qué hemos de poner en cuenta los

las horas, que destilaba su veneno lento para exacerbar mi espíritu y predisponerlo a endurecer contra las resistencias. Nada hay que pula tanto la rudeza del escritor público, como la frecuencia de la sociedad para la cual escribe. El cortesano Voltaire tenía encantada a la nobleza entre la cual vivía, y no era cáustico sino para el sacerdocio con quien no trataba. El solitario Rousseau, por el contrario, ha dicho las verdades más crudas y conservado su independencia selvática en medio de la sociedad más frívola. Yo me he mantenido seis años en el aislamiento para no dejarme influir por las ideas ajenas, éste es el sacrificio más duro que me imponía. Había, por otra parte, hasta descortesía en ciertos mozalbetes que me alargaban su amistad en vía de protección, a fuer de nobles y emparentados los unos, de ricos los otros, y hasta de literatos, que me sacaban de paciencia, y me forzaban a disimular mi disgusto. Pero lo que me tenía en la exasperación, era que por *extranjero* yo debía ser más prudente, más medido que los hijos del

---

deseos? Hacemos lo posible, yo solo me atrevo a ofrecer por ahora, juntamente con mi amistad, como su más apasionado servidor Q. B. S. M.—José Francisco Gana.

Octubre 2 de 1841. — Regresa el propio que hoy hemos recibido de usted... El gobierno nos ha hecho entender que hará cuanto esté de su parte respecto al objeto de la comunicación.

He entregado también su carta para el ministro Montt y estoy esperando su contestación para incluírsela.

Aquí se están corriendo algunas suscripciones entre los ciudadanos chilenos, en auxilio de nuestros compatriotas que vienen. Y creo que el gobierno hará algo por su parte aquí mismo. Se trabaja con suceso.

En este momento va a despachar el gobierno otro propio con comunicaciones para el intendente. Le remito un bulto que contiene varias piezas de ropa, que entre la mía y la de algunos amigos he podido reunir para que pueda habilitar a los que vengan desnudos.

Le incluyo una correspondencia del gobierno para el intendente, entréguela en el acto, porque su contenido interesa a los desgraciados que vengan enfermos.

Amigo: le estoy envidiando la suerte que le ha cabido

país. Hoy me parece que es un hecho conquistado la convicción íntima del público, la sinceridad de mis miras, del exceso de amor al bien que siempre dirigió mi pluma; mas entonces no era así. Atribuíaseme a envidia, a celos, a deseo de rebajar el país, la crítica de las cosas que son del dominio de la prensa, y el público se obstinaba en no querer leer *Mercurio* donde decía *Mercurio,* y sí Sarmiento, extranjero, argentino, cuyano y demás; y yo me exaltaba contra esta injusticia pública, y seguía cada día con más amargura. Era un diario chileno quien hablaba, y yo creí siempre y creo que no debe el público traslucir a través de las páginas los encogimientos que una situación particular impone al redactor. Yo he hecho triunfar este principio *envers et contre tous*, y hoy es la regla de la prensa.

¡Qué lucha aquélla, tan obstinada y tan cruenta! El patriotismo exclusivo era una hidra que asomaba diez cabezas nuevas, cuando yo creía haberle cegado y quemado otras tantas. A cada paso se personificaba con nuevos atributos. En el *Desmasca-*

---

en esta vez. Continúe usted sus nobles esfuerzos; es usted un héroe; no desista ni afloje un solo instante. ¡Animo, amigo!—Martín Zapata.

2 de octubre.—Sarmiento: Los Viales se han portado como unos grandes hombres. Don Antonio me encargó de hacer un encabezamiento de la suscripción, que ahora mismo va a imprimirse; varios personajes escogidos por él, y él mismo, van a correr la suscripción entre el clero, el comercio, los empleados, los ministros, etc., etc.

Toda la compañía dramática está pronta a dar los beneficios que desea Casacuberta. Ya el público ansía por ver a éste en las tablas. El Otelo, el Marino Faliero, y no sé qué otra pieza han sido escogidas con este objeto, y con el de hacer admirar los talentos de dicho actor.

Se trata también por los Viales de hacer dar un concierto a las señoritas principales, a beneficio de la emigración. Ojalá se viniese Casacuberta cuanto antes. Pregunte por mi familia y dígame algo de ella, de don Hilarión Godoy, de nuestros amigos, de Villafañe. Todo suyo. — Quiroga Rosas.

rado, se reunió en mi daño todo lo que hay de encono en el corazón del hombre; la calumnia confesada, el tizne, el barro, la inmundicia arrojada al rostro como armas dignas de combate. El *Desmascarado* quedó ahí, yo seguí adelante, y los autores de aquella producción, hoy que las pasiones que los extraviaron se han calmado, dirán si el *Desmascarado* me dañó efectivamente, y si la posición social de ellos mejoró en un ápice. Uno de ellos estaba entonces en vísperas de ser nombrado intendente, y el otro gozó de la fama de escritor hasta la aparición del *Diario de Santiago* que tantas infamias publicó contra mí. Es la detracción arma de dos filos envenenados, y cada golpe que descarga, hiere de rechazo la mano del que la maneja, y la herida supura largos años y arroja mal olor. Aquellos dos hombres están borrados de la lista de los hombres públicos, sin que sea fácil que en adelante se restablezcan de su caída, a que yo no he contribuído por ataque personal ninguno.

Las letras tuvieron también su representante en el *Semanario,* y nadie puede darse idea del placer que tuve cuando vi engolfarse a sus autores en el terreno escurridizo del romanticismo y el clasicismo. Fuíme a casa de López agitando en el aire el número consabido, y combinamos un plan de ataque por el cual yo debía hacer guerrillas desde *El Mercurio,* y él desde *La Gaceta* venir con el bagaje pesado de erudición, para aplastar al que quedase parado. García del Río estaba apostado en la prensa de Valparaíso, y cuando yo escribía a Rivadeneira, espantado del alboroto que causaba esta lucha en Santiago, que limasen algunas puntas incisivas de mis artículos, García del Río las palpaba, las sentía su fuerza, y las mandaba así punzantes a Santiago. El rival más formidable,

empero, que se alzó en la prensa fué Jotabeche, a quien inspiró en sus principios la pasión de los celos. Tanto talento ostentaban en sus ataques, tan agudo era su chiste incisivo, que hubiera dado al traste con mi petulancia, si él no hubiese flaqueado por el fondo de ideas generales de que carecen sus artículos y por el lado de la justicia, que estaba de mi parte. Jotabeche, digno representannte del exclusivismo nacional, era un Viriato que debía concluir por ser vencido. Venciéronle los argentinos de Copiapó, en quienes halló sostenedores celosos y largos para fundar el *Copiapino;* vencílo yo, tomando la defensa del señor Vallejo, víctima de una tropelía de un gobernador; y acabó de vencerlo la reputación merecida que se conquistó, siéndole inútiles los andamios de odio y presecución que estimularon su pluma. Hoy somos amigos, y pudiera insertar aquí una de sus cartas como muestra de laconismo incisivo y decidor.

Dejo a un lado la nube de comunicados en que *un chileno, dos chilenos, diez chilenos, mil chilenos,* me estuvieron fastidiando durante cinco años con las sandeces y las chocarrerías más vulgares. Los españoles que tenían el candor de creer que yo les guardaba rencor, los clérigos que me denunciaban por impío, los estudiantes que se sublevaban contra quien los estimulaba al estudio y les abría ancha huella para elevarse haciendo expectables las letras; todos, unos primero, otros después, por este o el otro motivo; cuál por haber nombrado a la monja Zañartu, quién por haber dicho que la Constitución era un letrero escrito con carbón, y quién otro por haberlo escupido a la cara, sin otro inconveniente que aguantarme un tirón de cabellos, y todos por intolerancia, por ociosidad y por tiranía, me zaherían y martirizaban. Un día

la exasperación tocó en el delirio; estaba frenético, demente, y concebí la idea sublime de desacierto, de castigar a Chile entero, de declararlo ingrato, vil, infame. Escribí no sé qué diatriba; púsele mi nombre al pie, y llevéla a la imprenta de *El Progreso*, poniéndola directamente en manos de los compositores, hecho lo cual me retiré a casa en silencio, cargué mis pistolas, y aguardé que estallase la mina que debía volarme a mí mismo; pero que me dejaba vengado, y satisfecho de haber hecho un grande acto de justicia. Las naciones pueden ser criminales y lo son a veces, y no hay juez que las castigue, sino sus tiranos o sus escritores. Quejábame del presidente, de Montt, de los Viales, para que no escapase uno solo de mi justicia; y a los escritores y al público en masa, los ponía overos, con verdades horribles, humillantes, suficientes para amotinar una ciudad, ponerla demente de cólera, y hacerla pedir la cabeza del osado que tales injurias la hacía.

Salvóme de este peligro cierto la bondad de don Antonio Jacobo Vial, a quien los cajistas espantados mostraron el manuscrito que estaban componiendo. Don Antonio Jacobo Vial se dirigió a casa, triste, y me habló con la voz dulce y compasiva con que se habla a los enfermos. Ninguna señal de encono, de resentimiento, se traslucía en su semblante.—Don Domingo, me dijo: Me han mostrado los impresores el artículo dado para mañana.—Lo siento.—¿Ha calculado usted las consecuencias?.—Perfectamente (mostrándole con los ojos las pistolas).—Inútil.—Ya lo sé; déjeme en paz.—¿Ha visto López esto?—No.

Don Antonio tomó su sombrero y se fué a casa de López y al ministerio a avisar a don Manuel Montt lo que sucedía, y desde aquel momento no puso el

pie hasta dejar zanjado aquel atolladero. López vino, y me hizo consentir en que él revisaría el escrito y quitaría algunas palabras demasiado inaguantables, y consentí en que lo hiciera. Esto era a las tres de la tarde: a las doce de la noche, don Antonio me trajo una esquela de López, en que me decía que había desistido de quitar palabras, porque eso mostraba ya que se hacían concesiones; que si, no obstante la desaprobación de mis amigos, insistía, tomase en el acto un birlocho y me fuese a Valparaíso. López con su sagacidad ordinaria, había tocado la tecla para hacerme ceder: primero, no contrariarme abiertamente, lo que se hace con los dementes; segundo, desaprobarme, y esto me hacía impresión; tercero, mostrarme una debilidad en atenuar la frase, y yo habría huído de dar muestra de flaqueza; cuarto, señalarme el camino de la fuga, y esto me anonadaba. No; yo no entendía la cosa así: herirlos de muerte en su orgullo necio a todos y esperar y sufrir las consecuencias. La almohada vino a traerme sus consejos, ya que no el sueño. Al día siguiente bien temprano, mandóme llamar el ministro; me habló de cosas indiferentes, de la escuela normal, de no sé qué asunto de actualidad. Al fin descendió con tiento a tocar la herida, esforzándose en aplicarla el bálsamo, mostrándome cuántas personas me distinguían y respetaban en cambio de esas injurias sin consecuencia. Tomé yo la palabra, me fuí exaltando, me paré, y en el momento en que iba a perder todos los miramientos debidos al ministro y al amigo, abrió la puerta don Miguel de la Barra, que por acaso o de intento llegaba en el momento preciso para evitar un escándalo, por aquello de que palabra y piedra suelta no tienen vuelta. Así este Chile a quien quería ensambenitar, me mostraba en aquel mo-

mento virtudes dignas de respeto, delicadeza y tolerancia infinita, y muestras de simpatía y aprecio, que hacía injustificable el suicidio que yo me había preparado. Desde entonces acá, el público y el escritor se han educado recíprocamente. El ha aprendido a ser tolerante. Ha hecho justicia a la sanidad de la intención, y yo me he habituado a mirarlo como parte necesaria de mi existencia, a no temer sus cóleras ni a provocarlas, y ya estoy declarado por unanimidad bueno y leal chileno. ¡Ay del que persista en llamarme extranjero! Este tiene que expatriarse a California.

De aquellas luchas nada ha quedado tangible, y los escritos que las motivaron, se harán cada día que pasa más insignificantes, porque ésa es la condición del progreso humano. Lo que está al principio es imperfecto, mirado desde más adelante, cuando aquellas ideas han pasado al sentido común, y nuevos escritores más bien preparados han dejado atrás a los que no hicieron más que trazar el camino. Pero desde 1841, la prensa de Chile fué adquiriendo en el Pacífico mayor reputación, y Chile ganó mucho en ello, por la vivacidad de su polémica y por el combate de las ideas que trajeron todos a la discusión. *El Mercurio* ensanchó sus columnas; las cuestiones literarias sostenidas en él y en *La Gaceta,* provocaron la aparición del *Semanario.* El *Semanario* trajo la idea de crear *El Progreso* en Santiago, donde no había hasta entonces diario. De aquellas luchas salieron poetas, para probar lo infundado de los cargos; salió *Jotabeche,* reivindicando con éxito la aptitud nacional para los escritos ligeros.

La escuela normal, las instituciones que han querido hacer progresar la educación primaria, no pueden desligarse absolutamente de aquel origen co-

mún, que calentaba todas las cuestiones, y daba fuerzas de hecho y de necesidad a las cosas que estaban en la cabeza de todos, como desiderátum, como cosas posibles, pero no inmediatamente hacederas. Porque debe notarse esto, que son raros los casos en que un escritor puede imprimir a una sociedad su pensamiento propio, pero es condición de la prensa tomar de la sociedad las ideas que están en gérmen e incubarlas, animarlas, y allanarles el camino para que marchen; y el redactor de *El Mercurio,* de *El Nacional,* de *El Progreso,* de *Crónica,* pudiera señalar la huella de muchas ideas que han sido avanzadas así, hasta convertirse en preocupación pública. Desde 1842 *El Mercurio,* por ejemplo, tomó los caminos como materia de ridículo, de burlas pesadas y punzantes, de que quedan trazas en *Un Viaje a Valparaíso* y otros escritos de la época. El ministro Irarrazábal, llamó a los redactores de *El Progreso,* para quejarse de la injusticia que le hacían. Los caminos de Chile son hoy los mejores de la América del Sur. *El Mercurio* y *El Progreso* tomaron sucesivamente las municipalidades por delante; cuando la de Valparaíso daba señales de vida, se la hacía servir de azote a la de Santiago; cuando iba a legislarse la materia, *El Progreso* amenazaba formalmente hacer cruda oposición a las ideas del gobierno. ¿Quién se ha olvidado de aquel fastidioso aldeano *aaavee maaría* del sereno; de aquellas bombas rotas y cojas que nunca acababan de llegar al lugar donde eran necesarias; de aquellas calles sin nombre y sin número? Todas esas mejoras tienen su antecedente en la prensa, que ha hecho tanto en Chile por el bien público como las autoridades mismas. La ocupación de Magallanes ha salido de los trabajos de *El Progreso,* como

la reivindicación de los títulos de posesión en Chile, salió después de las investigaciones de *La Crónica*. El *congreso americano* fué sentenciado a muerte por *El Progreso*, y en vano fué que todos los gobiernos del Pacífico se propusiesen ponerlo en pie.

Si fuera permitido a un escritor caracterizarse a sí mismo, yo no trepidaría en señalar los rasgos principales de mis trabajos en la prensa diaria. Salido de una provincia mediterránea de la República Argentina, al estudiar a Chile, había encontrado, no sin sorpresa, la similitud de toda la América española, que el espectáculo lejano del Perú y Bolivia no hacía más que confirmar. A principios de 1841 escribía en *El Nacional* estos conceptos: «Treinta años han transcurrido desde que se inició la »revolución americana; y no obstante haberse terminado gloriosamente la guerra de la independencia, vése tanta inconsistencia en las instituciones »de los nuevos estados, tanto desorden, tan poca »seguridad individual, tan limitado en unos y tan »nulo en otros el progreso intelectual, material o »moral de los pueblos, que los europeos... miran »a la raza española, condenada a consumirse en »guerras intestinas, a mancharse con todo género »de delitos y ofrecer un país despoblado y exhausto, como fácil presa de una nueva colonización »europea.» Este triste concepto forma el fondo filosófico de mis escritos, y se halla reproducido en *El Mercurio, El Progreso, Viajes por Europa, La Crónica,* etc.; y sin duda que nadie me disputará en América la triste gloria de haber ajado más la presunción, el orgullo y la inmoralidad hispano-americana, persuadido de que menos en las instituciones, que en las ideas y los sentimientos nacionales, es preciso obrar en América una profunda revolución, si queremos salvarnos de aquella

muerte cuya agonía sonó en el Paraguay, da ya las últimas boqueadas en Méjico, y está a la cabecera de la República Argentina y de Bolivia. De ahí también el doble remedio indicado con igual anticipación, emigración europea y educación popular, que sería seguro antídoto, si no hubiesen de administrárselo los mismos enfermos, que le hacen perder su eficacia a fuerza de volver la cara haciéndole ascos, no obstante estar persuadidos de su acierto.

Esto en la política trascendental, que en cuanto a la de circunstancias, y que se liga a las personas y a los partidos, mi carácter en la prensa de Chile venía marcado desde el principio, asociándome espontánea y deliberadamente al partido de los de Chile en que militan Moutt, Irarrazábal, García Reyes, Varas y tantos otros jóvenes distinguidos, y al que no son hostiles Aldunate, Blanco, Benavente, y otros políticos. El movimiento en las ideas, la estabilidad en las instituciones, el orden para poder agitar mejor, el gobierno con preferencia a la oposición, he aquí lo que puede de mis escritos colegirse con respecto a mis predilecciones. Puedo lisonjearme de no haber cortejado pasión vulgar ninguna, para hacerme propicio el público; y no haber sostenido en política nada que repruebe la sana moral, transacciones que, a nombre de las ideas liberales, se han permitido no pocos escritores.

Al terminar esta rápida reseña de los actos que constituyen mi vida pública, siento que el interés de estas páginas se ha evaporado ya, aun antes de haber terminado mi trabajo; y les diera de mano aquí si, teniendo que responder con estas páginas a la detracción sistemada de un gobierno, no me fuese necesario mostrar mi hoja de servicios por decirlo así, que son las diversas publicaciones que

de mis ideas y pensamientos ha hecho la prensa. El espíritu de los escritos de un autor, cuando tiene un carácter marcado es su alma, su esencia. El individuo se eclipsa ante esta manifestación, y el público menos interés tiene ya en los actos privados que en la influencia que aquellos escritos han pódido ejercer sobre los otros. He aquí, pues, el desmedrado índice que puede guiar al que desee someter a más rígido examen mis pensamientos.

DIARIOS Y PUBLICACIONES PERIODICAS

Las publicaciones periódicas son en nuestra época como la respiración diaria; ni libertad, ni progreso, ni cultura se concibe sin este vehículo que liga a las sociedades unas con otras, y nos hace sentirnos a cada hora miembros de la especie humana por la influencia y repercusión de los acontecimientos de unos pueblos sobre los otros. De ahí nace que los gobiernos tiránicos y criminales necesitan, para existir, apoderarse ellos solos de los diarios, y perseguir en los países vecinos a los que pongan de manifiesto sus iniquidades. Rosas, a expensas de las rentas nacionales que pagan los pobres pueblos argentinos, ha establecido una red de diarios pagados en todos los países para que lo defiendan y cohonesten sus atrocidades. *El Defensor de la Independencia Americana* en el campamento de Oribe, *O americano* en el Brasil, el *Courrier du Havre* y la *Presse* en Francia, estos cuatro periódicos y la *Gaceta Mercantil,* cuestan a la República Argentina más de cuarenta mil pesos al año. Toda la persecución de que soy víctima hoy, nace de que con la aparición de *La Crónica* hice que la redacción de *El Progreso,* entregada a la influencia de Rosas, tuviese que pasar a otras manos y cambiar de espíritu. Rosas teme más a la prensa que a las conspiraciones, una conspiración puede ser

ahogada en sangre, pero un libro, una revelación de la prensa, aunque haya un puñal como el que dió fin con Varela, queda ahí siempre; porque lo que está impreso queda estampado para siempre, y si en el momento presente es inútil y sin efecto, no lo es para la posteridad que, juzgando por el examen de los hechos y libre de toda preocupación y de toda intimidación, pronuncia su fallo inapelable.

1839.—He fundado, acompañado por jóvenes instruídos y competentes, *El Zonda*, en San Juan, cuya publicación cesó por una tropelía y una expoliación de Benavides, poniéndome en la cárcel como queda referido, no obstante no ocuparse aquel periódico sino de costumbres, educación pública, cultivo de morera, minas, literatura, etc.

1841.—Bajo el pseudónimo de *Un Teniente de artillería* publiqué un artículo en Chile, que me valió ser solicitado para la redacción de *El Mercurio*, que conservé hasta la fundación de *El Progreso*. Entre las cuestiones de literatura, caminos, municipalidades y cuestiones políticas suscitadas entonces, hay algunos artículos que aún pueden ser leídos con interés, no obstante los progresos generales que la prensa periódica ha hecho en Chile.

En la misma época fuí encargado por los amigos del general Bulnes, entonces candidato para la presidencia, de la redacción de *El Nacional*, en Santiago, periódico que ejerció grande influencia en la fusión obrada entonces entre los jefes del partido pipiolo y el del general Bulnes.

1842 hasta 1845.—La capital de Chile había hasta esta época permanecido sin tener un diario. Yo emprendí con suceso la redacción del primero que se estableció bajo el nombre *El Progreso*, acompañado en este trabajo por don Vicente F. López.

La primera redacción, que duró ocho meses, tuvo una alta importancia por la gravedad de las materias tratadas en él, entre otras la cuestión de colonización de Magallanes. Desagrados de empresa nos hicieron abandonar la redacción, hasta que habiéndose desacreditado el diario, fuí solicitado de nuevo para rehabilitarlo, lo que se consiguió.

Al mismo tiempo redacté *El Heraldo Argentino* para combatir a Rosas, cuya publicación abandoné cuando llegó la noticia de la derrota de Rivera en el Arroyo Grande, creyendo que la lucha estaba terminada.

1846 y 1847.—Durante mis viajes, escribí en el *Comercio del Plata* (1) una serie de artículos defendiendo a los argentinos residentes en Chile de las difamaciones de Rosas; en Río Janeiro, en el *Courrier du Brasil,* sobre el americanismo; en el *Courrier de la Gironde,* en Burdeos, publiqué una descripción de los toros en España; en Madrid varios artículos contra la expedición del general Flores, que fueron reproducidos en toda la América y con un artículo muy encomiástico en *La Gaceta de Buenos Aires,* que me tendía sus redes, y me hallaba un buen americano, sin nada de salvaje ni asqueroso, porque le habían hecho concebir a Rosas desde París la esperanza de que yo me plegaría a su sistema de iniquidades. Se hablaba públicamente bien de mí en Buenos Aires y en la tertulia de la Manuelita, hasta que llegó *La Revista de Ambos Mundos* que cambió de nuevo en cólera y despecho los elogios que me habían prodigado.

1849.—Publiqué *La Crónica,* en la que me propuse llamar la atención del público sobre inmigración, educación pública, cultivo de la seda, y ge-

(1) De Montevideo.—"El E."

neralmente sobre todas las cuestiones americanas que no he dejado de agitar desde 1839. La colección de documentos sobre inmigración que contiene *La Crónica,* es única en América y puede ser consultada con provecho. *La Crónica* se ha terminado con el primer año, por evitar la necesidad de contestar a todas las inepcias que contra mí escribe Rosas en sus notas al gobierno de Chile, y a las majaderías de los gobiernos de las provincias que hacen coro a todas aquellas torpezas (1).

La importancia de las cuestiones suscitadas por *La Crónica,* puede inferirse de este hecho, que sobre cada uno de sus tópicos, educación, moneda, inmigración, pasaportes, se ha dictado o puesto una ley.

---

(1) Posteriormente a la fecha de estos "Recuerdos" salió un nuevo tomo de la "Crónica".—"El E."

FOLLETOS

Programa de un colegio de señoritas en San Juan. Exposición de la necesidad, las ventajas y el conjunto de la educación de las mujeres en las provincias apartadas de la República Argentina; mi primer escrito lleno de reflexiones que no carecen de oportunidad. La provincia de San Juan oyó mis consejos, y coadyuvó poderosamente a mi intento.

Método de lectura en quince cuadros, por Bonifaz, joven español residente hoy en Montevideo, publiquélo en 1841, a *mis expensas*, para hacerlo conocer en el país, y fué adoptado en colegios y escuelas con buen éxito para la enseñanza primaria.

Análisis de las cartillas, silabarios y otros métodos de lectura conocidos y practicados en Chile, 1842. Trabajo encargado por el gobierno, y que tenía por objeto mostrar la imperfección de los métodos usados, y que podía conducir, «a suscitar las ob»servaciones de los inteligentes para formar un mé»todo de lectura fácil y expeditivo; a despertar el »interés de todos sobre la mejora de las escuelas, »introduciendo en ellas nuevos medios de instruc»ción.»

Memoria leída a la Facultad de Humanidádes, 1843. Esta memoria produjo, después de un luminoso debate en la Universidad y en la prensa, una sanción sobre la cuestión de ortografía, y un

acuerdo en favor del autor. En *Educación Popular* se encuentra al fin tratada extensamente esta cuestión. Los estudios del autor sobre la cuestión de *ortografía castellana* no son nuevos en el idioma español. Su objeto fué simplificar la enseñanza de la lectura y de la escritura, y habiendo visto violadas por la Academia todas las reglas etimológicas, sujetar la ortografía a la pronunciación, como lo han deseado todos los ortólogos españoles. Si el resultado no ha correspondido a sus esfuerzos, la utilidad del objeto y la inatacable lógica en que están fundados sus argumentos, lo pone a cubierto de los ataques del ridículo. Ha remitido a la Academia Española sus últimos trabajos, suplicándola y apercibiéndola que se explique en la cuestión.

Método de lectura gradual, adoptado por la Facultad de Humanidades, y mandado seguir por el Gobierno en las escuelas públicas. Este es un sistema nuevo de enseñar a leer el castellano, fundado en el estudio de las dificultades, que ofrece a los niños, y de las analogías de que ellos se sirven para vencerlas. El señor Aribau en España había llegado a las mismas conclusiones que el autor.

Instrucción a los maestros de escuela, con el objeto de hacer inteligible el *Método de lectura gradual.*

Memoria sobre la cría del gusano de seda. Enviada de París a la Sociedad de Agricultura de Santiago de Chile, y publicada en el *Agricultor.* A este trabajo se han debido algunos progreso en esta industria.

Sociedad Sericícola Americana. Contiene una exposición del autor sobre la conveniencia y oportunidad de generalizar esta industria, y los estatutos de la sociedad que se fundó al efecto.

Mi defensa. Colección de escritos autobiográficos en que el autor, difamado como ahora, respondió

a los ataques haciendo conocer los principales rasgos de su vida.

Programa de estudios del Liceo de Santiago. Redactado en compañía de don Vicente F. López; contiene algunas ideas nuevas sobre el orden y la elección de los estudios, colocando el latín en el lugar que le corresponde. El público y los jóvenes de los colegios aceptaron con interés nuestra reforma; pero el clero y algunos directores de colegios nos minaron con calumnias y no quisimos luchar contra enemigos tan desleales y encapotados.

Discurso pronunciado en Francia al recibirme de miembro del Instituto Histórico, publicado por el *Investigateur.* Su asunto es una apreciación de los motivos y consecuencias de la entrevista de Guayaquil entre Bolívar y San Martín.

Memoria sobre emigración alemana al Río de la Plata, 1846. Publicada en alemán por el doctor Wappaüs, profesor de geografía y estadística de la Universidad de Gotinga, acompañada de notas y comentarios por el editor, a quien el autor dejó la obra del ingeniero y geógrafo argentino Arenales, y otros papeles y libros para mayor ilustración del asunto. El Dr. Wappaüs se expresa en estos términos en la introducción: «La disertación siguiente »sobre las provincias del Río de la Plata, es una »agregación hecha por el autor, el señor Sarmiento, »a un pequeño folleto que publiqué en 1846, sobre »colonización y emigración alemana... El deseo del »autor de hacer conocer en Alemania las ventajas de »aquellos países, motiva este trabajo complementario.»

El Dr. Wappaüs acompañó la *Memoria* con ciento setenta y nueve páginas de anotaciones ilustradas sobre las extensas comarcas de cuya riqueza, si estuviesen pobladas en proporción de sus recursos, apenas me era posible dar una idea compen-

diada. Para juzgar la importancia de esas notas, basta enumerar los autores que el erudito sabio alemán consultó para ilustrar su juicio sobre la materia: *Arenales, Diario de Matorras, Colección de Angelis, Arredondo, Azara, Viaje de Soria, Sir Woodvine Parish, Núñez, Félix Frías, Lozano, Viaje en la América del Sud, por Lindau, Tadeo Aenke, Walkenaer; Rengoer y Longchamp, viaje al Paraguay; D'Orbigny; King, veintitrés años de residencia en la República Argentina; Robertson, cartas sobre el Paraguay; Baralt, Codazi, Gay.*

La publicación de esta obra sería de la mayor importancia para la República Argentina, pues contiene los más preciosos detalles sobre la topografía de las provincias, sus rutas de comercio, sus ríos, y las ventajas que para el comercio del mundo y la riqueza del país traería su navegación. Pero no es posible publicarla en Chile, donde no tiene interés, estando prohibidos hoy en la Confederación Argentina mis escritos, y expuestos a penas discrecionales los que los lean.

Sírvame de disculpa la necesidad de oponer a las difamaciones de Rosas los conceptos con que me han honrado sabios europeos, la triste necesidad de intercalar aquí lo que el Dr. Wappaüs dice en su obra respecto de mí: «No podemos dar »a nuestros lectores idea más completa de esto, »que citando las mismas palabras del señor Sarmien»to, argentino dotado de conocimientos variados co»mo profundamente instruído, el cual, siguiendo con »toda la pasión ardiente del americano del Sur la »historia de su patria, de la cual lo desterraron persecu»ciones políticas, presenta en todas sus manifesta»ciones de palabra y de obra, y en su manera de »ver en el mundo, la idea del verdadero republica»no de Sud América, aspirando a la completa reali-

»zación de la libertad. A él debemos, a más de la »memoria que da principio a esta obra, muchas ins»trucciones variadas sobre la República Argentina, »por lo cual le damos aquí las más sinceras gra»cias, principalmente por sus animadas explicacio»nes verbales. El bosquejo siguiente que sacamos »de las obras de este escritor, el cual para darse »idea de la situación íntima de la Europa, ha vi»sitado recientemente la Italia, Francia, Alemania, »etcétera. . .»

BIOGRAFIAS

Apuntes Biográficos. Bajo este nombre se publicó la vida del fraile Aldao, apóstata, general de Rosas; obrita muy gustada por los inteligentes como composición literaria. El autor se propone para más tarde, bajo el título de VIDAS AMERICANAS, colectar las diversas biografías que ha publicado, de personajes chilenos o argentinos, dignos de recuerdo. La biografía es el libro más original que puede dar la América del Sur en nuestra época, y el mejor material que haya de suministrarse a la historia. Los *apuntes biográficos* fueron traducidos al francés por M. Eugene Tandonnet, candidato dos veces a la Asamblea Nacional, quien, aunque partidario de Rosas por amistad personal con Oribe, se explica en estos términos con respecto al autor: «Sin pretender a la perfección literaria »ha querido solamente poner de relieve algunas »de las figuras más enérgicas de la era de la in»dependencia, y dejarnos entrever la fisonomía ge»neral de las provincias argentinas, las costumbres, »las preocupaciones, las pasiones, en una palabra, »la vida de aquellos pueblos a la vez guerreros y »pastores. Hay bajo este aspecto un mérito supe»rior, incontestable en los *Apuntes biográficos* del »señor Sarmiento. Es ciertamente un estudio al na»tural, aunque trazado al correr de la pluma y

»de la pasión. En la marcha del estilo y en el »movimiento general de las ideas, se encuentra el »abandono melancólico y los raptos de violencia »que caracterizan a los habitantes de las provincias »argentinas... El señor Sarmiento, por la elevación »de espíritu, por sus estudios serios, se separa com»pletamente de los principales jefes del bando uni»tario... Pero, cuando los recuerdos de la Patria »se presentan a la imaginación del desterrado, cuan»do recapacita en el papel brillante y útil que sus »facultades le habrían asegurado en aquella patria »tan cara, entonces la cólera desborda de su cora»zón, y se derrama en maldiciones ardientes contra »el afortunado adversario cuyo triunfo ha causado »su destierro.»

Otras biografías he publicado en los diarios, tales como la del presbítero Balmaceda, la del presbítero Irarrazábal, la del coronel Pereira, argentino, fun»dador de la escuela militar de Chile; la del senador don Manuel Gandarillas, la de don José Dolores Bustos, sanjuanino, visitador general de escuelas en Chile.

El Facundo, o *Civilización y Barbarie*, y estos *Recuerdos de Provincia* pertenecen al mismo género.

LIBROS

Civilización y Barbarie. Escribí este libro, que debía ser trabajo meditado y enriquecido de datos y documentos históricos, con el fin de hacer conocer en Chile la política de Rosas. Cada página revela la precipitación con que está escrito, dándose originales a medida que se imprimía, y habiéndose perdido manuscritos que no pude reemplazar. Este libro, sin embargo, me ha valido un nombre honroso en Europa, a consecuencia del *compte rendu* de la *Revista de Ambos Mundos.* Publicóle el *Nacional de Montevideo;* ha sido traducido al alemán, ilustrado por Rugendas, y ha dado a los publicistas de Europa la explicación de la lucha de la República Argentina. *Rosas y la Cuestión del Plata,* y muchas otras publicaciones europeas, están basadas en los datos y manera de ver de *Civilización y Barbarie.* Este libro contiene en germen muchos otros escritos, y está destinado a perder a Rosas en el concepto del mundo ilustrado. El mismo ha sentido que era un golpe mortal a su política, y en cinco años de injurias dirigidas contra mí la *Gaceta Mercantil* no ha nombrado jamás este libro, no obstante que no hay en Buenos Aires un federal de importancia que no lo tenga o no lo haya leído, y que circulen en la República más de quinientos ejemplares, no habiendo libro alguno

quizás que haya sido más buscado y leído allí. Rosas sólo afecta no saber que tal libro exista por miedo de despertar la atención sobre él.

La *Revista de Ambos Mundos* en un artículo *Del Americanismo y de las Repúblicas del Sud, Sociedad argentina,* etc., dijo con respecto al libro y al autor: «Durante su mansión en Santiago, que ha precedido »a sus viajes por Europa, el señor Sarmiento ha »publicado esta obra llena de atractivo y novedad, »instructiva como la historia, interesante como un »romance, brillante de imágenes y de colorido. *Civili-»zación y Barbarie* no es solamente uno de aque-»llos escasos testimonios que nos llegan de la vida »intelectual de la América meridional, es un docu-»mento precioso... Sin duda, la pasión ha dictado »más de una de aquellas páginas vigorosas; pero hay »en él talento, aun cuando se muestra exaltado »por la pasión, yo no sé qué fondo de imparciali-»dad de que no puede deshacerse, y con cuyo auxi-»lio deja a los personajes su verdadero carácter, »a las cosas su color natural...»

«No habría menos interés en someter la Amé-»rica del Sur al mismo análisis que la América »del Norte. Sería ésta la obra del filósofo y del »viajero, del poeta y del historiador, del pintor de »costumbres y del publicista. El señor Sarmiento »ha intentado realizarlo en un libro publicado en »Chile, que prueba que, si la civilización tiene enemi-»gos en aquellas regiones, puede contar también »con elocuentes órganos.»

Viajes por Europa, Africa y América. La prensa de Chile ha juzgado favorablemente esta obra que revela el pensamiento íntimo del autor, y las impresiones que le ha dejado el espectáculo de los pueblos que ha recorrido. Cúpome la buena fortuna de tocar de cerca todos los hilos de la política

europea sobre la cuestión del Río de la Plata, y maravillarme de la mezquindad de las miras, de la ignorancia de los antecedentes y de la incapacidad de los hombres que más alto papel han hecho en aquel asunto. Los viajes son el complemento de la educación de los hombres, y si el contacto con personajes eminentes eleva el espíritu y perfecciona las ideas, puedo vanagloriarme de haber sido muy feliz en mi excursión, pues que he podido acercarme, no sin haber sido favorablemente introducido, a los hombres más eminentes de la época. A M. Guizot, fuí presentado por recomendación del gobierno de Chile, siendo intermediario el el señor Rosales; a M. Thiers, por el agente de Montevideo; al célebre Cobden y al mariscal Bugeaud, en Africa, por M. Lesseps, que ha sido embajador en España y después representante del pueblo en Roma; a Alejandro Dumas, por M. Blanchard y Girardet, pintores célebres; a Gil de Zárate, por el coronel Sesé; a Bretón de los Herreros, Ventura de la Vega, Aribau y otros literatos españoles, por recomendaciones que llevaba de literatos franceses, y por Rivadeneira. Al célebre Barón de Humboldt, y a los ministros del rey de Prusia, que me prodigaron mil atenciones en honor al gobierno de Chile, por el Dr. Wappaüs y el jefe de la oficina de estadística, Mr. Dieterice; a Pío IX, por la recomendación de ser sobrino de los obispos de Cuyo, Oro y Sarmiento, habiendo conocido en América al primero; a M. Merimée, por el pintor Rugendas; a Mme. Tastu, por M. Laserre; a San Martín, por los argentinos que me habían recomendado con encarecimiento a él; a Mr. Mann, en los Estados Unidos, por un senador del Congreso, a quien Mr. Ward, de Valparaíso, dió los más favorables informes; y a cien personas más que sería prolijo

enumerar, con quienes he pasado horas enteras tratando de los asuntos más graves, habiendo merecido de todos las más lisonjeras distinciones, y con muchos de ellos gozado de la mayor intimidad. Dos gobernadores de provincia, un tal Tamayo, un ministro Laspiur y otros nombres que no puedo retener en la memoria, pueden explayarse en hora buena en decirme *vil, protervo, inmundo,* y todas esas porquerías dignas de sus autores, con toda seguridad de que si nos vemos alguna vez no les guarde rencor alguno. Tengo, por el contrario, certeza de más de ocho entre ellos de que me estiman mucho, y Rosas puede reconocerlos en la virulencia de su lenguaje. Cuanto más me aprecian, más subidos son los epítetos, para que el amo no sospeche sus afectos.

Educación Popular. Este libro es aquel que más estimo. Cada página es el fruto de mi diligencia, recorriendo ciudades, hablando con hombres profesionales, reuniendo datos, consultando libros, estados y folletos, mirando y escuchando. Es el fruto sazonado de aquella semilla que en mi niñez asomó en la escuela de San Francisco del Monte, en la campaña semibárbara de San Luis. Desde allá venía caminando en la enseñanza de escuela en escuela, hasta llegar a la normal de Versalles, y a los seminarios de Prusia, que son el pináculo de la humilde profesión del maestro. La ciencia y la carrera de la enseñanza primaria me la he inventado yo, y en despecho de la indiferencia general he traído a la América del Sur el programa entero de la educación popular. No sé qué crítico deploraba que no hubiese indicado los medios de hacer efectivas las observaciones y doctrinas en esta obra acumuladas. Una sola palabra bastaría à completarla y satisfacer este deseo. Dénme patria donde

me sea dado obrar, y les prometo convertir en hechos cada sílaba, y eso en poquísimos años. A aquel libro con preferencia a cualquiera otro de los míos, apenas legible para el común de las gentes, confiara la guardia de mi nombre. El mejor elogio que me ha valido, es la aplicación de las palabras dirigidas por el autor de una obra francesa en favor de la civilización: «Su libro no atesti»gua solamente laboriosas investigaciones y estu»dios hechos con conciencia, sino que revela tam»bién el alma de un pensador honrado y el corazón »de un buen ciudadano.» Si el amigo que me dirigió estas palabras quería complacerme, muestra en su lección que conoce lo más íntimo de mi corazón. En la desmoralización de ideas y de sentimientos obrada por nuestro tirano, es la más difícil, pero la más necesaria de las reputaciones, la de *honrado*, y la única que puede oponerse a la astucia del verdugo y al disimulo de las víctimas.

TRADUCCIONES

Todas las traducciones que he hecho tienen por objeto dotar a la instrucción primaria de tratados útiles, descollando entre ellas los libros que tienen un espíritu eminentemente moral y religioso. Hay en Chile personas candorosas que temen mis ideas, un poco libres en materias filosóficas, lo que lejos de ocultar, me hago un deber y un honor en mostrar a todos, porque la idea sola del disimulo me indigna. Jamás aceptaré sujeción ninguna, impuesta por preocupaciones estúpidas del vulgo, o por la intolerancia de los clérigos españoles. Pero para la educación primaria son otros los principios que me guían. Las altas cuestiones filosóficas, religiosas, políticas y sociales, pertenecen al dominio de la razón formada; a los niños, sólo debe enseñárseles aquello que eleva el corazón, contiene las pasiones, y los prepara a entrar en la sociedad. Esta explicación dí al obispo de San Juan para aquietar sus temores en ocasión análoga, y el resultado justificó mis asertos.

Pertenecen a estos libros: *Conciencia de un Niño,* libro precioso de moral y de religión para despertar en el corazón de los niños las primeras nociones del conocimiento de Dios, y los deberes del hombre.

La *Vida de Jesucristo,* que no existía en castellano, y que es una historia sencilla a la par que luminosa exposición de la doctrina del Evangelio.

Manual de la Historia de los Pueblos. Excelente tratado elemental de Levi Alvarez, que contiene en germen todos los desarrollos ulteriores de la historia.

El *Por qué o la Física Popularizada,* que, bien comprendida su lectura, bastaría para abrir la inteligencia de los niños, revelándoles las causas naturales de todos los fenómenos que se ofrecen a cada paso a su consideración.

Vida de Franklin. Encomendé a un amigo su traducción, a fin de popularizar el conocimiento de este hombre extraordinario, porque sé cuánto bien puede obrar en el alma impresionable de los niños el ejemplo de sus virtudes y de sus trabajos. Si los catorce gobernadores de las provincias argentinas creen que deben prohibir la circulación de este libro, pueden encargar a Angelis que escriba una vida de don Juan Manuel Rosas, desde que se escapó de la casa paterna hasta que se hizo domador, y todas las bellezas de aquella vida, y mandarla adoptar en las escuelas para que sus propios hijos imiten aquel sublime modelo.

CASAS DE EDUCACION

El primer acto administrativo de Rosas fué quitar a las escuelas de hombres y mujeres de Buenos Aires, las rentas con que las halló dotadas por el Estado; haciendo otro tanto con los profesores de la Universidad, no teniendo pudor de consignar en los mensajes el hecho de que aquellos ciudadanos beneméritos continuaban enseñando por patriotismo y sin remuneración alguna. Los estragos hechos en la República Argentina por aquel estúpido malvado, no se subsanarán en medio siglo; no sólo degolló o forzó a expatriarse a los hombres de luces que contaba el país, sino que cerró las puertas de las casas de educación, porque tiene el olfato fino y sabe que las luces no son el apoyo más seguro de los tiranos.

El instinto natural me llevó desde los principios a echarme en un camino contrario. Desde niño he enseñado lo que yo sabía a cuantos he podido inducir a aprender. He creado escuelas donde no las había, mejorado otras existentes, fundado dos colegios, y la escuela normal me debe su existencia. De allí han salido una multitud de jóvenes distinguidos que se han hecho una profesión religiosa de la enseñanza, y prometen a Chile nuevos y más seguros progresos en la carrera de la civilización.

Tal es el cuadro modesto de mis pequeños esfuerzos en favor de la libertad y del progreso de

la América del Sur, y como auxiliares poderosos, la educación de todos y la inmigración europea. Esfuerzos, es preciso decirlo, hechos a la par que luchaba con las dificultades de la vida para vivir, que combatía a los instrumentos de Rosas para tener patria, que educaba mi espíritu para completar mis ideas; esfuerzos que en la América del Sur no son comunes ni por la constancia y tenacidad de ellos, ni por la homogeneidad; esfuerzos que desde el primer día hasta el último, desde el primer artículo de un diario, hasta la última página de un libro, forman un todo completo; variantes infinitas de un tema único, cambiar la faz de la América, y sobre todo de la República Argentina, por la sustitución del espíritu europeo a la tradición española; y a la fuerza bruta como móvil, la inteligencia cultivada, el estudio y el remedio de las necesidades.

En estos ensayos informes en que domina la buena intención y la perseverancia de propósito, he alcanzado el último término de la juventud, tomado estado después de haber recorrido la tierra, y llegado con el estudio, la discusión de las ideas, el espectáculo de los acontecimientos, los viajes, el contacto con hombres eminentes, y mis relaciones con los jefes de la política de Chile, a completar aquella educación para la vida que principiaba en 1837 entre las prisiones y los calabozos. No he llegado, sin duda, a la virilidad de la razón, sin que el corazón haya perdido nada de su entereza, para anonadarme en el ocio el día que he vencido las dificultades, como aquel tirano que se hace facultar para no *despachar en muchos años* los negocios públicos cuando ha logrado en diez y ocho de violencias anular toda otra voluntad que la suya. Nuestra suerte es distinta, luchar para abrirnos paso

a la patria; y cuando lo hayamos conseguido, trabajar por realizar en ella el bien que concebimos. Este es el más ardiente y el más constante de mis votos.

Este opúsculo, pues, es el prólogo de una obra apenas comenzada. Llámase el primer volumen *Viaje por Europa, Africa y América.* El segundo está todavía en manos de la Providencia. Don Juan Manuel Rosas pretende que no ha de publicarse sin su visto bueno, y que él sabe desparpajar los libros en su fuente. ¡Florencio Varela! ¿estáis también en el secreto?

FIN

APENDICE

LOS ULTIMOS DIAS DE SARMIENTO

En los comienzos del invierno de 1887, circuló en el Paraguay la noticia de la próxima llegada del General Sarmiento. Su salud quebrantada le obligaba a huir de Buenos Aires durante los crudos meses del frío, para buscar climas plácidos y benignos. Estuvo primeramente en Tucumán y su permanencia le fué en extremo favorable. Me encontraba yo en la Asunción, honrado con la representación de mi patria, cuando mi distinguido amigo el Doctor Sienra Carranza, me trasmitió aquel grato rumor y me instó a que aconsejara al General Sarmiento su traslación rápida a aquella tierra privilegiada en que florece el naranjo como en la cuna de Mignon. Abrigaba el propósito en esos días de realizar un pequeño viaje a Buenos Aires, y el doctor Sienra Carranza me dió una carta para el General Sarmiento, uno de cuyos párrafos decía textualmente: «Había antes de ahora hablado a V. (en carta que temo se haya extraviado) de las disposiciones del señor García Mérou con motivo del anuncio del viaje del *Great old man* argentino a estas regiones. Y el principal objeto de esta presentación es el de que V. oiga de su boca la indicación del general, interés con que aquí se es-

pera el anunciado acontecimiento. Espero que si la elocuencia del Sr. García Mérou no está destinada a los mayores fracasos, su conversación pondrá término a las vacilaciones que todavía tienen a usted privado de los beneficios paradisiacos del Para... guay!» No sé si mis reflexiones tuvieron alguna influencia en el ánimo del General Sarmiento. En todo caso ellas estaban apoyadas por el consejo de médicos, y eso fué, sin duda, lo que lo indujo a elegir como residencia de invierno la rústica Niza mediterránea, donde debía morir, un año más tarde, el 11 de Setiembre de 1888.

Nunca olvidaré su segundo viaje a la Asunción, su desembarco en el muelle, donde lo esperaba yo con mi familia, abatido aún por un luto doloroso. Viajaba acompañado por su hija la señora Faustina Sarmiento de Belín y su nieta María Luisa que lo rodeaban con todas las dulzuras y halagos del más puro amor filial. Le ofrecí alojamiento en mi casa, donde había preparado un apartamento para recibirlo. Lo rehusó a pesar de nuestra insistencia, por temor de originar molestias, y se trasladó con los suyos, a un hotel campestre, situado en una altura pintoresca, a dos kilómetros del centro de la ciudad, la «Cancha Sociedad», vetusto edificio de la época del primero de los López, habitación un tiempo de Madame Lynch y convertido después en circo de carreras, y en restaurànt, anexo al cual se levantaba una construcción de cuartos de madera que sirvieron de residencia al eminente estadista y su familia. El General Sarmiento fué siempre un gastrónomo distinguido, y desde el primer momento empezó a sufrir mucho por la fantástica cocina del hotel. Comprendiendo ese martirio y poniendo de nuestra parte la mejor buena voluntad, a la que contribuía en primera línea nuestra *cordon*

bleu paraguaya, desde entonces hasta su fallecimiento, le enviábamos unos caldos artísticos, fabricados con todas las reglas del caso y,—modestia a un lado,—capaces de hacer chuparse los dedos a Brillat-Savarin o a Alejandro Dumas en persona.

El General Sarmiento ignoraba la pereza y no comprendía la inactividad física ni intelectual. Admirablemente repuesto de la bronquitis que lo alejó de Buenos Aires, empezó desde luego una serie de trabajos que bastan para revelar cuán grande era la fortaleza de su organización. Poseía cerca de la «Cancha Sociedad», un pequeño terreno, que le habían regalado, por suscrición pública, sus amigos de la Asunción. Encargó una casa de hierro, de las llamadas isotérmicas, o sea de paredes dobles, y se consagró con ardor a la tarea de hacerla armar para habitarla. Al mismo tiempo se ocupaba en cercar el terreno con una combinación de pilares de palma y enrejado de bambú o caña tacuara, cuya invención lo enorgullecía. Se le hallaba desde temprano, con su sombrero de paja, de plantador indiano, dirigiendo los peones, ordenando los plantíos, organizando los almácigos, haciendo levantar las hojas secas de lo que llamaba «el bosque», pequeño retazo de floresta enmarañada, contiguo a su propiedad, y ocupado por él, con autorización de su legítimo dueño. En ese «*bosque*» lo visitábamos todas las tardes, llevando siempre algún lunch en un pequeño *garde-manger* que conservo como una reliquia pues era uno de los encantos del inolvidable maestro. Nos sentábamos a la sombra de un árbol frondoso, extendíamos las servilletas sobre la grama fresca, en un grupo invariablemente formado por el General Sarmiento, su nieta, y mi compañera, y mientras hacíamos los honores a la ligera colación pintoresca del Glads-

tone argentino. A la caída de la tarde lo acompañábamos hasta su habitación, donde nos deteníamos algún tiempo sentados en el exterior, contemplando a la distancia las embarcaciones ligeras que resbalaban sobre las aguas mansas del Paraguay, admirando los celajes de la puesta del sol, invadidos lentamente por la suave poesía del crepúsculo que iba ennegreciendo el verde claro de los árboles lejanos, y traía, en la frescura de sus brisas, las emanaciones balsámicas de los naranjos en flor!...

Impedido de salir de noche, el General Sarmiento empleaba sus horas despachando su larga correspondencia o escribiendo una serie de artículos que publicaba en la prensa de la Asunción bajo el título de *El Paraguay Industrial*. Trabajaba con una actividad febril, como si estuviera aún en el pleno vigor de la juventud. Permaneció tres días encorvado sobre la humilde mesa que le servía de escritorio para enviar a San Juan la reseña de un programa de fiestas que debían celebrarse allí el nueve de Julio. Antes de terminar el largo manuscrito, me lo hizo leer en voz alta, y lo escuchó complacido. Al día siguiente (18 de Junio) me envió la obra completa con la siguiente carta:

"Mi estimado amigo:—En vista del telegrama adjunto, recibido hoy en la Cancha a las 3.40 p. m., sírvase hacer notar que ayer, a las 7 de la noche, le leí los pliegos que llevaba escritos con el programa motivado por esas mismas fiestas de que habla el telegrama.

Remito a V. la carta voluminosa que lo contiene, a fin de que, valiéndose de los seguros conductos oficiales de la diplomacia, se sirva hacerlo entregar a D. Julio Belín Sarmiento, de la contaduría nacional, o remitir al doctor D. Angel Rojas, Ministro de gobierno en San Juan, para que lo ponga en manos de la señora de Navarro, Da. Victorina Lenoir, a quien va dirigida.

Como V. lo vé, el espíritu sanjuanino se entiende aún a lo lejos en espacio y tiempo.

Acompaño igualmente telegrama a San Juan, que recomiendo a su solicitud.

Si tiene deseo, lea la carta y corrija repeticiones y errores que no tengo tiempo de rever."

El último párrafo de la carta anterior, basta para ver cuál era la bondad del General Sarmiento cuando entregaba su afecto, sin mezquindades ni reticencias. Aprovechando esa autorización, me limité a pequeñísimas correcciones de detalle que aún deben verse en la carta original, sin duda conservada por la persona a quien iba dirigida. Los artículos sobre *El Paraguay Industrial,* están llenos de consejos prácticos, de observaciones útiles que, por desgracia, como sucede con tantas otras cosas, han caído en el vacío. Se ve que habla un hombre de ciencia y experiencia, el estadista que no se enorgullece tanto de haber escrito las páginas del *Facundo* y los *Recuerdos de Provincia,* como de haber introducido el mimbre en nuestras playas, dando pábulo a una industria hoy próspera y floreciente.

"Al despedirme del Paraguay—escribía al Dr. Adolfo Saldías en 1887, por intermedio de un diario de la localidad—he hecho llegar a la Asunción y mandar a Concepción y Villa Rica por el correo muchas varillas de mimbre que no trajeron los conquistadores, y vengo yo distribuyendo desde la Quinta Normal de Santiago de Chile, por Mendoza, San Juan y Buenos Aires, donde ha florecido en la graciosa fabricación de canastas que usted conoce y me valió en sus rudimentos medalla de oro en la exposición de Córdoba como introductor del mimbre. Esto no quita que algún patriota asegurase no haber conocido otra cosa que mimbre en Buenos Aires desde que tuvo uso de razón. Verdad es que, aún teniendo canas, alguno quiso conciliar la aserción con la historia, preguntándole: ¿A qué edad empezó V. a usar de su razón, hasta hoy tan escasa?... He construído una banca rústica para escuelas rurales, que será el asombro de los que las usen dentro de diez años sin haberlas roto los que les precedieron. Yo que introduje las de hierro de

los Estados Unidos en Buenos Aires, restauro las de pie enterrado en el suelo, que fueron las que me sirvieron en mi niñez. La banca clavada en tierra para las escuelas pobres, y el mimbre que es como la banca la cuna de la industria y de la cultura, irán multiplicándose al infinito, porque nada cuestan, y dirán que con un buen deseo, en cambio de una acogida amigable, dejé dos monumentos eternos, la escuela y la industria del pueblo, de manera que la posteridad diga: "El espíritu de Robinson y el de Franklin rizaron las quietas aguas del Paraguay en 1887".

Los trabajos hortícolas y literarios, eran interrumpidos, de cuando en cuando, por amenas excursiones. Teníamos una larga serie de ellas en proyecto, pero solo pudimos realizar algunas, tanto por los fuertes calores como por el temor de producir un desequilibrio perjudicial en la salud del General Sarmiento. Cierro los ojos y me parece contemplarlo, presidiendo una larga mesa, tendida debajo de un naranjal frondoso, en el «dulce Lambaré», a pocos metros de la ribera del río, y enfrente de la embocadura del Pilcomayo, en una de cuyas orillas alcanzábamos a descubrir los pliegues de nuestra bandera. Estaba como nunca alegre y decidor, si bien manifestaba al marchar una ligera fatiga. Después del almuerzo, montamos al vapor que nos había conducido y nos internamos en el Pilcomayo, rozando casi las orillas con las ruedas de la embarcación, haciendo nutrido fuego a los caimanes tendidos en las playas cenagosas, absortos ante las magnificencias de la selva virgen cuyos árboles dejaban caer sus ramas sobre nuestras frentes, como un regio pabellón. Y era de ver el encanto del grande hombre delante de aquel espectáculo, que traía innumerables reminiscencias de sus largas peregrinaciones, a través de América y Europa. Fué tal la impresión que le produjo aquel paseo, que

un mes antes de morir se disponía a hacer otro cõnmigo y me escribía lo siguiente (Agosto 15):

Mi estimado amigo:
Ayer vino a verme Von Gülich, y decirme que estaba a mis órdenes para ir a la colonia alemana.
El calor arrecia y la gente femenil se me arredraría más tarde, y quisiera aprovechar de un momento de "relache" en mis trabajos para darme este solaz.
Podemos, pues, escoger uno de estos cuatro días siguientes para ir, pues hay que dormir allá esa noche, y combinar de antemano los medios varios de locomoción.
Gülich es hermano de un antiguo ministro prusiano, y es en recuerdo de esa amistad que me ofrece sus servicios. Otro amigo alemán pasó para Corumbá, me telegrafió, pero nada me dice de su vuelta. Estábamos convenidos en visitar juntos la colonia; pero el calor apura.
Deme su día o sus órdenes y quedará a su servicio su afectísimo amigo.

Sarmiento.

El viaje proyectado nunca se realizó. Me ví obligado a disuadirlo de él, en vista de las dificultades que ofrecía el camino para una persona de la edad del General. Volvió con nuevo ardor a su casa, ocupándose, entre tanto, de la organización del *pic nic* a que se refiere este billete íntimo, escrito con un buen humor admirable y que muestra a Sarmiento de cuerpo entero, en todo el ardor de su naturaleza siembre exhuberante y juvenil:

Mi estimado amigo: ¿Cómo está de salud?
Yo estoy en campaña para el pic-nick a fin de hacerlo digno del ministro argentino.
Todos los cónsules y ministros me han visitado; pero no parece propio que yo los invite. Podría V. hacerlo, como concolega, previniéndoles que nada tiene de oficial sino que se trata simplemente de dar la bienvenida al infrascripto.
Estoy disponiéndolo todo lo mejor posible. Cada uno llevará su almuerzo; conviniendo ya con algunos de

llevar un plato especial. La señora de Andreussi llevará ravioli. Faustina, una mayonesa. El Chileno, un cordero asándose allí y una "cazuela". No sigo adelante porque no se le haga agua la boca. Como no es posible que cada grupo haga té, café, etc., Andreussi pondrá un bodegón donde se servirá (vendido) cerveza, tazas de té, café, etc. Esto pone a todos de muy buen humor.

Pero el ministro que convida proveerá de champagne, el cual estará desde temprano, es decir, las botellas, flanqueadas de vasos de champagne, que proporcionará Andreussi y el de la Recōleta, que es bueno convidar.

Salvo mejor parecer, quedo su afectísimo.

D. F. Sarmiento.

Un inesperado aguacero tropical, de esos que convierten los caminos en torrentes, destruyó tan magníficos preparativos. «Creo indispensable suspender el *pic-nic*—me escribió con ese motivo el General. Habrá demasiada humedad bajo la sombra para señoras; y la feliz lluvia reclama todas las fuerzas para el trasplante de las flores de Couland y Mrs. Stewart, que sólo aguardaban esta lluvia. No debo pasar la ocasión; y como las perdices, faisanes, corderos, becacinas, etc., etc., no están muertas; ni los asados en la parrilla, poco será lo perdido. Sírvase hacer poner en los diarios, que a causa de una indisgestión de la Patti, se suspende la función hasta su pronto restablecimiento. No debemos vacilar.» Fué una verdadera contrariedad pues los preparativos eran grandes, y las sospresas que nos reservaba el General Sarmiento debían ser originales, si he de atenerme a este otro *petit-mot* que acabo de encontrar entre mis papeles y que me envió antes del huracán que destruyó nuestros planes: «*Está ya funcionando la maquinilla de hacer fiestas espléndidas,* pero necesito los brazos ofrecidos para mandar esquelas a los cooperadores y ejecutar

detalles. Después de eso, necesitaría una conferencia para acordar las invitaciones.»

A pesar de todo, no abandonaba la idea de los viajes de exploración al interior del país, y naturalmente todos halagábamos sus felices ilusiones. Al fin, un día vió casi terminada su obra: la casa estaba techada; un pozo surgente que había mandado ahondar al lado de ella, estaba dando magníficos resultados; las diamelas y jazmines trasplantados, arraigaban poderosamente en aquella tierra virginal; el General paseaba una mirada complacida sobre el terreno labrado y cubierto de flores, y se regocijaba de su propia creación. Me mandó pedir entonces una colección de pabellones de varias naciones, para adornar la quinta, el día de la inauguración. Antes me envió esta característica carta, que es una de las últimas que pudo escribir:

Mi estimado amigo:—La casa está concluída, salvo el piso; y el pintor principiará hoy a mañana. Hágame el gusto de estimular a su mucamo a principiar cuanto antes el empapelado. Me inspira él más confianza que cualquier italiano; y lo he preferido para esta changuita.

Nuestra temporada de excursiones va a principiar luego, con la llegada de Aurelia Vélez y su hermano que salieron anteayer en el "Olimpo" y V. necesita asaz su ayuda de cámara.

Estoy ocupado con la escalera, la reja, el depósito, el hojalatero—plantíos de alfalfa y filetes y repulgos, y no tengo tiempo de rascarme. He recibido mi paraguas chinesco, y estaré visible para los amigos, a toda hora, a su sombra.

Expresiones a la chica, que ha venido a ensanchar la esfera de mis trabajos, preparando eras para flores. Su afectísimo amigo.—SARMIENTO.

Se diría que esta superabundancia de vida, era el anuncio de una catástrofe inminente. El General se multiplicaba para dar los últimos toques a su mansión campestre. Le envié mis sirvientes y bajo

su dirección levantaron una preciosa glorieta cubierta de enredaderas. La visita de una persona de mi familia, procedente de Buenos Aires, hizo que dejara de verlo durante tres días. Llegó el mes de Septiembre y con él los primeros ásperos calores que anunciaban el tórrido verano paraguayo. El 5 estalló una tormenta terrible, y, en medio de la lluvia, uno de mis mejores amigos de la Asunción, que lo era a su vez del General Sarmiento, Don Sinforiano Alcorta, se presentó en mi casa a anunciarme que aquél se encontraba indispuesto, según acababa de manifestárselo Julio Belín Sarmiento que había llegado poco tiempo antes con el objeto de visitar y acompañar a su ilustre abuelo. A pesar de la fuerte lluvia, nos dirigimos a la Cancha. No pude ver al General. Se me refirió que el día anterior—que fué bellísimo—se encontraba muy animado, proyectando trasladarse a su casita isotérmica en vías de terminación. Ese día fué señalado por un gran acontecimiento de la vida del estadista convertido en *gentleman farmer:* brotó, por fin, el agua en el pozo que hacía cavar en la quinta, a unas 30 varas de profundidad. Su espíritu estaba alegre y luminoso. Para festejar el hallazgo, enarboló dos banderas, una argentina y otra francesa,—*por su semejanza con la paraguaya,* dijo. Probablemente la excitación nerviosa, complicada con el ejercicio excesivo, lo predispuso, para la fatiga que sufrió por la noche y el malestar general que señaló el comienzo de la enfermedad. Por la mañana, padeció un síncope que alarmó a su hija Faustina y a sus nietos Julio y Luisa. El Dr. Andreussi, llamado para asistirlo, pidió una consulta y lo examinó en compañía del doctor Hassler. El diagnóstico de ambos, que coincidía, era de suma gravedad. Según ellos el corazón funcionaba con

trabajo; la circulación se hacía con suma dificultad y era de temer que, de un momento a otro, sobreviniera una parálisis necesariamente fatal.

El General reposaba en el cuarto de madera que le servía de dormitorio, sin admitir visitas. Se me dijo que estaba muy mal. La tarde era nebulosa, lluviosa y triste. El espléndido paisaje que es extiende alrededor de la Cancha, se encontraba velado por una bruma de lágrimas. Pasé todo el día con su nieto Julio Belín, y no pude volver de noche por impedírmelo el mal tiempo. Al día siguiente temprano me apresuré a visitarlo. Se me introdujo en la pieza que le sirve de salita y cuyo escenario debe ser conocido. Al frente, una especie de canapé cubierto por una manta de viaje; a uno de sus lados, una mesita de hierro con algunas flores, colocadas sobre un plato; en frente, otra mesa igual cargada de libros, papeles, y una lámpara de cristal. En las paredes, cuadros, retratos, y otros objetos. En un rincón, un mate labrado sobre un trípode de caña oscura. Las pinturas, firmadas por Eugenia Belín; una paleta con el busto de una japonesa sosteniendo una sombrilla en la mano; una cabeza copiada de Chaplin; un espejo de marco pintado con flores; dos fotografías que representaban un hermoso paisaje y algunos retratos de marcos formados con ramas secas de árboles vetustos.

A través de la puerta de la salita, tapizada con una cortina de reps verde, que estaba recogida en uno de los extremos, se descubría al General sentado en su sillón de lectura, con la cabeza apoyada en el respaldo, y los ojos entornados a medias, respirando con dificultad. A un lado la señora de Alcorta, le hacía aire con una pantalla chinesca; su nieta María Luisa, arrodillada, le descosía la camiseta de color café que le molestaba. Se me

dijo que tenía el vientre hinchado; pero que su estado era mejor que el día anterior. Poco después manifestó el deseo de pasar a la salita y me retiré para dejarlo en libertad. Trasladado allí en la silla, se me introdujo para verlo. Estaba sentado como siempre al lado de la puerta de entrada y la ventana contigua. Me extendió la mano izquierda, que oprimí entre las mías. Estaba fría. No pronuncié una palabra. «He tenido un fuerte ataque que va pasando ya»—me dijo entonces con voz apagada. Un poco después, con el mismo acento, añadió: —«He impedido a los médicos que tomaran una mala vía: la del pulmón.» Su mirada inerte, sus orejas descarnadas, lívidas y transparentes, la aspiración honda y dura de su respiración fatigosa, todo demostraba que su situación era crítica en sumo grado. Tenía la barba blanca relativamente crecida, pues en el último tiempo de su permanencia en el Paraguay, había dejado de afeitarse. Había una pantallita pequeña sobre la mesa, con la cual me puse a darle aire. Al cabo de un instante me dijo:

—No se moleste V.; el médico me lo prohibe.

Le dieron una medicina que tomó con repugnancia, y dijo:

—En fin, el mal trago ha pasado. Luego añadió: «Es admirable el mecanismo de esta silla, fíjese V.; salva los riñones que tanto padecen en la cama.» Después, un largo silencio, una respiración anhelante, los párpados pesados cayendo sobre la pupila vidriosa. Su hija Faustina se aproxima, introduce la mano debajo de las cobijas que lo abrigan y palpándole las piernas, le dice:

—Ya tienes las piernas un poco más calientes.

—Me alegro por tí, que tanto lo deseabas, le

conntesta el General.—«Y por tí también debes alegrarte», le replica su hija.

—Por mí no,—contesta el General, sonriendo,—mientras más fresquitas, mejor.

Otro largo silencio. Para apoyar la cabeza le ponen dos sábanas dobladas. Las palpa y exclama:

—Están bien.

Un momento después añade:

—Ya hace menos calor.

—Sí, le contesto yo; viene el buen tiempo, el tiempo que va a mejorarlo; es necesario tener ánimo.

Entra Alcorta y se sienta al lado de su señora. —«Bravo, le dice con sorna el General esbozando una sonrisa dolorosa,—se coloca V. muy bien, con el pretexto de cuidar enfermos.»

La señora se queda y nosotros partimos para regresar después de la comida. Por no molestarlo, no me despido; pero al llegar al umbral de la puerta y darme vuelta para hacer una cortesía general, veo su mirada vaga, que se fija en mí, y su mano enflaquecida que diseña un adiós amistoso y cae de nuevo sobre el brazo del sillón donde reposa.

Desde entonces la enfermedad siguió avanzando con pequeñas alternativas de mejoría pasajera. Todos los médicos de la Asunción lo visitaban y estaban de acuerdo sobre el carácter del mal. Se trataba de una afección antigua que podía tener inesperadamente un resultado fatal. La hija del General y sus nietos no se separaban un instante de su lado. El 8 de Septiembre la temperatura subió de una manera extraordinaira y el calor pareció reanimarlo y devolverle las fuerzas. La mañana fué buena, y a medio día penetré en su habitación. Reposaba como siempre en su sillón de estudio. La palidez del rostro se había acentuado. Parecía más débil que nunca y su rostro estaba profunda-

mente demacrado. Había tenido el capricho de hacerse recortar la barba y los cabellos. Una distinguida señora argentina que lo vió poco después de efectuada su toilette, le dijo:—¡«Qué buen mozo está, General!»—«Sí, le replicó éste con sonrisa afectuosa—los dos estamos muy buenos mozos.» Al penetrar en su cuarto, me mira fijamente y sin darme tiempo para saludarlo, me extiende la mano y me dice con voz débil:—«Ya estoy mejor; gracias!»—Acababa de recibir de Buenos Aires numerosos telegramas oficiales y particulares, preguntándome por la salud del General. Cuando su nieto se lo dijo se mostró satisfecho, aunque algo sorprendido, y exclamó:—«Entonces ya saben allí que estoy enfermo!...». Desde el principio del ataque he enviado a mis sirvientes, antiguos y fieles servidores de uno de los cuales me ha separado la muerte, para hacer más esmerada su asistencia. El General prefiere sobre todo a Juan, el más joven de ellos, un fuerte y solícito muchacho de catorce años, de raza vascuence que me había confiado su familia y que lo atendió con un esmero sorprendente hasta el último instante de su vida. Me encontraba aún en su pieza cuando entró Juan, trayendo una taza de caldo, que, con un poco de leche, era el único alimento que soportaba. El General hace un esfuerzo para incorporarse, y dirigiéndose a mí, me dice textualmente:—«Ya ve V. que sus atenciones me van ayudando a vivir...» Aquel cuadro me llena de tristeza. Veo apagarse lentamente la vida del grande hombre, y me desespera la inutilidad de los esfuerzos con que la ciencia trata en vano de reanimar aquel organismo minado por el trabajo y el sufrimiento.

Dos días después, el 10 de Septiembre, el estado del General Sarmiento, parecía desesperado.

Sus deudos no comprendían aún todo lo terrible de su situación, pero los doctores Andreussi y Hassler, con quienes hablé detenidamente, me quitaron las últimas esperanzas que abrigaba de una próxima mejoría. Extrañaban que hubiese resistido tanto. El Dr. Hassler me manifestó que, siguiendo mis indicaciones y de acuerdo con conversaciones anteriores, él y el médico de cabecera del General, se ocupaban de describir, síntoma por síntoma, la marcha de la enfermedad, para dejar de ella una historia científica que satisficiera a la posteridad y a los médicos argentinos. Aprobé esta conducta y le aconsejé perseverar en este útil e interésante trabajo, que ignoro si logró una completa realización. Al penetrar en la habitación del General Sarmiento, me sorprendió dolorosamente su mirada empañada y su excesiva demacración. Apoyaba una de sus manos en el brazo del sillón, y la otra en el atril adherido al mismo y que tantas veces le ha servido de escritorio. Me miró sin pronunciar una palabra y creo no me reconoció. Sin embargo, un momento después trató de levantar la mano izquierda, haciéndome un signo amistoso. Comprendí su intención y fuí yo a estrecharle la mano que encontré flácida y helada. Permanecí a su lado de pie, en silencio, contemplando aquel cuadro desgarrador. Sarmiento, con voz apagada, dirigiéndose a su nieta le dice: «La hora!» Miró el reloj y le contestó: «Las once.» La respuesta parece no satisfacerlo y repite: «La hora». Se refiere a la hora de tomar un remedio. El Dr. Andreussi que escribe una receta, le contesta que no ha llegado aún. El General cierra los ojos y cae en su atonía y otra vez el ruido de su respiración anhelante interrumpe el silencio de la habitación.

Al salir de la pieza, comprendo que no hay un

instante que perder y exijo que con la mayor brevedad se constituya una junta con todos los médicos de la ciudad. La reunión tuvo lugar después de medio día y sus resultados están consignados en un Boletín Sanitario que conservo autógrafo, y que dice textualmente lo siguiente: «*Boletín Sanitario relativo al General Sarmiento.* Junta médica celebrada el día 10 de Septiembre, a las 3 p. m. en la Asunción del Paraguay.— *Diagnóstico:* LESIÓN ORGÁNICA DEL CORAZÓN.—*Pronóstico:* GRAVÍSIMO!—*Juan Borrás; A. Candelón; David Lofruscio; S. Andreussi; Guillermo Hoskins; J. Vallory; Dr. E. Hassler; Francisco Morra.*»

Desde entonces, puede decirse, que empézo la larga agonía del ilustre enfermo. Por la noche, pareció experimentar una pequeña reacción, y a las diez se encontraba más tranquilo. Antes de las doce me retiré de su lado. Habíamos arreglado un servicio nocturno especial, para velarlo y acompañarlo. Correspondía el turno al Dr. Andreussi, y, apesar de mis instancias, el estado delicado de mi salud, hizo que éste no me permitiera acompañarlo. Acababa apenas de conciliar el sueño, después de dos horas de insomnio en que la imagen del eminente estadista no se apartaba de mis ojos, cuando fuí despertado y recibí por teléfono la noticia de que el General se agravaba por instantes. Un tramway expreso, previsoramente preparado por el Sr. Macías, compatriota que administraba la Empresa, me esperaba en la puerta, y en él me trasladé rápidamente al hotel de la «Cancha», acompañado por aquel señor y por mi viejo amigo don Sinforiano Alcorta... La noche tropical era tranquila, húmeda, poblada de rumores extraños, en que se confundía el lamento de la brisa entre los árboles, el canto lejano de alguna ave solitaria y

el ruido sordo del río que precipitaba sus ondas a la distancia. Eran las dos de la mañana y el cielo cubierto de estrellas empezaba a palidecer, como esperando la invasión de las primeras claridades del alba... Al llegar a la «Cancha» nos precipitamos en la habitación del enfermo, y una escena imponente se presentó a nuestros ojos. Sarmiento acababa de expirar. Su cadáver reposa sobre un catrecito de hierro, encima de varios almohadones. Tiene el rostro dado vuelta hacia la pared, y una de sus manos extendida sobre su cuerpo. Sosteniendo esa mano helada, de rodillas junto al lecho, con la palidez del dolor en las mejillas y el pecho convulsionado por los sollozos profundos, su nieta María Luisa. Al pie de la cama, la hija del General Sarmiento desfallece entre los brazos de dos nobles señoras, que tratan en vano de encontrar palabras de consuelo para aquel inmenso infortunio; Julio Belín, de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, deja correr sus lágrimas en silencio. Me aproximo al General, con el corazón conmovido. Su expresión es serena y majestuosa. Parece dormido después de tantas luchas y fatigas. La almohada en que reposa un lado de su cara, está manchada con algunas gotas de sangre arrojadas en el extertor de la agonía.

Aquella muerte desolada, aquel grupo desesperado, visto a la luz de las bujías que una mano piadosa había colocado sobre el velador, oprimió mi corazón con un anillo de hierro. Me pareció que con el último suspiro de aquella alma gloriosa algo se había desprendido de mi propio corazón. Mi mirada se fijaba, atraída por todo el horror de la inmensa pérdida, en su rostro de líneas marcadas y profundas, que iban esfumándose y afinándose poco a poco, modeladas por la mano de esa horrible Artista

que dulcifica y espiritualiza la última expresión de los que parten. Allí estaba, frío, rígido, tranquilo, el luchador de tantos años, aquella naturaleza tempestuosa y equilibrada, que había desafiado sin un desfallecimiento, el golpe del infortunio. Y mientras la luz de las bujías arrojaba tintes marmóreos sobre su rostro dormido, por la puerta de la habitación, que daba a la verde campiña, penetraban los violentos rayos de la aurora, toda una poesía dulce del despertar de la vida, todos los esplendores de un paisaje que renace del sopor nocturno, iluminaban con sorpresa el recinto de aquel cuarto estrecho en que nos agrupábamos sollozantes prosternados ante el solemne cadáver!... Herido profundamente por la inmensa desgracia, me sentía desfallecer, cuando la nieta del General se aproxima a mí y tomándome de la mano, en presencia del reducido grupo que la acompaña, me da las gracias delante del cadáver «de su segundo padre», por todo el afecto que mi familia y yo le hemos demostrado. Aquel arranque de un corazón generoso, hace desbordar el sentimiento contenido. Y una vez más, me encuentro frente al enigma insondable, una vez más me hiela el frío de la tumba, y mido la vanidad y la fragilidad de las grandezas humanas. Aún conservo en mi oído el eco acompasado de la respiración del enfermo. Quedo solo un instante y me parece escuchar sus fatigosas aspiraciones. Un sacerdote francés entra a la habitación, y todos escuchamos de rodillas las oraciones cristianas.

Algunas horas más tarde, esa misma niña, deposita en mis manos, como un recuerdo sagrado, la pluma usada por el General Sarmiento durante su permanencia en la Asunción. Entre tanto, la noticia de su fallecimiento se propaga y el Hotel

se ve invadido por una muchedumbre respetuosa que se renueva sin cesar con elocuentes expresiones de condolencia. El calor es sofocante, y a las tres de la tarde, se resuelve empezar el embalsamamiento del cadáver. Se me invita a presenciarlo, pero rehuso contemplar ese cruel espectáculo. Por una de las ventanas de la sala en que se ejecuta la operación, veo a los médicos, en mangas de camisa, con los brazos desnudos, y algunas manchas de sangre en los delantales blancos, que se afanan por terminar su lúgubre tarea. A la noche, se espera mi presencia, para trasladar el cadáver al féretro colocado sobre una mesa tapizada de paño negro. Se coloca en el fondo mirra y áloe, y encima de esta capa se extiende el cuerpo del General Sarmiento. La traslación provoca una ligera hemorragia de la nariz que el Dr. Hassler contiene con algodón. Entonces contemplo el rostro de mi eminente amigo, y desde el fondo del alma le doy el último adiós sobre la tierra!

MARTÍN GARCÍA MÉROU.

ÍNDICE

APENDICE

L. J. Rosso y Cía. - Impresores
Belgrano 475 - Buenos Aires

"LA CULTURA ARGENTINA"

DOMINGO F. SARMIENTO

Recuerdos de Provincia

Con un apéndice sobre su muerte por

MARTÍN GARCÍA MEROU



BUENOS AIRES
«La Cultura Argentina» — Avenida de Mayo 646
1916

Revista de Filosofía

CULTURA - CIENCIAS - EDUCACIÓN

Publicación bimestral dirigida por JOSE INGENIEROS

APARECE EN VOLÚMENES DE 150 A 200 PÁGINAS

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica. No edita artículos literarios, políticos, históricos ni forenses.

Desea imprimir unidad de expresión al naciente pensamiento argentino, continuando la orientación cultural de Rivadavia, Echeverría, Alberdi y Sarmiento.

Ha publicado artículos de *Florentino Ameghino, José M. Ramos Mejía, Agustín Alvarez, Joaquín V. González, Rodolfo Rivarola, Angel Gallardo, Pedro N. Arata, Jorge Duclout, Carlos O. Bunge, Francisco de Veyga, J. Alfredo Ferreyra, Víctor Mercante, Julio Méndez, Enrique Martínez Paz, Gregorio Araoz Alfaro, Carlos Ameghino, Martín Doello Jurado, Salvador Debenedetti, Juan W. Gez, Ricardo Rojas, Maximio S. Victoria, Alfredo Colmo, Alicia Moreau, Emilio Zuccarini, Augusto Bunge, Vicente D. Sierra, Raúl A. Orgaz, Teodoro Becú, Ramón Melgar, Julio Cruz Ghio, Nerio A. Rojas, A. Alberto Palcos, José M. Monner Sanz,* etc., etc.

Las personas estudiosas que deseen recibir la REVISTA deben adjuntar el exiguo importe de la suscripción, estrictamente reducido a los gastos tipográficos y postales. En esa forma simplificarán la tarea administrativa.

Suscripción anual: 10 $ m/n.
Exterior, anual: 5 $ oro.

Redacción y Administración: CALLE VIAMONTE 763

BUENOS AIRES

"La Cultura Argentina"

EDICIONES DE OBRAS NACIONALES

Dirigidas por el Dr. JOSÉ INGENIEROS

Biblioteca formato mayor: $ 2 m/n.

Mariano Moreno	—	Escritos políticos y económicos.
Domingo F. Sarmiento	—	Conflicto y armonías de las razas.
Juan M. Gutiérrez	—	Origen y Desarrollo de la Enseñanza Pública Superior.
Florentino Ameghino	—	Filogenia.
José M. Ramos Mejía	—	Las Neurosis de los Hombres célebres.

PRÓXIMAMENTE

Juan B. Alberdi	—	Estudios económicos.
José M. Ramos Mejía	—	Obras completas.

Biblioteca formato menor: $ 1 m/n.

Esteban Echeverría	—	Dogma Socialista y Plan Económico.
Juan B. Alberdi	—	El crimen de la guerra.
Juan B. Alberdi	—	Bases.
Domingo F. Sarmiento	—	Facundo.
Domingo F. Sarmiento	—	Recuerdos de Provincia.
Andrés Lamas	—	Rivadavia.
Olegario V. Andrade	—	Poesías completas.
Lucio V. López	—	Recuerdos de viaje.
Ricardo Gutiérrez	—	Poemas.
Hernández, Ascasubi y Del Campo	—	Martín Fierro, Santos Vega y Fausto.
Nicolás Avellaneda	—	Escritos literarios.
Francisco Ramos Mejía	—	El Federalismo Argentino.
Florentino Ameghino	—	Doctrinas y descubrimientos.
Agustín Alvarez	—	La Creación del mundo moral.
Agustín Alvarez	—	¿Adónde vamos?
Vicente G. Quesada	—	Historia colonial argentina.
Eduardo Wilde	—	La primera noche de cementerio.
Martín García Mérou	—	Recuerdos literarios.

PRÓXIMAMENTE

Juan Cruz Varela	—	Poesías.
Domingo F. Sarmiento	—	Argirópolis.
Ricardo Gutiérrez	—	Poesías líricas.
Aristóbulo del Valle	—	Oraciones magistrales.
Amancio Alcorta	—	La instrucción secundaria.
Agustín Alvarez	—	Obras completas.

Las ediciones están de venta en todas las librerías.
Pedidos a la Administración general:

CASA VACCARO — Av. de Mayo 646
BUENOS AIRES